

L.A. SANCHEZ

EXISTE  
AMERICA  
LATINA

980.001

S. 2

1911

F. DE L. B.

Primera edición, 1945

Queda hecho el depósito que marca la ley  
Copyright by *Fondo de Cultura Económica*

Impreso y hecho en México  
Printed and made in Mexico

LUIS ALBERTO SANCHEZ

*¿Existe  
América Latina?*



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Pánuco, 63 - México

## PREFACIO

*A griegos y a bárbaros, a sabios y no sabios, soy deudor.*

SAN PABLO, *Epístola a los Romanos*,  
1, 14.

*Con este libro doy cima a una ambiciosa y largamente acariciada empresa intelectual: concretar en el menor volumen posible algunas de las mayores inquietudes que nos preocupan y corroen a los americanos.*

*Las primeras notas para las páginas que siguen fueron tomadas durante uno de mis destierros, en Quito, Ecuador, el año de 1932. De entonces data su plan casi definitivo. La primera vez que planteé ante un público docto el tema actual y vivo fué en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, 1936. Sucesivamente provoqué discusiones, a través de conferencias sobre algunos capítulos, en las Universidades de Santiago, Chile, 1937; Concepción, Chile, 1939; El Litoral y Cuyo, Argentina, 1940; Sucre, Bolivia, 1942, y en la Unión Panamericana de Washington, EE. UU., ese mismo año 42. La primera redacción fué hecha en Santiago de Chile, durante el verano de 1943; la segunda, en East Lansing, Michigan, EE. UU., en el invierno de 1944; la final, en Panamá, en noviembre de este último año, las postrimerías del otoño del norte, cuando agoniza la primavera en mis pagos, al sur de la línea ecuatorial.*

*No por vanidad ni puntillista afán de pormenores, re-fiero lo anterior. Es que la historia de este trabajo se halla*

*tan ligada a otra historia mía y de muchos (personas e ideas), que me parecería incompleta su estructura si no refiriese las circunstancias en que fué pensado y sentido, y si no expresara, desde el umbral, mi profunda gratitud a los hombres, mujeres, libros y lugares que hicieron posible este por muchos años anhelado diálogo conmigo mismo.*

L. A. S.

Noviembre de 1944.

## EL PROBLEMA DE LA FISONOMIA

El hombre está hecho visiblemente para pensar; en ello reside toda su dignidad y todo su mérito; y todo su deber consiste en pensar como es debido. Pues bien, el orden del pensamiento debe comenzar por sí mismo, y por su autor y sus fines... El hombre no es sino una caña pensante, la más débil que hay en la naturaleza; pero es una caña pensante... El hombre seguirá siendo más noble que aquello que lo mata, porque sabe que ha de morir... Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento.

PASCAL

A PRIMERA vista, la pregunta resulta un disparate. ¿Cómo no ha de existir "América Latina", si tanto se habla de ella, de su personalidad, su esfuerzo, su raza, sus peculiaridades, su unitario credo religioso, su sentimental literatura, su porvenir? Mas esta apresurada impresión se transforma en duda no bien empezamos a escarbar las entrañas mismas del concepto. Si "América Latina" existe, ¿por qué la tratan en los hechos como a cosa vaga, heterogénea, nula, aquellos que precisamente afirman con mayor estruendo su indestructible unidad? ¿Cuál es la razón por la que, hasta hoy, suelen abocetarse conflictos entre sus miem-

# COLECCION TIERRA FIRME



---

LUIS ALBERTO SANCHEZ

14

## ¿EXISTE AMERICA LATINA?

Inútil será que tratemos de presentar desde aquí al autor de este libro, de sobra conocido por todos nosotros. Figura destacada entre los hombres de su generación, el grupo que llevó a cabo el movimiento de reforma universitaria en el Perú por el año de 1919, Luis Alberto Sánchez viene manteniendo desde entonces un contacto constante con el público todo de América, a través de libros como su *Literatura peruana*, *América, novela sin novelistas*, *Vida y pasión de la cultura en América*, y tantos otros, fruto todos ellos de una provechosa inquietud. Pero no se ha quedado ahí, entre las cuatro paredes puras de la investigación literaria; campañas electorales en su país, destierros, conferencias y viajes de punta a punta del continente lo han acercado más aún a su suelo y le han hecho conocer to-

[A la solapa posterior]

Revisión  
2001

bros? ¿De dónde el furor nacionalista y las disputas fronterizas, políticas y comerciales entre república y república, que nos sobrecogen de vez en cuando? ¿Por qué se llega, con ejemplar inconsciencia, hasta a plantear violentas discrepancias de razas, en pueblos que, sin embargo, se dicen hijos del mismo tronco, columnas del mismo destino?

Cuando uno reflexiona en esto, y piensa en el visible interés con que poderes extranjeros subrayan, reiterada y enfáticamente, nuestras disparidades, bien para convertir las en aríetes contra la unidad del continente, bien para mantener la supremacía de una parte del hemisferio sobre la otra, no se pueden evitar amargas sospechas.

Cierto, sí; vivimos inter-incomunicados y, a menudo, recelosos. Mas, ¿será la incomunicación tan profunda como para invalidar todo posible acuerdo y quebrar el esqueleto de nuestra identidad?

Hace algunos años Ricardo Rojas comparaba, en una página de su *Eurindia*, la constitución de América Latina con la de un hogar donde cada uno de los hijos poseyera su timbre de voz propio, sin mengua del tono común a todos los de la casa; su fisonomía característica también, pero sin perjuicio de ciertos rasgos comunes, o sea el "aire de familia" identificador de la estirpe.

En realidad, entre los países que integran la llamada América Latina existen tantas diferencias como entre las provincias que constituyen los Estados Unidos, y menores que entre las naciones de Europa. Si alguien arguyera que no se puede equiparar la fundamental distancia entre el descendiente de europeos que mora en la Argentina y el descendiente de los cafres que puebla Haití, con la que reina entre los diversos Estados de la Unión, yo le replicaría mostrándole un irlandés de Boston, un *dutch* de

Pennsylvania, un judío de Chicago o del Bronx neoyorquino, un negro de Harlem, un mestizo de indio de Nuevo México o de Oklahoma, un vaquero de Arizona, un ítalo-americano de la "Little Italy" y un asiático-americano de California, y veríamos hasta qué punto se hace posible hablar de la homogeneidad norteamericana.

Si bien es verdad que, frente a fenómenos tan decisivos como el ataque a Pearl Harbor, todos esos personajes tan desiguales se juntaron en un solo impulso, no deja, por su lado, de ser exacto que, antes de aquello, y no obstante el hundimiento de algunos barcos mercantes yanquis, en los Estados Unidos reinaba una viva discusión entre pacifistas y belicistas, no muy distinta de la trabada entre rupturistas y antirrupturistas en Chile, antes de enero de 1941, y en Argentina hasta el presente.

En los Estados Unidos, por lo demás, reinó profunda discrepancia frente a los problemas de la cesantía, el "New Deal", la ley antialcohólica y el asunto del negro, tanta como la enrostrada a la "América Latina" a propósito del corporativismo brasileño, la índole de la propaganda religiosa argentina, la reforma agraria de México, el Frente Popular de Chile, el Apra del Perú, la actuación de la Standard Oil en Bolivia, el gobierno evolutivo en Venezuela, el auge liberal en Colombia, la prolongada neutralidad de Chile y Argentina, etc.

Pero esas discrepancias, lejos de constituir obstáculos para la unidad, son, al contrario, elementos que contribuyen a robustecer su estructura.

Cuando alguien, sobrestimando tales diferencias, enuncia enfáticamente la imposibilidad absoluta de que América Latina sea un Continente, en un sentido superior al geográfico, me asalta el recuerdo de un episodio revelador:

el de Sandino. Entonces, entre 1926 y 1934, toda la América Latina vibró de entusiasmo al ver la tenaz resistencia del guerrillero nicaragüense, y se adhirió a él. César Augusto Sandino representaba no sólo lo visible, sino lo invisible de nuestra alma: en él se concentraban el rencor colectivo contra la dura penetración imperialista, el chafado orgullo del criollo ante el invasor rubio, la afirmación de nuestra autonomía política y espiritual, en suma, lo más cernido de nuestra beligerancia. Igual repercutía ese nombre en la pampa argentina que en la sierra mexicana, en la puna de Bolivia que en el litoral peruano. En torno suyo, tuvo el general Sandino —llamémosle así con auténtico respeto—, soldados de todos los países americanos; en su loor encendieron sus lámparas los mejores poetas y escritores desde Río Grande hasta Patagonia. Aquel realmente “bandolero divino” unificó a la América Latina, al pueblo y a la inteligencia de “América Latina”. Los propios conservadores rindieron su simpatía al heroico y joven combatiente, juntando, acaso por primera vez, sus votos a los de los revolucionarios de izquierda. Las opiniones que, a pesar del ambiente oficial, se levantaron en la Conferencia de La Habana, de 1928, contra la senil jactancia de Charles Evans Hughes, no eran otra cosa que resonancias del gesto de Sandino.

Otro episodio podría, también, servir de índice para apreciar la efectividad de nuestro vínculo continental indómito: la guerra emancipadora. No hubo entonces extranjeros en ninguna de nuestras patrias chicas. Si es importante que en la batalla de Ayacucho estuvieran también presentes generales, oficiales y soldados de Argentina y Gran Colombia (incluyendo a los bolivianos de ahora), más trascendental fué el hecho de que el primer Congreso Cons-

tituyente de mi país, el de 1823, contara entre sus diputados a individuos de todas las procedencias americanas, considerados como nacionales. Flores, que había nacido en Venezuela, gobernó Ecuador; Lamar, oriundo de Cuenca, gobernó Perú, así como Santa Cruz, nativo de la actual Bolivia; Irisarri, guatemalteco, y Bello, venezolano, fueron prohombres de Chile, y Rocafuerte, ecuatoriano, lo era en México. Los Carrera, de Chile, lucharon en tierra argentina como en tierra propia. Los dos grandes libertadores ejercieron el mando, por corto o largo plazo, en varias repúblicas recién creadas, y uno de ellos no dirigió su propio país de origen.

Tampoco hubo discrepancias de tipo nacional, años más tarde, cuando los ataques de la flota española (1863-66) en el litoral Pacífico. Nadie dejó de apoyar a México durante su heroica resistencia a la expedición europea, afanada en convertir en emperador de aztecas al melancólico Maximiliano de Austria. La guerra entre los Estados Unidos y México, por causa de Texas, halló el rechazo de todas las naciones latinoamericanas, solidarizadas con su hermano de Anáhuac.

Sin embargo, desde entonces, dos intereses comanditarios, uno externo y otro interno, actuaban ya de consuno contra la solidaridad continental: en 1826, cuando el Congreso de Panamá, ideado por Bolívar, se vió que los propósitos de los entonces gobernantes de Estados Unidos e Inglaterra coincidían con la miopía de algunos oligarcas de reciente data, en el plan de no contribuir a aquel propósito. A lo largo de la historia republicana, el episodio volvió a repetirse, si bien no tan al desnudo.

Valiéndome de una referencia gráfica, yo tuve la sensación cabal de nuestra unidad, al volver la primera vez

de Estados Unidos, en mayo de 1942, con la guerra ardiendo ya en nuestros umbrales. La primera impresión de que había dejado atrás un mundo dispar la recibí en una calle panameña. Eran las cuatro de la tarde. Por las aceras, saliendo del colegio, circulaban parvadas de chiquillas color canela, trajeadas de blanco, los libros bajo el brazo. En una esquina había cuatro muchachos, la camisola abierta sobre el pecho trigüeño, las mangas más arriba del codo. Hablaban abriendo mucho la boca, como locutores de radio, manoteando como náufragos. Aquello no era diverso a lo visto en algunos barrios de los Estados Unidos; pero, cuando pasaron ante ellos dos de las jovencitas, erecto el floreciente seno bajo la levísima blusa, y ondeando grácilmente la grupa en vaivén tropical, la lujuria hecha piro-po se desató implacable a los oídos de las chicas. Hasta Chile no me abandonaría ya el espectáculo de la galantería callejera y picante, mucho más evidente al norte que al sur; renacida en Argentina con tanto fuego como en el trópico.

Confieso que no se trata de una muy encomiable señal de personalidad, ni como tal la menciono. Cito el hecho y pido al lector que extraiga, por su cuenta, las correspondientes consecuencias.

A otra categoría, sin duda más halagadora, pertenece una sagaz observación de Ratzel. Refiriéndose a las edades prehistóricas, advierte que, mientras el hombre europeo empleaba el hierro (metal de laboreo, duro y fuerte), el americano prefería el oro y la plata, con lo cual invirtió a su civilización de un aire de suntuosidad, del todo diferente al predominantemente utilitario de las otras culturas. Algunos pueblos de América no empleaban sino el oro para sus instrumentos cotidianos, a pesar de tener bronce

a su alcance. Así ocurrió en algunas tribus de arawacos, entre los mayaquichés y en no pocas zonas de la selva del Marañón, en Perú, según los exhiben recientes descubrimientos. "Otro signo de la idealización de los valores industriales es la importancia que llegó a asumir la producción de artículos ornamentales", escribe Natalicio González refiriéndose a los guaraníes del Paraguay; y añade: "La actividad social se dirige en este caso no ya a satisfacer ciertas necesidades ineludibles, sino a dar expresión al espíritu del lujo".<sup>1</sup> Si, como afirma Werner Sombart, la fuente del capitalismo está en el lujo, y no a la inversa, tendríamos como peregrina consecuencia que la inédita raíz del capitalismo universal surgió de tierra americana, no del comercio con Oriente, a través de las Cruzadas y de los grandes viajes del Renacimiento.

Todo ello justifica en parte la reciente tesis de José Gaos, quien, al caracterizar nuestra cultura actual, la califica de eminentemente estética.<sup>2</sup> Según lo dicho, somos pueblos suntuarios, unidos por un denominador común que sólo disminuye en ciertas tribus nómadas de zonas desérticas. En ese rasgo coinciden tanto el piel roja de Norteamérica, como el llamado araucano de Chile y algunos de los charrúas y patagones de la zona del Plata y Magallanes.

La innegable existencia de ese ambiente especial, decorativo, plantea el problema de algo así como un estilo *pre-barroco*, típicamente americano; y de ese ambiente moral, brota el estoicismo que proyecta nueva luz sobre el análisis del fatalismo, lo que hizo ya decir al Conde de Keyserling, en cuanto tomó contacto con nuestro mundo: "Apenas respiré su atmósfera, bauticé a Suramérica con el nombre de Continente de la Tristeza".<sup>3</sup> Desde luego, para un hombre

fáustico, y hasta orgiástico, como el jefe de la escuela de Sabiduría de Darmstadt, propenso a las doctrinas "de la sangre" que tanto complacen a Herr Rosenberg, un núcleo de hombres silenciosos y serenos, con apariencia de contemplativos e indiferentes, tiene que ser hijo de un "Continente de la Tristeza"; pero cuando uno observa qué reacción de profundo goce provocan en tales individuos sus para nosotros lamentosas melodías, comparable a la felicidad que experimentan árabes y chinos y aun los propios andaluces cuando escuchan sus cantos típicos, para nosotros también sombríos y nostálgicos, caemos en la cuenta de que la apreciación de la tristeza es un concepto enteramente subjetivo, y que lo dicho por Keyserling refleja la homogeneidad de sentimientos, la existencia de una actitud espiritual genuina, que él comprueba en todo hombre de América Latina.

Otro observador europeo, André Siegfried, anota en una página lúcida: "Después de repetidas visitas a México y a Cuba, un rápido periplo me ha permitido recorrer las Antillas, Venezuela, el Istmo de Panamá, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil; y he tenido la impresión de que todos estos países ofrecen rasgos comunes que hacen posible agruparlos en una atmósfera latinoamericana igualmente común".<sup>4</sup>

A pesar de tales afirmaciones y de otras muchas a las que se suscriben hombres de la talla de Francisco García Calderón y Waldo Frank, José Enrique Rodó y Clarence Haring, Pedro Henríquez Ureña y Dana G. Munro, Federico de Onís y Samuel Guy Inman, Haya de la Torre y John A. Mackay, nos hallamos con que precisamente en los momentos en que más se vocea la solidaridad continental y más urge que ella sea realidad, despunta la

insistente y peligrosa teoría de “tratar a cada uno de los países según sus propias necesidades”, cuyo corolario lógico es el siguiente: “más fácil será que los Estados Unidos se entiendan con cada república de América Latina, que éstas entre sí”.

Sin embargo, los que así piensan no titubean en entenderse con Europa, tratándola como si fuera un todo homogéneo, compacto, sólido, unitario. ¡Contradicción flagrante! Puesto que ante la uniformidad latinoamericana la unidad de Europa apenas si llega a los umbrales de una remota hipótesis.

Los hechos tienen una elocuencia irrefragable. Hace sólo dieciseis siglos que Europa es. Antes del 400 había un imperio sobre el Mediterráneo, imperio más bien africano que septentrional. Con la instalación de los germanos en Roma y sus colonias, empezó a existir realmente Europa. Su primera etapa se llamó la Edad Media. Durante ella se entronizaron Cristo, el régimen feudal y el individualismo. Simultáneamente emergieron, pues, la guerra y la paz. El mundo, golpeado por semejantes contrastes, se endureció, igual que el cuerpo humano bajo la antagónica y alternativa acción de gélidos inviernos y veranos ardorosos.

Desde entonces, Europa ardió en continua guerra. Los pueblos se entretenían, y entretienen, en lanzarse los unos contra los otros. En un mismo país, las minorías raciales engendraban interminables conflictos. Las fronteras se convertían en campos de batalla, germen de interminables litigios. Porque nadie negará que el mestizaje de francos y tudescos, italianos y austríacos, eslavos y germanos, ha costado más tragedias que nuestra apacible mixtura de indios, blancos y negros. Cada nación europea mantuvo y

mantiene discrepancias irredimidas. Dentro de sus fronteras patrióticas cada país del Viejo Mundo sufre a causa de la imposibilidad de llegar a una definición propia. Por eso, nadie coincidió con nadie cuando se trató de fijar las características del genio francés, en una célebre encuesta promovida por un diario en París.<sup>5</sup> Asimismo, tocante al genio alemán, no hay dos pensadores que estén de acuerdo.

Más aún: aparte de los problemas bélicos entre los estados, Europa sufre el drama de la división entre las culturas latinas y germanas, (claridad y oscuridad, según la caprichosa Madame de Stael, inventora del distingo) a las que habría que añadir la eslava. Como si esto no fuera suficiente, Europa ha alentado no solamente patéticos antagonismos religiosos: católicos, protestantes, luteranos, calvinistas, puritanos, estaduales anglicanos, eslavos ortodoxos, musulmanes —sino también sangrientos antagonismos raciales, cuyas máximas expresiones fueron la persecución del musulmán contra el cristiano, del cristiano contra el musulmán, del católico contra el protestante, del católico contra el hugonote, del calvinista contra el católico, del anglicano contra el católico, del nazi contra el judío.

A un continente así, que ni siquiera se ha desasido de Asia (de la cual aparece como hermana siamesa, unidas entre sí por el espinazo ruso) se lo considera, sin embargo, como un ente homogéneo. Cuando se habla de Europa se quiere significar algo compacto, definido, con una sola mentalidad, con un solo norte, como si las antinomias mencionadas no existieran, como si pudieran fundirse en un todo, la psicología y los métodos británicos, franceses, italianos, alemanes, rusos, españoles y balcánicos.

Sin embargo, Europa es Europa, a pesar de todo; pero quienes aceptan este hecho, pretenden, contra natura, que

América Latina no sea América Latina, tan sólo porque mantenemos todavía, entre nosotros, algunas diferencias accidentales, a menudo azuzadas por los mismos que parecen gozosos en negar nuestra unidad esencial en aras de mezquinos intereses momentáneos, gentes incapaces de recapacitar en que, para la próxima etapa del mundo, será necesaria la cooperación completa, pero de igual a igual, entre esos dos bloques ricos, homogéneos y, a la vez, discrepantes: la América sajona y la América indoibera.

Una lógica elemental, sin lugar a dudas, diría así: si existe Europa, pese a sus múltiples incompatibilidades, la América Latina, que no las tiene en tal grado, existe con muchísima mayor razón. El asunto estaría, pues, en precisar la clave, el común denominador de nuestra estirpe. ¿Se ha realizado alguna labor desinteresada y heterodoxa con semejante fin? Si no, ¿es tiempo de hacerla? ¿Se cuenta con elementos para ello?

Siempre me he jactado de ser un impenitente mandatario del Hombre de la Calle. Vuelvo a utilizar su investidura al plantear algunas preguntas, a mi juicio básicas, sobre la fisonomía común de los países de América Latina. Pero, antes, surge una cuestión previa: es realmente *latina* la América que se extiende entre el Río Grande y el Cabo de Hornos, bañada por el Atlántico, el Pacífico y el Caribe?

Desde luego, no. La subsistencia de tal mote no significa sino una concesión más al europeísmo ambiente, un acto más de sumisión de los Estados Unidos ante el genio de Francia.

Ni nuestra cultura es latina, sino esencialmente indoibera, con método y revoques franceses; ni lo español es latino, por cuanto fenicios, romanos, godos y árabes que

*San Juan Ferrer. "Países de los Reyes"*

plasmaron la península representan, en conjunto, un aporte superior al latino; ni el indio, nuestra raíz, encarnación humana de lo telúrico, tiene nada de latino. Como reacción contra España, durante un período de nuestra historia, el terminacho de América Latina tuvo fortuna; hoy sólo la disfruta como medio de facilitar el pensamiento de europeos y norteamericanos. . . y satisfacer el orgullo de franceses y afrancesados.

Como ocurre casi siempre, estas generalizaciones resultan peligrosas o inexactas. Tal cual el término "Latino" aplicado a nuestra cultura encierra una jugosa ironía, de idéntica manera referirse a los Estados Unidos como una civilización definidamente "Anglosajona" no deja de ser discutible.

Cierto; los primeros pobladores de Virginia y Boston venían de Inglaterra, pero con ellos, o muy poco después, llegaban fuertes núcleos de irlandeses, escoceses-irlandeses, alemanes, irlandeses puros, holandeses, suecos, franceses, y, más tarde, africanos, españoles, polacos, rusos, hispanoamericanos, italianos, judíos, árabes. La estadística tiene elocuencia impar al respecto. De los 133 millones de ciudadanos que forman la colectividad norteamericana, 14 son negros, 6 alemanes, cerca de 5 judíos, 3 canadienses, 1 asiáticos, 3 "latinos", o sea un total de 31 millones de aporte extranjero, sin contar los irlandeses, los descendientes de holandeses (F. D. Roosevelt, entre ellos), de suerte que no habría ninguna exageración en afirmar que el 30% ó más de los Estados Unidos está al margen de lo anglosajón. Además, y con razón, el historiador norteamericano Bolton ha dicho que su país tiene que reconocer dos orígenes o fundaciones: la de los *Pilgrim Fathers* en el Este, y la de los conquistadores españoles, anteriores a

aquellos, padres de California, Texas, Florida y Nuevo México, en el Oeste.

Nuestro latinismo es, sin embargo, más endeble aún que el sajonismo de los Estados Unidos. Y si en Buenos Aires, la cuarta ciudad judía del mundo, resalta, indudablemente, el aporte iberoitaliano, ¿qué decir de Chile, república menos india que otras, pero en donde los aportes técnicos de alemanes e ingleses imprimen un sello absolutamente distinto a lo latino? ¿Por qué hay innegables diferencias en el contenido y rumbo de la educación de un chileno, un argentino y un peruano, etc., a pesar de ser hijos de la cultura latina, si no es porque la orientación sintética de los afrancesados programas pedagógicos de estos dos últimos carece de la tendencia analítica y germana del primero?

Sin embargo, tal divergencia, así como el diferente valor que al factor religioso se asigna en Ecuador y Venezuela, en Uruguay y Colombia, no constituye una valla insalvable; a penas se trata de un matiz que contribuye a destacar mejor la unidad del cuadro.

Hay en Estados Unidos casi 23 millones de católicos; el protestantismo se encuentra dividido en numerosas sectas más o menos tibias; esto, lejos de resquebrajar la unidad espiritual del país, la fortalece. Los *dutch* de Pennsylvania, los irlandeses de Boston, los vaqueros de Arizona y Nuevo México, los petroleros de Oklahoma, los negociantes cosmopolitas de Nueva York, los aún feudelistas agricultores del sur, los granjeros del Medio Oeste, los negros de Harlem, los judíos de Bronx, los desarrapados del Bowery, los indios de Texas, conservan entre sí diferencias mayores que las existentes entre peruanos, argentinos, chilenos, mexicanos, bolivianos, venezolanos, colombianos, uruguayos,

centroamericanos. Sin embargo, los Estados Unidos existen, *son*. ¿Por qué, pues, no va también a existir, a *ser*, la América Latina?

Fácilmente comprende uno que haya jactanciosos ciudadanos de países más evolucionados, en donde se practique, con pueril petulancia, el ejercicio del amor a sí mismo y el desdén al prójimo. Fácilmente se comprende además que haya interesados en subrayar nuestras disonancias, para frustrar nuestra unidad. Pero, ante todo, hay que explicar en forma lógica la existencia o no de dicha unidad y, sobre todo, en qué consiste, y ver si pueden aceptarse como correctas algunas explicaciones basadas, por lo general, en el prurito de adaptar nuestra vida —*hecho* en sí— a los cuadros teóricos europeos, de los cuales participan a veces los norteamericanos.

Así sucede con algunos típicos fenómenos colectivos, tales como la geografía, la tradición, la raza, la cultura, el lenguaje, la religión, la ley, la ciudad, el Estado, el capital nacional y extranjero, etc.

En torno a tales temas, recreando en parte su contenido, prescindiendo de lo habitual, revitalizándolos, para salvarlos de la cotidiana muerte que los agobia —y nos desorienta—, se podría intentar una nueva teoría de América, auténtico propósito de precisar sus alcances y definir sus debatidos contornos.

Los pensadores son, casi por antonomasia, estudiosos que, encallecidos por viejos cavilares, tratan de circunscribir la actividad pensante general al patrón de sus pasados logros personales.

El pensador europeo —u occidental— ha eliminado de su terminología los aproximativos (casi, muy cerca de, acaso, etc.) para ceder el paso al tono dogmático. A su

turno, el dogmatismo cierra el paso a la meditación. De donde pensador y padrino de la ignorancia y de la pereza mental suelen ser sinónimos.

A propósito, recordaré un episodio: el año de 1936 se reunió en Buenos Aires el Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs. Acudieron a la cita eminencias universales, entre ellas Jules Romains, Georges Duhamel, Stefan Zweig, Emil Ludwig, Mario Ungaretti, Filipo Marinetti, etc. A poco de empezar los debates se advertía en ellos, con respecto a los latinoamericanos, una actitud semejante a la que un cuarto de siglo antes tuviera Anatole France. (De paso: invitado a Buenos Aires, el autor de *Historia cómica* llevó consigo un grupo de conferencias sobre Rabelais que no interesaban especialmente a nadie en la Argentina; pero el maestro occidental se consolaba contando las robustas monedas y saboreando los succulentos bifés de sus agasajantes transoceánicos, conducta muy intelectual y civilizadora. . .)

En 1936, pese a que ya Italia había devorado a Etiopía, que ya estaba en marcha la guerra de España, y fusilado García Lorca, los impasibles rectores del pensamiento mundial —y en medio de una silenciosa adhesión de los escritores judíos presentes, tan “occidentales” ellos como nosotros somos “latinos”— sacaron a relucir los mismos prejuicios de un siglo antes, sin avanzar nada sobre lo que Montaigne y Malherbe dijera cuatrocientos años atrás acerca del Nuevo Mundo.

En una de las asambleas o *entretiens*, se trató de la fisonomía de la cultura americana. Naturalmente, los franceses lucieron por su sordo menosprecio a todo lo ajeno. Fué entonces cuando, vocero del continente, Alfonso Reyes pronunció las palabras que siguen: “Y ahora digo yo, ante

el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros".<sup>6</sup>

Han pasado apenas siete años. Nuestra *ciudadanía universal* no requiere ahora graciosos reconocimientos. Es. Y tan es, que, sin ella, fracasarían todos los planes de reajuste material y moral de Europa y no podrá existir el futuro equilibrio de grandes potencias, entre las cuales se alza ya, a condición de perfeccionar su unidad, "Latin América", el "Continente de la Tristeza" que lo llamaba Keyserling; o, mejor y con mayor razón, el Continente de la Esperanza.

## II

# PENDENCIA Y CONCILIACION DE LA GEOGRAFIA Y LA HISTORIA

La Nación es un plebiscito cotidiano.

RENAN

A MEDIADOS de 1931, el sociólogo y economista francés André Siegfried llevó a cabo un viaje de circunvalación a nuestro continente, de lo cual nació su libro *Amérique Latine*, donde asevera enfáticamente la unidad del Nuevo Mundo. Pese a la dualidad religiosa, entre el norte protestante y el sur católico “mediterráneo”, afirma Siegfried, “no hay, en una y otra parte, otra cosa que americanos”.<sup>1</sup>

“Es evidente —agrega— el parentesco [entre las dos Américas], y el panamericanismo, si no como doctrina, al menos como realidad, corresponde, según me parece, a un hecho observable. Si los políticos tienen interés en ignorar este hecho o, al contrario, exageran su valor, no por eso el simple viajero desdeñará o perderá de vista tal unidad, que la geografía destaca a pesar de cualquier oposición”. “Recordemos aquí —concluye— que en el Nuevo Mundo, *la geografía tiende a unir lo que la historia tiende a separar*”; “el origen histórico las separa, pero la geografía tiende a aproximarlas”.

Había yo olvidado casi por completo tan sagaces apuntes, cuando, diez años más tarde, tuve que viajar por los

Estados Unidos. El tiempo que empleé en recorrer el país y tratar de compenetrarme con sus diversos ambientes, no hizo sino convencerme de nuestra esencial unidad. Si, por un lado, sobre todo desde el punto de vista superficial y de las "creaciones del hombre", sólo cabe anotar diferencias, hechos más profundos y, sobre todo, los que directamente se refieren a la tierra, contribuyen a identificarnos. La conclusión de Siegfried me pareció, no sólo válida, sino luminosa. Lo que él, científico europeo, neutral en asuntos americanos, había dicho, lo corroboraba yo desde mi ángulo de sudamericano nada afecto a lo yanqui. En gran parte, por eso, escribí mi libro *Un sudamericano en Norteamérica*, y ando pergeñando las cuartillas preliminares de un estudio acerca de la analogía entre el desenvolvimiento cultural de ambas Américas.

Mas el hecho que aquí interesa es la identidad geográfica de todo el continente. Así, viajando por el centro de Estados Unidos, encontré enormes, interminables y polvorientas llanuras análogas a la majestuosa y triste pampa argentina; desiertos en Nevada y Arizona, tan desapacibles y agobiadores como los eriazos costeros del Perú y norte de Chile; ásperas montañas imponentes en Colorado, Nevada y Montana, como un retazo de los Andes; bosques frondosos y aire azul en Nueva Inglaterra y el Estado de Wáshington, semejantes a los del sur de Chile; transparente y luminosa atmósfera brasileña o antillana en California y, viniendo a lo más pegado a la tierra, color ocre verduzco en los productos nativos (hombres y plantas); abundancia de maíz dorado, de jugosos choclos (o elotes o mazorcas) en los campos, y mucho pómulo saliente, y nariz afilada, y ojos ligeramente rasgados, y cabellos negros y tiesos, no sólo en San Antonio, Laredo, Oklahoma,

Kentucky, Montana, San Francisco, Los Angeles, Miami, sino también en Chicago, en San Luis y, desde luego, en Nueva York; y mucho pelo motudo y tez de ébano, o acanelada, doquiera. Advertí que las mujeres de todas las razas amaban allí los abalorios, las vistosas joyas y los trajes de colores vivos, ni más ni menos que las "nativas" de América del Sur; y que los hombres, sobre todo los trabajadores agrícolas, son una curiosa mezcla de silencio y locuacidad, de desconfianza y entrega, auténtico mestizaje del hosco silencio indio y la ostentosa seguridad del colonizador.

Una mañana, al despertar en San Francisco, después de emborracharme los ojos de cielo y sol, de colinas y árboles, me desconcertó que junto a mí se hablase una lengua que no era la mía. Por un instante había escapado de California para volver a mi Pacífico sur. Discutiendo de esto en New Haven, con varios amigos, entre ellos Germán Arciniegas y Hubert Herring, el primero insinuó una ingeniosa explicación; América no se dividiría, según él, en la del Norte y la del Sur, sino en la de la vertiente del Pacífico y la de la vertiente del Atlántico. Las comarcas situadas en la primera se parecen entre sí, igual ocurre con las segundas. De donde habría mayores similitudes entre California y Chile, pese a la distancia, que entre California y Massachusetts, aunque pertenecientes al mismo país; y entre Nueva York y Buenos Aires, que entre Buenos Aires y Lima.

Cierto, se trata de un tema tentador. No sólo porque suministra materiales inéditos para una interpretación longitudinal y costera del continente, sino porque convalida la preeminencia del factor geográfico sobre los otros. De ello dimana el decisivo valor de lo telúrico para determi-

nar de modo lento, pero seguro, los tipos morfológicos humanos; y, por consiguiente, se hace así posible proporcionar una base tangible y sólida a la idea de unidad continental por encima de las vagarosas declaraciones a que suelen apelar políticos demasiado políticos y poetas demasiado poetas.

Algo más: aplicando ese concepto, se facilitaría la explicación de algunos misterios de la historia: por ejemplo, la extraordinaria semejanza entre las costumbres de los pieles rojas de Norteamérica y los de Argentina y, acaso, hasta la singular forma de “civilizarlos” (a tiros y mandobles) puesta en práctica por el presidente Andrew Jackson y el general Julio Roca, así como la intensidad y manera de la resistencia aborígen en ambos lugares, no ya por medio de acciones en masa, sino de “malones” o asaltos de tropeles irregulares y vandálicos, único género de guerra conveniente a tribus aisladas y nómadas, de espíritu independiente, escasas de subsistencias, al contrario de los grandes y compactos núcleos de México, Perú y Colombia.

Exclamaba el ínclito Rubén, refiriéndose a la faja de tierra en donde luchan afanosamente las cinco repúblicas centroamericanas: “Dios eterno y único haga que lo que es un hecho en Literatura [la unidad], pueda realizarse para Centro América en Política, por ley histórica y por necesidad de nuestra civilización”.<sup>2</sup> Parodiando al poeta diremos: “Dios eterno y único haga que lo que es un hecho en la geografía —y en el pasado más remoto y, por tanto, más telúrico— pueda realizarse para América en Política, Cultura y Economía, por ley histórica y por necesidad de nuestra civilización”.

Porque la geografía, es decir, el medio ambiente, exige imperativamente la unidad. Ella nos dió un suelo seme-

jante, igual, frutos análogos (maíz y papa, cuyas condiciones alimenticias superan en varios aspectos a las del trigo), y una capacidad de arraigo extraordinaria. Los europeos que durante algunos años sufren el contacto con América, no vuelven a recuperar nunca, plenamente, su primitiva personalidad. He conocido a muchos alemanes que, de regreso a su patria, eran mirados como extraños e, ineptos ya para reasimilarse, volvían aquí jubilosos. Igual ocurre entre españoles, árabes e italianos. Quizá los más resistentes, por su tremendo jingoísmo, sean los británicos y a menudo los franceses. Francisco García-Calderón, escritor nada sospechoso de demagogia americanista, residente cuarenta años en Europa, reconoce, en su libro *La creación de un continente*, la existencia indudable de un sello americano visible en todo el que vive entre nosotros por algún tiempo. García-Calderón subraya la influencia de lo telúrico americano, más vigorosa que en otras partes. Tal vez haya una relación directa entre la virginidad de un medio y su influencia sobre el habitante. La impronta de las islas Marquesas sobre Herman Melville, reflejada en su *Typee*, y la de Tahití sobre Paul Gauguin, patente en sus cuadros y en *Noá-Noá*, son de suyo elocuentes. Puede, además, significar algo el hecho de que, entre los países que en menor tiempo dejan más profunda huella en quienes residen en ellos, estén los Estados Unidos y, en general, América. Sin ésta, el romanticismo europeo habría vivido de remembranzas y en viejas casonas, sin el aire libre que Chateaubriand y el Abate Prévost se llevaron de nuestra naturaleza.

Cuenta cierto misionero alemán que un "caballero extranjero" se extravió con dos señoras entre los araucanos. Los indios dieron muerte al primero, y las damas quedaron, "en Boroa, según se dice", durante algún tiempo. "Allí

ellas se acostumbraron de modo que, cuando más tarde sus parientes vinieron a llevárselas, no quisieron irse; prefirieron seguir viviendo con los indígenas".<sup>3</sup>

Los casos de Livingstone en Africa, de T. E. Lawrence en Arabia, de Cunninghame Graham y H. W. Hudson con respecto a Argentina, y el de D. H. Lawrence en Australia y México, por citar sólo a ingleses, dicen mucho acerca de la magia de lo telúrico. Esta magia es, en América, tan potente que se la siente desde el primer momento, bien sea a través de la superficialidad turística de Paul Morand, en *Air Indien* y *Magie Noire*.

América —no sólo "América Latina", sino América toda— existe, pues, como un todo, *en función de su geografía*. El territorio *la nivela*, le da unidad y personería. Poco importa que el paisaje, emanación de la geografía, no atraiga directa y concretamente, como objetivo inmediato, a sus escritores; mucho más importante y decisivo es que ese paisaje o, mejor, la fuerza de la naturaleza, imprima su marca sobre los individuos, selle con su sello a la literatura americana, hecho explicable sólo a través de la clave de su ambiente físico. Tanto es así que la novela latinoamericana no ha podido sacudirse, sino al revés, de la férula del panorama. Cada escritor nuestro actúa como un sonámbulo, bajo el hechizo del paisaje. Sin la naturaleza nuestra no existirían *La vorágine*, ni *Doña Bárbara*, ni el prólogo de *Facundo*, ni la poesía de Chocano, ni *Don Segundo Sombra*, ni los romances de Rubén Romero, ni la embriaguez selvática de Uribe Piedrahita, Zalamea Borda, Ciro Alegría, Antonio Arrais, ni la angustia geográfica de Neruda, ni *Suave Patria* de López Velarde, citando al azar sólo aquello que tengo más presente en la memoria.

*Geográficamente, América Latina existe*, no sólo ya por la presencia de los Andes, ese inmenso zurcidor, la pampa múltiple, la altimeseta solemne, la selva tutelar, el Amazonas, el Orinoco, el Plata, el Guayas, el Magdalena, el Bío Bío, el Río Grande, sino por la viviente conjugación de la diversidad con la unidad en el panorama; por el influjo decisivo del ambiente sobre el individuo; por los frutos de la tierra, los celajes del cielo, la flor de las laderas, la feracidad uniforme de sus valles y la insolente soledad de sus picachos.

Ha sido *la historia*, criatura de los hombres, quien introdujo un factor de desconcertamiento entre los americanos del Sur y los del Norte, y entre los propios indoamericanos entre sí. *La historia*, insisto, y no la protohistoria, si aceptamos que la historia comienza ahí donde se descubre un documento escrito. Porque, en nuestra protohistoria, vivíamos en función geográfica y, por tanto, vinculados íntimamente a la naturaleza, éramos una sólida unidad telúrica.

Sin embargo, hay quienes, exagerando el análisis hasta convertirlo en pulverización, sostienen algo distinto. El historiador peruano Jorge Basadre, llevado de un excesivo rigor analítico, afirma que, 1) "la existencia de la raza indígena implica una unidad meramente aparential, porque entre los indios hay grupos étnicos, idiomáticos y culturales de los más variables", y 2) que los factores geográficos fueron en América del Sur adversos a la unidad (macizo de los Andes, selva tropical), al revés de los Estados Unidos. Y añade: "En el sur, el gran macizo de los Andes cumple una misión de separación irremediable".<sup>4</sup>

Con el mismo argumento con que Basadre niega la unidad de los indígenas de América por haber sido varia-

dos, se podría negar la unidad de los blancos de Europa o, más aún, la de los británicos en su Isla, o de los alemanes y españoles en sus respectivos territorios. No son muy favorables a una interpretación unitaria las divergencias entre un ruso y un italiano, entre un irlandés y un galés, entre un bávaro y un prusiano, entre un catalán y un andaluz. Sin embargo, existe un común denominador blanco-europeo; existe la Gran Bretaña; existe Alemania; existe España y, repitiendo un argumento anterior, existe también una curiosa analogía entre los indígenas que poblaban los desiertos de Norteamérica y los que moraban en los desiertos de la Argentina; entre los caribes de las Antillas y los tupíes del Brasil; entre los mochicas de Perú y los mayas de Centroamérica.

Ni siquiera resulta válido el argumento separatista que se funda en la ausencia de un mismo idioma (recordemos a Irlanda, Gales y Escocia; Cataluña, Vasconia, Andalucía y Galicia, etc.; Provenza, Marsella, Bretaña y París; el Cáucaso, Estonia, Ucrania, Turkestán, etc.). La falta de unidad idiomática depende de la falta de intercambio, o de la prevalencia de tradiciones locales muy fuertes, síntoma a su vez de aislamiento. En España se habla el catalán, el vascuence, el gallego y además el castellano. . . en varios lenguajes. Los dialectos rusos no impiden la unidad soviética. En cambio, entre los indígenas de nuestra protohistoria, había ya serios esfuerzos para unificar la expresión. El Runa Simi de los Incas lo revela. En cuanto a los "desequilibrios culturales", de que habla Basadre, bastaría mirar a Europa o al Asia para tener una respuesta satisfactoria. La exacerbación del análisis conduce a aquilatar tan desmesuradamente las diferencias que, a la postre, no

quedarán como unidades válidas sino el *individuo*, la *mónada* o, quizás, el *electrón*.

En cuanto a la “separación irremediable” que crea el macizo andino, peca de extremista como concepto y como adjetivo. Por muchos otros caminos se ha demostrado que nada hay irremediable en la vida de los pueblos, mucho menos en una cadena de montañas con sus correspondientes sistemas orográficos, que une más de lo que divide, a punto tal que se ha creado en torno de ello una especie de teoría política o religión demoesocial titulada “el andinismo”.

No; ha sido después, en plena vida histórica, después de la Conquista y, más señaladamente, después de la Independencia, cuando se agravaron las disensiones. Será suficiente recordar que cuatro virreinos se convirtieron en 20 repúblicas; que donde había sólo una raza, se reunieron y proliferaron varias razas y sub-razas; que cada una de éstas se subdividió en clases (explotados y explotadores), sin mengua del carácter general de explotador que tomaron para sí el blanco y su *hientela*; que el caudillismo provincial, típico ya en el conquistador, hizo crisis en el caudillo republicano y en el *boss* o capitán de industrias. El interés político y la voracidad económica destrozaron la labor de la geografía y la ya incipiente unificación consciente —la inconsciente no se borra nunca— de la protohistoria. Cuando algún vidente —Miranda, Bolívar, San Martín— quiso reparar los yerros de la esterilizante atomización, le salieron al encuentro la incomprensión, el aturdimiento, la deslealtad, arrojándolos al presidio, al ostracismo y a la muerte.

Fué tal la obra disociadora de la historia a partir de la Independencia, que no vaciló, por de pronto, en pegar un

tajo entre la América sajona y la latina, en los albores mismos de la Independencia. Se habló de diversos caracteres religiosos, de diferencias retóricas, de distintos destinos. Luego, el interés, el “national interest”, hizo lo demás. La guerra contra México y la supervigilancia del Caribe eliminaron, por entonces, la posibilidad de todo entendimiento sincero entre los dos bloques. El caudillismo, el personalismo atomizante, la mezquindad crematística acentuaron la tarea de disolver uno de los bloques, el nuestro; y a ello no fué extraña la codicia del otro bloque: Estados Unidos. Tal es la obra de la historia intercontinental desde 1844 hasta nuestros días: una centuria de *concertados esfuerzos disolventes*, resistidos y sobrepujados sin embargo por la unidad esencial, invívita e invulnerable de América —de “América Latina” en este caso.

Entre muchos episodios para demostrar la obra desunidora de la historia sería quizás útil mencionar uno. Ocurrió en Venezuela el año de 1867. Don Antonio Leocadio Guzmán, después de la cruenta guerra federal, dijo entonces al Congreso de su patria con cínica simpleza: “No sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la federación, cuando no sabe ni lo que esa palabra significa. Esta idea salió *de mí* y de otros que nos dijimos: *supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la convención de Valencia no quiso bautizar la constitución con el nombre de bandera, invocamos nosotros esa idea, porque si los contrarios, señores, hubieran dicho federación, nosotros hubiéramos dicho contralismo*”.<sup>5</sup>

Retengamos la expresión: “El pueblo (de Venezuela). . . no sabe ni lo que esa palabra significa”.

En Perú sucedió algo muy semejante. He recogido la anécdota, sin ser rectificado, en un libro mío. El jefe del

partido popular “demócrata”, don Nicolás de Piérola, fué entrevistado por cierto escritor costumbrista, nombrado Abelardo Gamarra. Piérola, miembro de una familia linajuda, se había educado en el Seminario. Capitaneaba un partido opuesto a los “ricos” civilistas (o conservadores). “¿Por qué fundó usted el partido demócrata?” —interrogó el periodista—. La respuesta fué: “Pardo [adversario de Piérola] se rodeó de los ricos, fundó el partido civil y yo no tuve más remedio que hacer otra cosa”. El malicioso periodista insistió aún: “¿Y si hubiera pasado lo contrario?”. El caudillo Piérola, sin contestar, le alargó un cigarro y cambió de tema.

Ambas anécdotas tienen de común: 1) que las “ideas” de que se habla en ellas, corresponden a posiciones o intereses personales, oportunistas; 2) que el pueblo recibía consignas que no comprendía; 3) que la ignorancia popular era explotada por la ambición de los cultos. De manera que *la educación asume una importancia fundamental como elemento de unidad*. Habiéndose hecho nuestra historia a base de explotar las pasiones primarias de masas analfabetas, resulta que ella se ha desarrollado a base de la incultura popular, o sea que esto —analfabetismo e incultura— constituye el mejor clima para que fructifiquen propósitos y consignas divisionistas.

Naturalmente, problema tan complejo como éste no cabe en una fórmula tan simple. Con todo, subrayar el desentendimiento gubernativo hacia la educación popular en América Latina —¡especie de paradójico y vergonzoso denominador común!— puede abrir perspectivas a un debate fecundo.

Sería injusto culpar sólo a la historia de esta tarea disolvente; pero su responsabilidad es, sin duda, enorme, y

lo es más aún la de quienes la dirigen, enemigos de lo autóctono, cuya raíz se hunde en la naturaleza. La llegada de la alfabeta Clío se produjo aquí en circunstancias anormales. Cuando los ingleses desembarcaron en la India, se encontraban en un período de afirmación. Cuando conquistaron Transvaal y Orange, atravesaban el minuto cenital de su desarrollo. Cuando los franceses conquistaron Africa del Norte, tenían ya resuelto su problema interior. Pero cuando ingleses, españoles, portugueses y franceses se lanzaron sobre América, se hallaban sufriendo graves desidencias en sus propios organismos, no vivían en edad de plenitud, sino de caos. América, por donde se la mire, fué producto de la desorbitación europea, emergió a los ojos europeos —a la cultura blanca— en una “época de crisis de la civilización [blanca] occidental”.

Subrayemos el hecho: la conquista europea de América —española, inglesa, francesa, portuguesa, holandesa— se produjo en un instante en que la civilización europea se hallaba en crisis.

Esta crisis se presenta, por lo menos, de dos maneras.

Primero, en el aspecto religioso y moral, tanto España como Inglaterra, Francia y Portugal, asistían al nacimiento o muerte —en todo caso, a la agonía—, de sus conflictos espirituales; luchas con los moriscos recién vencidos y con judíos a punto de ser expulsados, en España; choque entre anglicanos, católicos y puritanos, en Inglaterra; entre hugonotes y católicos, en Francia; entre judaizantes, moriscos y católicos, en Portugal; entre luteranos, católicos y calvinistas en Holanda.

Segundo, luchaban el feudalismo declinante y el individualismo naciente, germen éste del liberalismo. América se estructuró “entre el dualismo de lo corporativo frente a

lo individual, de aquel dualismo cuya pugna vino a tener su total solución en Europa con la Revolución Francesa de las postrimerías del siglo XVIII".<sup>6</sup>

Si América hubiera sido conquistada por los europeos a fines del siglo XVIII o principios del XIX, es decir, si la conquista hubiese ocurrido en la fecha de la Independencia, seguramente nuestra historia habría sido más compacta, constructiva, dinámica, *de acuerdo con la geografía*. Notemos, si no, que en esa época el americano descubre su territorio, su geografía, y se enorgullece de ella, pero ya pesaban sobre él trescientos años de educación deformadora. Trescientos años durante los cuales, coactiva y sistemáticamente, se le sustrajo de la economía agraria, propia de su protohistoria, único sistema económico adecuado a sus posibilidades *de entonces*, para lanzarlo a la economía mercantil, de tipo extractivo y forastero.

La característica sustancial del americano ha sido y es su apegamiento a la *tierra*. La conquista blanca sustituyó la tierra con el alma. Para el americano nativo, el alma carecía de sentido sin el apoyo de la tierra. Si los muertos sobrevivían, si admitían que el cuerpo encierra un soplo eterno, inmortal, éste requería, para perpetuarse, el contacto con la tierra y hasta alimentos de la tierra. De ahí —más que por la simplicidad de sus mentes— la costumbre de colocar en los sepulcros, junto al cuerpo inánime, vestiduras y alimentos.

La conquista (historia europea) rompió aquel íntimo consorcio entre el hombre y la tierra —entre la historia propia y la geografía—, desarraigó a aquél, desamparó a ésta, y dió vida a un sistema postizo sin geografía, adventicio (con las raíces al aire, como la enredadera). Si el criollo quiso la libertad fué más que por un propósito eco-

nómico y político, por una vaga e inconsciente inspiración geográfica. La primera forma de *patriotismo continental*, el primer programa histórico propio, nació de la *geografía*. A fines del siglo XVIII despierta en toda América, en México igual que en Chile, en las Trece Colonias igual que en Brasil, en Nueva Granada igual que en Lima y Argentina, un agudo sentimiento de la tierra. No es vana coincidencia que el caballero Crèvecoeur y Phillip Frenau, en la América Sajona, y José Manuel de Labardén, en Buenos Aires, y Francisco Xavier de Caldas, en Bogotá, enaltecieran casi al mismo tiempo al indio y a la naturaleza. Aparte del eco que del romanticismo francés pudo haber en ello, hubo también un creciente sentimiento de orgullo nacional y, como siempre, este orgullo buscó el soporte de la *tierra*, es decir, de la *geografía*.

Sin esa precisa vuelta a la tierra, sin ese espontáneo *nacionalismo* geográfico, tal vez no se hubiese producido la Independencia entonces.

Pero tan tardía reconciliación del hombre con el suelo (historia y geografía) encontró al primero deforme y a éste sin amparo. Fué como la restauración de un matrimonio deshecho por un forzado divorciado, y que, al volver a la casa antañera, encontrase a la familia dispersa y hasta a las propias paredes vacilantes. Sobre tales ruinas fué preciso recomenzar la vida, con fe, pero sin rumbo.

Un joven y penetrante escritor ecuatoriano, muerto antes de llegar a la madurez, resume semejante *status* con una frase patética: “Virtualmente —dice— los individuos de esta generación [se refiere a la nacida hacia 1900], confrontamos una suerte de desorientación en materia limítrofe [léase geografía]. Antes, respecto del Ecuador, estaba Colombia al norte, Perú al sur y Brasil al este.

Hoy ocurre que también hay Colombia por el meridión y Perú por el septentrión; precisamente, la cuestión de Leticia se planteó en tierras que un ciudadano del 900 no habría vacilado en sostener que pertenecían irrefragablemente a la República [del Ecuador]".<sup>7</sup>

Lo mismo ocurrió en los demás países. Los límites entre Estados Unidos y México sufrieron cambios radicales después de la adquisición de Florida y de Luisiana y de las guerras de Texas y California, etc. El Amazonas, hoy río prácticamente vasallo del Brasil, pertenecía a varias naciones. En general, los hombres (la historia en marcha) dispusieron antojadizamente del territorio no bien lo tuvieron en sus manos, según los intereses locales, sin miras a una futura unidad, a una reintegración, capaz de ingresar a una sin duda, ya desde entonces previsible, era de grandes conglomerados humanos. Entre tanto, la geografía, traicionada por la historia, seguía predicando unidad en vano.

En el caso del Perú, el divorcio entre ambos factores tiene una elocuencia formidable.

Durante el Imperio, el Perú —es decir el Tahuantinsuyo— hizo descansar su poderío en la sierra, zona agrícola. El Coloniaje penetró en la cordillera buscando metales preciosos; por eso sentó plaza en Huancavelica, Potosí, Cuzco y Ayacucho, pero su principal interés estaba en el litoral, desde donde podía comunicarse con la metrópoli y vender sus mercancías. Este espíritu de ganancia *inmediata*, de rápida economía *extractiva*, pasó a la república. Al descubrirse los yacimientos de guano, en las islas del litoral, hacia 1842, esto es, veinte años después de la emancipación política, la economía peruana se volcó artificialmente sobre la costa. "Estudiando la significación que el guano tuvo en la historia del Perú, hállese que

fué principalmente la acentuación del carácter costeño de la vida republicana, la gestación de la crisis y de la bancarrota fiscales, después de una pasajera bonanza, y el encumbramiento de una nueva clase social que se enlazó con parte de la antigua nobleza genealógica".<sup>8</sup>

Sin embargo, la verdadera riqueza nacional derivaba de la sierra. Pasó la era del guano y la del salitre, y la tierra siguió imperando desde los Andes, en sus valles y sus cimas. La geografía, inescuchada, hizo pesar a poco su inexorable imperativo, pero, como en la alegoría helena, los dioses (en este caso la historia occidental injertada a viva fuerza) cegaron a los hombres a quienes querían perder.

La importancia primordial —aunque *de ningún modo exclusiva*— de la geografía, se aplica a cualquier pueblo. Si bien nadie podrá negar que una nación se define por su estilo, tampoco se deben confundir sus necesidades reales con el interés de las minorías, llámenselas oligarquías, plutocracia, nepotismo o autocracias. Jamás será dable identificar el concepto de interés nacional y permanente con el de interés particular y pasajero. La geografía, es decir, la presencia de lo telúrico, la acción del territorio, encarna sin duda el mayor de los intereses nacionales y permanentes. Cuando se olvida el imperativo geográfico, es porque imperan intereses meramente particulares y pasajeros.

Durante muchos años —aun hoy mismo, dentro de ciertos círculos— se ha vivido, en América, de espaldas a la tierra, atentos a un arquetipo intelectual, imaginario o sentimental, desconectado de nuestra tradición *geográfica*. Ese arquetipo fué —y es— Europa, y, más concretamente, la península ibérica.

Reaccionando como él sabía hacerlo, Sarmiento escribía en su ancianidad contra todo lo que significara una limitación a los poderes recibidos por América de manos de su "tradición auténtica": "Uno de los más poderosos cargos que como publicistas americanos hemos hecho siempre a España —decía— ha sido habernos hecho tan parecidos a ella misma". Y precisando su desdén hacia los *impromptu* ibéricos, ironizaba: "Un español o un americano del siglo xvi debió decir con más verdad: 'Existo, luego no pienso'." <sup>9</sup>

Realmente, la característica de nuestra historia ha sido proceder sin deliberación, atenta a la ganancia del día, ajena a toda idea de ahorro, o previsión. Esa historia, que así procedía, estaba monopolizada por unos pocos, generalmente blancos; la otra, la india, mestiza, negra, criolla, se mantuvo junto a la tierra (la mina, el sembradío, el ingenio azucarero, etc.), desalentada, envileciéndose. Si alguien es responsable del lesivo bajo nivel de las masas autóctonas o semiautóctonas de América, no son ellas, sino precisamente quienes se lo echan en cara. Pecado vitando, porque no sólo atentó contra las masas, sino contra la justicia en sí, contra la verdadera historia y, por tanto, contra el estilo de nuestro continente, sin lo cual se hace difícil emprender nada duradero y positivo. En pocas partes se vió tan a toda luz dicho drama como en aquellas en donde el aporte europeo fué más numeroso: Argentina, Uruguay, parcialmente Chile y Brasil.

"Había —dice Sarmiento en otro libro— antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales, incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una, española, europea, civilizada; la otra, bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir

de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen, y después de largos años de lucha, la una absorbiese a la otra".<sup>10</sup>

Sarmiento (que fué siempre un "bárbaro americano", por su estilo, su carácter y sus ideas, era un hombre de cultura auténtica, no un "civilizado" de repetición), señala ahí una de las características de su país, y, a la vez, uno de los motivos por los cuales, después de un auge rápido, se estancaría en forma desconcertante, paralizando el crecimiento de su población, que ha sido velozmente superada por la del Brasil. No se produjo ello tan sólo por falta de inmigración sino, quizá, a causa de ésta. Entregada Argentina a Europa, por su sociedad "española, europea, civilizada" (usando los términos de Sarmiento), descuidó sus valores permanentes, la necesaria audiencia a la geografía, la necesidad de romper los moldes feudales que el latifundio dejó intactos, de dar a las palabras "civilización y cultura" su único sentido constructivo posible, o sea hacerlas derivar del hombre en comunión con la tierra, del hombre en función de ser que piensa, siente, produce y consume. Se le miró nada más que como hombre "que está solo y espera", según la frase de Scalabrini Ortiz; adosado, como la enredadera, a un muro urbano, las raíces al aire, sometido a los caprichos del viento.

Semejante antagonismo, repetido con más o menos intensidad en toda América, sin excluir a los Estados Unidos, significó una merma de nuestra personalidad. Es, pues, urgente reaccionar. Volver, como se hizo a fines del siglo XVIII, a redescubrir nuestro territorio, a normar nuestros pasos a lo que el suelo tiene de perenne, y, llegada la oportunidad de modificar, emprender la tarea paralela-

mente —hombre y naturaleza—, conservando el ritmo indispensable entre el sujeto y su escenario. Tal como sería absurdo representar el *Prometeo encadenado* de Esquilo en un proscenio decorado como para el bailete de *Copelia*, así es inadmisibile pretender que una nación de vasto territorio deshabitado no se pueble eficientemente. Y se condena a sus habitantes —hombres libres— a vivir bajo curatela de unos cuantos latifundistas. La tierra no siempre se resigna a servir, también impone sus exigencias. Desoírla, por inercia, conduce al fracaso o, por la rebelión, al caos.

Los Estados Unidos se dieron cuenta de ese flanco vulnerable de su personalidad; por eso, no trepidaron en reaccionar enérgicamente apenas hubo ocasión. Si el espíritu colonial pretendió constreñir al país entre los bordes del Atlántico y el nacimiento de los ríos que en él desembocan, la previsión republicana se lanzó contra ese prejuicio y proyectó sus esfuerzos sobre el Oeste. Ahí la vida, de acuerdo con la índole popular y aventurera de los *pioneers*, empezó siendo dura, desapacible y hasta viciosa; los puritanos tuvieron allí como rivales, durante un buen tiempo, a los legendarios mormones; allí se organizó una existencia sin ataduras. Por eso, según dice Turner, mientras que el Este de los Estados Unidos es todavía colonial y europeo, en cambio a partir del Medio Oeste principia un mundo indiscutiblemente norteamericano. Frente a Boston, clásico, puritano y evocador, alza sus rascacielos Chicago, ciudad de transición y esfuerzo, y San Francisco, puerto féerico, tan cosmopolita como Nueva York, pero americano y asiático, no europeo.<sup>11</sup>

Alberdi, el rival de Sarmiento, hombre menos inspirado pero más pragmático, concretaba el esfuerzo nacionali-

zador latinoamericano del modo siguiente: “Una nueva era se abre, pues, para los pueblos de Sud América, modelada sobre la que hemos empezado nosotros, cuyo doble carácter es: *la abdicación de lo exótico, por lo nacional; del plagio, por la espontaneidad; de lo extemporáneo, por lo oportuno; del entusiasmo, por la reflexión; y, después, el triunfo de la mayoría popular, sobre la minoría impopular*”.<sup>12</sup>

Cada uno de los términos enumerados por Alberdi, como contrapartida a lo europeo, lleva indisolublemente implícito el sentido de *la tierra*, de la geografía.

Igual movimiento, “sin prisa ni reposo”, se opera, desde tiempo atrás, y cada día se perfila con más nítidos contornos. Algunos tratan de contenerlo, esgrimiendo lo europeo a modo de insuperable tope, como si no tuviéramos a la vista el ejemplo actual de los Estados Unidos, modelando ya su cultura dentro de propios cánones; el de la China milenaria que elaboró la suya antes de que Europa dejase de ser bárbara, y la mantiene; del imperio de los incas, cuya metodización estadual no ha tenido igual en la historia de la humanidad.

Defendiendo certeramente la colaboración occidental a nuestro desarrollo, decía Luis Zulueta que la cultura europea “en su fondo perenne no es europea, sino humana. Sócrates, Marco Aurelio, Dante y Goethe no hablaron para el ateniense o el romano, para el mercader florentino o para el pequeño burgués de Francfort o de Weimar, sino para el hombre universal del Antiguo o del Nuevo Mundo. El Evangelio no conoce fronteras. Shakespeare o Cervantes son tan clásicos en Boston o en Bogotá como en Stratford-on-Avon o en Alcalá de Henares”.<sup>13</sup>

Lo malo es que los preceptos del Zend Avesta, de Buda y Confucio, los textos del Ramayana y el Popol Vuh, las *Confesiones* de San Agustín, el *Martín Fierro*, los *Cantos de vida y esperanza*, tampoco fueron escritos para Kopan, Pekín, Susa, las orillas del Ganges, la ciudad de Hipona, Buenos Aires ni León de Managua, sino para el hombre universal, para el ciudadano del Mundo (ni "Nuevo" ni "Antiguo", distingo que los no-europeos difícilmente entendemos y aceptamos). Y sin embargo, el libro sagrado de los Mayas, tan formidable como el Génesis, y el robusto poema de la pampa argentina, tan ecuménico como el *Quijote*, y los *Cantos* de Darío, tan intensos como los de Verlaine y Shelley, han fracasado en sus propósitos —si los hubieran tenido— de ser también clásicos para la gente de Stratford-on-Avon y Alcalá de Henares.

¿Por qué? No por falta de empuje ni ausencia de cualidades. Simplemente, por ser de América.

La historia nos ha desviado de nuestro camino, porque nos la sirvieron en hornos que no eran los familiares, con salsas indigestas para nuestros estómagos hechos a otra mesa, no menos complicada, pero, sí, de diferente condimento. De tal suerte se nos desvinculó, primero, del suelo, y, luego, aventados con mieses, no sobre el surco, sino al azar, cual bolos de lotería, cada cual cayó en un rincón distinto y distante, incomunicado y desconocido, y ahí acarició el único sueño permisible a su forzada insularidad: el de ser amo absoluto de su parcela o súbdito incondicional del señor de latifundio.

Los años y los hechos, los contrastes, han abierto sin embargo su camino. Las posiciones varían; hoy se vuelve, en literatura es axiomático ya, a la tentativa de reconstruir

sobre y con la tierra lo que el ansia de cielo hizo olvidar o posponer estérilmente.

Una maestra y escritora de Chile, país sin duda a menudo tocado de insistente jingoísmo, escribía de vuelta de un periplo continental: "Retorno de un viaje por las Repúblicas hermanas. Salí llevando muy adentro de mí misma la orgullosa convicción de que Chile es 'distinto' y los chilenos 'superiores' a los otros pueblos del continente. Lo que he visto a lo largo de la Costa del Pacífico, desde el Perú a México, me ha convencido de que esa superioridad no es tan absoluta, porque cada nación posee algunos rasgos de que enorgullecerse con justicia, y porque a todos, absolutamente a todos, nos deprimen idénticas miserias. He regresado no menos chilena, pero sí más americana".<sup>14</sup>

Idéntica expresión se encuentra en un joven escritor argentino, representativo —y la Argentina ha sido y es no menos arrogante y aislamentista, en su soberbia—: "De extremo a extremo este continente está recorrido por un grito, por una inmensa vibración que busca su forma. Y la forma es el espíritu en plena posesión de sus vías".<sup>15</sup>

Yo rectificaría tan sólo: "La forma es el espíritu y la tierra en plena posesión de sus vías". O mejor aún: "La forma consiste en el espíritu y la tierra en perfecta comunión".

Cuando lo comprendamos así (y esta guerra nos empuja a ello al combinar en un solo hecho democracia y cultura, necesidad y mayor consumo), se acercarán esos dos términos aún alejados e impermeables: historia y geografía. El imperio de ésta, riqueza que nadie puede arrebatarnos, dará rumbo preciso a aquélla. Paradoja singular: la tierra será el alma, no el cuerpo, de la América recuperada.

EL RACISMO CONTRA LA UNIDAD Y  
ESENCIA DE AMERICA

No hay griego, ni judío, bárbaro ni  
escita, siervo ni libre.

SAN PABLO: *Epístola a los Colosenses*,  
Cap. III, versículos 2, 9, 11.

CUANDO SE habla de raza y racismo, el profano tiende a relacionar ambos conceptos con el nazismo y las polémicas ideológicas del día. Las hubo de tiempo atrás, y lo peor, las hubo entre nosotros, hasta donde, por nuestra secular condición mestiza, es irrisorio que llegue semejante cargamento sofístico.

Es irrisorio por cuanto, sustancialmente, la raza fué, entre nosotros, un elemento de segundo o tercer orden. ¿No hemos leído, acaso, en Edgar Quinet que —conforme a investigaciones de Darwin, Rollin, Andrew Murray, Eliseo Reclus y Quetrefages— en las islas Malvinas (Falkland) los caballos se vuelven más chicos que sus progenitores europeos; que las cabras americanas tienen mamas más pequeñas que las australianas y europeas; que nuestros cerdos son también de menor estatura, y que, tocante al mismo hombre, después de pocas generaciones, el británico trasplantado a los Estados Unidos sufre visibles transformaciones: empalidecimiento y rugosidad de la piel, alisamiento del cabello, agresividad de los pómulos, sin contar los cambios espirituales? <sup>1</sup>

Keyserling, a su turno, observa: "En México y en el Perú, el español se indianiza; tales países estaban habitados por pueblos de civilización más antigua que la del español, y, por consiguiente, puede esperarse de ellos un Renacimiento de los Indios. En cambio, en Chile se europeiza el araucano, pues éste carece de civilización propia".<sup>2</sup>

Es tal la capacidad plasmadora de nuestro ambiente, que el mismo Eliseo Reclus reconoce que en los países sudamericanos, bajo la corteza española, subsiste alerta el indígena. Sobre tal base, el historiógrafo rumano Xénopol negó rotundamente el derecho de llamarnos "raza latina", como nos calificaron Gustave Le Bon y los afrancesados y aristócratas del continente.<sup>3</sup>

Spengler sostiene que ninguna raza se traslada de un continente a otro. Tendría necesidad de trasladar consigo todo el medio físico circundante. Según el antropólogo Boas, corroborado por Baxter, gentes de diversas procedencias tienden a adquirir iguales caracteres antropológicos (igual apariencia racial), a poco de residir en un lugar dado, uniformándose exteriormente bajo la acción del medio físico.

Seguramente, de no haber mediado la avalancha europea del siglo XVI, el concepto de raza —y su derivado el racismo— habría sido inoperante. Entre los indígenas existían diferencias de *casta* y *nación* más que de raza. Y aunque sea algo especioso discernir nítidamente entre las dos últimas ideas, nadie podría identificarlas sin cometer un deliberado dislate.

El europeo se caracteriza por su mentalidad eminentemente crítica, de un analismo implacable. En ese punto coinciden los católicos (totalizadores) y los protestantes (individualistas). Europa es, por antonomasia, un conti-

nente racionalista. Allí residen su miseria y su grandeza. Frente al aborigen americano, de tendencia antagónica, sincretista, místico, emotivo, ellos presentan caracteres opuestos. Mientras el indio trataba de absorber, y, por eso, terminaba sus conquistas favoreciendo traslaciones íntegras de pueblos con sus inevitables mestizajes, el blanco se mantuvo al margen, mezclándose sólo por concupiscencia. Con arrogancia, sin entregar el alma, aunque prestara el cuerpo. De tal manera se abrió un abismo entre esos dos grupos humanos —conquistadores blancos y conquistados cobrizos—, abismo no colmado por el mestizo, puesto que las discrepancias étnicas que él sintetiza residen más en el alma que en la sangre. Bien dice al respecto don Ricardo Rojas: “La raza, en sentido antropológico puede individualizarse en caracteres somáticos, pero la raza en sentido histórico es un fenómeno espiritual de significación colectiva, determinado por un territorio y un idioma. . . Hay, pues, una patria de las almas, y esto es lo que interesa a la cultura.”

De paso vale la pena notar lo que Gilberto Freyre recuerda, conforme a lo aseverado por Cannon y Keith, que hay fuerzas psicofisiológicas que actúan sobre las sociedades, además de las fuerzas económicas.

Europa, regida por el individualismo, empeñada en crear nacionalidades independientes, acentuó las diferencias particulares entre sus componentes. De tronco singular surgió esa plural floración de celtas, visigodos, ostrogodos, sajones, helvéticos, normandos, francos, etc. Cada uno de ellos provisto de patente divina para oprimir a los vecinos. Contrabandista Dios el europeo, que otorga a cada uno de sus hijos el derecho de hostilizar en nombre suyo

a sus mismos hermanos. ¿Cómo no volverse escéptico después de quince siglos de semejante juego?

Quizá, si los indios americanos practicaron también una especie de racismo, él fué de estricta índole económica y religiosa. Ocurrió entre ellos lo que ahora mismo entre los blancos de Europa: unos pretenden ser superiores a los otros con vistas a fines extra étnicos, ajenos al origen sanguíneo, más bien vinculados con ciertos objetivos como son riqueza y poder. Por ejemplo, los incas constituyeron una tribu superior a las demás del Imperio del Tahuantinsuyu, y según parece, los miembros de la familia real se casaban entre sí para evitar el contacto con grupos o razas inferiores. El Sol, Inti, no dispensaba el don de su estirpe sino a los nobles y orgullosos "orejones".

Pero con la llegada de los españoles se abrió un abismo étnico infranqueable cuyo puente acabó siendo el mestizo. Ni la ley ni la arrogancia europeas quisieron reconocer a éste. Uno de los primeros racistas, *malgré lui*, fué el P. Bartolomé de Las Casas. El generoso Apóstol de las Indias, por tratar de socorrer al desvalido indio, rubricó una fatal e injusta sentencia contra el negro, condenado a ser criatura inferior de por vida y por derecho natural... y divino. De todos modos, habría sido igual; el europeo, en su afán de legitimar su conquista, creó el mito racial que tanto ha contribuído a retardar la formación definitiva de la personalidad americana. Este es mi punto de vista.

El racismo, pues, debilitó y sigue debilitando a América. Es una superchería de origen económico y político. Eliminarlo aquí significa dar un gran paso hacia la verdadera unidad del continente. Pero sucede —y es pintoresco sin duda— que, por lo general, los racistas americanos suelen ser enemigos del nazismo y de su racismo... en

Europa, aunque lo practiquen de hecho en América. Gentes de América hay que vocean un ardiente credo democrático, y, sin embargo, no transigen con el indio, el mestizo, el negro ni el judío; ni tampoco con la igualdad de oportunidades ni con la tolerancia religiosa. Ellos son quienes, con su *nazismo implícito*, contribuyen a socavar la Democracia —invento americano, antes que griego, aunque se enfade Cronos—, no sólo en sus aspectos exteriores, sino sobre todo en sus raíces sustanciales.

Yo he asistido, en un país de los Andes, al siguiente proceso: Hasta el segundo año de la guerra mundial número 2, había un grupo de hombres ricos, blancos y “blanqueados”, algunos de abolengo virreinal, fervientes partidarios de la política represiva de tipo nazi-fascista, con todas sus consecuencias, excepto la de proclamarse abiertamente tal. El pueblo de aquel país estaba contra estos señores, identificándolos con Hitler. Después del ataque a Pearl Harbor y de la reunión de Cancilleres de Río Janeiro, aquellos auténticos partidarios del nazismo —racistas por tanto— se convirtieron en oratorios, aunque no reales, corifeos de la Democracia, sin abdicar, por cierto, de su desprecio a las “razas de color”. El pueblo automáticamente paralizó su entusiasmo por las Naciones Unidas, a causa de lo cual destacados elementos populares, realmente democráticos, fueron tildados de nazistas, precisamente por aquellos que llevan en el corazón y ostentan en sus prácticas, como inconfundible marca totalitaria, el abuso del poder, la intolerancia ante la crítica, el predominio de una raza sobre las otras y el desprecio a los no-arios, excepto a los judíos, cuya inmigración suele representar pingües negocios.

El problema del *racismo implícito y explícito* en América Latina debe ser considerado, pues, como primordial. De él depende, en no escasa proporción, el de nuestra unidad efectiva. Tanto más cuanto que por "raza" suele entenderse entre nosotros algo muy sutil y paradójico: lo mismo el origen étnico, irrevocable, que la cambiante condición económica y el más transitorio aún poder político.

Nuestro racismo es, pues, un arma de doble filo. Resolverlo aquí, como en Norteamérica, lleva implícita la solución del problema de la unidad del Hemisferio y el cumplimiento de una efectiva democracia.

Por eso, basta exponerlo con la mayor parquedad posible. Otro procedimiento significaría aumentar sus peligros, tanto más cuanto que el concepto de raza, si bien constituye una poderosa consigna de combate, dista en cambio mucho de poseer un claro contenido conceptual. El profesor Lipschutz dice al respecto: "No existe medida del valor biológico racial en la especie humana. Para ello 'tenemos que entendernos arbitrariamente'. Desde el punto de vista del primer Rothschild o de Pierpont Morgan, el valor biológico de los hombres se mide por la capacidad de formar fortuna; desde el punto de vista de un entusiasta del atletismo, la medida del valor biológico racial será probablemente muy distinta de la de un entusiasta de la filología castellana. Cada época, cada clase social y hasta cada profesión tiene su propia medida del valor biológico racial. Así no nos queda otra cosa que atenernos a lo que a nosotros *nos gusta* en cosas biológico-raciales."<sup>4</sup>

Agrega que una cita de Tácito sobre los germanos podría aplicarse exactamente a quechuas y araucanos, y que *entonces*, en tiempos romanos, los hombres del norte eran salvajes y bárbaros.

Surge a este respecto un segundo problema, acaso único en el mundo, y que marca una diferencia radical entre el modo de enfocar los problemas étnicos en Europa y América; una inversión completa de la cuestión, semejante a la que observamos en otros campos.

Tal como entre nosotros, a partir de la interferencia hispana, primero vino la ley y después la costumbre, primero la liturgia y después la fe, primero la gramática y después el idioma, primero la lírica y después la épica, primero el metal precioso y después el útil, primero el estado y después la nación, primero el imperialismo y después el capitalismo; de igual manera *en América Latina, contra toda norma, la evolución social es anterior a la evolución biológica.*

El hecho abraza, por igual, a la América hispana y a la portuguesa y —aunque menos— también a la sajona.

Así, Euclides Da Cunha, en su memorable *Os Sertões*, afirma perentoriamente el hecho en Brasil: “Creemos que esto [se refiere a los estudios sobre el tipo étnico brasileño] ocurre porque el objeto esencial de estas investigaciones se ha reducido a la indagación de un tipo étnico único, cuando, en verdad, *hay muchos. No tenemos unidad de raza. No la tendremos tal vez nunca.* Estamos destinados a la formación de una *raza histórica* en un futuro remoto, si lo permite un dilatado tiempo de vida nacional autónoma. Invertimos, bajo este aspecto, *el orden natural de los hechos.* Nuestra evolución biológica reclama la garantía de la evolución social”.<sup>5</sup>

Concordante con esto, el profesor Lipschutz observa, en un trabajo sobre sus experiencias en Bolivia, que allí había oído la expresión “más cholo”, queriendo significar “más pobre” o “más desamparado”.

González-Prada, refiriéndose al indio peruano, lo definía, desde 1904, como "raza social". Cualquiera puede volverse indio o semi-indio, "como indio", si sus condiciones económicas desmejoran notoriamente.<sup>6</sup>

El venezolano Arcaya corrobora este criterio al escribir: "El término *blancos*, más bien que indicativo de raza puramente de este color, era una *calificación legal* que abarcaba así a los individuos de casta europea como a los mestizos, esto es, a las personas que tenían sangre indígena mezclada con la blanca *legítimamente o por bastardía*. Subdividíanse los blancos en nobles y del estado llano (en el que predominaba el mestizaje), grupo cuyas fronteras estaban indecisas".<sup>7</sup>

Subrayo: "El calificativo de blanco era una denominación legal que abarcaba también a los mestizos". Los mestizos "lograban obtener de las autoridades que se les declarase en posesión del estado de blancos" mediante ciertos requisitos *ordinariamente de tipo financiero*.<sup>8</sup>

El historiador mexicano Luis Chávez Orozco anota, en una clasificación que él propone según el tipo de la producción durante la colonia, que el blanco era asimilado por los realmente blancos *o por los mestizos*, y viceversa, *según su condición social*.

En el Perú es frecuente el calificativo de "blancos" a los que mandan (sobre todo en boca de negros y mulatos).

A conclusiones análogas llegan Haya de la Torre (1927) y José Carlos Mariátegui (1928).<sup>9</sup>

También en Brasil se prohibía a los negros, durante la época colonial, el uso de "ornatos de cierto lujo".<sup>10</sup>

En suma, el concepto de raza sufría y sufre en América Latina una interpretación varia y hasta contradictoria: raza *biológica*, raza social (identificando a la gente por su po-

sición económica) o *raza legal* (por su condición social y política). Esta última, por lo demás, constituye un *estamento* antes que una clase o una raza, pero el uso ha consagrado el último de estos términos, y es así como se la reconoce en el lenguaje corriente.

Ya desde la época colonial se advertían tales fluctuaciones. En la *Novísima Recopilación* aparecen notas sobre los trajes que debían usar los súbditos de los virreinos. Según eso, el empleo de la manta se reservaba a los nobles, de donde deriva el nombre de "mantuanos" dado en Venezuela a los españoles de cierto linaje. Esto explica también el sentido social del episodio de los "caballeros de la capa", como se denominó en el Perú de 1540 a los partidarios de Almagro, porque no tenían sino una capa con que salir a la calle; y era que un hombre reputado de noble o asimilado a tal, no podía salir sin aquel instrumento revelador de su alcurnia social.<sup>11</sup>

Una ley datada en 1571, corrobora esto. Decía así: "Ninguna negra, libre o esclava, ni mulata traiga oro, perla ni seda; pero si la negra o mulata libre fuere casada con español, puede traer unos zarcillos de oro, con perlas y una gargantilla, y en la saya un ribete de terciopelo, y no pueden traer ni traigan mantos de barato ni de otra tela, salvo mantenillas que llegan poco más abajo de la cintura, pena de que se las quiten y pierdan las joyas de oro, vestidos de seda y mantas que trajeren".<sup>12</sup>

El historiador José Agustín García confirma lo anterior en lo referente a la Argentina: "el factor económico actúa en el alma colonial desde los primeros años, dividiendo a criollos y españoles".<sup>13</sup>

El general Mitre, a quien no se puede tildar de exagerado en sus juicios sobre mestizos e indígenas, reconoce

Desde 1530 los indios ni siquiera podían poseer caballos. Lo dicho respondía, por cierto, a una política uniformemente huraña hacia todo lo que no fuera español ni católico.

Sumamente aleccionante es, por eso, el edicto contra los judíos promulgado por los Reyes Católicos en 1492, el año del primer viaje de Colón a las Indias Occidentales. “Mandamos a todos los judíos e judías —dice— de cualquier edad que sean, que viven e moran e están en los dichos nuestros Reynos e Señoríos, así los naturales dellos como los non naturales. . . que salgan. . . con sus fijos e fijas e criados e criadas e familiares judíos, así grandes como pequeños”, pudiéndose llevar consigo “sus bienes e haciendas. . . con tanto que no saquen oro ni plata ni moneda amonedada ni las otras cosas vedadas por las Leyes de nuestros Reynos, salvo mercadería, e que non sean cosas vedadas o en cambios”.

El criterio crematístico de tal disposición concuerda con el objeto de la concesión que Carlos V hizo en 1528 a los alemanes Enrique Ehinger y Jerónimo Seyler, así como con los posteriores otorgamientos de la calidad de “blancos” a todo mestizo que pagara determinados censos, cánones o donativos.

Repetimos, durante el gobierno de Carlos V (quien acentuó premeditadamente su españolismo, como contrapeso a su cuna germánica) las diferencias sociales fueron más de índole económica que de sangre o de nación, pero se trocaron después del gobierno de Felipe II en diferencias de tipo pronunciadamente religioso y político.

Posteriormente, hacia 1700, con el cambio de dinastía que abrió las puertas de España a lo francés; con la paz de Utrecht que reinicia el contacto oficial con los británi-

1808, y con los reinados del liberal Carlos III y del forzadamente libertino Carlos IV, el criterio se hace más realista, más *terre à terre*. Ya no son los grandes ideales sino los pequeños intereses y prejuicios los que rigen la vida de las colonias. El racismo experimenta, desde luego, las fluctuaciones consiguientes.

Así, el Padre Prefecto Fray Miguel de Olivares, que redacta una *Noticia del Estado en que han tenido y tienen estas misiones de capuchinos de la Provincia de Caracas, desde el año de 1658 hasta el de 1745*, confiesa con adorable candor: "Los naturales conservan de padres a hijos la memoria de las crueldades que hicieron con sus antepasados los primeros españoles".

A su turno, los españoles pagan en la misma moneda aquel prejuicio tradicional de los indígenas. Un acta del ayuntamiento de Caracas, correspondiente al 14 de abril de 1796, establece: "Los pardos, mulatos o zambos cuya diferencia en la común acepción no es conocida o casi es ninguna tienen el *infame origen* de la esclavitud y el torpe de la ilegitimidad".<sup>17</sup>

Después de esto se necesita muy poco para fijar criterio acerca del racismo virreinal en América. "El infame origen de la esclavitud" (que se refiere concretamente al negro) y "el torpe de la ilegitimidad" (que comprende a indios y sobre todo a mestizos) señala con marca de fuego a las razas *inferiores*, pero, muy claramente, por causas sociales. Además de la desventaja de haber nacido en América, de vivir en cercados o reducciones, de no poder contraer matrimonio sino en determinadas condiciones, de no ser dueños plenos del suelo que trabajan, tenían sobre sí el estado de esclavitud y de ilegitimidad.

que prácticamente sólo hubo tres razas en la América colonial ibérica: (españoles europeos, *criollos hispanoamericanos* y *mestizos*, indios y negros). Y agrega: “Los españoles constituían la raza privilegiada, conquistadora, que, por la simple razón de su origen, tenía la preeminencia política y social”; mas “los criollos representaban el mayor número, y... la potencia civilizadora de la colonia”.<sup>14</sup>

Si bien las leyes de Indias establecían procedimientos humanitarios uniformes para la población nativa, no se puede negar que rara vez se cumplían del todo. El primer virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela, pagó con la cabeza su osadía de pretender ponerlas en práctica (1544). El vulgo llamaba, por eso, a tales leyes “hostias sin consagrar”: eran disposiciones que “se acataban, pero no se cumplían”, según la especiosa fórmula jurídica adoptada por los magistrados. Ante tales eufemismos, un poeta andaluz de nacimiento, pero limeño de corazón, Juan del Valle Caviedes, decía zumbonamente hacia 1680, refiriéndose a un médico jorobado:

más torcido que *una ley*  
*cuando no quieren* que sirva...  
 ...Porque las *leyes torcidas*  
 piden testigos *jibados*<sup>15</sup>

Así como, en la actualidad, existen campos de concentración en los países racistas, entonces existían en las afueras de las ciudades “cercados” donde obligatoriamente debían residir los indios, costumbre que ya habían tenido los romanos y que dió origen a esa palabra de antagónico sentido y una sola raíz: hostil y hostelero.

Hasta hoy se conserva en Lima el barrio del Cercado, que fué el barrio de los indios, al lado exterior de las antiguas murallas. Los ejidos, en torno a las ciudades, eran, en cierto modo, una representación de lo mismo.

En la casa de Bolívar en Caracas, como en todas las mansiones solariegas americanas, hay dos patios de esclavos, uno para los varones y otro para las hembras, a fin de que, a costa de evitar o regular el apareamiento, se conservaran mejor las fuerzas de los trabajadores.

Un hecho ocurrido en México revela hasta qué punto este sistema traía consigo injusticias e incalificables abusos.

Desde 1598, se había dispuesto que los indios se reuniesen en pueblos y congregaciones, a fin de facilitar la cobranza de los impuestos y el despojo de sus tierras. Dichos pueblos de indios no tenían más de 600 varas de radio. Lógicamente quedaba abolida en ellos la propiedad individual, y era forzoso el cultivar colectivamente los bienes concejiles. La comunidad tenía su Caja; pero el Reglamento de Intendencias estableció que los naturales no podrían recibir auxilio de esa Caja sin permiso de la Junta Superior de Real Hacienda, cuyos trámites resultaban tan enredados y morosos, que daban un carácter ilusorio a tales préstamos; de tal suerte acarrearán todo lo colectado hacia las Cajas Reales. Pues bien, en 1798, o sea ya al finar la colonia, sólo el Intendente de Valladolid (México) remitió a Madrid 40,000 pesos fuertes, por no haber quien reclamase su propiedad, pero diciendo que se trataba de un don "gratuito y patriótico que los indios de Michoacán hacían al soberano para ayudarlo a continuar la guerra contra Inglaterra". ¡Y los pobres indios ignoraban qué era Inglaterra y mucho más en dónde se hallaba! <sup>16</sup>

éstos hubieran fundado ghettos en la misma Palestina, patria de los judíos?

A través de las perspicaces observaciones de Humboldt, vemos el cuadro general de las *castas* —razas— de América hispana en las vísperas de la guerra de Independencia. Resentimiento, arrogancia, represión y disimulo cualquiera; en suma, nada de cordialidad entre los miembros de un mundo, sin embargo, de origen y destino comunes.

La rebelión del negro Miguel y sus hermanos de raza en Coro, el año 1797, fué un síntoma. Aquella ingenua república “a la francesa” carecía de base real, pero le sobraban fundamentos sentimentales; en suma, psicológicos y económicos.

Muchos indios continuaron sirviendo a los españoles en la guerra por la emancipación; pero los negros no, ellos formaron batallones para defender la causa que, en muchas partes, inició su tarea por devolverles la libertad.

Consciente de ese drama, latente en toda la América hispana, Bolívar, profundo conocedor de los problemas del continente, lanzó su proclama para la “guerra a muerte”. Recordemos sus términos:

“Españoles canarios contad con la muerte aún siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aún cuando seáis culpables”.<sup>20</sup>

En suma, la lucha se planteaba dentro de los dilemáticos términos de americanos *versus* ibéricos, una raza contra otra, a pesar de que los liberales hispanos secundaban el movimiento insurreccional de los criollos de América, y en cambio los latifundistas criollos se resistían a perder sus privilegios económicos, aunque para esto tuvieran que sacrificar la independencia política de su patria.

Hasta ahora hay quienes, para desventura nuestra, piensan y obran así.

Resumiendo: El advenimiento del europeo creó el problema racial en América Latina. Eso significó una expresa negación del cristianismo, a cuyo amparo, sin embargo, se desarrollaba la Conquista. Como el varón ibérico vino sin mujeres —o muy pocas— tuvo que mezclarse con las indígenas. Rara vez fué un mestizaje de amor. La acción de la madre indígena acentuó los rasgos psicológicos en su prole; la ley, en cambio, trata de asimilar al mestizo. Económicamente, éste trató de inclinarse hacia su rama paterna y subconscientemente no pudo evadirse de la materna. Producido el mestizaje, la única razón válida para mantener la separación de razas fué de índole *social* o *legal*. Tuvimos, pues, diferencias de razas, social y legalmente hablando, no biológicamente. Por tanto, ese racismo es superpuesto; fruto deliberado, no espontáneo ni orgánico. Como en todo el problema de la raza, también lo deliberado tiende a desunir a América; pero el mestizaje, fruto espontáneo, antirracista, mantiene y acentúa la unidad esencial en que descansa nuestro futuro.

Pero las Cajas Reales se habían enflaquecido mucho a raíz de las derrotas guerreras. A punto estuvo España de perder hasta la isla de Cuba. La Habana fué ocupada por los ingleses y Buenos Aires llegó a verse invadida por los mismos. Entonces todo se volvió negocio.

El 3 de agosto de 1801, una Real Cédula autorizó que los hijos de padres no conocidos (el "torpe origen de la ilegitimidad") pudieran servir el oficio de escribanos, siempre que pagasen 6,000 reales de vellón; podrían aspirar al privilegio de hidalguía, si oblaban 107,000 y al distintivo de Don, con 1,400; 700 reales costaba la "dispensación de la calidad de pardo". Si se trataba de quinterones, debían pagar 1,100 pesos por la exención.<sup>18</sup>

¿Qué queda ya de los fundamentos teológicos, jurídicos y políticos del racismo, sino un mero espantajo que se desvanece a cambio de unos cuantos doblones? ¿En qué se funda la arrogancia de las llamadas "razas superiores", si un puñado de oro basta para aclarar el color de un pardo y atenuar, si no borrar, el "torpe (origen) de la ilegitimidad" y el "infame de la esclavitud"?

Por esos años, entre los extranjeros ilustres y acuciosos que visitaron América, aparece uno de excepcional mérito, Alejandro von Humboldt.

Humboldt vino a estas tierras como una especie de enviado extraordinario de aquel rey sin corona que dominaba el mundo intelectual europeo de aquellos tiempos: Juan Wolfgang Goethe.

Sus observaciones, hechas en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, constituyen aporte fundamental para el conocimiento de América. En uno de los vigorosos libros que publicara sobre nuestro continente, apunta lo que sigue: "En las Indias Occidentales se distinguen

blate castas, a saber: 1º los españoles nacidos en Europa; 2º los españoles nacidos en América, llamados criollos; 3º los mestizos, descendientes de blancos e indios; 4º los mulatos, descendientes de blancos y negros; 5º los zambos, descendientes de indios y negros; 6º los indios y 7º los negros, con las subdivisiones de zambos, prietos, producto de negros y zambos; cuarterones, de blancos y mulatos; quinterones, de blancos y cuarterones, y saltoatrás, la mezcla en que el color es más oscuro que el de la madre”.

Y agrega lo siguiente que parece reflejar los escalones del racismo: “En Venezuela, a todas las personas que no eran de raza pura se les llamaba habitualmente “pardos”, casta que a fines de la Colonia componía *la mitad de la población total*. Los domingos y fiestas podía verse en los templos un cuadro vivo de las castas. A la Catedral concurrían preferentemente los blancos; a la Iglesia de Candelaria, los isleños, de Canarias; a Altagracia, los pardos, y a la ermita de San Mauricio, los negros”.<sup>19</sup>

Explicando este fenómeno y sus conexiones, más graves aún, sigue diciendo: “La ley prohíbe la mezcla de castas; prohíbe también a los blancos establecerse en los pueblos de indios, y a estos domiciliarse entre los españoles. Esta distancia puesta entre unos y otros estorba la civilización. Las castas descendientes de negro esclavo están dotadas de infamia por la ley y sujetas a tributo. Dotados estos hombres de color de un carácter enérgico y ardiente, viven en un estado de constante irritación contra los blancos; siendo maravilla que su resentimiento no los arrastre con más frecuencia a la venganza”.

¿No vemos aquí una postiza institución racista, que erige especies de *ghettos*, con la agravante de que los estableció *para el nativo*? ¿Qué diríamos de los ingleses si

población es aborigen. Sea en Bolivia, sea en Ecuador, en Perú, Venezuela, Colombia, aun en Chile, en donde el 'roto' (hombre andrajoso) mestizo no podría ser considerado de ninguna manera como miembro de nuestra raza. A despecho de afirmaciones contrarias, el viajero que sabe ver, no se engaña de este respecto: sabe bien que se encuentra ahí en presencia del indio. Entre estos mongoloides, cuyo tipo introduce en este lejano hemisferio no sé qué aspecto del Extremo Oriente, la raza blanca pura no se halla representada sino por algunas familias españolas provenientes de la colonización original, aristocracia terrateniente, y hasta ayer todavía directora, la cual no constituye sino un porcentaje ínfimo de la población".<sup>3</sup>

El conde Keyserling, al señalar la taciturnidad como elemento constitutivo de la psicología sudamericana (carácter que hace que "cuanto más grave es el conflicto más retenga la voz"), recuerda que en Sudamérica el factor hombre descansa sobre una inmemorial base india; y, puesto ya a divagar respecto a las altimesetas bolivianas, agrega el Conde: "A mi juicio, estos indios son mucho más antiguos de lo que la investigación histórica admite. ¿Por qué viven a tan insensata altura? Sin duda, se refugiaron aquí arriba cuando por el Este y el Oeste se hundieron en el Océano continentes enteros o gigantescas islas".<sup>4</sup>

Una reciente viajera norteamericana opina así de los indios chilenos: *In these modern days, Araucanians, like so many peoples complacently considered inferior are producing individuals quite equal to whites in creative imagination and ability to conceive abstract ideas.*<sup>5</sup>

Desde otro punto de vista, considerado cuantitativamente, el indio cubre en realidad la América Latina. Si, en tiempos de Humboldt, éste anotaba que frente a 3.276,000

los supuestos blancos, había 7.530,000 indígenas, más 120,000 salvajes (prácticamente, 8 millones), hoy día la diferencia es mucho más marcada.

Concretándonos a México, donde, cuando vino Humboldt, se calculaba (esos cálculos criollos) a los indios puros en 3.700,000 y a los blancos en 1.230,000, hoy las cifras son, sobre 20 millones de población total, 20 % de blancos, 40 % de mestizos de indio y blanco y 30 % de indio puro. Entonces se daba a Perú y Chile una población de 1.030,000 indios contra 465,000 blancos, sin contar a los negros y sus derivados. Hoy entre ambas repúblicas pasan de 12.000,000, y sólo en Perú hay alrededor de 5 millones de indios y mestizos aindiados, y en Chile, más de 100,000 indios y un número inmensamente superior de mestizos aindiados, muchos de ellos tenidos por blancos.

Un cálculo sumamente modesto de Angel Rosenblat señala, para 1492, 1 millón de indios en Norteamérica, 5.600,000 en México, América Central y las Antillas y 6.785,000 en América del Sur, total: 13.385,000.<sup>6</sup>

En 1930, sólo al Sur de Río Grande la población indígena era de 15.132,744, y la mestiza de indio de 30.933,335, cálculos sumamente prudentes, superados por la realidad.

Antes de la llegada de Colón y sus seguidores, América era una cobriza masa humana, diferenciada según el nivel económico y cultural y las modalidades del territorio ocupado. Los nómadas del desierto, sea en las Montañas Rocallosas y los desiertos de Arizona, como en los de Nevada y Utah, y en la región de los Grandes Lagos en el Norte, así como los de la pampa argentina, los llanos de Venezuela y los bosques brasileños, llevaban vida semejante. En cambio, los hombres de las altiplanicies (actua-

## IV

# ATAQUE Y DEFENSA DEL INDIO

Aquí descansa Manongo  
De pura raza latina:  
Su abuelo emigró de China,  
Su madre vino del Congo.

M. GONZÁLEZ-PRADA, *Grafitos*, París, 1937, p. 175.

### I

“¡OH INDIAS, madre de extraños, abrigo de forajidos y delincuentes! . . . ¡Oh, Indias, madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales!” exclama un cronista del siglo XVI, al contemplar el doloroso espectáculo de América. “Madrastra de vuestros hijos”, “destierro de vuestros naturales”, “madre de extraños” he aquí tres calificativos que podrían servir de base para una letanía a este Nuevo Mundo, que da tan continuas pruebas de su exuberante generosidad para el foráneo y de desatención para lo propio.<sup>1</sup>

Entre los elementos que más nos diferencian de Europa, no figuran sólo la cultura, la historia y la raza, sino también la psicología. Carecemos del orgullo con que los franceses lucen a sus salvajes abuelos, los druidas celtas y los guerreros francos; los alemanes, a sus rudos germanos; los italianos a esa parvada de bárbaros soldados de la Antigua Roma, y a sus *condottieri* y *banditti* del Renacimiento. Nosotros, como pueblos donde quienes llevan la voz cantante son los que menos derecho tienen a llevarla, nos

mostramos olvidadizos respecto a nuestro pasado autóctono, y unilaterales e intransigentes respecto al ibérico.

Cualquiera que haya recorrido América Latina sabe esto de memoria. En un Seminario de Estudios Sociales Interamericanos reunido bajo los auspicios de la Universidad de Denver, Colorado, en Nueva York, del 2 al 6 de diciembre de 1941, Jesús Silva Herzog, economista mexicano, propuso adoptar la siguiente conclusión: "El continente americano se divide en dos partes: pueblos bien nutridos y pueblos mal nutridos. En los primeros existe optimismo, seguridad, salud, alegría, industria, riqueza; en los segundos, pesimismo, desconfianza, enfermedad, tristeza, agricultura primitiva, minería y, sin embargo, pobreza. La mayor parte de los Estados Unidos, las orillas del Plata, Río de Janeiro y São Paulo, son los prototipos de la primera clasificación. El resto de América queda íntegramente comprendido en la segunda".

Por su parte, doña Amanda Labarca resume así nuestra situación: "Hibridación ética y social incompleta, población insuficiente dada la extensión del territorio, miseria profunda en las clases populares, ausentismo espiritual o material en las superiores y producción menor de la necesaria para costear el proyecto de las masas, se hallan en todos" (los pueblos indoamericanos).<sup>2</sup>

Los extremos de ésta son, según la misma escritora, "arriba una [capa social] que blasona de blanca inmaculada; abajo, una cobriza pura".

El profesor Siegfried había escrito antes: "Las clases superiores —no me atrevo a decir 'las clases dominantes'— son de tipo europeo, seguramente, como asimismo una especie de clase media en formación, que trata de liberarse de la herencia indígena; pero el fondo de la

## 2

En general, ningún observador extranjero niega el predominio de lo indio en la composición étnica y social de América Latina. Menos aún la del mestizo. Sin embargo, hay algunos latinoamericanos que se afanan en rechazarlo o disminuirlo sistemáticamente. Es como si se sintieran manchados por un pecado juvenil, y se esforzaran en borrarlo a costa de una metódica —y cerrada— negativa.

No hay peor azote del católico que el abjurante. Los sacerdotes que cuelgan los hábitos suelen destacarse por su radicalismo sistemático. El caso de Ernesto Renán es suficiente prueba. Si se necesitara otro, bastará citar el de Vigil, en el Perú. Uno de los libros contemporáneos más fría y documentadamente destructores del dogma católico es el titulado *La crisis de la fe religiosa*, por el ex-sacerdote Armando González.

Lo propio pasa con los comunistas que dejan de serlo. Nadie tan enconado como Jacques Doriot, hombre que evolucionó de la extrema izquierda hacia el fascismo y a la colaboración con el invasor alemán.

Cuando un indio, sin contextura moral, o un negro, sin médula, alcanza altas posiciones, suele convertirse en el peor enemigo de su raza. En Felipillo, el intérprete felón, que tergiversó conscientemente las declaraciones del Inca Atahulpa hasta llevarlo al patíbulo, se encarna el Judas indígena.

Por otro lado, la novedad de ser blanco seduce con el mismo señuelo que la casa recién adquirida, las oropelescas amistades y el auto flamante al que nunca supo de tales expansiones, al nuevo rico. Suele éste exagerar su inexistente aristocracia y caer en el ridículo, olvidar a sus amigos

y familiares de antaño, sacrificando su fuero íntimo en el altar de su vanidad de advenedizo.

Con el blanquismo y el antindigenismo de algunos indoiberos o latinoamericanos, pasa igual. Hasta concurren en ello el vergonzante rechazo de lo nativo y una repugnante adulación de "nuevo rico" a la raza que se supone superior. Con lo cual no se borran los hechos. La terca realidad se impone a los sentidos valiéndose de esos cabellos duros como cerdas, de esos pómulos como ménsulas, de esas bocas carnosas y sensuales, de esos ojos acechantes y sombríos, de esos largos silencios observadores, frecuentemente desconfiados, de esos tórax anchos y abombados, de esa implícita malicia en la sonrisa parca, de esa taciturnidad aparente, tras la cual retoza una socarronería corrosiva.

El indio pervive, a través de todos los embates, gracias a la suculenta cooperación del medio y de la historia.

Entre los países en donde frecuentemente se rechaza la idea de toda vinculación con el indio, o se tiene de éste una idea peyorativa, sobresale Argentina. Su inmigración, traída en gran parte con el objeto de desplazar al trabajador criollo con otro más barato y más fuerte, pretende cerrar el paso a la historia; su proximidad a Europa trata de cubrirse de un occidentalismo que se esfuma en cuanto surge la congénita afición a "patotas" y "cachadas".

"Puede ser que en nuestra capital —dice una porteña— y aun en las grandes ciudades del interior, se manifieste un cierto despego por lo autóctono, pero existe un subconsciente indio que aflora a la superficie en el correntino que entona en guaraní sus dulces cantares o en el norteño que llora en la quena sus penas más hondas. Hay reminiscencias indígenas en la joven de Santiago, Catamarca y la Rioja, que trabaja en sus telares con los motivos de

les Bolivia, Perú, México y la meseta de Cundinamarca), pegados a la entraña del Ande, lograron constituir vigorosos núcleos civilizados.

Hubo sustancial unidad étnica, pero no así cultural ni idiomática. Sin embargo, resulta demasiado exagerada la ya citada afirmación del historiador peruano Jorge Basadre, cuando, según vimos, dice: "la existencia de una raza indígena implica una unidad meramente aparential, porque entre los indios hay grupos étnicos, idiomáticos y culturales de los más variables".<sup>7</sup>

Las mismas diferencias, si no mayores, hubo y hay entre los grupos blancos que pueblan Europa: rusos, polacos, lituanos, estonios, eslovacos, húngaros, magiares, austríacos, checos, prusianos, bávaros, flamencos, galos celtas, bretones, meridionales, anglos, sajones, normandos, escandinavos, visigodos, latinos, iberos, fenicios, mozárabes, levantinos, judíos, etc. Difícil rompecabezas que lejos de frustrar la unidad europea, la robustece.

Considerar, revaluándolos, estos problemas referentes al indio, suele conducir a posiciones polémicas, a menudo caprichosas. Unos se enamoran de lo ibérico o europeo, cerrando ojos y oídos a lo autóctono. Otros, exagerando a su manera la nota, subrayan en demasía el aporte indio, y le otorgan una calidad belicosa y dialéctica. Algunos, más superficiales que trascendentales, adoptan un punto de vista episódico. A eso alude Aída Cometta Manzoni al establecer un distingo fundamental entre los "indianistas", que miran al indio "como un ente abstracto" —paramental, agrego yo—, y los "indigenistas" que lo juzgan como un problema "humano" —social, añado por mi parte.<sup>8</sup>

A este llamado "indigenismo" se le ha confundido arbitrariamente en los últimos tiempos con el marxismo.

Mas no es sólo un fenómeno económico y político: posee también su contenido psicológico, que se revela en modos espirituales y de hablar, de suerte que un oído experto diferencia, fácilmente, al oriundo de México del colombiano, al peruano del boliviano, al argentino del chileno, etc.

“El chileno de hoy —escribe Haya de la Torre, que conoce bien los pueblos de América Latina— es tan enérgico y fuerte como el araucano de ayer. Así, el mexicano, como el pacífico peruano (boliviano, ecuatoriano, nordargentino y sudcolombiano). En Costa Rica hay indios apenas, pero existen mucho en la psicología indígena, de mejor y más pura. Alguna vez observé a yucatecos y guatemaltecos que en ambos pueblos se habla castellano con entonación maya”.<sup>9</sup>

Puede pensarse de lo dicho lo que se quiera, pero no hay cómo negar la exactitud de los hechos en que se funda. La prioridad del indio y del mestizaje aindiado (o telúrico, diría yo) está vigente. Moisés Sáenz afirmaba que “los hechos del mundo americano incluyen tanto al indio como las aportaciones occidentales, y, al trasplante español, el indio no ha muerto ni morirá, y aun si se le quisiera matar no morirá”.<sup>10</sup>

Más tajante e irónico, J. M. Puig Casauranc hacía esta amarga reflexión: “Seríamos injustos hasta llegar a lo absurdo si aquí, donde aceptamos y recibimos todas las sangres, la única que nos pareciera despreciable e indigna fuera la sangre autóctona de nuestra América, la que hizo las glorias genuinas de la civilización americana”.<sup>11</sup>

Aunque parezca inconcebible, hay quienes sostienen tal absurdo.

decoración de sus antepasados quechuas, y en el alfarero de Salta y Jujuy, que pinta en el lenguaje de algunos, influido por una misma cadencia regional, derivada de los idiomas quechua, y en el color cobrizo de muchos rostros que no son tostados por el sol. Y, en fin, palpita el indio en la música popular de tierra adentro y en las páginas literarias de Ricardo Rojas".<sup>12</sup>

El hecho de que aún subsistan 50,000 indios puros en el Chaco argentino y 100,000 en la Pampa, es menos elocuente que lo arriba dicho. Cuando uno recorre, no digo ya la Argentina, sino las mismas calles de Buenos Aires, y examina los tipos humanos, encuentra rasgos (el pelo duro y nigérrimo, los pómulos salientes, cierta visible desconfianza, "a la defensiva" diría Ortega y Gasset, y a la vez cierta contenida crueldad) propios del indio nómada y perseguido, en más de un rostro de gente que sale del Jockey Club y del Círculo de Armas.

Pero los argentinos suelen llamar indio sólo al salvaje o analfabeto. Al obrero "coya", los industriales de Jujuy no quieren considerarlo como indio porque es "cristiano y civilizado". Los informes escolares de Jujuy también se niegan a llamar indios a los alfabetos. La confusión no puede ser más evidente.<sup>13</sup>

Un trabajo sobre algunos rasgos psíquicos del niño argentino en la escuela, pinta a éste como un ser "huraño, desconfiado, apático y perezoso", que a menudo se siente "gente aparte" y que en los recreos permanece pegado a la pared, en actitud de acecho. Varias profesoras explican esto como caso de "inconsciente colectivo", es decir, porque las razas aborígenes guardan todo el dolor ocasionado por la pérdida de sus tesoros culturales, y sus tierras, desde luego. El indio siente su derrota como raza; algunos, como

los coyas, hacen que la quena llore su tristeza infinita. Es esa derrota secular la que ha determinado en el alma del indio actual esa indiferencia y falta de iniciativa que no manifestaron sus antepasados". "Hablar del indio [en la Argentina] es hablar de su miseria".<sup>14</sup>

En los últimos años, más concretamente desde que Ricardo Rojas inició su campaña autoctonista, han surgido muchos escritores que estudian y valoran el aporte indígena a la cultura argentina. Las obras clásicas son, sin duda, *El país de la selva*, *Blasón de plata*, *Eurindia*. Siguiendo sus huellas han aparecido glosadores estéticos de lo indio como Angel Guido, ensayistas como Ezequiel Martínez Estrada y Pablo Rojas Paz, folkloristas como Feijóo, Félix Molina Téllez, L. Gudiño Kramer, Juan Draghi Lucero, poetas como Rafael Jijena Sánchez, etc.

Esta tendencia hacia la revalorización de uno de los factores de la nación argentina ha ganado también a sectores de marcado europeísmo, como Don Juan B. Justo, el fundador del partido socialista argentino, y el criminólogo italiano Enrico Ferri (quien lo expresó sin ambages en un acto público durante su visita a Buenos Aires). J. B. Justo, digo, escribía en 1926, respondiendo a una nota de la Federación Indígena Obrera Regional Peruana: "No concebimos el desarrollo del socialismo en la América de lengua española sin que sus beneficios alcancen, en primer término, a la población trabajadora e indígena, la más explotada, la más llamada a luchar por su emancipación social".<sup>15</sup>

Habría que averiguar qué dosis de indio hay en ese hombre moreno, taciturno, silencioso, reconcentrado y anguloso, que de pie, en la esquina de Corrientes y Esmeralda, dió origen a la figura perdurable del "hombre que está solo y espera".<sup>16</sup>

## 3

“Los chilenos no tienen ya nada de latinos”, afirmaba Keyserling. “Nace allí un pueblo nuevo que tiene más de araucano que de español, por ser claramente tipo araucano el que mejor corresponde a aquel paisaje”.<sup>17</sup>

Las observaciones biológicas de Alejandro Lipschutz, en más de un ensayo, y especialmente en *Indoamericanismo y raza india*, convienen exactamente con esa apreciación.

Siegfried asevera categóricamente: “En el fondo, la población [de Chile] es aborígen. El roto no es un mestizo, no podría ser considerado de ninguna manera como miembro de nuestra raza. A despecho de afirmaciones contrarias, el viajero perspicaz [recordemos a Erna Fergusson, a MacBride, etc.] no se engaña a este respecto: sabe muy bien que se encuentra ahí en la presencia del indio”. Y agrega que la raza pura española se halla representada en las altas esferas sociales, por algunas familias.<sup>18</sup>

Sarmiento, que vivió más de veinte años en Chile, escribía: “La historia de Chile está calcada sobre *La araucana* y los chilenos que debían reputarse vencidos por los españoles, se revisten de las glorias de los araucanos, a fuer de chilenos éstos, y dan a sus valientes tercios los nombres de Carampague, y a sus naves, el de Lautaro, Colocolo, Tucapel, etc.”<sup>19</sup>

A su turno, el general Mitre, también refugiado en Chile, observa: “Los rotos chilenos en que prevalecía la sangre indígena, formarían con los argentinos los sólidos batallones para medirse con los regimientos españoles vencedores de los soldados de Napoleón, en la guerra de la península”.<sup>20</sup>

Apelando al testimonio de los propios chilenos, Nicolás Palacios, el pintoresco autor de *Raza chilena*, indentifica al araucano con el godó, y, por poco más, hace del chileno un ario puro.<sup>21</sup>

Un historiador tan objetivo como Domingo Amunátegui Solar, advierte que “*la clase social más numerosa en la colonia sin disputa fué la de los mestizos, o sea los descendientes de padres españoles y de madres indígenas, y los descendientes de unos y otros*”.<sup>22</sup>

Un araucano, narrador popular, se lamenta de que sus connaturales se vayan chilenizándose, “olvidándose del designio y de la índole de nuestra raza” (vale subrayar que no dice europeizándose).<sup>23</sup>

Una educadora contemporánea, que ha viajado por toda América y Europa, Amanda Labarca Hubertson, no vacila en asentar: “Mientras la clase alta [en Chile] se supone blanca y tiende a lo europeo, los estratos ínfimos hunden sus raíces en lo primitivo autóctono”. . . . “Arriba una [capa social] que blasona de blanca inmaculada; abajo, una cobriza pura”.<sup>24</sup>

No se necesitan más citas. Si he abusado algo al referirme a Argentina y Chile, se debe a que ambos países alimentan una marcada corriente adversa a la influencia del indio como elemento de su personalidad física y moral. Por mi parte, tengo algunas observaciones acaso útiles al respecto.

Una reiterada observación durante nueve años, me hace pensar que, psicológicamente, uno de los pueblos inconfundiblemente indios es el chileno. Sus apariencias externas pueden despistar, pero las psíquicas y sociales no.

El chileno del pueblo y buena parte de la clase media es taimado, observador, cazurro, violento. Aficionado a la

fiesta, al alcohol, despegado de su trabajo mismo. Desconfiado. Brillante para la burla. La mujer suele trabajar más que el hombre, es ella quien dirige la vida hogareña.

Los indios de Ecuador, Perú o Bolivia no son muy diferentes. En la expresión "Para él no hay mañana", escrita por el oidor Juan de Matienzo en 1600, se compendia esa actitud presentista, desesperada del indio: su silencio, su mordacidad, su alcoholismo, su desconfianza, son otras tantas formas de resistencia ante el amo. Sus estallidos de violencia responden a idéntico acicate.

Se dirá que así son todos los pueblos sometidos de la tierra. Ciertamente, no obstante la larga práctica autónoma e individualista, los agricultores del sur de los Estados Unidos poseen muchas de estas características. Los aldeanos rusos y chinos, también. En suma, los *oprimidos*. De donde habría que llegar a una pregunta de que se tratará más adelante: ¿hasta qué punto las llamadas razas humanas son tales, ya que, especialmente en América, la *india* es una *clase*, más que una raza, puesto que ella abarca a mestizos y hasta a blancos venidos a menos, a los "pobres blancos" según la expresión de Estados Unidos, tan popularizada en una novela de Sherwood Anderson?

Si nos referimos ahora a los uruguayos, éstos, como sus vecinos argentinos, suelen despreciar al indio, pese a que el poema máximo de su literatura es *Tabaré* y que rinden pleitesía a la corriente negrista. Ella obedece principalmente a razones literarias. Las contorsiones de Josephine Baker y el auge del arte negro europeo no son extraños a esa moda.

Se destacan, claro, dos Uruguayes: el de Montevideo y el rural. Aquel concentra casi un 30 % del país y se halla sobre el mar, abierto a la inmigración. El otro, em-

pobrecido, está apegado a la tierra. Pero no obstante todas las afirmaciones contrarias, en el uruguayo del interior priman el color bronceado y la psicología recelosa del indio. Cualquier novela de Viana, Magariños, Reyles, Amorim, Zavala Muniz lo corroboran.

Se dice que el menosprecio al indio charrúa —en ello no concuerda Zorrilla de San Martín— se debe a que cuando llegaron los españoles vivía en condición de salvaje; y a que especialmente el minuano, de Montevideo, asumió una actitud agresiva contra el español, en vez de resignarse a ser agredido.<sup>25</sup>

Como quiera que sea, el indio fué el alma del Uruguay colonial, y su obediencia al jesuíta en las reducciones fronterizas provocó, a fines del siglo XVIII, la guerra con el Portugal. Muchas de las características del uruguayo actual convienen más a la psicología indígena que a la española. Sus propios caudillos, Artigas, Rivera, Oribe, etc., tan magníficamente anárquicos y soberbios, a lo ibérico, destacan con un relieve tumultuoso y bravío de cabecilla de malón.

El indio dejó una huella profunda y vasta en el Paraguay.

Algunos escritores, especialmente los pertenecientes a la europeísta generación de 1900, dieron en la moda de negarlo totalmente. Así, Manuel Domínguez, uno de sus líderes, escribía: “En el Paraguay no existe este fantasma [el del indio]. Este pueblo es blanco, casi netamente blanco”. . . El Paraguay era superior al invasor [se refiere a la guerra tripartita de 1866-70] . . . hasta en lo físico que dijo Thompson, en el número de blancos, que digo yo”.<sup>26</sup>

Pero Domínguez, chauvinista, que confunde patriotismo con blanquismo, cae en tales exageraciones que desacredi-

tan su dictamen. El es de los que, repitiendo a Azara, dice que "un guaicuru vale por 20 mejicanos o peruanos"; de los que se jactan de que el paraguayo es "mejor hombre" que el de Buenos Aires y el resto del mundo, etc. Su indio, por cierto, será, pues, también el mejor de todos.<sup>27</sup>

Aunque toda hipérbole carece de rango científico, subrayamos el hecho para relacionarlo con la actitud de Domínguez y su escuela. En cambio, Natalicio González, el más serio estudioso contemporáneo del Paraguay, declara enfáticamente su orgullo de ser guaraní, y se afana en demostrar la raíz india de su patria.<sup>28</sup>

En efecto, los indios del Paraguay fueron un pueblo guerrero que llegó hasta enfrentarse a los incas y vencerlos en las tenebrosidades de la selva tropical. Bajo la severa dirección de los jesuitas, trabajaron y combatieron sin tregua, elaborando una cultura mestiza, cuasi autóctona. En mil oportunidades demostraron su capacidad para el trabajo y la guerra, bien contra la Triple Alianza de 1866-70, aunque una minoría blanca ocupa el lugar que le corresponde a la raza nativa o, mejor, al mestizo de la raza nativa.

Cierto que los mestizos se sienten puros. Ciertamente el blanco se aindia. En plena Asunción, capital de la República, es tan frecuente ver a gente con los pies descalzos como en otras ciudades perfectamente aborígenes. Durante la guerra del Chaco, factor decisivo de la campaña fué la perfecta adecuación del paraguayo a la selva, es decir, su identidad telúrica (aindianamiento en sí), el triunfo del guaicuru, el guaraní y el tupí. Su vida política se asemeja mucho a la boliviana, con su vigente secuencia de caudillos y golpes de Estado desde arriba. Entre algunos mandatarios de la postguerra, como los coroneles Franco, para-

guayo, y Busch, boliviano, existen analogías que llegan casi a la identidad. A pesar de tener sangre extranjera, ambos se comportan y sienten como indios, o como mestizos. Puede influir en ello la mediterraneidad de ambas repúblicas; pero debiera diferenciarlas la profunda distinción entre una nación completamente blanca, como el Paraguay de que se jacta Domínguez, y otra absolutamente india y mestiza como es Bolivia, pese a Alcides Arguedas. En todo caso, de ser cierta la aseveración de Domínguez, nada favorece a los blanquistas, puesto que, no obstante ese supuesto predominio europeo, Paraguay se halla a un nivel de evolución inferior a otras repúblicas de declarado abolengo indo-mestizo.

Es innecesario esforzarse en demostrar la prevalencia del factor indomestizo en México, América Central (excepto Costa Rica), Brasil, Perú, Ecuador, Bolivia. Lo es también en cuanto a Colombia, cuyos indios del interior, los de Boyacá, tienen la tez blanca, y cuya costa resalta por su aporte negro. Lo es en cuanto a Brasil. Acerca de Venezuela, aparte del testimonio de los ojos y el trato, agregaría el de Pedro Arcaya, quien refutando a Gil Fortoul —tan europeísta, tan 1900, tan *art nouveau*— sostiene que el factor indígena es “el más importante en su número”, y confirma: “La raza india, es, pues, la que mayor aporte tiene en la nueva raza mixta venezolana. Gran número de los individuos que figuraban como blancos en los últimos censos de la época colonial eran en realidad *mestizos*.”<sup>29</sup>

Una vez más, la misma canción: la del mestizo.

Si se menosprecia al indio, se disminuye injustificada y curiosamente (*nouveau riche, art nouveau*, no otra cosa) al tipo representativo del continente, el mestizo de

indio e ibérico con notorio porcentaje adicional de negro. Un entreguismo y una jactancia absurda conducen a tales despropósitos. El verdadero europeo no se avergüenza de sus orígenes, por bárbaros que sean (que lo fueron). Los asesinatos "artísticos" de los Borgia, lejos de abochornar a los italianos, les dan realce estético. La corte de los Heristal o la de los Childericos, y antes, las cohortes de Ataulfo y Alarico mostraron tanta ferocidad como un salvaje de la selva tropical. Ni siquiera se puede cargar en la cuenta de éstos la antropofagia, puesto que la practicaron parcialmente y, después de 1500, algunos conquistadores españoles. Los mediterráneos, lejos de avergonzarse de Moloch Baal, a quien sacrificaban inermes criaturas, subrayan su valor litúrgico. Los "europeos" de América principian por olvidar que uno de los rasgos del verdadero europeo consiste en amar sus tradiciones, pero no una de ellas, sino todas, sin excepción, por primitivas y feroces que sean.

## 4

La primordial convivencia entre indios y españoles, y el subsecuente problema del "aindianamiento" del blanco y el "blanqueamiento" del indio, tiene fundamental importancia para el estudio del hombre y el medio:

De manera general, en él se compendian las características básicas del indoibero o "latinoamericano". Lo que ocurrió después, por muy decisivo que fuese, fué por añadidura.

La Conquista puso en contacto a ambas razas. Los efectos del primer choque resultaron mortíferos para el autóctono. No sólo se le persiguió con flechas, arcabuces y caballos: también con perros, como a fieras. Los "ape-

reamientos” en las Antillas, de que tan violenta pintura hace el P. Las Casas, constituyen una página negra de la historia de España en las Indias Occidentales.

Mas hubo otros hechos de trágica elocuencia.

Si bien algunos magistrados de la talla del oidor Matienzo, no vacilan en atribuir al indio toda clase de vicios y defectos, hay otros, sobre todo religiosos, que opinan de modo contrario. Tal el P. el Aguilar, quien en un Memorial dirigido a principios del siglo XVIII a Felipe V, dice lo siguiente: “Si se permitiese a los españoles tratar inmediatamente con los indios, éstos recibirían daño irreparable con el mal ejemplo de aquéllos, ejemplos absolutamente contrarios a las buenas costumbres y a las santas leyes del cristianismo”.<sup>30</sup>

Cierto que los españoles habían triunfado rápida y rotundamente sobre los hombres de cobre, pero ello no acusaba sino un solo hecho: que los habían derrotado militarmente. En cambio, desde el campo intelectual, no se proveyó a alfabetizar en el nuevo idioma a los naturales; en el económico, no se mejoró el laboreo de la tierra, sino que se avasalló al peón con el propósito de obtener ganancias inmediatas; en el moral, se le habituó —y ahí la queja del P. Aguilar— a vivir bajo la injusticia. Si sufrió opresión bajo sus caudillos paganos, estaba muy lejos de encontrar benevolencia bajo el de los conquistadores barbados.

El primer contacto fué, pues, de tipo estrictamente *militar*. La victoria demostró que España poseía armas desconocidas a los naturales. He escrito alguna vez comparando la caída de Francia bajo el alud nazi en 1940 con la del Tahuantinsuyo y los aztecas bajo el hispánico. Ninguno de esos casos demuestra superioridad espiritual

del triunfador. Diferencia, pero sólo en grado, no en calidad.

Los conquistadores conocían el caballo, el arcabuz, la coraza de acero, como si dijéramos la aviación, la artillería y la infantería mecanizadas, en tanto que el indio se defendía con sus hachas, sus flechas y sus petos de algodón. Tenía que vencer el mejor instrumental.<sup>31</sup>

Con cuánta razón arguye el profesor Lipschutz, refiriéndose al mismo hecho, que la victoria ibérica sobre el nativo americano no acusa ninguna superioridad biológica, sino sólo "habilidad en el manejo de combinaciones políticas y en el uso de las armas".<sup>32</sup>

La historia continuó así. La legislación indiana refleja un ininterrumpido choque de criterios en torno a las relaciones entre indios y españoles: iniciado con la célebre disputa del P. Vitoria en Salamanca y la polémica entre Las Casas y Sepúlveda, continúa durante el gobierno de Carlos III y se prolonga hasta nuestros días.

Se formaron así dos corrientes paralelas que hasta ahora subsisten en el campo ideológico: hispanistas e indigenistas, a quienes se podría personificar en el virrey Toledo y Tupac Amaru, en Sarmiento de Gamboa y Huamán Poma de Ayala, respectivamente, en Cortés y el cura Hidalgo, en Juan José Flores y Lázaro Cárdenas.

Hacia 1812, ya en marcha el movimiento de los "juntas" en casi toda América y con la rebelión mexicana ardiendo, un diputado de Buenos Aires ante las Cortes de Cádiz, don Fernando López Lisperguer, afirmaba categóricamente: "Nada hace al hombre más estúpido y pacato que la opresión e injusticia; nada hace triunfar más al despotismo que mantener a los pueblos en la ignorancia. Este es el sistema que se ha observado con los indios . . . En tiem-

por de los Reyes Católicos se dictaron leyes para mantenerlos en la ignorancia y opresión en que están. . . Un país de abundancia es para ellos una madre cruel que cría frutos para otros".<sup>33</sup>

Producida, poco después, la independencia, los mestizos y blancos criollos triunfantes no se apresuraron a realizar sus teorías rebeldes. Por eso, acaso, el indio, tan celoso de la libertad en México y Alto Perú, se hizo aliado de España en el Perú. Sabía, con esa oscura intuición de los perseguidos, que su suerte no estaba en juego, sino la de nuevos opresores blancos y mestizos blancoideos.

El divorcio entre indio y blanco continúa a través de la República. Salvo contadas excepciones y el ejemplo marginal de México, hacia 1865, con la Reforma, y a partir de 1910, con la Revolución, la condición bajo la república fué exacta a la colonial.

## 5

Trescientos años de convivencia, de dominio hegemónico de españoles y portugueses, más ciento cincuenta años de predominio mestizo blancoide, dentro de una misma religión y usando un mismo idioma, produjeron un aparente predominio de lo ibérico (excepto en la selva inaccesible).

Nadie duda de que "el predominio de la tonalidad ibérica en todos los países de la América Latina es resalante". Es también indiscutible que "lo que podría amenazar ahí la integridad de la personalidad inicial es no tanto la influencia de inmigrantes oriundos de cualquier país de Europa, como las influencias locales o bien exóticas, la del indio, por ejemplo, cuando nos acercamos a los Andes, o la del negro en tanto que se está en las cálidas riberas del Atlántico".<sup>34</sup>

de los indios, es decir, el predominio mestizo, es el propósito de dar primacía al número. Tanto en uno como en otro sentido suele ejercer una influencia desequilibradora.

Obviamente, el indio y el mestizo de indio y blanco forman la mayoría numérica de América Latina, pero su importancia se basa en su acción psicológica y ética.

El indio es el intermediario entre lo telúrico y el hombre: encarna la tradición geográfica, el plasma territorial y atmosférico.

Tan es así que en países como Chile, donde el indio sólo es, *numéricamente*, el 2% de la población, su presencia resulta, sin embargo, ubicua. Esa reducida proporción numérica “explica por qué el chileno no advierte que influyen sobre su destino actual las consecuencias del mestizaje y tiende a considerar su raza ‘distinta’ y ‘superior’. . . Mas en la mezcla no interviene exclusivamente la sangre, sino también las costumbres. La clase popular chilena no es superior a la del resto de América y, además, la madre del pueblo fué, por lo general, la india ‘más conservadora, menos expuesta a las influencias venidas del contacto con técnicas de trabajo civilizado’.”<sup>37</sup>

Gabriela Mistral ha antecedido, ratificado y ampliado este concepto muchas veces: y no se puede tildar a la eximia poetisa de desamor a su tierra, de falta de concepto universal ni de inexperiencia cosmopolita.

Desde luego, la tendencia a adoptar solamente los usos europeos —o su blanqueamiento del nativo— es algo que fácilmente se revela doquiera y que no logra ocultar la raíz vernacular, según se ha visto a través de las observaciones transcritas.

El hombre primordial jamás desapareció del todo: mucho menos dentro de un ambiente tan definidor como el

nuestro, en donde las condiciones objetivas son aún más poderosas que las subjetivas.

## 6

Como primera conclusión debemos, pues, confirmar la incontrastable potencia del ambiente.

En América, ello se destaca por singular manera.

Según cierto refrán popular: "El padre pulpero, el hijo caballero, el nieto pordiosero". La evolución económica que esto acusa entraña también un proceso de adaptación al ambiente. De acuerdo al tipo colonial, implícito en toda nuestra cultura, el inmigrante tiende a ser hidalgo o servidor, y el señoritismo depaupera al individuo y a la colectividad empujándolos a la ruina. El prurito de aparentar más de lo que se tiene, tan ibero, desemboca así en la miseria.

Nadie se escapó a esta avalancha, desde que el primer blanco sentó su planta en nuestro territorio.

Cristóbal Colón, tan europeo, una vez que descubre las Indias Occidentales, se vuelve más español que el mejor de los españoles y, luego, a través de su lenguaje, inicia el camino del americanismo. Lo propio le ocurre en la América del Norte a John Smith, el capitán de los colonos de Jamestown. Ambos salpimentan sus relaciones históricas de giros imprevistos en sus respectivos idiomas. Por eso, Menéndez Pidal, en lo tocante a Colón, y H. L. Mencken en lo que se refiere a Smith, señalan que los primeros promotores del americanismo idiomático fueron ellos: los pioneros, Colón y Smith (y Cabral, añadido yo).

No fué caso único. Los alemanes de Tierra Firme experimentaron también el embrujo de la tierra.

Esta innegable mixtura, en la que el señorío ibérico se ve amenazado por el hombre local (indio) o exótico (negro) antes que por los otros inmigrantes europeos, se advierte doquier. El mismo Siegfried califica a los que encuentra a su paso en Lima de "indios vestidos casi siempre a la europea, pero cuyo aspecto mongol evoca curiosamente al Extremo Oriente"... "Etnicamente, la conquista y la asimilación no están consumadas".

El profesor Lipschutz, que ha observado algo análogo en Santiago de Chile, refiere que una vez encontró en un Juzgado de Temuco a un indio. Su figura le pareció al instante conocida. Luego, haciendo un esfuerzo de memoria, vino a caer en la cuenta de que el tal indio le era familiar porque había visto un rostro semejante, pero con corbata y cuello, es decir, vestido a la europea, en las calles de la capital. De seguro, por esto, se consideraba absolutamente blanco.

Reforzando esta importante inter-influencia entre el medio y la indumentaria, recordemos cómo define Sarmiento al gaucho: "especie de árabe o cosaco modificado por el clima, y poseído del mismo fatalismo del uno y de la fortaleza del otro", definición que Mitre hace suya. En realidad, el gaucho, mezcla de indio y blanco, poseía el caballo del árabe y del cosaco, pero su fatalismo y su fortaleza eran completamente indígenas.

El blanco, por lo demás, constituye sólo el 20% de la población de la América Latina. El núcleo principal de ésta lo forman los indios, a quienes la Conquista no pudo eliminar, y los mestizos, hijos del choque.

No escapan a esta regla ni siquiera los países llamados "blancos". Don Ismael Edwards Matte me proporcionó un dato muy elocuente: de las investigaciones genealógicas

de su hermano don Guillermo, experto en la materia, resultaría que es muy rara la familia chilena que no cuenta con un indígena entre sus antepasados.<sup>35</sup>

Amanda Labarca, que conoce su país, afirma sin rebozo: "Por casi todas sus familias de rancio abolengo [las de Chile y América] corren hilillos de sangre autóctona. Y aunque aquellas que, por arribar a estos países en tiempos relativamente modernos, podrían jactarse de su pureza, son diferentes —sin que lo sepan y lo admitan— de sus parientes europeos; que no en vano residen en un medio geográfico y social distintos. Son criollos, *mal que les pese*. . . Si en ellos se ha terminado la hibridación de sangre, conservan aún los rasgos *psicológicos* del mestizaje. Discrepantes. Contradictorios, Inquietos. Inconstantes. Orgullo del varón español. Vergüenza de la antepasada indígena. Afán de singularizarse por su altivez aristocrática, para olvidar el lado plebeyo. Sublimación idolátrica por lo europeo. Afán incontenible por lo lejano y desconocido: Europa. Desdén y olvido de lo próximo, lo nuestro, lo autóctono. Quieren vivir en europeo: a la moda de unas sociedades que imaginan conocer porque han leído sobre ellas, de una civilización que les es ajena y que suponen el arquetipo de toda humana perfección".<sup>36</sup>

¿No es éste un retrato cabal del *blanco latinoamericano*?

Si Bunge hubiera podido reescribir su estudio sobre *nuestra América* europeoide, habría tenido que colocar como lema de su obra las anteriores palabras de la escritora chilena.

Uno de los hechos que más contribuye a obliterar el criterio de no poca gente culta al considerar el fenómeno del "aindianamiento" de los blancos y el "blaqueamiento"

Bernal Díaz del Castillo cuenta en su *Verdadera historia* que muchos soldados españoles, entre ellos Gonzalo Guerrero, preferían quedarse entre los indios antes que volverse con sus compatriotas a la península.

Esta actitud identifica la conducta de los fundadores de Jamestown y Plymouth con la de los conquistadores de Perú y México.

Un obispo de Tucumán reclamaba “una evangelización más activa porque he observado que los castellanos prefieren vivir entre los indios”.

El famoso dramaturgo “español” Juan Ruiz de Alarcón, mexicano de nacimiento y temple, no pudo evitar que su obra traicionara su mexicanidad, según vino en descubrirlo Pedro Henríquez Ureña, a quien confirman Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal.

Aplicando estas reglas a otros poetas, como Mateo Rosas de Oquendo, del Perú, infiere Reyes que “el español americano se diferencia desde el siglo XVI, del español peninsular; y pronto —añade— se establece esa pugna que (manifestada primero en las luchas de independencia) ha de resolverse más tarde en una renovación de la lengua literaria y de los procedimientos de la poesía española”.<sup>38</sup>

El mismo Reyes, en otro ensayo, afirma que “cincuenta años después de la conquista española, es decir, a la primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano”.<sup>39</sup> A ello no es ajeno el sentimiento de propiedad que robusteció al geográfico.

Igual fenómeno se observa en Perú. Francisco de Carbajal y el mismísimo Gonzalo Pizarro eran ya americanos, *españoles aindiados*, en sus usos, opiniones y objetivos. Carbajal pensaba en la independencia de Nueva Castilla,

mitad con aire de caudillo hispano, mitad porque se sentía definitivamente miembro de la nueva "nación" en ciernes.

Desde luego, en ello pesan, repito, sentimientos tan diversos como son los de propiedad, rebeldía, autoridad y adaptación a la blanda ternura indígena, matriarcal y conyugal.

El puñado de españoles que en 1541 se levantó defendiendo los derechos del mestizo Almagro el Mozo (símbolo de muchas cosas, inclusive de la nueva raza americana) trata de romper la cadena que une el Perú con España.

Comprendiendo que el interés económico era un aliado de América (a pesar de que, por otra parte, encarnaba su mayor peligro), La Gasca, apenas vence a Gonzalo, instaura un nuevo sistema de repartimiento e imitando en Guaynarima los procedimientos que los normandos usaron con las propiedades de los sajones en Inglaterra, las redistribuye entre sus adeptos.

De tal suerte, vincula al hombre extranjero con la tierra nativa y, de tal guisa, lo que la urgencia sexual y a veces la mal disimulada ternura que todos, hasta el soldado, llevamos dentro, había conseguido con la *india* y el blanco, lo tuvo que hacer la "encomienda" en lo tocante *al indio y al blanco*.

"La acción del medio físico, acrecentada por la edad de los conquistadores, tuvo el auxilio de dos colaboraciones. . . la distancia a que se hallaba la metrópoli y la suspensión de contacto con el mundo civilizado, y la ausencia de mujer".<sup>40</sup>

Ocurrió, además, algo que Ratzel ha descrito en su *Antropogeografía*: las zonas tórridas cambian más al individuo de zonas frías o templadas, que las zonas frías al hombre del trópico. El blanco, pues, "se tropica-

lizó”, en tanto que el andino —caso de Garcilaso, de Blas Valera, etc— jamás pudo “frigidizarse” al verse trasportado a España. Durante la colonia todos estos fenómenos se acentúan más agudamente. Muy entrada la república, sobreviene un nuevo aluvión europeo. Traían casi siempre un plan de acción que les permitiría actuar sin perder un ápice de su intimidad. Fracasaron.

Hay varias novelas, especialmente argentinas y brasileñas, que tratan de tal problema. En una de ellas, muy reciente, *Madre América* por Luis María Albamonte, se retrata el fenómeno. El inmigrante, a pesar de que organiza su vida visible en la ciudad, al cabo se ve derrotado por el medio sutil, disolvente de toda resistencia psíquica. Si en las ciudades ocurre tal —y ahí consiguen resistir mejor los extranjeros, levantando sus barrios *ad hoc*—, en el campo, desde el primer día, cae vencido, absorbido. Esos “gauchos judíos” de que habla Gerchunoff, esa “pampa gringa” que describe Alcides Greca, ese medio anarquista ibero que pinta Mateo Booz, y aquellos gauchos sajones de Hudson, se mezclaban más y más con el medio en la medida que se alejaban de las ciudades, si bien el sajón permaneció más indemne que los otros.

“Al cabo de cierto tiempo, los nuevos inmigrantes hacen como todos los demás que viven en su derredor: por lo menos, sus hijos, ya adaptados, cesan de seguir el ejemplo de sus padres, cuya mezquina prudencia desprecian: ya se han convertido en americanos”. Y añade Siegfried, que ha escrito lo anterior: “Las mismas etapas para la asimilación se observan con asombroso paralelismo en los Estados Unidos. El italiano de Chicago, el portugués de Boston, que primero habían ahorrado, no se transforman menos en la segunda generación que el inmigrante latino de Buenos

Aires: el medio triunfa limpiamente de la herencia, en la especie".<sup>41</sup>

Ningún caso más elocuente al respecto que el de Hudson. Lo recordaré en pocas palabras. Era Guillermo Enrique Hudson hijo de ingleses, nacido en una estancia, cerca de Buenos Aires, entre ombúes, pájaros y avestruces. Durante los primeros treinta y tantos años de su vida, no conoció otro mundo que el de la pampa argentina. Tuvo luego que marcharse a Inglaterra, su patria legal, pero hasta allí le persiguió, hiriéndole para siempre, la nostalgia americana. Su obra literaria, escrita en un estilo tan asombrosamente puro como el de ese otro extranjero también encallado en Britania, Joseph Conrad, o como el de Georges Santayana, español que no pudo librarse espiritualmente de Estados Unidos, es un canto constante a la flora y la fauna argentinas, a veces a la uruguayana y hasta a la venezolana y guayanesa. *El Ombú*, *Allá lejos y hace tiempo*, *Tierra purpúrea*, *Mansiones verdes*, etc., son obras duales, de un alma americana con idioma europeo, de unos ojos de América con una mente de Europa. Mas acaban siempre triunfando los sentidos y el alma sobre la mente y el idioma, y hasta este mismo, sin mengua de su pureza, adquiere esa pastosidad y soltura que en castellano tuvieron la lengua del inca Garcilaso, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz.

Impresionado por comprobaciones de tal laya, visibles hasta en el propio Juan Manuel de Rosas —hombre de ojos azules, cabello rubio, tez sonrosada, inteligencia sutil, temperamento ondulante, enemigo del desorden criollo, pero por medios indígenas—, escribió Sarmiento, quizá mirándose al espejo del alma, estas frases lapidarias:

“¿Somos europeos? —Tantas caras nos desmienten ¿Somos indígenas? —Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta—. ¿Mixtos? —Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados—. ¿Somos nación? —Nación sin amalgama de materiales, sin ajuste de cimientos— ¿Argentinos? —Hasta dónde, y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello—. Ejerce tan poderosa influencia el medio en que vivimos los seres animados, que a la aptitud misma para soportarlo se atribuyen las variaciones de razas, de especie y aun de género”.<sup>42</sup>

El caso de Hudson es el de Groussac, Cunninghame Graham, parcialmente el de Humboldt, el de Tadeo Haencke, Mutis, Domeyko, Lenz. En los hijos de los inmigrantes —Korn, Ingenieros, Pellegrini, etc.— se advierte más pronunciadamente aún la presencia avasalladora de la geografía venciendo al mito de la sangre.

## 7

A medida que fué concentrándose la población en agrupaciones urbanas ocurrió un fenómeno contradictorio. Si bien, por una parte, a causa de la vida sedentaria, crece la influencia de la madre (y esa madre o esa ama era casi siempre india y negra, lo cual trae como consecuencia un profundo aindiamento colectivo), por otra parte, en las ciudades se tendió a imitar los usos europeos, de suerte que se produjo una *aparente* europeización o blanqueamiento. Pero en el fondo, lo esencial conservaba las peculiaridades del medio; solamente lo aparential se plegó a las modalidades de los pueblos dominadores.

Terán llega a afirmar que, por ser la ciudad americana de tipo provisional, la familia fué provisional también. "La influencia de la mujer india y, luego, mestiza, al ejercerse en la familia se propaga en la sociedad en la forma sutil de impregnación que es su característica, y embebe a la sociedad entera de su sentimentalismo".<sup>43</sup>

Tres siglos antes, fray Reginaldo de Lizárraga, obispo del siglo XVI, que recorrió gran parte de América del Sur, observaba que los hijos de los españoles acomodados recibían, de niños, el cuidado de amas negras o indias. El mismo fenómeno es observado por los viajeros extranjeros que nos visitaron durante el siglo XVIII. La situación no se altera en el XIX. Más bien a fines de ese siglo y principios del actual, podríamos decir que desde 1890, algunas familias acomodadas buscan como amas e institutrices a mujeres inglesas, francesas o alemanas, engendrando así un europeizamiento mucho más básico que el hasta ahí vigente. Pero ya el mestizo cubría el vasto territorio americano.

El nuevo europeo-americano, a diferencia del europeo auténtico, adoptó, como buen advenedizo, una postura despectiva respecto al aborigen. "Creo no equivocarme —dice Lipschutz— al opinar que en los relatos de los conquistadores, como en el de Hernán Cortés, no hay desprecio por la población indígena, sino *orgullo* por el éxito de la lucha". En realidad, salvo el punto de vista jurídico, que hizo chocar a los oidores, se observa a veces hasta admiración hacia la grandeza de la civilización vencida, y el valor desplegado en la resistencia. Aquellos que hoy reciben el desdén de sus propios compatriotas y descendientes —los viejos charrúas, araucanos, tupíes, aztecas y arahuacos— merecieron rendidos homenajes de sus autén-

ticos vencedores. En Bernal Díaz, como en Cieza, el propio Sarmiento, Schmidel, en Gómara y Herrera, se encuentran expresiones laudatorias para el indio primitivo. El blanco auténtico pensaba con criterio más libre, noble y humano que el "blanqueado" de hoy.

Cuando se comprueba que ni siquiera el cholo (mestizo de india y blanco) ha conseguido mantenerse en estado de relativa pureza (si es dable hablar de un "mestizaje puro") debemos convenir en que la arrogancia racista de recalcitrantes indigenistas y de blanquistas ultrarradicales, no pasa de un mero anhelo.

En medio de disputas tan absurdas y peligrosas como éstas "en contra de alguien" (contra lo indio, contra lo ibero), los hombres de América Latina crecen más taciturnos que los de América sajona y de la Europa anterior al racismo. "El niño —dice un escritor refiriéndose al cholo de Eten, en Perú— llega a los diez años sin haber tenido infancia. Un cholo a los diez años ya es un hombre".<sup>44</sup>

Ello se aplica, por igual, al niño mestizo de todo el continente meridional. Porque, no obstante su orgullo de indio, el niño mexicano tiene que chocar también con un medio en evolución, cambiadizo y contradictorio.

En el fondo, toda esta disputa contra indios y contra blancos descansa sobre una base inconfesada: la económica. Despierta, sin pretenderlo acaso, un problema ajeno a nuestra índole pero capaz de producir, antes de tiempo, (ya que no disponemos de brazos suficientes para crear y mantener nuestra riqueza) conflictos inter-estatales, sólo explicables en zonas tan sobrepobladas como las de Europa y Asia.

A base de una fanática cruzada contra el blanco de hoy, emblema de todos los blancos del pasado, los japoneses han

conseguido movilizar a los amarillos, alistándolos en ejércitos de ocupación y agresión, y en ejércitos de sabotaje.

No se dan cuenta los arrogantes blancos y "blanqueados" de nuestra América de que su desdeñosa actitud tiene, como todas, su reverso. Y que extremarla como lo hacen algunos ha producido, por reacción, un sentimiento agresivo (forma de defensa) en las mayoritarias razas de color. Que censuren la belicosidad del indigenismo precisamente aquellos que llevan a cabo una sistemática propaganda antiindia, encierra una falsía. Quienes proclaman a Europa como el desiderátum de la justicia —olvidando que América ha sufrido su injusticia— provocan una actitud de rechazo intransigente, pero lógica. Todo esto es sencillamente erróneo y lamentable.

En ninguna parte menos que en nuestra América cabe suscitar problemas raciales. Sólo un prurito ficticio, europeo, mimético, puede atreverse a erigir en este Continente mestizo murallas históricamente inexistentes; a prolongar el estado colonial en que una minoría blanca, de civilización forastera, regía omnímodamente a un vasto pueblo cobrizo, de milenaria cultura autóctona.

## 8

Realmente, pues, nos encontramos hoy ante un fenómeno de *origen social y finalidades políticas*.

En virtud de ello, los blanquistas (europeizantes colonialistas e iberistas) defienden el latifundio y a menudo se adhieren al falangismo ibérico de nuestros días. Al revés, los indigenistas suelen ser socializantes, anti-europeos, revolucionarios, antifascistas, partidarios de la democracia.

Los ricos propietarios y los aspirantes a aristócratas de sangre nueva (¡esa caprichosa superioridad occidental!) abominan del indio sistemáticamente, aunque vivan a expensas de su trabajo. Pero cuando un indio asciende la escala económica, se lo asimilan, previa declaratoria de su blanqueamiento.

Los intelectuales progresistas, los obreros, los campesinos, la mayor parte de los empleados y clases medias, miran con recelo al blanco *socialmente hablando*. Pero cuando un blanco desciende la escala económica se lo asimilan (trocado ya en mestizo, cholo, lépero o indio) sin declaratoria previa de ninguna clase.

Blanco equivale a señor; indio a siervo o peón. "Se cristalizan aquí funciones sociales en aspectos biológico-raciales". Tal es uno de los mayores tropiezos para que un extranjero pueda entender el problema o *acertijo* racial americano.

Como, además, existe el mestizo, y él constituye la mayoría del pueblo, lejos de iluminarse la cuestión, se entenebrece. Mas no por degeneraciones (existentes sólo en la mente de los sociólogos de 1900) sino porque, al atenuar la ruda discrepancia pigmental, el mestizo acentúa y complica el antagonismo social. El mestizo es un blancoide a quien se acepta o rechaza entre blancos o indios, según sus características *psicológicas y económicas*. . . Suele ser señor o peón, y más principalmente, artesano y empleado. De esta suerte, en un esquema *grosso modo* de América, pueden ser representados así:

blanco — propietario y alto funcionario;

mestizo — artesano, pequeño propietario, empleado, obrero, funcionario de segundo y tercer orden;

indio — peón y a veces obrero.

Por tal razón, cuando de razas se trata, la discusión se coloca en términos clasistas.

Ha dicho Haya de la Torre que los vocablos "América Española", "América Latina", "Panamérica" e "Indoamérica", corresponden a Colonia, Revolución de la Independencia (y protorrepública), Imperialismo y Liberación, respectivamente.<sup>45</sup>

Podría darse otra interpretación a tales vocablos desde un ángulo social: América Española representa el colonialismo de ayer y el falangismo actual, de tipo latifundista y oligárquico; América Latina, un colonialismo afrancesado, con ínfulas universales, aristárquico, de *élite*, anti-democrático; Panamérica, una victoria de la burocracia en conexión con los Estados Unidos, término casi exclusivamente de funcionarios; e Indoamérica, expresión no muy exacta, pero sí representativa de un movimiento reivindicatorio de los explotados contra sus explotadores.

Un comentarista extranjero, Lipschutz, ha entendido el punto mucho mejor que algunos criollos: "Indoamericanismo —dice— es reivindicación de derechos económicos y culturales de ciertas agrupaciones sociales, económicas y políticamente más fuertes".<sup>46</sup>

La mejor prueba de que en todo el debate entre supuestos blancos puros y supuestos indios también puros se ocultan finalidades sociales y políticas se demuestra por un hecho. Los Estados Unidos constituyen un país al que se puede llamar blanco, pese a sus millones de elementos de diversas razas. Al menos, lo es en mucho mayor grado que la Argentina y Chile. Pues bien, en Estados Unidos hay más indios que en Argentina (casi 400,000 contra 100,000) y ese número crece. Además, nadie oculta ni pretende ocultar el impacto indígena en la conformación

física y mental de muchos norteamericanos. Por último, las medidas del gobierno que afectan a los indios norteamericanos son infinitamente más comprensivas, democráticas y creadoras que las de Argentina. Entre el "radical" John Collier, Alto Comisionado de Asuntos Indígenas, y cualquier funcionario "latinoamericano" hay una diferencia enorme.

Existen, a veces, criterios un tanto exóticos y estridentes acerca de las relaciones entre indios y españoles. No obstante su furioso hispanismo, o, mejor, a causa de él, José Vasconcelos asienta una curiosísima teoría: la de que indios y españoles no se diferencian en nada, porque se educaron juntos y porque el indio deja de ser tal no bien recibe las aguas del bautismo. Acaso para un tribunal extraterreno así sea, y lo deseo de todo corazón; pero los hechos que presenciamos están muy lejos de alentar semejante optimismo.

Llevado de su ira no sólo contra el imperialismo sino sobre todo contra el protestantismo yanqui, Vasconcelos agrega: "Los educadores españoles, en el siglo XVI, después de ensayar la creación de Institutos, resolvieron que era mejor educar juntos a indios y españoles... Y eso evitó que entre nosotros aparecieran problemas terribles como el del negro en los Estados Unidos. Por otra parte, les dije: Si hacemos 'reservación' como en Estados Unidos, ¿quién va a distinguir al indio del que no lo es? Todos tendríamos que meternos a la reservación. Por fortuna aquí dejamos de ser indios desde que nos bautizan. El bautismo dió a nuestros ancestros categoría de razón, y ¡basta!"

Ojalá tuviéramos en algunas partes de América Latina la "reservación" como medio de incorporar al indio a la

universalista vida mestiza. Algo así fué lo que ensayaron los jesuitas en sus misiones, y el estado español en sus "reducciones": eran reservaciones, pero de origen predominantemente religioso, más cuidadosas del alma —aunque discutida en el caso del indio— que de su esperanza terrena. Tuvimos, pues, "reservaciones" al modo ibérico. Pero mientras en las norteamericanas está prohibido, por ejemplo, beber alcohol, la educación es obligatoria, hay exoneración de impuestos, es potestativo usar trajes vernáculos, y no se coarta el libre ejercicio de los credos religiosos nativos, en las reservaciones, digo misiones y reducciones hispánicas, se procedía a la inversa, salvo en cuanto al alcohol, combatido por los jesuitas, a quienes, pese a su agresiva intolerancia, nadie puede negar, sin incurrir en palmaria injusticia, el título de civilizadores.

Por otra parte, equiparar al indio de esta América con el de Estados Unidos, acusa ligereza, incluso en el caso argentino. Sarmiento, siempre tan zahorí como precipitado, decía lo que sigue: "La influencia del caballo ha sido tal que, en los países que no lo poseen en abundancia como en Bolivia y en el Ecuador, las indiadas conservan su carácter secular y su secular fisonomía; y aun en los Estados Unidos, donde el bosque los protege y la adopción del rifle los defiende contra la raza blanca, no han cambiado de ser en contacto con los blancos, con excepción de los sioux y los comanches que viven en llanos, por lo que vagan a caballo. Por el contrario, en Venezuela y la República Argentina, los llaneros y la montonera han ejercido suprema influencia en las guerras civiles, habilitando a las antiguas razas a mezclarse y refundirse, ejerciendo como masas populares de a caballo, la más violenta acción contra la civilización colonial y las instituciones de origen europeo, ponien-

do barreras a la introducción de las formas en que reposa hoy el gobierno de los pueblos cultos”.

Como siempre, Sarmiento, indio de alma, violento, agresivo y hasta bárbaro por su incontrolada impetuosidad, exageraba el carácter de su empuje civilizador, tal vez como un correctivo de sí mismo.

Lo que no dice ninguno de los detractores involuntarios, y, sin embargo, sistemáticos de lo indio y mestizo, es que bajo la violencia *bárbara* o pagana, fermentaban viejos rencores provocados por la dureza con que el blanco ejerció su dominio.

Ello comenzó desde la conquista misma, desde los apereamientos hasta las incursiones del presidente Jackson sobre el Oeste, del presidente Roca sobre el desierto y del coronel Saavedra sobre el sur de Chile.

En la crónica del tudesco Schmidel encontramos, por ejemplo, estos términos que estremecen por su cínica e inconsciente crueldad (se refiere a los guaraníes o carios): “así dimos muerte a los hombres, mujeres y aun a los niños”. . . “quemamos todos los pueblos que encontramos e hicimos a ellos un gran daño”. Al hablar de los mbayas agrega: “se dice frecuentemente que en muchas ocasiones, el inocente debe pagar junto con el culpable, así sucedió también aquí que en esta escaramuza quedaron prisioneras y muertas más de 3,000 personas, entre hombres, mujeres que no eran muy viejas, pues yo no he mirado a las gentes viejas, sino buscado siempre las gentes jóvenes”.<sup>47</sup>

Reduciendo a su límite natural las exageraciones de Las Casas, de Cristóbal Molina, el almagrista, y Bernal Díaz del Castillo, tenemos que en México y Perú se reprodujo idéntico cuadro. ¡Lo curioso es que personas que hoy atacan a Italia por sus tropelías en Etiopía, y a los nazis

por lo que cometieron en Francia y Polonia, encuentran no sólo excusable, sino laudable el procedimiento de los conquistadores blancos de América! Si la caridad empieza por casa, bueno sería que se quitaran la viga del ojo, siquiera para dar base lógica a su actitud polémica. Si en algunos lugares no se extremó la política de represión cruenta tan patente en los Estados Unidos republicanos y en la Argentina independiente y colonial, fué debido más que al espíritu cristiano a la necesidad de utilizar al indio como elemento creador o conservador de la riqueza nativa.

“El exterminio de los indígenas —dice un publicista y educador boliviano— constituiría la ruina de la economía rural que nutre a la población”. El mismo califica de “bella fantasía” la idea de reemplazar al indio con inmigrantes, porque juzga a ese capital humano como “irreemplazable” en aquellos parajes.<sup>48</sup>

Lo mismo habría que decir del obrero agrícola y minero en casi la totalidad del continente. Trabajador irreemplazable por su adaptación al rudo medio, por su frugalidad, por el bajo costo de su mano de obra, porque mediante su resignación a la vida de siervo ha podido perdurar el feudalismo republicano.

## 9

Desde luego, esta actitud a la defensiva ha desarrollado una dramática psicología y ética indígenas.

Se tilda al indio —en parte al mestizo de indio— de manso e hipócrita.

Con su acostumbrada clarividencia, Sarmiento definía el primero de dichos caracteres en una sola frase: la mansedumbre del indio americano fué “simple efecto de la

conquista" española, no su causa. La conquista lo amansó, a fuerza de castigo; no era antes manso.<sup>49</sup>

Para Keyserling, el indio es un ser "taciturno, impenetrable, más hechicero que héroe; paciente y pasivo hasta que, llegado el momento de intervenir, lo hace con la rapidez del rayo; rencoroso, vengativo, intrigante, tenaz y bajo una superficie cortés, es fríamente cruel, en suma todo aquello que la palabra *taimado* significa en Suramérica, aunque no en España". Dichos caracteres convienen en general a todos los suramericanos, sin exceptuar al blanco o blanqueado de las altas esferas.

El indio no era tal como queda descrito antes de entrar en contacto con los europeos. Hay un aleccionante pasaje en los *Naufragios* del conquistador Cabeza de Vaca. Cuenta el valeroso e inquieto navegante que, al alejarse de unas tierras de indios, cierta barca tripulada de españoles fué volcada por un tumbo. Murieron varios de los nautas, y los demás perdieron sus ropas y vituallas, quedando desnudos e inermes. Los indios al verlos volver, se entristecieron mucho "de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad que, lejos de allí, se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha".<sup>50</sup>

En la conquista de México los tlaxcaltecas abrieron su corazón a Hernán Cortés, brindándole ayuda y hasta una espléndida mujer, Malitzin, llamada después doña Mari-

na, verdadera providencia del conquistador, a quien, sin embargo, el caballero dejó caer en el olvido, no obstante que, en la "noche triste", ella le permitió salvar la vida.

Durante el coloniaje, las rebeliones de indios fueron numerosísimas, desmintiendo así su fama de mansos. Desde Enriquillo, el célebre caudillo de Santo Domingo, hasta Tupac Amaru; desde Caupolicán y Lautaro, los audaces caciques araucanos, hasta Cuauhtemoc, el legendario héroe de México; desde los Catari de Alto Perú hasta —ya flor de ingenio y rebeldía interior— ese magnífico doctor Espejo, de Quito, la historia del virreinato estuvo sacudida por la incesante marejada de la insumisión indígena. Mitre, perteneciente a un pueblo orgulloso de su blanquismo, confiesa que los Andes del Alto Perú mantuvieron viva, por más de diez años, la insurrección en su territorio, a pesar de la derrota de las armas de la revolución"<sup>51</sup>

Con hartísima razón escribía el Virrey Guirior, explicando todo este proceso: "Siempre he tenido por mal fundada la razón que se pretende tomar de la pereza de los indios para cubrir el manejo y trato que con ellos se observa, porque desvanece este modo de pensar lo que todos ven en los sujetos de aquella nación que moran en esta ciudad. Aplicación conocida a las artes y oficios; trabajo constante y regalado, costumbres civiles, aseo, limpieza y aun gala, pendiendo esta cultura de que a sombra de los españoles y en su compañía procuran imitarlos, y nadie les hace vejación impunemente, ni despoja el fruto de sus sudores, que les queda a salvo para emplearlo en su provecho. En opuestos motivos estriba la miseria de los mismos naturales que habitan las provincias de su primer domicilio, donde nada se puede decir que tienen propio, y su trabajo ha de ceder precisamente en ajenas ganancias"<sup>52</sup>.

Antonio de Ulloa y Jorge Juan en sus *Memorias secretas* pintan también cuadro semejante.

Muy entrada la república, hacia 1910, los europeizantes y blanquistas de las capitales sudamericanas la emprendieron contra el indio, su legítimo abuelo. Uno de los más eminentes miembros de aquella generación no titubea en confesarlo paladinamente: "Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca, todavía se lamentaban de haber nacido en zona cargada de indios; el indio era todavía un fardo y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza".<sup>53</sup>

Reyes, hispanista eximio, ha sabido siempre armonizar este hispanismo esencial con una honda comprensión de lo nativo. Por eso, él, cultor de Proust, Mallarmé y Valéry, del teatro clásico español y de Góngora, rescata el señorío del indio y el mestizo americano. No pertenece a esa estirpe de renegados que "abandona su traje propio para vestir a la moda de los blancos" y "se convierte en enemigo de su raza", y resulta "el peor verdugo de los suyos".<sup>54</sup>

Reyes tiene algo de ese "nuevo indio" cuya definición ha intentado Uriel García; personaje con el "alma mestiza" del "americano total", que ya vislumbraba el dominicano José Joaquín Pérez a fines del siglo anterior, que anunciaba Moisés Saenz, y que yo mismo afirmé algún día, contradiciendo el súbito indigenismo de algunos mestizos, en palabras de que no me arrepiento, a pesar de que han pasado más de quince años desde que las dije: "Valcárcel proclama a pulmón lleno su indigenismo; yo proclamo con igual franqueza mi totalismo".<sup>55</sup>

Mauricio Magdaleno, autor de una novela mexicana reciente, impreca a sus paisanos de esta guisa:

"Recuerden que tienen un deber que cumplir: probar

al mundo que los indios son tan aptos como los hijos de cualquier otra raza".<sup>56</sup>

Un argentino, de los mejores, escribe al mismo tiempo, refiriéndose, cierto, a otra época.

"Silverio haría entre los indios lo que todos los criollos alzados. . . ¡Moverlos a la rebelión, animarlos al levantamiento! . . . ¿A qué cree usted que responden estas noticias de revueltas de indios por todo el continente?"<sup>57</sup>

Ninguno de estos escritores pertenece a la pura raza indígena, ni cultiva el paganismo ni la barbarie, ni es comunista ni marxista. Son individuos sensibles y avisados, nada más. Gente que se da cuenta de la necesidad de armonizar la vida espiritual y material de América, agrupando en un todo sus diversos elementos.

La integración del indio a la nación, como suele llamarse a tal maniobra, representa, en otras palabras, sólo la coordinación del esfuerzo de todos los pobladores, el abandono de los prejuicios europeístas exclusivos.

Me impresionó hace algunos años, a raíz de la muerte de Teresa de la Parra (la magnífica novelista venezolana, mujer bella si las hubo, de alta alcurnia, europeizante, finura ejemplar, crecida y muerta en Europa) el retrato que de ella hiciera Gabriela Mistral: "El derrumbe cumplía en su cara un curioso trabajo: aparecían los rasgos indios de la criolla en los pómulos ahora ostensibles. 'Gabriela, yo soy indita para su gusto; ahora cualquiera me conoce, mirándome, la doble vertiente de sangre'. Yo miraba la faisana nuestra, la gala de mi raza, con una ternura deshecha y una ternura indecible".<sup>58</sup>

¡Infatigable tarea de la raza nativa que se abre paso a través de todo cuanto lo foráneo trajo como carnadura y disfraz!

El general argentino Lucio Mansilla, hombre blanco, europeísta y aristocrático, reconocido como uno de los tipos más elegantes de Buenos Aires, parisién de espíritu, refiere esta anécdota cosechada durante su permanencia entre los indios ranqueles:

“Era un sargento [indígena o mestizo]: el sacerdote lo instaba a confesarse; no quería hacerlo.

—¿Qué? ¿No temes a la muerte?

—Padre, contestó con marcada expresión, la muerte es un salto que uno da a oscuras sin saber a dónde va a caer.”<sup>59</sup>

El fatalismo del americano auténtico es de esta laya: “un salto que uno da a oscuras sin saber a dónde va a caer”.

El problema de blancos e indios en nuestro continente es también un gran salto “que uno da a oscuras sin saber a dónde va a caer”.

Aunque tengo para mí que se trata más bien de un aterrizaje forzoso en lo mestizo, verdadera encarnación de América.

## LLEGADA DEL EUROPEO Y NACIMIENTO DEL MESTIZO

Qué grandiosa perturbación causó América a la vieja historia del mundo.

GUGLIELMO FERRERO, *Entre los dos mundos*.

La inmigración pacífica y mercantil de la era moderna da otros frutos e imprime otros caracteres. A la arrogancia y al culto del valor de la formación militar ha opuesto el cálculo y el afán de lucro. Fueron ambas, aunque en distinta proporción, *especialmente masculinas y por tanto ninguna ha tenido el culto del hogar*.

TERAN, *El nacimiento de la América Española*, p. 138.

### 1

EL 27 DE MARZO DE 1528, el Emperador Carlos V daba "licencia y facultad" a los súbditos alemanes Enrique Ehinger y Jerónimo Seyler, por sí y por Ambrosio y Jorge Ehinger, para que pudieran "descubrir y poblar" los territorios de la costa comprendidos entre Cabo de Bela y Maracapana (actual República de Venezuela, entonces llamada Tierra Firme).

De origen tudesco, Carlos V era Archiduque de Austria como hijo y heredero de Felipe el Hermoso; Rey de España por ser hijo y heredero de Juana la Loca, y, mediante un cuantioso desembolso de dinero en competencia con

Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, llegó a ceñir la corona de Emperador de Alemania.

Ambrosio Ehinger (o Alfinger, según le llamaban los españoles) figuraba como factor del celeberrimo Welser, prominente banquero de Augsburgo, uno de los financiadores de Carlos V en la competencia por la corona imperial. Carlos, agradecido y necesitado, tuvo siempre como columnas económicas de su poderío a los Fugger en los asuntos de Europa y a los Welser en los de las Indias Occidentales.

Cuando se promulgó la arriba mencionada "licencia y facultad", no habían pasado sino 36 años de la primera llegada de Colón a la Isla Española; 15 del descubrimiento europeo del Mar del Sur; 8 del primer viaje de circunvalación de Magallanes y del descubrimiento del Brasil por Cabral; 1 del primer arribo de españoles al reino del Perú. En realidad empezaba la Conquista. Fueron, pues, los alemanes copartícipes de la empresa al mismo tiempo que los ibéricos. En ciertos territorios la colonia se abrió bajo el doble auspicio de alemanes y españoles. No una, sino dos razas llegaron simultáneamente a nuestro continente: la una de fe católica, la otra raíz de protestantismo.

Entre los alemanes que entonces llegaron a América figuraba un hermano de leche del propio Emperador Carlos V, el llamado Carolus Doberin, oficial de caballería, quien trajo sus propias monturas y se dirigió, acompañando al capitán Pedro de Mendoza, al río de la Plata, donde falleció en 1541. Antes que él, ya recorría el actual territorio de la República Argentina otro tudesco, Hans Brunbecher, quien vino y se marchó con la expedición italoinglesa de Caboto, para regresar más tarde en compañía de Mendoza. El doctor Wernicke, de la Universidad de Lito-

ral, Argentina, denomina a Brunbecker "primer inmigrante germano" (en ese país, se entiende). Otro alemán prominente y dicharachero, entonces residenciado en el Plata, fué el soldado Ulrich Schmidel, cuyo *Derrotero y viaje a España y las Indias* es una de las crónicas más aubrosas del siglo XVI.<sup>1</sup>

Este mismo Schmidel nos refiere que por aquel tiempo tenía sentados sus reales en Sevilla cierto alemán, Cristóbal Raisser, factor de los famosos Fugger (o Fúcar, según la fonética hispana), quien "le había escrito a Sebastián Neithardt, por orden de mi hermano, si sería posible que se me ayudara a salir, como él lo hizo fielmente".<sup>2</sup>

Está de más insistir en que los alemanes como Alfinger y otros realizaron numerosas proezas en Venezuela, reino que vivió bajo su estricto dominio durante buena parte del siglo XVI; y que la ciudad de Santa Fe de Bogotá estuvo a pique de ser fundada por otro alemán aventurero, Nicolás Federmann, quien al mando de su partida llegó a los llanos de Cundinamarca al mismo tiempo que Sebastián Belalcázar y que Gonzalo Jiménez de Quesada.

En suma, los alemanes estuvieron presentes en la conquista de las que hoy son repúblicas de Colombia, Venezuela, Argentina, Uruguay y Paraguay. Para las autoridades virreinales de entonces no eran extranjeros. El monopolio *racista* aparecería después.

Algo semejante ocurrió con los irlandeses, pero ya por muy diversa causa.

Felipe II, hijo de Carlos V, estuvo casado con María Tudor, y por ese matrimonio pretendió ceñirse la corona del reino británico, entonces momentánea y oficialmente recuperado a la fe católica. Frente al cisma de Londres, Irlanda, igual que Escocia, opuso su profunda y firme fe

católica. Más tarde Escocia, en donde florecieron por igual Cromwell, el puritano, y María Estuardo, la católica, vióse obligada a aceptar la primacía de Inglaterra. Irlanda, en cambio, se mantuvo al margen, intocable, arisca, como hasta nuestros días.

A mérito de su indoblegable celo católico, los irlandeses, a pesar de pertenecer a distinta raza, recibieron trato de iguales en España y sus colonias. Muchos desempeñaron cargos públicos en América. Uno de ellos, después de haber sido Capitán General de Chile, asumió la virreina-tura del Perú: Ambrosio Higgins. De su sangre y de sus amores con la criolla Isabel Riquelme habría de nacer uno de los máximos fundadores de la independencia latinoamericana: el Capitán General Bernardo Higgins (u O'Higgins) conocido en su juventud como Bernardo Riquelme.

Sobre el aporte germano a la Conquista ha escrito ya un libro Germán Arciniegas; poco he leído acerca del aporte irlandés, en torno al cual se ha dicho casi nada. Pero sabemos lo bastante para afirmar que además de indios e ibéricos, entraron a mezclarse con la población colonial alemanes e irlandeses, amén de muchos italianos, a quienes se consideraba pueblo fraterno, medio asimilado a España, ya que el rey de Madrid era también monarca de las dos Sicilias y de Nápoles. Bastaría decir que uno de los más divulgados libros de medicina durante aquel período fué el del médico italiano Bottoni, acerca de la circulación de la sangre, libro reimpresso entonces en Lima.

Si establecemos que desde el principio tuvimos abundancia de griegos (desde Pedro de Candia, compañero de Pizarro), italianos (Colón, Caboto, Vesputio), portugueses, especialmente al comenzar los viajes colombinos, y, más

tarde, cuando durante medio siglo España y Portugal constituyeron un solo estado, veremos que el racismo ibérico fué menos constante y absoluto de lo que se cree, y que "América Latina", durante su época de coloniaje político, recibió diversos aportes étnicos, aunque en síntesis se le deba definir como *indo-afro-ibera*.

La afluencia de extranjeros a América quedó casi paralizada durante el siglo XVII. La Corona, una vez que logró normalizar su dominio sobre esos nuevos territorios incorporados a su soberanía y pudo aquietar la rebeldía de los conquistadores, trató de robustecer y ampliar su monopolio. Sin embargo, hubo muchos partidarios del libre establecimiento de extranjeros en América española. Sin mencionar el criterio del P. Las Casas, sólo favorable a la importación de mano-de-obra-barata, bajo la forma de esclavos negros, recordemos que los padres de la Orden de San Jerónimo y el famoso Licenciado Zuazo fueron desde el comienzo ardientes defensores de una clara política inmigratoria.

No encajaba ello en la mentalidad del hierático y severo Felipe II, quien reaccionando contra la política de su padre y predecesor acerca de los alemanes, dictó en 1621 una ley que ordenaba expulsar a los extranjeros de América, "excepto a los que sirvieran oficios mecánicos útiles a la república".<sup>3</sup>

En vista de que a raíz del entronizamiento de la dinastía francesa de los Borbones y del reconocimiento del derecho a comerciar en favor de ciertos países extranjeros (asiento de negros y navío de permiso) se produjo una notoria afluencia de franceses y británicos hacia América, la Corona de Madrid, en pleno siglo XVIII, expidió una ley

para que los bienes de los extranjeros muertos en América pasaran al monarca español.<sup>4</sup>

Los extranjeros no tenían, por tanto, ningún acicate para venir a instalarse a estas tierras cada vez (aparentemente) menos ricas en metales preciosos. Los que llegaban pertenecían a la marina, a empresas comerciales, a expediciones científicas. Volvían deslumbrados a Europa, no teniendo lengua para alabar las maravillas que habían descubierto en su viaje a las regiones equinocciales.

Dato significativo es el siguiente: cuando se produjo la expulsión de los jesuitas, en 1767, de los 6,000 que salieron del Perú, sólo 13 eran extranjeros, es decir, no criollos ni peninsulares. Sin embargo, en vista de que aumentaba el número de europeos inquietos por los misterios del Nuevo Mundo y que se habían producido ya las revoluciones de Estados Unidos (1776) y Francia (1789), Carlos IV dictó en 1801 un decreto fijando elevadísimos *impuestos* para los extranjeros que pasaran a América española. No alcanzó a muchos. Así, Humboldt refiere que durante su estada en México, sólo conoció a un alemán.<sup>5</sup> En un censo realizado en Chile, el año de 1809, aparecen 80 extranjeros.<sup>6</sup> En más o menos grado, tal proporción es la que rige para toda América.

Al revés, los Estados Unidos registraban una elevada proporción de inmigrantes en su pequeño territorio. De tal *aparente* mixtura saldría luego una gran nación, democrática y emprendedora. Uso el vocablo "aparente" porque si bien el reducido ámbito de las *Middle Colonies* cobijaba a ingleses, irlandeses, escoceses-irlandeses, alemanes, suecos, holandeses y franceses, lo cierto es que cada agrupación tenía su propia sede. Más justo que considerar a las trece colonias del Atlántico como una entidad, sería

mirarlas como trece entidades distintas, cada una dueña de sus propios métodos, mientras que la América española y la portuguesa eran, al revés, una sola alma, pese a la subdivisión cuasi póstuma que dió vida a los virreinos de Buenos Aires y Nueva Granada. Así, los holandeses predominaron largo tiempo en Nueva Amsterdam, donde luego se fundaría Nueva York; los ingleses en Nueva Inglaterra; los franceses en Luisiana, lado a lado de las Carolinas; los suecos en Delaware; los irlandeses en Maryland y Boston; los alemanes en Pennsylvania. Cuando estas entidades, diversas en su fundación, administración y proceso, aunque reunidas bajo el comando político de Londres, se fundieron para la empresa emancipadora, transformaron su pluralidad en unidad y dieron vida a un solo cuerpo nacional de origen cosmopolita, pero de voluntad provincial.

Nuestro proceso, a la inversa, se empeñó en ahondar el espíritu local, y sin medir sus fuerzas, pretendió más de lo posible. Nos desmembramos. Perdimos unidad y posibilidades.

## 2

Hemos visto que desde que la Colonia se estabilizó, ya no hubo puerta abierta para el extranjero. Ida era la hora del tudesco banquero y explorador. Había empezado su implacable marcha la catolización de un mundo pagano y moreno, fetichista en su fondo, aunque monoteísta en su liturgia.

Mientras llegaba la hora del "navío de permiso" y "el asiento de negros" (1705), los africanos fueron los únicos extranjeros tolerados, pero, ¡ay!, a condición de azote y ergástula. Sin embargo, por ser lo novedoso, sobre ellos

cayeron miradas hartas de tanto cobre y alabastro: los sentidos sedientos de admirar —y saborear— canela y ébano. El negro, que hoy es considerado como nativo, era entonces un *forastero*. Sobre sus hombros pesaba la tarea agrícola. Entre los campos, blancos de copos de algodón, y entre arrozales y cañaverales, destacaba su oscura silueta; también sobre las blancas sábanas. Y entre el moreno y picante perfume de los tabacales. El agro fructificó a fuerza de su sudor y de su sangre.

Entonces surgió la inquietud foránea del corsario. “Algunos, como Juan de Castellanos, creyeron ver signos de simpatía de los indígenas por los filibusteros, y la explican porque el triunfo de los ‘tales luteranos’ ofrecía la esperanza de volver al fetichismo que la evangelización borra-<sup>7</sup>”. Había más que eso. Los españoles y los criollos también simpatizaron a menudo con los corsarios que abrían la ruta del ensueño y la aventura, cerrado ya el ciclo de las grandes conquistas. Los negros, por cierto, fueron en esto más entusiastas y decididos que los indios. Cuando Oxenham, el teniente de Drake, saqueó las ciudades del Istmo de Panamá, tuvo como vanguardia a los negros cimarrones, según refiere el misterioso Miramontes y Zuazola en su poema “Armas antárticas”. A Drake lo habrían recibido en palmas los negros de Lima, que se fugaron de sus casas, al saber que se acercaba a puerto; pero el corsario no se atrevió a desembarcar. Los indios no quisieron ser menos, mas tuvieron el acierto de una mayor cautela. Hawkins tuvo un alegre recibimiento en 1568, al llegar a la isla perlera de Margarita.

En el siglo XVIII, encallecida la retina del hombre colonial con la frecuencia de visitantes europeos, no ibéricos, los corsarios perdieron su prestigio. Además, ya se les

sabía agentes oficiales, no hijos de sus obras. Para la sensibilidad nativa y criolla hay un abismo entre Sharp o el Olonés y el Almirante Vernon o los generales Whitelock y Berresford: primero, porque los últimos traían ejércitos regulares; segundo, porque habían dejado de encarnar la novedad, la novelería.

Traducido esto en términos literarios diríamos que el corsario había cesado de ser novela, para trocarse en política e historia. Y a los pueblos, sobre todo a los pueblos privados de esa fantasía indirecta que se nutre en los libros, les gusta recibirla en los hechos, libremente, sin regulaciones de tráfico.

Este culto a la aventura, a lo irregular, a la imaginación actuante, brotaba también de la ley, no sólo de la plebe. Solorzano Pereira dice en su *Política indiana*, refiriéndose a los fueros otorgados a ciertos comerciantes coloniales: "No deben gozar ni gozan de los privilegios e inmunidades referidas, los que estándose en sus casas y tiendas, *sin exponerse a navegaciones, y otros peligros*, compran y venden por menudo y varean por sus personas, sino los que cargan y venden por grueso y trafican por esto de unos reinos a otros por mar o por tierra. . . *los que venden por menudo no se pueden con propiedad llamar mercaderes, sino venalizadores*".

Estarse quieto, vivir sedentariamente, proporcionaba ganancias, cierto; pero sin gloria ni simpatía del pueblo ni apoyo del magistrado. América era tierra para conquistadores, para pioneros, para escampavía, para *pathfinders*: para quienes se jugaban el destino con peligro; para el arriesgado; para el que, en vez de estarse, penetraba y andaba; para buscadores de caminos en la tierra y en el alma. ¿Qué de raro tiene, entonces, el celo con que la Co-

cano vió hollado su suelo por ejércitos franceses, españoles y de los Estados Unidos; por un conato de emperador austríaco y por varios proyectos de cuasi virreyes norteamericanos. El extranjero no fué a México a fomentar las artes y la agricultura, sino a defender el latifundio y a restablecer el absolutismo colonizador.

## 4

La gran corriente migratoria al Nuevo Mundo se inicia poco antes de 1850. Entre los europeos, los alemanes e italianos fueron los primeros en venir en masa, tanto por necesidades económicas (y fué lo decisivo), como también por escapar a persecuciones políticas de sus respectivas patrias. Se repetía, en plena edad contemporánea, lo ocurrido durante los siglos XVI y XVII en Francia, España e Inglaterra: el éxodo en defensa de la doctrina profesada.

Los programas favorables a la inmigración a América, sobre todo en los Estados Unidos, Uruguay y Argentina, fueron un hecho. Junto a gentes urgidas de mejores oportunidades, llegaron otras de auténtica estirpe intelectual. El padre del novelista norteamericano Teodoro Dreiser fué uno de ellos; el del filósofo argentino Alejandro Korn, otro: ambos vinieron por causas políticas: el primero evadiendo el servicio militar; el segundo, la coacción ideológica. El padre del sociólogo argentino José Ingenieros, oriundo de Italia, también llegó huyendo de la reacción antiliberal. Alemanes fueron los padres de Wendell Wilkie, candidato republicano a la presidencia de los EE. UU., los de John D. Rockefeller, el magnate del petróleo, de George Kayser, el gigantesco constructor naval, etc. Más tarde se agregó a esta espontánea inmigración otra hecha

según planes gubernativos. Fué un aluvión de técnicos, principalmente pedagogos. Su parte a la cultura sudamericana ha sido excelente. Algunos de ellos, como Rodolfo Lenz, Ignacio Domeyko, Eduardo Habich, han dejado su estatua viva en el corazón de sus discípulos sudamericanos.

Entre los grandes promotores de la inmigración europea sobresalen Vicente Pérez Rosales y Juan Bautista Alberdi. Aunque la tarea del primero fué denodada y fructífera, la figura del segundo tiene más importancia. Digámoslo cómo fundamenta su célebre apotegma de "gobernar es poblar":

"Lo que hay [en Argentina] es poco y malo. Conviene aumentar el número de nuestra población y, lo que es más, cambiar su condición en sentido ventajoso a la causa del progreso. Con tres millones de indígenas cristianos y católicos no realizaríais la República ciertamente. No la realizaríais tampoco con cuatro millones de españoles peninsulares, porque el español puro es incapaz de realizarla allá o acá. Si hemos de componer nuestra población para el sistema proclamado, es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona".<sup>11</sup>

Alberdi fué siempre un hombre muy preciso. Quizá, demasiado concreto. La conciencia de su superioridad lo empujaba al axioma. Su estilo denuncia a menudo a un predicador, casi a un inspirado, que se viste de científico. Tenía una mentalidad monista. Su rica cultura fracasaba en cuanto se adhería a una idea, porque sacrificaba todo lo aprendido en aras de ese solo principio.

El vislumbró como nadie el gran problema de la despoblación de América y convirtió el vago impulso demográfico en algo substancial y sistemático, concediendo su preferencia a los anglosajones. No hizo distingos entre

rona limitó las afluencias de andariegos navegantes, portadores de gérmenes extraños en su conducta, en su moral, en su verba, en su sangre?

Por eso, en contradicción con el menosprecio a los “venalizadores”, a trueque de la protección a los “merca-deres o viandantes”, la *Recopilación* declaraba en otra parte: “Para honrar las personas, hijos y descendientes de los que se obligaron a hacer población y la hubieran acabado, y cumplido su asiento, los hacemos hijosdalgos de *solar conocido*”.<sup>8</sup>

Y comenta Arcaya, precisando ese sentido de implícita protección al aventurero andariego y arriesgado: “Aunque esta ley sólo favoreció a los jefes o caudillos de la Conquista, la costumbre amplió sus disposiciones, de modo que, en las informaciones de nobleza de los criollos venezolanos, se hacía comúnmente mérito de descender el postulante de *los conquistadores y primeros pobladores de estas tierras*, como prueba de calidad”.<sup>9</sup>

## 3

Apenas declarada la independencia de Tierra Firme, y cuando llegaba a su climax la lucha contra el inmenso poder peninsular, Bolívar lanza un decreto (1813) invitando a los *extranjeros* a establecerse en Venezuela y ofreciéndoles todo género de garantías y ventajas.

No olvidemos que al lado de Bolívar, igual que al de Miranda, colaboraba una gloriosa pléyade de militares británicos, irlandeses y franceses. La Europa liberal se puso al lado de la América liberal sin excluir a los propios españoles, ya que la sublevación de Riego, en 1820, tuvo

como uno de sus fundamentos principales respetar y secundar el impulso emancipador de los americanos.

Por esos mismos años, el egregio Camilo Henríquez publicaba en Buenos Aires y Santiago su *Camila o la patriota de Sudamérica*. En esta obra aparece un cacique, el cual presenta al Primer Ministro un pliego en que dice: "1º, para remediar la lastimosa despoblación de América y su atraso en las artes y agricultura, es necesario llamar a *extranjeros* con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes y paternas; 2º, si la América no olvida las preocupaciones españolas y no adopta más liberales principios, jamás saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable y oscura, como la España europea".<sup>10</sup>

Conviene subrayar que para la *intelligentsia* de entonces los términos "artes y agricultura" eran sinónimos, al revés del unilateral idealismo de la *intelligentsia* arielista y el unilateral economismo de más recientes días. El extranjero tenía, pues, una doble misión, ajena a toda ortodoxia: poblar (demografía), fomentar las artes (pedagogía, literatura y ciencia) e incrementar la producción agrícola (economía). Poco después, en 1829, Andrés Bello, venezolano y educado en Inglaterra, llegaba a Chile y con él nacía la vida universitaria. Hacia 1848, Vicente Pérez Rosales lanzaría la consigna de importar agricultores alemanes, merced a cuyo esfuerzo se convirtió en jardín el adusto y temido territorio de los araucanos.

Tal vez México sea una excepción a tal tendencia, pero desde la revolución libertadora ese país tuvo características singulares. A diferencia de los otros, México debió su libertad al pueblo, es decir, a indios y mestizos. Contra el ímpetu popular se coaligaron los ricos sin distinción de pigmento y casi todos los extranjeros. Más tarde el mexi-

cultos e incultos; no se ciñó a una raza. El rechazo a España, propio de esa época de transición, le condujo a un error vitando: suponer que la afluencia hispánica era algo concluído. Treinta años después otra avalancha ibérica se internaría hasta los más remotos vericuetos de la República, fundando prácticamente —aunque ya preexistiera—, la ciudad de Rosario, al principio indígena y criolla, luego anarquista e hispánica, después capitalista, triguera, italiana con algo de judía. El prejuicio anti-indígena de Alberdi lo llevó a considerar a ciertas condiciones adjetivas (nomadismo, territorio desértico, ausencia de facilidades de vida y, por tanto, de cultura) como sustantivos e inherentes a la calidad del indio. Tanto valdría suponer implícito en la condición de blanco el ser brutal y provinciano sólo porque los mineros galeses, los vaqueros de Arizona, los petroleros de Oklahoma y los franceses de Indochina lo son, y en grado considerable.

Sarmiento, que también creía en la urgencia de poblar más densamente el territorio, amplió el apotegma de Alberdi. Con respecto al extranjero y a la “tradición civilizada y libre” que era su obsesión, escribe: “Desgraciadamente, los emigrantes, afanosos por mejorar su condición y enriquecerse, *mal preparados como vienen* para la vida pública, por no haberla ejercitado en sus respectivos países, agravan el mal, al parecer, lejos de remediarlo”.<sup>12</sup>

Medio siglo después un forastero que penetró mucho en el problema argentino, corroboraría esto diciendo: “Los emigrantes [europeos] se llevan consigo el cuerpo patrio, pero no el alma. Por eso, las dos Américas no comprenden en absoluto nuestros problemas condicionados por el pasado, pues éste no vive ya para ellos”.

¿Hay crítica más certera y profunda que ésta contra el snobismo europeizante de nuestros metecos criollos? ¿Hay rechazo más fundamental que éste a la teoría de que se mejora europeizando, siendo así que el europeizamiento es casi imposible fuera del solar europeo, es decir, fuera del alcance de las tradiciones europeas que plasman el modo de ser del Viejo Continente?

Sarmiento combatió mucho contra ciertas indebidas arrogancias de los extranjeros que trataban como casa deshabitada el continente al cual venían en busca de riqueza y amparo, o, lo que es peor, lo miraban como poblado por individuos inferiores. En su arrogancia, pretendían juzgarnos según sus prejuicios y obligar al generoso hospedante a que adoptara sus puntos de vista, sin más ni más, omitiendo las tradiciones nativas y el poderoso molde del medio ambiente.

Cuando se recorre la Argentina se da uno cuenta inmediatamente de que el proceso de adaptación de una raza no se puede realizar de un día a otro. Igual ocurre en los Estados Unidos. La constitución de un pueblo no es una mera suma ni mezcla física; es una fusión, una combinación química. Un uruguayo, retoño de alemán, Francisco Curt Lange, advierte que “el extranjero venido a incorporarse a la vida nacional, por falta de precaución de las autoridades municipales y por descuido del gobierno federal, se aparta y se aísla”, y añade que desorienta atraer extranjeros sin selección alguna.<sup>13</sup>

Análogo problema se presenta en Brasil y en Chile. En un pasaje de la célebre novela *Canaán* del brasileño Graça Aranha, el autor coteja a un mulato con un inmigrante germano. “Admirábase Lentz de la manera corriente con que el mulato hablaba el alemán, aunque llenara y

rellenara las frases de vez en cuando con vocablos brasileños. Y dirigiéndose a los trabajadores alemanes, les preguntó si hablaban el idioma del país: le contestaron que no. Felicísimo observó a este propósito: —Vea, no se admire de que no lo hablen estos hombres que están aquí hace un año. Hay gente que ha venido hace más de treinta años a la colonia y no sabe una palabra de brasileño”.<sup>14</sup> En otro pasaje, el escribano Pantoja, al recorrer las casas de los colonos inventariando sus bienes, exclama: “También ustedes viven aquí en esta tierra toda la vida, y siempre están las mismas —dijo el mulato—. Vengo por aquí recorriendo estos pagos de casa en casa, y siempre me encuentro con el mismo programa: ninguno sabe nuestra lengua . . . ¡Qué raza dura!”<sup>15</sup>

Don Federico Quintana refiere amenamente su experiencia juvenil en una estancia inglesa donde nadie hablaba castellano, ni quería hablarlo. Era como hallarse convertido en Robinson Crusoe . . . pero rodeado de gente fumadora de pipa y bebedora de whisky.<sup>16</sup>

Las colonias alemanas, inglesas y norteamericanas se mantienen, con diferencia de grado, en un soberbio aislamiento respecto de los “nativos”, a quienes miran con evidente desdén. Los latinoamericanos tampoco les entienden, pero en vez de desdén, les expresan emulación y envidia.

Los italianos y españoles, en cambio, se funden con el criollo. El francés también, pero sin perder cierta leve jactancia de su cultura, aunque se trate de un modesto marsellés que habla en *patois* meridional e ignora en absoluto las excelencias de Racine, Molière y Rousseau. Parece que el solo hecho de venir de Europa diera patente de cultura, aunque se trate de un analfabeto.

¿Hasta qué punto ha podido esto hacer progresar a América?

Desde un ángulo *materialista* o *pragmático*, no cabe duda que la *tecnificación* de los obreros inmigrantes ha incrementado la industria en los países que les abrieron sus puertas; pero, desde el punto de vista espiritual, es distinto.

Muchos inmigrantes europeos, representantes implícitos de una vieja tradición, en realidad ni la encarnan, ni la conocen, ni la transmiten. Pero al tomar contacto con una tradición diferente —la americana—, optan, como todo hombre inculto, por menospreciar lo *diverso*. La tradición genuina, desorientada por aquella superioridad sólo aparente y por la mayor pericia manual, tangible, aceptaba sumisa una superioridad mental, intangible. Surgió así un complejo de inferioridad, reflejado en prurito de imitación. Ambos, europeos y criollos, vivieron, pues, desadaptados, creando un ambiente heterogéneo, poco propicio para la unidad. La tendencia congénita al individualismo de los caudillos españoles y criollos se agravó con la incomunicación traída por el inmigrante. Como el proceso es muy reciente, los observadores superficiales suelen inferir de ello que América Latina es un continente desunido o que no existe en el sentido de una personalidad compacta. Mas lo propio pudo decirse de la Europa de los siglos v al x; de los Estados Unidos entre 1800 y 1880, cuando se definía su fisonomía nacional. Con el aceleramiento progresivo de los fenómenos sociales, América Latina, en cuanto a homogeneización biológica, atraviesa la etapa que los Estados Unidos atravesaron en 1880. La unidad no consiste en identidad de rasgos fisionómicos (no lo es en Estados Unidos, donde abunda toda clase de tipos),

pecialmente en los Estados sureños, prohibía el comercio sexual entre blancos y negros; sin embargo, nacían hijos color canela. Un inflexible y ciego prejuicio los condenaba a irredimible bastardía. Igual en la América Latina colonial. Pero, fuera de esos arrebatos exclusivamente carnales, el anglosajón permaneció aislado, seguro de su divinidad étnica, orgulloso del mito de su sangre.

El italiano, en cambio, sintió el agujijón de la carne y del corazón. Buscó una compañera de lecho y de alma. La conquista de la tierra y el pan es obra de pioneros y soldados; en todo caso, de hombres. También los franceses y alemanes se unieron a las criollas, aunque tal vez con menos entusiasmo que los italianos. El menor número de mixturas francoamericanas se debió en gran parte a un hecho muy sencillo: a que Francia no era ya un país superpoblado; al revés, despoblado. El control de la natalidad suele ser un antídoto eficaz, aunque peligroso, contra la locura por el espacio vital. Desde luego, el español y el portugués fueron los europeos determinantes del mestizaje. Si el italiano hubiese venido con ellos, se habría llevado la palma. Porque él, a semejanza del vasco, se da entero en el trabajo, la alegría y el amor.

Mientras en la colonia el mestizaje tuvo como pilares al indio, al español, al portugués y al negro, durante la República se añadieron el italiano, el alemán, el árabe, el chino, el judío y, en escasa proporción, el japonés, el anglosajón, el francés y los escandinavos. Esto en lo que se refiere a América Latina.

En suma: a medida que aumenta el contacto con Europa y Asia, el mestizaje en América Latina, como en todas partes, es cada vez más complicado. De suerte que si, como pretenden los nazis, el mestizaje significara retroceso, éste

aumentaría a medida que aumentan nuestras relaciones con el resto del mundo, incluyendo Europa.

André Siegfried —citémosle de nuevo, pues se trata de un europeo— afirmaba que a través del mestizaje se ha formado en nuestro continente “un tipo indefinible que desafía toda clasificación”.<sup>17</sup> “En los países andinos —continúa— es muy difícil hacer la distinción entre blanco e indio, así como en el Brasil entre negro e indio, porque muchos indios o negros tienen un poco de sangre blanca, y muchos blancos un poco de sangre india o negra, sin hablar de las combinaciones de zambos que mezclan el negro con el cobrizo. . . Por eso, en la mayor parte de los americanos del sur se afirma la presencia *dominante* de una de las razas en cuestión.”<sup>18</sup>

Una estadística referente sólo a América del Sur (excluyendo a México y a la América Central) dió en 1931 los siguientes resultados: América brasileña tropical (menos 4 estados del sur), 31.130,000 habitantes; América andina (Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile), 26.777,000; *América blanca* (Argentina, Uruguay y los cuatro estados del sur del Brasil), 24.843,000.

Estas cifras necesitan, desde luego, rectificación, sobre todo respecto al último rubro. Sin embargo, notemos que la “América blanca” (en Argentina y Uruguay hay muchos mestizos), representa apenas el 28 % de la América del Sur, sin contar que Siegfried no visitó el norte argentino, ni el Paraguay, donde el mestizo predomina, y que si esa cifra la referimos al total de la población latinoamericana, incluyendo los 20 ó 21 millones de mexicanos, de los cuales 16 son indios o mestizos de indios, y los de Centroamérica, cuya proporción es análoga, el porcentaje de blancos queda reducido a un 20 %. Además, esos mismos blan-

sino en una fusión espiritual que acabará imprimiendo también su sello en los rostros y hasta en los ademanes.

Ahora bien, la influencia de los núcleos extranjeros ha sido muy variada en América Latina. Precisamente los anglosajones cuya presencia urgía con tanto ardor Alberdi fueron los más desvinculados de la población criolla.

En México, extranjero ha sido, durante décadas, sinónimo de sajón y enemigo del pueblo. Porfirio Díaz no habría podido mantenerse en la dictadura sin el apoyo de los capitales inglés y norteamericano. Las revoluciones de Huerta y Carranza, según testimonio de los propios yanquis —*La diplomacia del dólar* por Joseph Freeman y Scott Nearing, por ejemplo—, fueron financiadas alternativamente por petroleros de Inglaterra y Estados Unidos. En una novela norteamericana, *Tampico*, por Joseph Hengshaimer, aparece la sociedad mexicana agobiada por la intervención de los imperialistas vecinos. Por otra parte, la desaparición de los restos de Hernán Cortés, y la imposibilidad de levantarle una estatua —“asesino del emperador nativo Moctezuma”, según el sentimiento popular—, la resistencia a los españoles (al menos hasta 1939), patente hasta en el hispanísimo espectáculo de los toros donde se aplaudía lo mexicano ante todo, demuestra las dificultades del mestizaje cuando él viene apareado a absorbentes intereses financieros.

Lo propio ocurre en otros países. En el Perú existe visible irritación contra los yanquis de Talara, Cerro de Pasco, La Libertad; contra los alemanes de Casa Grande; contra los ingleses de la Peruvian Corporation, porque, además de realizar sus negocios al amparo de leyes arrancadas de cualquier modo, mantienen en sus concesiones una especie de derecho *extraterritorial*, vejatorio para el

ciudadano del país. Lo propio acontece en Chile, con respecto a los yacimientos de Chuquicamata, Sewell, Pedro de Valdivia, etc. Hay un libro que lleva por título *Chuquicamata, estado yanqui*. Los alemanes del Sur han sido más dúctiles, aunque sin perder su orgullo racial.

Nada tan enojoso como la actitud despectiva de los sajones de la Zona del Canal, Jamaica, Barbados, Centroamérica, con respecto a los nativos. Los antecedentes de prepotente arrogancia de los británicos y franceses en la Argentina de Rosas, la captura y retención de las Malvinas, contribuyen mucho a dividir nuestros países, ya que tal clase de extranjeros, lejos de venir a trabajar la tierra o en la industria y comulgar con el suelo que les da asilo y bienestar, asumen una actitud protectora, a pesar de ser ellos realmente los protegidos y hasta injustamente mimados.

Es preciso recalcar que, entre todos los europeos, el italiano es el que menos prerrogativas reclama, aunque a partir del régimen fascista haya intentado también disfrazarse al modo sajón o germano y crear protectorados virtuales donde invierte su dinero.

## 5

La inmigración anglosajona ha conservado, pues, irreductiblemente, un carácter insular, reacia a todo mestizaje legal, aunque no al mestizaje efectivo. En menor escala que el español, cuya libido carecía del férreo control de la voluntad puritana, freno interior, el anglosajón se dejó arrastrar a menudo por sus ímpetus sensuales: así nació un tipo especial de mestizo. Todos los mulatos de Norteamérica provienen de ese mestizaje irregular. La ley, es-

cos son, a su vez, descendientes de iberos, francos, germanos, latinos, sajones, judíos, eslavos, árabes. Por tanto, mestizos también.

América Latina, como quiera que se la mire, es, pues, un continente *mestizo*. El mundo entero, salvo uno que otro antiguo país, aislado del mundo, también lo es.

Si entre los animales, según está probado, el cruce de razas produce mayor vigor, entre los hombres ocurre lo mismo. Cierto que hay especies seleccionadas, pero todo cruce tiene su virtud y su defecto. A más esbeltez de líneas y mayor velocidad no suele corresponder mayor resistencia. Los tipos más bellos de ciertos mamíferos no son los de carnes más suculentas. Hasta hoy, los tipos mejor dotados de América fueron mestizos. En un implícito comicio democrático como es nuestro proceso histórico, no podía resultar de otra manera. La nación —recordemos a Renán— no es sino “un plebiscito cotidiano”.

Hay gente a quien le duele ser mestizo, sin duda, porque teme ceder sus privilegios, comprende la potencia de los competidores recién llegados y quisiera poseer algún título suficiente para detener aquella marejada. Pero olvidan, pese a su cultura, que el progreso del conglomerado humano, lejos de partir del grupo exogámico hacia el endogámico, actúa al revés. El rapto de las sabinas significa una necesidad exogámica, esto es, de mestizaje. Los grandes estadistas han seguido ese ejemplo. Unificar un imperio, como el alemán en 1870, representó reunir en un todo a los cuasi latinos de Baviera, a los cuasi sajones de Prusia, a los cuasi eslavos de Pomerania y a los cuasi celtas del Rin. Para dar grandeza a su estado, los romanos permitían en su territorio la convivencia de todos los cultos religiosos de sus vasallos y las relaciones carnales de sus

miembros. La pureza de sangre suele florecer en frutos tan refinados que acaban debilitándose; espíritus analistas que concluyen en el ergotismo; mentes sutiles que epilogan en la anemia; caracteres soberbios que acaban en la insensibilidad social, y aceleran, por tanto, a contrapelo, las revoluciones que precisamente quisieran impedir.

Durante un período de la historia latinoamericana prosperó mucho la tesis de la degeneración mestiza. Eran los días de Rodó y los arielistas. A fuerza de pretender crear una Grecia —o una Francia— imposible en nuestro suelo mestizo, se perdió de vista la realidad y se convirtió en doctrina sociológica lo que no pasaba de ser un sueño literario. César Zumeta publicó por aquel entonces su *Continente enfermo*, saturado de esos engorrosos centifismos a lo Lombroso, Nordau y demás fatalistas de la llamada escuela positiva. Alcides Arguedas lanzó su *Pueblo enfermo*, condena a muerte sobre su patria boliviana, por ser indígena y mestiza. Uno de los síntomas de elegancia espiritual y clarividencia científica consistía en abominar del mestizo. Naturalmente, quienes así pensaban eran mestizos que olvidaban mirarse al espejo. En el caso de Arguedas, su antimesticismo lo condujo en 1934 al implícito nazismo de *La danza de las sombras*. Muchos políticos y sociólogos bolivianos siguieron sus huellas, los unos por pretender ser blancos puros, descendientes de virreyes; los otros, por defender su abolengo indio, suponiéndose herederos directos de Manco Capac. La reacción contra Arguedas ha surgido de Cochabamba, región boliviana típicamente chola o mestiza.

Pero las teorías están de más cuando se trata de cuestiones tan tangibles como las étnicas. Así como el propio Arguedas, pese a sus teorías, es un mestizo, lo es también

el gran poeta de su patria, Franz Tamayo, a quien Fernando Díez de Medina ha bautizado con el epíteto de "El hechicero del Ande". Tamayo, como ayer Ricardo Jaimes Freyre, es un mestizo. Su ascendencia indígena la tiene muy de cerca, y le enorgullece con satánico orgullo. En Jaimes Freyre quizá hubo alguna gota de sangre mora o africana, no sólo por sus cabellos y ciertos rasgos físicos de su persona, sino hasta por el lujo rítmico de su poesía, tan sensual y plástica.

Los más grandes escritores del Perú, con excepción de González-Prada, José María Eguren y alguno más, fueron mestizos: el inca Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y una princesa quechua; Juan de Espinosa Medrano; Ricardo Palma, José Santos Chocano, Abraham Valdelomar, José Carlos Mariátegui, César Vallejo, por nombrar sólo algunos de los muertos. Su mayor caudillo, Ramón Castilla, también fué un mestizo, igual que Agustín Gamarra, jefe del Estado Mayor que ganó la batalla de Ayacucho. Mestizos fueron Rivadavia, el primer presidente de Argentina; José Hernández, su máximo poeta; Ricardo Rojas, su mejor historiador literario; mestizos también, de europeo y criolla, fueron Bunge, Justo, Almagro, Ingenieros, Korn y gran parte de la Argentina actual, aunque suele creerse que el nuevo cruzamiento no es mestizaje. Mestizos fueron Rubén Darío y Amado Nervo. Mestizos, Diego Rivera, Orozco, Sabogal, Pedro Henríquez-Ureña, Francisco A. Encina, José Antonio Encinas, Armando Solano. Negro retinto fué Maceo, y mestizo de negro es Nicolás Guillén, como lo fueron "Plácido" y Juan Clemente Zenea. Mestizo fué Machado de Assis, el más grande escritor brasileño.

Sin embargo, los apresurados sociólogos europeizantes, más fieles a sus deseos que a sus comprobaciones, la emprendieron contra el mestizo, poniendo en el debe de éste todos los errores y delitos provenientes de la organización feudal y la ausencia de espíritu cristiano, característicos de la política gubernativa, tanto bajo el virreinato como bajo la república. El mayor teorizante de esa escuela fué Carlos Octavio Bunge, argentino. Su libro, *Nuestra América*, cuya primera edición data de 1903, es un auténtico "tratado del pesimismo". No lo aceptan, por eso, los latinoamericanos nacidos después de 1914. Los fundamentos "científicos" en que se basa Bunge han sido superados con exceso. Sin embargo, su diagnóstico —él habla de "casos clínicos" y "enfermedades" colectivas— apenas resiste el más ligero examen: mucho menos si se le coteja, no ya con los principios generales de la sociología, sino con los modestos hechos a la vista. Para él, la mezcla de las razas primordiales de América Latina deja sólo un saldo degradante. Hijo de alemán, desarraigado él mismo, habiendo heredado el cuerpo, pero no el espíritu de su proge, desvinculado del ambiente histórico que explicaría sus juicios, proyectando su pronóstico sobre un medio diferente al que correspondía, amplifica, bajo ropaje positivista, las intuiciones de Alberdi, extendiéndolas a una América que no conocía. *Nuestra América*, por eso, debió llamarse *Mi América*. Y quizá mejor aún *Mi Argentina*, cosa distinta a "la Argentina".

Escuchemos algunas de sus apreciaciones:

"La composición *psíquica* de estos ingredientes podrá representarse así: los españoles nos dan arrogancia, indolencia, uniformidad teológica, decoro; los indios, fatalis-

Frente a la fobia antimestiza de Bunge, se levantó la devoción en el mestizo de Nicolás Palacios, autor de *La raza chilena*. Pero incurriendo también en extremo subjetivismo, definió a ésta como un mestizaje entre godos (germanos) y araucanos, desechando los demás elementos de hispanidad.

Nada de semejante embrollo etnicista sobrevive al cabo de ocho lustros. El abuso de esos conceptos con fines políticos ha movido a los estudiosos a realizar más serias investigaciones en torno al problema. Se ha demostrado, sin lugar a duda, que ni biológica ni socialmente existe razón para hablar de degeneración del mestizo; y hasta se llega a incurrir en el extremo opuesto, como cuando el profesor Lipschutz escribe que uno de los más aptos tipos humanos que ha hallado en su vida fué un mulato brasileño. El mismo profesor recuerda respecto al mestizaje algo que los empíricos olvidan: ¿quién puede arrogarse el derecho de determinar cuándo un mestizaje es provechoso o no? ¿Con arreglo a qué canon se fijará el índice de progreso o degeneración de las mezclas de razas y cuál es el prototipo de la raza superior?

Cuando se trata de las especies zoológicas con las cuales se identifica a menudo el proceso humano, la situación es muy diferente. Se puede convenir en que la mejor raza de gallina es la que pone más huevos; de vaca, la que da más leche; de ovejas, la que da más y mejor lana; mas, llegando a la escala humana, ¿cómo se caracterizaría al *mejor hombre*? “Estoy consciente —repito una cita— de que esto es muy arbitrario y traduce sólo *mis propias simpatías* para cierto tipo humano. Desde el punto de vista del primer Rotschild o de Pierpont Morgan, el valor biológico

de los hombres se mide por la capacidad de formar fortuna; desde el punto de vista de un Napoleón, la medida del valor biológico-racial es la capacidad guerrera; desde el punto de vista del atletismo, la medida del valor biológico racial será probablemente muy distinta de la de un entusiasta de la filología castellana. Cada época, cada clase social y hasta cada profesión tiene su propia medida del valor biológico racial. Así no nos queda otra cosa que atenernos a lo que a nosotros *nos gusta* en cosas biológico-raciales”.

Podrían agregarse muchos otros ejemplos: los japoneses sonrían del orgullo de los blancos acerca de su superioridad racial; su concepto de la vida es de una eficacia bien probada en sus muchas guerras, inclusive en el asalto a Pearl Harbor y las Indias Neerlandesas. Mucha gente piensa que plástica y musicalmente lo más valioso en los Estados Unidos son sus negros; al revés, otros los consideran factores de retroceso. Los indios y los indigenistas juzgan al blanco un animal de presa, de bajos instintos, detentador de los instrumentos de cultura que niega a las demás razas. Los latinos suelen pensar que el sajón carece de delicadeza. Los sajones miran al latino como a una raza inferior, impráctica. Los griegos pensaban de los romanos que constituían un conglomerado de bárbaros. Los romanos tenían a los germanos (los arios de hoy) como semi-selvajes. El chino del Gran Siglo sentía profundo desprecio por el europeo y, desde luego, por el japonés.

Simón Bolívar no admiraba a Washington porque fuera blanco, sino por sus actos en defensa de la soberanía de su patria, pero sin concederle mucho a su altura espiritual. Lincoln, que apoyó la igualdad de blancos y negros, es

mo y ferocidad; los negros, servilismo, maleabilidad y, cuando entroncan con los blancos, una cierta sobreexcitación de la facultad de aspirar que bien podría llamarse *hiperestesia de la aspirabilidad*. El estudio de esas sustancias o calidades psicológicas es complejo, especialmente en su nomenclatura: Hay tantos matices y tantos nombres para cada uno de ellos!"<sup>19</sup>

No hay una sola cualidad positiva en todo lo dicho. No se habla de la imaginación y la dignidad hispánicas; de la tenacidad, la discreción e ironía indígenas; de la aguda sensibilidad, la capacidad estética y la fidelidad del negro. Puesto a descubrir enfermedades, obvio es huir de la salud. Bunge, como sus contemporáneos, se muestra idealista cuando se refiere a Europa; cuando a América, naturalista, en el sentido zolaense del vocablo. Allá descubren nada más que bellezas; aquí, sólo fealdades. A pesar de su desdén por el mestizo, Bunge reconoce que aunque los mestizos americanos son muy prolíficos, propenden siempre a constituir un tipo exclusivo: blanco y europeoide en los climas fríos, moreno, autoctonista en los cálidos. Pese a la supuesta hibridez de este mestizaje, su creciente fecundidad echa por tierra la teoría de Bunge acerca de la degeneración progresiva del "latinoamericano".

Las contradicciones en que abunda este Rosenberg criollo superan lo previsible. Veamos algunas: 1) si el clima determinara la tendencia del mestizaje a ser blanco o moreno, tendríamos que el clima (lo telúrico) y no la raza (la sangre) es lo fundamental en la tipología humana: en tal caso la superestimación étnica cae por su base, y con ella las teorías sobre el mestizaje y su fatalidad. 2) si el mestizo americano tiende a crear un tipo europeoide, el

última estaría lejos de desempeñar el papel que Bunge le asigna: la raza sería lo determinante, no el medio telúrico. Bunge confunde, hablando en términos vulgares, la nariz con la corbata, o sea, que llama europeización a la educación europeizante que se imparte deliberadamente en las escuelas y a los trajes europeos que se usan en las ciudades, lo cual no afecta a la personalidad física ni psíquica del hombre, sino a su ilustración o alfabetismo y a su presentación o envoltura. 3) si la degeneración y hasta la infecundidad característica de la hibridez proviene del mestizaje creciente entre "mestizos semejantes", Europa y los Estados Unidos deberían haber desaparecido hace tiempo. ¿Hay acaso mestizos más "semejantes entre sí" que los anglosajones, irlandeses, alemanes, escandinavos, escoceses, holandeses, franceses, italianos, españoles y latinoamericanos que forman el sustrato de la población norteamericana? 4) por medio contradictorio, Bunge da y quita la razón a Hitler y su apóstol Rosenberg, detonantes portavoces de H. S. Chamberlain, y del conde de Gobineau: porque si el mestizaje "entre semejantes" causa degeneración, la raza aria es la degeneración en sí (contra Hitler), y, en cambio, si todo mestizo es un degenerado en potencia, Hitler tendría razón.

Son tan vacías las teorías de Bunge, que llega a aseverar que el presidente chileno Balmaceda fué vencido (1891) a causa de la "absoluta inferioridad de raza" de sus partidarios; o que "cuanto más débil y servil se hace un pueblo con sus enemigos extraños, tanto más desleal y pérfido se muestra, en la vida interna, con sus propios hombres". ¡El caso de Alemania e Italia bajo el totalitarismo probaría precisamente todo lo contrario!

El mestizaje nació, pues, sino degradante, degradado por la actitud nada caballeresca ni cristiana, nada española, de los conquistadores blancos.

Cierto, ello se explica, en parte, por la carestía de mujeres y la superabundancia de soberbia y de prejuicios en los reciénvenidos. En el Perú, por ejemplo, prácticamente sólo desde Vaca de Castro, en 1542, o sea a los quince años de iniciada la campaña, la ley obligó que los hombres casados viajaran desde España con sus esposas e hijas. Inés de Muñoz, mujer de Francisco Martín de Alcántara, mediohermano de Francisco Pizarro (hembra diligente y laboriosa, a quien se atribuye haber traído los primeros granos de trigo a Lima, y que fundó, luego de su segundo matrimonio, el Convento de la Concepción) era una excepción a la regla. Igualmente lo fué Inés de Suárez, única mujer blanca a lo largo de los primeros años de la conquista de Chile. Más tarde, la mujer evoluciona y, en ciertos instantes, impone su señorío. Los nombres de Sor Juana Inés de la Cruz, la Madre Castillo, la Perricholi y la Quintrala, encarnan, por diversos modos y en distintas épocas, modalidades típicas del espíritu colonial.

Pero ya esto pertenece a otro aspecto del problema.

Baste concluir diciendo: 1) que la política de abrir las puertas a los extranjeros, después de la república, complicó el problema racial latinoamericano, incrementando el mestizaje; 2) que los europeos asumieron dispar actitud según su procedencia, respecto a los criollos; 3) que el medio ambiente plasma día a día un tipo característico del hombre de América, tanto en el Sur como en el Norte; 4) que este hombre es esencialmente un mestizo, tanto más cuanto más numerosos son los aportes que de otros pueblos sobrevienen al Continente; 5) que los prejuicios en torno

a la degeneración proveniente del mestizaje carecen de todo fundamento científico y se reducen a meras simpatías, es decir, a valoraciones *subjetivas*; que el mestizo (neoindio, neoeuropeo o neoriental) es y ha sido el elemento dirigente y representativo de la cultura y la organización americana: será también él quien conduzca en lo futuro los rumbos del continente.

mucho más grande que el blanco y aristocrático Douglas, esclavista furibundo.

Si lo distintivo de una raza reside en sus cualidades morales, y se adjudica la doblez como rasgo fundamental del mestizo, no está de más recordar un juicio irónico y certero de Germán Arciniegas:

“El mestizo es considerado repugnante por falsía, por la doblez de su alma, y es ahí en donde está justamente su virtud. ¡Claro que el mestizo es doble! Y si se fomentan nuevas corrientes de inmigración, la doblez aumentará, y, con la doblez, la inestabilidad y el equívoco. Más embusteros que los europeos de la Edad Media no lo hemos sido nosotros nunca, ni más dobles ni triples. Pero, por inconveniente que esto resulte para quien trata a los mestizos y aun para los mestizos mismos en su régimen interior, no hay que olvidar la grandeza, lo estupendo, de ese proceso en que un alma se dobla, se duplica, llega al filo de la montaña para ver a diestro y siniestro, a oriente y a occidente, con ansia de plenitud”.<sup>20</sup>

Con razón advierte Gilberto Freyre que más les valiera a los pesquisidores de “manchas” de mestizaje, señalar las de “sífilis” que no respetan razas y son más mortíferas y degenerantes.<sup>21</sup>

Más hipócrita que el mestizo americano, y sin sus razones defensivas, es el levantino, el hombre del Mediterráneo. Pero nadie discute sus valores tradicionales, su calidad humana. San Pablo, que conocía bien las grandezas y miserias de los hombres y había sufrido en carne propia a causa de la hipócrita excusa —“judíos”— que daban los romanos para perseguir a los cristianos, había sentenciado ya, *ab æternum*: “No hay Griego ni Judío... bárbaro ni

escolta, siervo ni libre". En suma, no hay sino hombres, y la demás no es sino avidez y codicia disfrazadas de estúpido cientificismo.

En América, como en todas partes, sólo hay una raza: la americana, esencialmente mestiza como lo fué siempre todo porvenir hecho carne o espíritu.

Sería injusto cerrar este capítulo sin mencionar de nuevo uno de los elementos fundamentales de la formación étnica del continente: la mujer. Si hubiesen llegado muchas con los conquistadores, como ocurrió en la América del Norte, el mestizaje indoibero habría sido, acaso, más lento y tenue. Aunque se persiste en disfrazar de generosidad cristiana el origen de la fusión de razas, hubo en ello un imperativo biológico, de índole sexual, de fuerza decisiva: la ausencia de mujeres blancas.

Entre los muchos hechos que la historia recoge al respecto, quisiera destacar tres: la espantosa ingratitude de Hernán Cortés para con Malitzin, o doña Marina, su providencia y manceba, mujer de real estirpe, de quien se valió para salvarse, a diferencia del inglés John Rolfe que, en América del Norte, hizo su esposa a la princesa Pocahontas; la deslealtad del capitán Garcilaso de la Vega y Vargas, descendiente de Jorge Manrique y el Marqués de Santillana, para con Isabel Chimpu Oclo, doncella de sangre real, a quien hizo madre del insigne mestizo Garcilaso Inca de la Vega; la de Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, que después de haberse sostenido a costa del heroísmo y la abnegación de su concubina Inés de Suárez, la pospuso para no perder sus prerrogativas de capitán y ricohome.

una "raza social". Lo prueban varios hechos: 1) que basta una gota de sangre negra para hacer de un individuo blanco en apariencia, un negro en realidad; 2) que los negros, aún siendo cultos y acomodados, deben situarse en una escala inferior al blanco; 3) que si en el Sur esto es más agudo que en el Norte, y el habitante blanco es el mismo en todo el país, de ello se deduce que la diferencia descansa en el criterio subjetivo de los espectadores, no en los hechos objetivos.

Como quiera que se mire, pues, el negro constituye grave problema y todos los países con población de origen africano han sufrido sus efectos. Algunos que ya no cuentan con su presencia tangible y cuantiosa, olvidan que la tienen en múltiples mestizos, y que la ausencia del negro, lejos de constituir un motivo de orgullo, representa una demostración de pauperismo, puesto que sólo tuvieron esclavos quienes pudieron sostenerlos; y, además, una amputación sensorial, puesto que el lirismo y el ritmo entroncan con el negro en tal proporción que la poesía modernista sudamericana tanto como el *hot jazz* de los yanquis, la devoción por el Señor de los Milagros de Lima, la del Padre Divino de Harlem, el aire diabólico de los candombes montevidanos, las cumbias panameñas, el tango argentino, la machicha brasileña, la conga cubana y la *zamacueca* peruana y el *cake walk* de las Carolinas, revela la ardiente presencia del negro con su cotejo de sensualidad y de dramático humorismo, con su carga de dolor y de servidumbre.

## 2

El negro inició su inmigración al Nuevo Mundo el año de 1501. El cubano Saco, que ha estudiado con tanto

alíneo el punto, admite la posibilidad de que desde fines del siglo xv hubiera venido un corto número de ellos a América. Los había en la Península Ibérica desde mucho antes. Sabemos que por lo menos hacia 1447 —o sea 45 años antes del primer viaje de Colón— los tripulantes de una carabela portuguesa capturaron a 48 negros de Cabo Rencate, y que en esa misma época el navegante Diego Gil regresó a Portugal, desde el río de Oro, con 51 negros que obtuvo trocándolos por 18 moros.<sup>1</sup>

Hacia 1460, la Compañía de Lagos importaba anualmente 700 u 800 esclavos negros a Portugal. España absorbió parte. Cuando Colón realizó su hazaña y en el empeño de poblar La Española solicitó la cooperación de los Reyes Católicos, éstos le autorizaron a llevar delincuentes y desterrados de la justicia a dicha isla. Luego, en 1501, se dictó la Real Orden permitiendo que se introdujesen esclavos negros al Nuevo Mundo. Bartolomé de las Casas no había iniciado aún su propaganda en pro de los indios y en contra de los negros. El hecho se hizo más ostensible cuando con la Real Orden de 3 de septiembre de dicho año 1501, designó a Nicolás de Ovando gobernador de La Española: la única restricción al tráfico de esclavos fué que éstos hubiesen nacido en poder de cristianos; sin ese requisito no podrían pasar a América. Protegidos por dicha concesión, los negreros introdujeron a La Española negros africanos, cuya congénita rebeldía los llevaba a huir a los montes, incitando a los indios a imitarlos. Por eso, la Reina Isabel la Católica revocó el permiso para importarlos; el rey Fernando no tardó en autorizar de nuevo la trata de negros, cuyo gran mercado estaba en Lisboa. En el Brasil, dependiente de la corona de Portugal, la afluencia de negros fué, por tanto, ininterrumpida.

## VI

# LOS NEGROS

Dios hizo al blanco y al negro  
Sin declararlos mejores  
Les mandó iguales dolores  
Bajo de una misma cruz;  
Mas también hizo la luz  
pa distinguir los colores.

Así ninguno se agravie;  
no se trata de ofender  
a todo se ha de poner  
el nombre con que se llama,  
y a nadie le quita fama  
lo que recibió al nacer.

JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*.

### 1

TANTO EL movimiento indigenista como el hispanista representan intentos contradictorios de recapturar lo vernáculo. Dejando aparte el contenido estrictamente histórico o ampliamente social de ambos, no se puede negar que el primero encierra algo de lo que se ha denominado “primitivismo mágico”, y el segundo un anacrónico colonialismo falangista y *pompier*.

Pero el caso del africano se diferencia de modo radical de ambos. “El negro —dice un comentarista— se encuentra *de visita* en América, es una raza desligada de su centro nutricional, que no ha podido apagar la llama quemante de la selva, ni ha logrado sustraerse al decreto de su sangre”. Singular posición: raza sin ligamen con el medio, atada sólo a su remoto y extraño ancestro.

Por cierto, semejante planteamiento dista de ser definitivo. Si el negro fuese del todo indemne al medio, se habría establecido en la propicia región cordillerana y no lo hizo. Sus grandes núcleos, tanto por el género de producción costera (azúcar, arroz, tabaco) como por la analogía de clima del Africa, son el del litoral y algunos valles calientes. Raza de visita, procuró establecer aquí una sustitución climática, de selva por selva, desierto por desierto, sol por sol. Una novela retrospectiva negra, *Matalaché*, de Enrique López Albújar, representa un cuadro africano en el norte del Perú. Los espejismos del Sahara se reproducen en los eriazos de Colán, en el tablazo de Piura, donde un esclavo fogoso y una linajuda y voluptuosa dama salvan distancias raciales y se entregan, sin rebozos, a un amor cuyo epílogo será espantosa muerte.

Mas pese a la condición adventicia del negro, al principio transeúnte y hoy parte integrante de América, existe un rasgo que lo mancomuna con el indígena, raza generatriz: su condición ante el trabajo. Ramón Guirao, con claro sentido poético y no poca información histórica, asevera algo que no admite debate: "El indio se salva por el color, el negro por el ritmo. Indios y negros en Hispanoamérica, equiparados socialmente por los encomenderos y colonizadores, comparten, desde los primeros años de la gran aventura de la conquista, un destino común". Aunque los caracteres fisionómicos sean más inconfundibles en el negro que en el indio, veremos de nuevo cómo este problema étnico se reduce también, en última instancia, a un problema social.

Por lo demás, en los Estados Unidos el caso presenta grandes analogías con el nuestro. Por razones más concretas, el negro constituye también allá, en muchos aspectos,

Entre 1510 y 1511, vemos que el Rey Fernando el Católico autoriza a la Casa de Contratación de Sevilla a mandar 50 esclavos negros africanos —ya no nacidos entre cristianos—, a América, y favoreció el tráfico con las piezas de ébano procedentes de Guinea.

Sólo en 1515 fué cuando se realizó la entrevista entre el P. Las Casas y su Majestad. El rey murió en seguida, de suerte que la influencia del dominico fué nula en este aspecto.<sup>2</sup>

El año 1517, los sacerdotes de la Orden de San Jerónimo se presentaron a la corte solicitando permiso para comprar esclavos africanos. De acuerdo con la teoría de Las Casas, los sacerdotes de Cristo (quien jamás hizo distinciones de raza, y en cuya Corte figuran santos negros y eminentes doctores y patriarcas africanos) estimulaban el nefasto tráfico. No se les puede medir con vara contemporánea. Dentro del racismo imperial de los europeos, aun de los europeos de tez oliva como los lusitanos y andaluces, aquello era lo normal.

Isabel la Católica autorizó el tráfico de 4,000 negros esclavos mediante licencia otorgada al contratista Lorenzo Gomenot (francés, no español, bueno será decirlo para que nadie pretenda lavarse las manos), el cual los vendió a los genoveses (los italianos también entran aquí) por la suma de 2,500 ducados. No se negaron al infamante tráfico los alemanes, mucho menos los portugueses. Cigner y Sailler (1528) entre los primeros, y Gómez Reynal (no sé bien si lusitano o español), llevaron a cabo pingües negocios de carne prieta. Entre 1580 y 1640, en que España y Portugal se mantuvieron unidas, las utilidades crecieron mucho: sólo en 9 años logró Reynal introducir a los dominios ibéricos la respetable cantidad de 38,250 esclavos negros.

De esta manera se realiza el deseo de Las Casas, defensor de indios pero esclavizador del negro.<sup>3</sup>

La mayoría de los negros fueron dedicados a los trapiches. Las grandes haciendas de Santo Domingo no habrían podido desarrollarse sin aquel aporte de ébano. Las minas de Buria, Tierra Firme, mucho menos; como que en ellas trabajaban ya desde mediados del siglo XVI 80 negros. Más tarde, obedeciendo a las órdenes del famoso régulo negro Miguel, se alzaron contra las autoridades blancas.<sup>4</sup> Por lo demás, desde 1529 los alemanes tenían en Coro 780 esclavos, muchos oriundos de Nueva Guinea.

En general, el negro se aposentó en tierras americanas casi al mismo tiempo que el blanco, si bien sin su influencia; lo cual no quita que, so capa, la tuviera, y mucha, a través del hogar, en cuya formación intervino inconscientemente, por medio de amas, criados y a menudo las concubinas de su prole.

Doquiera, hubo una especie de implícita unión afro-ibérica contra el indio. Así, la más vieja ciudad de los actuales Estados Unidos, San Austin, Florida, tuvo entre sus fundadores a un negro. En Chile, que se jacta de su ausencia de contacto africano, también aparecen cafres con la Conquista. Cuando los araucanos destruyeron Quillota en 1542, de la hecatombe realizada por los indios sólo escaparon un español y un negro. Era un negro "horro", llamado Juan Valiente.<sup>5</sup> Como verdugo de Sancho de la Hoz, rival de Pedro de Valdivia, actuó un negro. Otro negro y tres cristianos fueron los únicos sobrevivientes de un navío que los araucanos asaltaron en el norte.<sup>6</sup> El despenador del primer virrey del Perú, en Iñaquito, el año 1546, fué también un negro.

Las familias más ilustres, sobre todo en la zona del

Caribe, anduvieron complicadas en el comercio de negros. Un Briceño, don Sancho, obtuvo en 1560 exención de derecho para introducir 200 "piezas de ébano"; un Bolívar, don Simón Bolívar, pedía en 1590 permiso para introducir 3,000. No es raro que sólo en Caracas hubiese hacia 1812 cuarenta mil esclavos africanos sobre los 62,000 de toda la actual república venezolana.

"Colombia vió igual cosa desde su iniciación. Hay un instante en la vida del fundador de Bogotá, don Gonzalo Jiménez de Quesada, en que todos le abandonan": cuando él regresa de España y pretende proseguir sus intentonas para llegar a El Dorado. Entonces —refiere Arciniegas—, "el capitán Gonzalo Macías intenta fugarse con unos negros y negras. Sorprendido, resuelve suicidarse".<sup>7</sup>

La proclividad a la insurgencia, si bien traída por los españoles, parece que se avivó con los africanos, siempre levantiscos. El poeta Miramontes y Zuazola nos presenta a una colectividad de esclavos del Istmo de Panamá guiando a las huestes del pirata Oxenham, segundo de Drake.

Duro peón de faena el africano. Con él no rezan exenciones ni siquiera teóricas. Una ordenanza de 24 de noviembre de 1601 establece en México que los indios trabajen en los obrajes, aun cuando estuvieran ahí en compañía de negros, pero que, en último caso, debía recurrirse sólo al esfuerzo de los africanos.<sup>8</sup> Tan valioso era el músculo del esclavo del Congo y Nueva Guinea, que hacia 1612 un rico propietario de la Banda Oriental del Plata dió como dote a su hija "32 piezas de esclavos negros y negras, 40 carretas, 100 bueyes, cadenas de oro y perlas, joyas", etc.; de todos modos "le quedaron, como es notorio, 50 negros, mucha plata labrada, 150 bueyes, etc."<sup>9</sup>

La minuciosidad del sistema había establecido un

cálculo preciso sobre el valor de producción de cada negro, como si se tratara de una máquina. Juan Agustín García escribe al respecto: "Calculando el precio de un negro adulto en cien pesos, y en cinco o seis por ciento el interés del dinero, cada *pieza* debía producir nueve o diez mensuales, comprendiendo esa renta la amortización gradual del capital y los gastos. El negocio debía ser muy bueno, dado lo que se disputaban los cargamentos de negros".<sup>10</sup>

En efecto, entre los 300,000 habitantes que la actual Argentina tenía a fines del siglo XVIII, había por lo menos unos 30,000 negros, sin contar a los morenos o mestizos, según entiendo, es decir, una proporción exacta a la que hay en los Estados Unidos de hoy: 14 millones de negros en una población de 133. Al menos, es lo que respecto a Argentina afirma Lucas Ayarragaray. Más o menos en la misma época, de un millón de habitantes que tenía Venezuela, los componentes eran como sigue: 200,000 blancos criollos y mestizos (más mestizos que blancos), 120,000 indios puros; 400,000 pardos (en Estados Unidos se diría negros), 72,000 negros esclavos y 12,000 blancos. En suma, un 7.2 % de negros y un 40 % de pardos o seminegros, es decir, un 47.2 % de población de origen africano.<sup>11</sup> En Paraguay, hacia 1790, había unos cuantos negros entre los 92,480 habitantes: 644 en Tapaby y 840 en Emboscada, es decir, un total de 1,484, o sea 1.6 %.<sup>12</sup> En el Perú, sobre 400,000 habitantes, el 11 % era de españoles y criollos; el 64 % de indios, el 20 % de mestizos y castas libres (comprendidos mulatos y zambos) y el 5 % de esclavos. No es aventurado suponer que la mitad de los mestizos era de negros, de suerte que el tanto por ciento de éstos subiría a 10. La última partida de negros llegada al Perú fué

en tiempos del virrey Abascal (1809-10), ya dentro de condiciones más humanitarias.

Tal mejoría consta en el llamado *Código negro*, que el rey de España promulgó hacia 1795. Era una mejoría teórica, pues en realidad, so pretexto de protegerlos, se les ponía en peor situación. Por ejemplo, se les privaba del descanso del sábado. Tan incongruente resultó la algarazara acerca del nuevo código y sus efectos, que los negros de Coro se sublevaron, seguros de que alguien les ocultaba y torcía la verdadera voluntad del Rey a quien suponían propicio.<sup>13</sup>

Era natural aquel celo de propietarios y magistrados. Cuando vemos que en el propio Cabildo de Buenos Aires se levantaban voces en 1677 pidiendo la concesión de algunos navíos de negros, “pues en ella no hay otros labradores ni trabajadores que cultiven la tierra”, se da una cuenta del terrible problema económico y social que planteó la afluencia africana, tanto más grave cuanto más ricas fueron las tierras, así como el consiguiente drama humano y político que vino en seguida.<sup>14</sup>

En el Brasil (más que en Venezuela y Cuba) la presencia del negro se manifiesta omnipotente en todo momento. Las más de las intentonas emancipadoras reconocen su participación. Debido a su esfuerzo creció la fortuna de los “señores de ingenio” y de los mineros. A fuerza de esa afanosa tarea y ese dolor inagotable Brasil pudo alcanzar y mantener su abundancia. Las colonias menos ricas tuvieron menos esclavos que las más prósperas. Chile, por ejemplo, al estallar la revolución emancipadora, apenas contaba con unos 20,000 entre negros y mulatos. Los mismos jesuitas apenas poseían alrededor de 2,000 esclavos,

otra irrisoria en comparación con las de otros países. No era efecto de virtud sino de pobreza.<sup>15</sup>

A pesar de ser tan escasos, los negros en Chile supieron imprimir su sello supersticioso y fetichista a las ceremonias religiosas de Semana Santa, y, así, de las doce solemnidades realizadas entonces, entre el Miércoles y el Sábado Santo, una era de negros o morenos.<sup>16</sup>

Los datos que anteceden y siguen son meros respuntes para dar idea de lo que el negro significó numérica y económicamente para América, y sin ánimo de ahondar el tema, pues lo escrito por Saco Ortiz, Ramos y Freyre es definitivo.

De todos modos, es útil consignar que una ciudad tan tenuta por blanca, tan cosmopolita, como Montevideo, encerraba entre sus murallas hacia el año 1843, en plena lucha contra Rosas, unos 31,000 individuos, de los cuales sólo 11,000 eran nacionales. De éstos la mitad eran negros, criollos o africanos emancipados. Los otros 20,000 provenían de Argentina, Brasil, Francia, Italia, España, Norteamérica, Portugal e Inglaterra. La legión argentina se componía de 500 plazas.<sup>17</sup>

Asimismo, tanto en el Río de la Plata como en Tierra Firme, algo menos en México y Perú, mucho menos en Chile y Paraguay, los negros determinaron muchos sentimientos familiares. El cronista Azara decía ya: "apenas nacen los niños, los entregan sus padres por precisión a negras y pardas que los cuidan seis o más años, y después, a mulatillos a quienes no verán ni oirán cosa digna de imitarse, sino aquella falsa idea de que el dinero es para gastarlo, y que el ser noble y generoso consiste en derrochar, destrozar y en no hacer nada, inclinándose a estos

últimos la natural inercia mayor en América que en otros pueblos".<sup>18</sup>

## 3

Pese a tan pesimistas vaticinios, los negros aportaron un elemento primordial en toda democracia: su insumisión. Traducido en otros términos, eso viene a significar capacidad crítica, audacia revisoria.

En otro libro mío he pasado rápida revista a las más notables de las insurgencias de esclavos durante la colonia. No transcurrió año sin alguna. Ciertamente, los negros venían levantiscos desde su embarque y se irritaban más con las terribles travesías marítimas. Por eso los piratas ingleses contaron con ellos como sus mejores aliados. Desde México hasta Buenos Aires y Valdivia, desde Brasil hasta Virginia, este proceso fué idéntico.

En ocasiones, alguno de esos movimientos revistió caracteres teóricos: la insurrección de Coro en 1797 prometía en su proclama inicial instalar una república "a la francesa", poniendo así toda su esperanza en seguir las huellas de los *sans culotte* que derribaron los muros de la Bastilla. A eso conducían las conversaciones de sobremesa de los amos y la confianza familiar en que admitían a sus esclavos, considerándolos seres incapaces de recoger un mendrugo de pensamiento.

Con el siglo XIX se acentuó el cambio. El primero en demostrarlo fué el haitiano Toussaint L'Ouverture.

El heroico "Napoleón negro" enfrentóse resueltamente a las tropas de Francia. Sólo fué vencido mediante engaño después de innumerables batallas. A partir de entonces la historia de Haití y Santo Domingo, bajo el imperio negro, fué una verdadera pesadilla. Se inculpa eso a la ingénita

anarquía y crueldad de los africanos. Seguramente, si se les hubiera educado durante los trescientos años de vida colonial, todo habría sido distinto. La diferencia que existe entre el negro norteamericano culto y el negro medio del mismo país o de las Antillas es tan enorme que parecen pertenecer a dos razas diferentes. Hay más afinidades entre un negro y un blanco de cierto nivel cultural, que entre un negro analfabeto y otro ilustrado. Sin embargo, unidos bajo el denominador común del menosprecio blanco, liman sus diferencias, juntan sus rencores.

Los levantamientos negros en Haití, Santo Domingo y Venezuela se propagaron a Colombia, de la que entonces formaba parte Panamá. Cuba tampoco quedó al margen. Los esclavos de los ingenios azucareros de La Habana, Trinidad, Bayamo, Puerto Príncipe y Holguín, es decir, todas las Antillas, bajo la dirección del negro José Antonio Apon-te, alzaron pendón de rebeldía en febrero de 1812. Vencieron los soldados del gobierno y los caudillos cafres fueron decapitados y sus exangües cabezas expuestas miserablemente en el puente de Chávez. Poco después, el presidente negro de Haití, Pethion, tendió su generosa mano al Libertador Bolívar, y, mediante este auxilio, fué posible dar cima a la independencia de América.

A la par, algo semejante ocurría en el sur. “Los negros emancipados de la esclavitud —dice Mitre— dieron su contingente a la infantería americana, revelando cualidades guerreras propias”.<sup>19</sup> Un negro célebre monopoliza la atención de los poetas patriotas del Plata: el Sargento Falucho, a quien canta Rafael Obligado. En la batalla de Maipú que, prácticamente, selló la libertad de Chile, nadie combatiría mejor que los esclavos. “Más de la mitad de

los negros de Cuyo —dice Mitre— quedaron en el campo de batalla”. Poco antes de salir de Mendoza con el Ejército Libertador de Chile, hubo un “despejo, o desfile marcial, en el que se lucieron los negros, moros gauchos e indios de las tropas. San Martín exclamó: “La Patria necesita estos locos”.<sup>20</sup>

El secreto de esas proezas era bien sencillo: “Aquí me avisan que si nos derrotan los godos, van a vender a nuestros negros libres en el mercado de Lima; pero no podrán vender a los que sepan combatir”, había dicho, según parece, el propio San Martín en Plumerillos, el año de 1818.

Pronunciadas o no, tales palabras explicaban por qué los esclavos manumisos combatieron con tanto ardor por la patria. De ahí que uno de los primeros decretos de Bolívar fué el que dió libertad a los esclavos. Igual se haría en otros puntos de América.

Casi ningún núcleo de negros se mantuvo ajeno a la campaña emancipadora. Cuba, todavía sometida entonces, vió a sus negros convertidos en incansables guerrilleros. El año de 1826 se produjo un conato de rebelión en La Guaira; en 1835 hubo otros en Matanzas, Jaruco y La Habana; en 1843 los negros nuevamente alzan la bandera de la insurrección contra los abusos de los encomenderos españoles del ingenio “Alcancia”, movimiento que se contagió a otros núcleos azucareros y cafetaleros. La célebre conspiración de La Escalera se basó en elementos negros. Por eso, el gobernador O’Donell desencadenó contra éstos todas sus iras. No obstante la fecundidad de la raza y la continua compra de esclavos, la población cafre sufrió la merma de 17,400 individuos. El gobierno español había vuelto en Cuba al viejo sistema de las “perrerías” de los

tiempos de Colón. Las famélicas jaurías se lanzaban ladrando pavorosamente sobre las huellas de los infelices cimarrones. A menudo volvían con el hocico cubierto de sangre, llameantes los feroces ojos, agitado el ijar.

Represalia por todo ello: en la campaña por la definitiva libertad de Cuba figuraron como jefes dos negros insignes: los hermanos Maceo. Uno de ellos, Antonio, compañero y amigo de José Martí y de Máximo Gómez, tiene su estatua en El Prado de La Habana.

En otras latitudes los negros siguieron actuando anárquicamente, siempre despreciados a causa de su color. Rodearon a Rosas, especie de infernal vengador, contra el señoritismo porteño. Liberales en el Ecuador y adversos al conservatismo feudalista, rodearon fervorosos al caudillo Eloy Alfaro. Demócratas en el Perú, siguieron las huellas de Nicolás de Piérola, dos veces presidente, antagonista de los grandes latifundistas. En el litoral colombiano fueron también liberales, secuaces del general Uribe y Uribe. En el Brasil se alzaron contra el imperio en la lucha por la república. Partidarios de Lincoln en los Estados Unidos, hoy integran una vasta proporción de los efectivos comunistas de aquel país.

¿Cómo decir, entonces, que históricamente el negro nada representa en el conjunto de América sólo porque así lo requieren unos cuantos países que *en apariencia* se han librado de su influencia? Pero será mejor, previamente, elucidar otros aspectos.

## 4

“Desde Río de Janeiro hasta el territorio norteamericano de la Guerra de Secesión, pasando por el mar Caribe, se dibuja toda una zona en la que el negro, sin ser siempre

predominante, constituye, sin embargo, en todo momento, un aporte apreciable. La costa brasileña en Río y al norte de Río, sobre todo en Bahía, está totalmente penetrada por la influencia de color, tolerándose y aun alentándose el mestizaje por la costumbre; con el negro reinan la alegría, la sensualidad, el dejar hacer, el buen humor fácil, todo lo cual forma una atmósfera muy diferente de la que se muestra bajo la impregnación de la tristeza española y de la incurable reserva indígena".<sup>21</sup>

Estos negros compartieron un destino común con los indios cuando la Conquista, pero dentro de características antagónicas. Sarmiento describe así, gráficamente, la diversidad: "Reyes de Africa [los negros], no se contienen en soltar el llanto al romperles algún juguete o vaso regalado por un europeo aun en presencia de ellos. Uno lo hacía por un polichinela, cuyos hilos rompió por falta de destreza al hacerle hacer cabriolas. Un indio las presencia en silencio, sin mostrar grandes síntomas de interés".<sup>22</sup>

El ejemplo no puede ser más perentorio: extraversión y puerilidad de un lado; introversión y adustez, del otro: juventud y ancianidad; nerviosismo e indiferencia. Pero, en el fondo, idéntico rechazo.

En un trabajo sobre el negro el Profesor Lipschutz advierte:

"El negro, después de haber estado tan sumiso en los siglos pasados, se inclina a presunción ilimitada; está convencido de su propio poder y grandeza, con lo cual toda la humanidad se encamina hacia nuevas fases de desarrollo, cuyo verdadero carácter nadie puede prever, entre los blancos, y nadie entre sus hermanos de cobre".<sup>23</sup>

De estos hechos extraía Bunge conclusiones nefastas. Igual habría sido condenar a eterna niñez a un chiquillo

por el hecho de no guardar la compostura de un adulto. Los términos “degeneración” y “decadencia” requieren la preexistencia de un período de apogeo y madurez. “¿Cómo va a decaer quien nunca llegó a la cima?”, se preguntaba con razón Manuel González-Prada. Cuando no, la evolución se halla en marcha, es un ciclo abierto, no un ciclo cerrado.

Tal vez ningún mejor ejemplo que el del negro norteamericano, en quien se dan cita la presunción infantil y la contención indígena. Por ser tan grande su número y tan reciente su libertad, él condensa lo que es el indio en Sudamérica y el negro en cualquier parte.

Pero, evidentemente, a la sombra de lo uno y de lo otro, ha dado vida a un “patriotismo de color”, cuyas consecuencias escapan a todo cálculo y comienzan a preocupar a los sociólogos de Estados Unidos como el primer problema.

Entre muchos —yo he asistido a una reunión de universitarios de la aristocrática Universidad de Princeton, en la que se discutía el tema del seminario del año de 1942—, después de ardiente debate, triunfó éste: el negro. En Sudamérica habría que decir: el indio.

## 5

Ahora bien, a estas alturas debiéramos tratar ya de establecer qué es un negro.

La definición por el color de la piel resulta demasiado simple; exactamente igual a la del indio. Así como el indio rico pasa a ser cholo y hasta blanco por la mera acción del poder económico sin que el pigmento varíe, así, también, he visto en La Habana a negros ricos que en sus clu-

bes privados mantienen mayor relación con los blancos acomodados que con los negros proletarios. Por eso un sociólogo venezolano apuntaba que el nombre de negro sólo se aplicaba al esclavo. El negro criollo libre, que no era ya de pura raza africana, se convertía en pardo, no obstante que su tez seguía siendo tan oscura y reluciente como antes. Los pardos, según vimos, podían adquirir el derecho de ser considerados como blancos mediante el pago de determinado canon. El blanqueamiento se aceleraba en virtud de elementos distintos al étnico.

Los norteamericanos, dentro de una concepción más ceñida y aristárquica del color, definen como negro a todo aquel que tiene una sola gota de sangre africana en sus venas. En cambio el indio puede legalmente dejar de serlo si renuncia a la protección que el Estado otorga a sus hermanos de raza en las reservaciones. El asunto se plantea, por tanto, sobre bases absolutamente diversas.

Sarmiento, que tan tumultuosa y genialmente juzgaba todas las cosas que caían bajo su observación, suele confundir a veces el problema étnico con una cuestión legal de gobierno. Así en una página de sus *Conflictos y armonías de razas* admite que hay mezclas "abyectas", pero en seguida afirma que todo puede solucionarse afortunadamente dentro de las formas de gobierno, siempre regidas por la parte "más influyente de la sociedad". De donde resultaría que el problema de negro e indio es insoluble si un estado está dirigido por blancos que imprimen su carácter a cualquier amalgama racial.<sup>24</sup> Más adelante el mismo Sarmiento acepta, como tantos tratadistas de nuestra historia, que "el negro, aunque esclavo, era el amigo del joven criollo, su amo, con quien acaso se había criado en la familia, y de cuyos juegos y gustos había participado".

Y estremando la contradicción, declara que el negro “es fiel y entusiasta de raza”, después de lo cual elogia a los magníficos batallones 7 y 8, célebres en la guerra de la independencia de Chile y el Perú, el 9 y el 10, que formaron el ejército de Desaguadero, “el 2 que volvió del Brasil y una compañía de estos valientes veteranos con la cara negra y la cabeza blanca, que murió en la laguna de Nuanacache, en 1831, con el comandante Castro, sorprendido por las fuerzas de Quiroga”.<sup>25</sup> Agregaremos que el regimiento 369 de los negros de Harlem, conocidos en Francia como “les enfants perdus” fué el mejor cuerpo de ejército norteamericano en la guerra de 1914-1918.

Juzgado así a la luz de antagónicos sentimientos y predilecciones, el negro llega a América, se instala dondequiera, se rebela, trasmite sus supersticiones, se convierte en instintivo y hogareño educador de sus amos, y les comunica su extraordinaria capacidad de fantasear. ¿No ha dicho acaso Ricardo Rojas que Rubén Darío tenía alguna sangre negra, y que el modernismo, con su exaltación del ritmo, debe mucho de su carácter a su parentesco negro? ¿No florece un magnífico arte negro en las Antillas, creando una poesía sensual, de color y música inimitables en pos de cuya clave se afanan grandes poetas de ultramar —García Lorca y Alberti— tratando de contagiarse de esa locura extravertida? ¿No aparece el negro en el mismísimo arte escénico clásico de España —desde el Arcipreste— y a ratos comunica su locura verbal a estrofas de Góngora y aun a pasajes de Cervantes? ¿No encarna él la pasión desbordada en el *Otelo* de Shakespeare? ¿Cómo nace el arte surrealista si no es con un marcado sello africano, quizá comunicado por los bravos senegaleses que combatieron en Europa durante la Gran Guerra o por aquellos

abajo, y aunque perdura una reducida aristocracia colonial, más recalcitrante en sus prejuicios a medida que pierde prestigio, no vacila en admitir, llegada la hora del balance, que con ella se mezclen hijos de modestos inmigrantes oriundos del Po, rudos peones de Asturias y Galicia, broncíneos descendientes de los aztecas e incas o (en la zona negra) con eléctricos nietos de Mocambó y Batuala. . . siempre que hayan alcanzado éxito financiero.

Salvo las diferencias de origen económico, sobrevivientes porque no hemos aprendido aún a dar a la oportunidad el valor que tiene en los países sajones, estamos, desde el punto de vista de la sangre, más congénitamente preparados que nadie para la implantación de una verdadera democracia, y debemos ser por definición y destino adversarios de todo totalitarismo y racismo. Sin embargo, tenemos racistas. Pero eso no nació en América; eso vino desde afuera, y hacia afuera tendrá que volverse.

## VII

### ¿EXISTE LA TRADICION?

14. Entonces, uno de los doce que se llamaba Judas Iscariote, fué a los príncipes de los sacerdotes.

15. Y les dijo: *¿Qué me queréis dar y yo os lo entregaré?* Y ellos le enseñaron treinta piezas de plata.

SAN MATEO, *Evangelio*

Lo inmediato es lo que nadie ve, porque la convención y el pensamiento transforman la existencia en ideas, tan pronto como les es posible; un hombre que descubre lo inmediato parece profundo y, sin embargo, su profundidad no es otra cosa que *inocencia recuperada* o una especie de renunciación intelectual.

GEORGES SANTAYANA

### 1

CUANDO SE afirma que "América Latina" posee una personalidad compacta, porque, por debajo de cualquier discrepancia, cuenta con el sólido esqueleto de *una tradición*, se incurre en un vicio retórico. Por tradición se entiende generalmente la fusión de los diversos legados nacionales de una colectividad; pero, entre nosotros, al revés, tradición es el punto de divergencia de dichos legados. La tradición, en vez de reunir, aparentemente separa, porque cada uno de los grupos beligerantes trata de que prevalezca sólo su propio criterio acerca de ella. Para con-

“enfants perdus” de Harlem que resistieron 191 días continuos bajo el fuego alemán? ¿Fué o no Josephine Baker una revolucionaria de la danza blanca hace dos décadas? ¿Qué aporte han traído a la música universal el ritmo sincopado, el *hot jazz*, el lánguido *spiritual*, el romántico banjo, nacidos en las riberas del Misisipí o a luz de la luna sobre las majestuosas aguas del Potomac, en Virginia? ¿Cómo es que, pese a la maldición blanca lanzada sobre el negro, el Brasil se va convirtiendo en potencia de primer orden, sobrepujando a muchas naciones europeizadas, blancas y blanqueadas?

Si todos sabemos lo que al negro debe el arte contemporáneo, no siempre recordamos, en cambio, cuál es la deuda que para con él tiene la ternura en general. Según el profesor Ortiz, cuando el blanco traía negros a América desde el seno del Africa, adoptó respecto a ellos una política de marcadas etapas. Al principio fué de ataque y despojo, puesto que le arrancaba de sus tierras y le desposeía de sus pertenencias (*época hostil*). Traído bajo cadenas, el esclavo se convirtió en sujeto de explotación, a manos de su amo, que lo cuidaba sólo con vista a su capacidad de rendimiento (*época transigente*). El negro extrajo de esa convivencia desigual la involuntaria decisión de imitar al blanco (*época de adaptación*), en que “el mestizo se hace blanco por ley”. Por fin, en nuestros días, el hombre de color empieza a recuperar su dignidad (*época de reivindicación*).<sup>26</sup>

Pero éste es sólo el aspecto exterior del proceso. “Los negros —recuerda Ortiz— trajeron con sus cuerpos sus espíritus; pero no sus instituciones ni sus instrumentos”, a pesar de lo cual, “la música les pertenece”. Nadie, ni siquiera el racista Gobineau se atrevió a negar a los cafres

sus innatas cualidades musicales, rítmicas. Tampoco se puede negar que en el terreno religioso, la desconfianza hacia el credo de sus explotadores, les hace agnósticos, fetichistas, a menudo teosofistas; en algunas partes, presbiterianos. Por lo general, danza y liturgia se funden: danza, liturgia, canto, vida, color: clímax plástico y musical del continente, incluyendo medios blancos hacia 1920. ¿Alguna raza sojuzgada y despreciada ha hecho más en tan poco tiempo?

Los sudamericanos reconocemos la contribución negra a nuestra sensibilidad y, en vez de hacer de esto un problema más sobre los muchos que soportamos, hemos integrado con él nuestro modo de ser, a punto de que, como ocurre en Bolivia, en el valle de Yungas, cercano a La Paz, hay grupos íntegros de negros que, vestidos a la usanza aimara, dan la extraña sensación de una inverosímil mescolanza que ha vencido prejuicios y deshecho teorías absolutamente ajenas a nuestra esencia.

Si el problema del indio nos crea conflictos y discusiones, en el fondo idénticas a los del explotado en cualquier parte del mundo (llámeseles "pobres blancos", "mujiks", "peones", "léperos", "rotos", "cholos", "guachos", etc.), en cambio el negro carece para nosotros de tan trágicos perfiles.

No hemos sufrido una definida guerra racial como los Estados Unidos entre 1861-65. Nuestras discrepancias étnicas no pasan de lo superficial, sin llegar a la violencia de la Ley Lynch.

Por tanto, nuestros debates raciales son nada más que diferencias económicas. La raza jamás levantó muros insalvables entre nosotros. Siempre se hallan éstos a merced de la voluntad de poder (de surgir) que tengan los de

trarrestar semejante jactancia, los adversarios atacan, no a la tradición particular de sus antagonistas, sino a *la tradición* en su totalidad. Nuestros antitradicionalistas no se alzan, pues, contra *todo* el pasado, sino contra *un* aspecto de él, esgrimido como razón ancestral para justificar vejámenes presentes. A su turno, los tradicionalistas se empeñan no en defender el pasado pleno, sino la parte que se conecta con sus pequeños intereses hereditarios y dinásticos. Por lo común, tradicionalista, entre nosotros, es un hijo de casa grande, que no quiere perder sus privilegios ni abrir los ojos a las necesidades contemporáneas.

El desconcierto provocado por este concepto unilateral de la tradición y el absurdo prurito de identificar *tradición* y *tradicionalismo*, suelen confundir a los observadores y deformar la personalidad de América. Si ya, por nuestra compleja estructura étnica, económica y cultural, somos un problema intrincado, la agregación de torcidas interpretaciones aumenta el caos y refuerza el sospechoso argumento de quienes nos niegan toda unidad, interna y externa, para acabar afirmando que “América Latina no existe”.

Es muy útil, por consiguiente, revisar, de primera mano, nuestros problemas fundamentales: la tradición entre ellos.

¿De qué tradición se trata cuando alguien la invoca pretendiendo erigirse en su vocero? ¿Existe alguna razón seria que otorgue la propiedad y monopolio de la tradición a una clase, raza o época determinadas? Ninguna. Cierto que muchos la identifican con la “hispanidad”, la “catolicidad”, la “autoridad de los selectos”. Todo esto es incompleto y beligerante; político y clasista, en provecho de una minoría, o sea que es una tradición hecha para

defender a quienes menos hondas raíces tienen en América (excepto los bienes raíces, desde luego. . .); a quienes espiritual y socialmente se consideran no-americanos. En suma, una tradición para encubrir la falta de tradición.

América Latina se encuentra constituida por 130 millones de individuos, de los cuales sólo un 20 ó 25 por ciento es blanco. La tradición, tal como se entiende comúnmente, no compromete sino a ese 20 ó 25 por ciento. Sin embargo, el restante 80 ó 75 por ciento debe aceptarla como suya, a viva fuerza.

¿Qué diría un francés, si alguien, mediante un *coup d'Etat* histórico, restringiera los linderos de la tradición francesa a nada más que la época de Francisco I, prescindiendo de Vercingetorix y Santa Genoveva, de Clodoveo y Carlomagno, de Santa Juana y Bonaparte, de Luis XIV y Robespierre, de Rousseau y Anatole France? Si a un norteamericano lo obligasen a aceptar como tradición nacional exclusivamente la de los holandeses de Nueva Amsterdam, sin incluir en ella a puritanos y cuáqueros, baptistas y católicos, alemanes e irlandeses, sajones y africanos e indios, ¿no rechazaría, acaso, con justa vehemencia, semejante mistificación? Pues ése es y debe ser nuestro caso.

Algunos creen que tal actitud se explica sólo en los pueblos de clara mayoría indígena (90 millones de individuos en América); pero lo encontramos también en los llamados pueblos *más blancos* del continente. Como la mayoría de los españoles avecindados, por ejemplo, en Argentina, Chile y Uruguay, pertenecen a la clase media o proletaria, su presencia pigmental dista mucho de justificar predilección alguna por una tradición absolutista que no les pertenece y que les fué siempre hostil. Además, dentro de los mismos núcleos de hispanos en América coexisten

tradiciones y legados espirituales antagónicos. Igual sucede en el Brasil, aunque ahí el sustrato lusitano, mucho menos extenso y penetrante que el negro e indio, es, sin embargo, más compacto y unitario que la plural presencia del español en el resto de América. Si los republicanos de Estados Unidos se arrogasen el derecho de encarnar, ellos solos, la tradición nacional, la gran masa del país sonreiría despectivamente. ¿Cómo convenir entonces en que la Tradición Latinoamericana pueda ser reducida a tan estrechos límites como algunos pretenden?

Nadie, entre los 13 millones de negros de América "Latina"; nadie entre los 90 millones de indios y mestizos, se siente representado por una tradición *blanca, europea, virreinal y absolutista*. Sin embargo, estos son los rasgos visibles que a la "tradición latinoamericana" asignan nuestros tradicionalistas. Los rechazan, desde luego, el pueblo y las *élites* intelectuales progresistas. Los aceptan, en cambio, las *élites* feudales, "restauradoras" y retardatarias. La tradición así caracterizada se convierte en arma de conservadores y falangistas, y al menos hasta donde yo estoy enterado, ni falangistas ni conservadores representan el sentimiento determinante del continente.

Algo más. Por tradición hispana se conoce nada más que la vinculada con el Imperio de Carlos V y su complejo vástago, don Felipe II. ¿Hasta qué punto se compadece ello con la esencia íntima del pueblo español? Lejos de estar en el amor al absolutismo tudesco del nieto de Isabel la Católica, está en la incansable y celosa defensa de los fueros individuales y comunales, encarnada en Padilla. Creo que la hallamos mejor representada en Durruti que en Francisco Franco, en Unamuno que en Ortega, en Galdós que en Valera— y en todos ellos, desde luego, pero

con proporciones nada favorables a los absolutistas. Hay, en última instancia, dos Españas: la popular y sustantiva, cuya expresión típica es individualista y a menudo anárquica; y la autoritaria y aparatosa, al servicio de uno contra y sobre los demás. Nuestros tradicionalistas resultan, por consiguiente, herederos del virreinato, pero no de España; de los encomenderos, pero no de los españoles.

El virreinato español se alzó sobre los pilares del monopolio como todo sistema colonial. En última instancia regían ahí la voluntad de encomenderos y corregidores por encima de leyes y cédulas reales. Tal voluntad no puede, no debe identificarse, tampoco, con el espíritu ni la tradición hispánicos. Representa la tradición y el espíritu de todo sojuzgador de pueblos, a quienes los legados espirituales les resultan innecesarios. Si acaso, el virreinato personifica una tradición colonial nada apetecible para pueblos que empiezan a ser libres.

Tampoco el régimen político que Carlos V trasladó a América era, exactamente, peninsular. Estructurado en Alemania, por sus consejeros juveniles, aunque se adaptó desde los 17 años a todo lo hispánico. Carlos trajo consigo algo más riguroso y jerárquico. No obstante haberse decidido por Roma en el conflicto suscitado por la Reforma, hubo instantes en que jugó a las posibilidades y hasta amenazó al Papa con un Concilio General al que deberían concurrir los príncipes protestantes y católicos, ambos sus vasallos; y titubeó entre abogar por la doctrina de un Imperio sólo cristiano o de un Imperio Universal. Además, para su triunfo en la península fué preciso que Padilla —el comunero, vocero de la tradición popular, individualista, regional y soberbia— pereciera de afrentosa manera.

Carlos V, que venía de una Alemania tensa por el preludio reformista, hizo de la religión católica el núcleo de su política conquistadora. La tradición con que se inició nuestra vida colonial, es decir, la influencia española en América, era una tradición *mestiza* y *politizada*.

Si, de un lado, la presencia de indios, negros y mestizos, amén de blancos de diverso origen, impide aceptar como única a la tradición española en nuestra América, de otro lado, el hecho de que los propios españoles aparezcan en ella como superados por una modalidad en parte exótica, y divididos, por lo menos, en dos grandes grupos—los coloniales absolutistas del Seiscientos y sus nietos, y los inmigrantes liberales del Ochocientos y sus hijos—, niega autoridad a simplismo tan malicioso. Lo propio se aplica al Brasil, tanto en lo que se refiere a la composición del núcleo portugués, como en lo tocante a los cruzamientos afroindígenas. Por igual concepto, nadie podría atribuir una tradición francesa a Haití, tan africano, por el mero hecho de que hable en lengua gala.

La tradición, pues, es un concepto típicamente plural. Unidad exclusivista no existe ni siquiera en sus más simples ingredientes.

Así, cuando se habla de la tradición "latinoamericana", identificándola con el catolicismo, se comete un evidente error. Sin duda, la iglesia católica ha influido en nosotros mucho más que las metrópolis políticas. Los jesuitas que organizaron la instrucción en Brasil, Canadá, Paraguay y el Alto Perú; los dominicos y franciscanos que desde los tiempos del Almirante plasmaron el espíritu antillano, dieron fuerza a una tradición religiosa y determinaron que la inmensa mayoría de los latinoamericanos fuese y sea católica. Pero escudriñando el tema descubri-

mos que los hombres más representativos del continente, desde la emancipación hasta hoy, con rara uniformidad, han vivido al margen de la iglesia, lo que no impide que ésta y aquéllos sean parte vivísima de nuestra tradición.

La mayoría de los próceres de la Independencia fueron librepensadores y masones y, por tanto, censurados por la autoridad eclesiástica. Las altas cimas de la iglesia se opusieron a la libertad americana; el bajo clero, no. Miranda, el Precursor, miembro de una logia europea, organizó para América una especial, y en 1806 juramentó en ella a Bolívar. Ante las mismas aras serían iniciados el sobrio coronel don José de San Martín, el ardiente Bernardo Riquelme, u O'Higgins, el sagaz Vicente Rocafuerte y el petulante Carlos de Alvear: flor y nata de los emancipadores del continente. ¿Es que estos hombres, los padres de nuestra patria, no constituyen también parte principal de nuestra tradición? ¿No fueron acaso también librepensadores y masones el rebelde Tiradentes y el egregio José Bonifacio de Andrade e Silva, héroes de la libertad brasileña? Y si esos hombres y sus ideas forman parte de nuestro acervo continental; si ellos son lo más representativo de nuestra tradición, ¿cómo queremos reducir ésta a la corriente eclesiástica de la colonia, prescindiendo del pensamiento emancipador?

Además, durante el siglo XIX y principios del XX, los más altos representativos de la personalidad americana —llámanse Francisco de Paula González Vigil, Juan Montalvo, Benito Juárez, Lucas Alamán, Manuel González Prada, Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, Domingo Faustino Sarmiento, Juan B. Justo, José Batlle y Ordóñez, José Enrique Rodó, Alejandro Korn, Justo Sierra, José Ingenieros—, fueron antiabsolutistas (y sólo en ese sentido

antiespañoles), librepensadores y casi todos anticatólicos. Si, como algunos pretenden, la tradición de América Latina fuese *nada más* que española, colonial y católica, aquellos prohombres quedarían al margen de nuestra cultura, como injertos innecesarios y exóticos.

No olvidemos que cuando se produjo la Reforma (al principio mero movimiento de protesta “contra los abusos y en pro de la reforma de las costumbres”, “reacción medieval contra la licencia renacentista”), dos grupos se arrogaron la personería de la tradición cristiana: el de los humanistas, con Erasmo, y el de los pragmáticos, con Lutero. Los dos contra otra tradición de la iglesia; la encarnada por el Pontífice en Roma.

Si, como decía Navarro Monzó, ya convertido al catolicismo, “ninguna forma particularista es católica”,<sup>1</sup> ¿qué pensar de los tradicionalistas que precisamente en nombre de la iglesia católica pretenden localizar en un solo campo y para un solo grupo la prerrogativa de ser la tradición de América?

Además, incide en cuanto atañe a este asunto un error que hace considerar permanente lo efímero, trascendental lo pasajero. Así, para muchos, la tradición ibérica se circunscribe a lo “flamenco”, es decir, a lo aparatoso, a lo “resalao”. Lo característico de dicha tradición para ellos son las corridas de toros, la jota, la charla de café, el pipero y la mojigatería. No se compaginan con ello aquellos valores eximios, sintetizados por el Cid y Raimundo Lulio, Ignacio de Loyola y Padilla, Cervantes y Felipe II, Riego y Hernán Cortés, Velázquez y Unamuno. Un agudo viajero francés del siglo XVIII decía que en ciertas ciudades de la América Española era más fácil hallar mujeres que concurriesen a las procesiones religiosas y no que se resigna-

son a soportar las durezas de un ayuno. Con la tradición hispánica pasa lo propio. Muchos la toman como adorno sin considerar su aspecto trascendental. Sobre todo, en nuestras ciudades de mayor raigambre colonialista, lo español se indentifica no con la independencia y la dignidad, sino con el cante jondo y el toreo.

Por esta duplicidad de criterio —paramento *versus* esencia— es por lo que las contradicciones se suceden con desquiciadora frecuencia.

¿No resulta incomprensible que mientras empingorotadas familias bonaerenses son a la vez ultramontanas y unitarias, otro sector de la misma aristocracia se nombra a sí misma delegado de la iglesia y, a la par, del rosismo? ¿No es desconcertante que mientras el clero rinde pleitesía a Franco luce contra Hitler, sea liberal en Chile y los Estados Unidos y reaccionario en Perú y Argentina? ¿No llena de turbación asistir al espectáculo de la pugna entre el nuncio papal con un presidente conservador de Colombia y, en cambio, a la celebración de un acuerdo entre aquél y el regimen liberal posterior?

Difícilmente se puede hablar de una tradición católica como algo uniforme y de contornos precisos. Dentro de la dogmática, Latinoamérica es, sin duda, católica; también lo es, dentro de la liturgia, pero en cuanto al sentimiento cristiano y la actitud social (iglesia militante), las discrepancias producen asombro.

Las viejas capitales virreinales, especialmente México y Lima, poseen una tradición diversa de la que predomina en las provincias. Entre Rosario y Santa Fe, Santiago y Valparaíso, Lima y Callao, Quito y Guayaquil, hay diferencias profundas, pese a la cercanía en que se hallan: los grupos dirigentes en cada lugar reclaman un significado

específico y especial para la tradición que defienden ¿Cuál está en lo justo? ¿O es que no existe una tradición, sino meras tradiciones?

Para finalizar esta especie de introducción al tema, anotemos una de tantas otras equívocas. Cuando se nos habla de la "tradición colonial" se la indentifica con una era de quietud, de paz, pariente de la muerte. Empero, las investigaciones de nuestros días demuestran que la Colonia estuvo en constante sobresalto, conmovida por los numerosos motines y asonadas de criollos, indios, negros y de los propios españoles. Por tanto, urge, también, rectificar el contenido de semejante "tradición".

## 2

El asunto adquiere mayor importancia práctica cuando encaramos la faceta nacionalista de nuestra supuesta "tradición". Los campeones del "tradicionalismo" han sido y son los más vehementes propugnadores de los antagonismos nacionalistas. Al acentuar los pseudo caracteres específicos de la "peruanidad", la "argentinidad", la "chilenidad", etc., no obstante su palabra de orden: "viva la tradición hispánica común", siembran discordia y, a menudo, fascismo. ¿Quién les habría dicho a los que, para controlar y absorber nacionalmente el alúd inmigratorio al Río de la Plata subrayaron con exceso el tono nacional de Argentina, que andando el tiempo esto habría de ser entendido como una invitación al más arrogante jingoísmo en manos de una oligarquía armada?

No. La tradición del continente, hispánica, indígena o mestiza, se basa, ante todo, en un firme criterio unitario. Donde había sólo dos virreinos y un Rey, subsisten ahora

veinte repúblicas. Con ello hemos debilitado nuestra posición frente al resto del mundo. De donde resulta otro peregrino dislate proclamar la unidad tradicional de América para hacer, en su nombre, más honda la desunión.

Si. *Existe una vieja tradición unitaria americana anterior a la conquista ibérica; rehecha por la Colonia; revitalizada por la guerra emancipadora; ratificada en cien oportunidades frente a peligros comunes: 1863, 1898, 1942, por citar sólo tres casos.* Se funda ella en el mandato de la geografía; en la hermandad de las razas aborígenes; en la homogeneidad de la invasión europea; en la escasa población y la inmensa e inermes riqueza territorial del continente; en el mestizaje nivelador; en la poderosa mixtura de ideales, esfuerzos y miras que fué la Independencia; en la oposición a toda invasión extranjera, desde la de Whitelock hasta la de Maximiliano, desde la de Isabel II hasta la de Pershing. Todo eso constituye nuestra tradición unitaria, enriquecida previamente por los incas, con su formidable empresa colonizadora de Colombia a Chile; de los aztecas, en México; de los chibchas, fundadores de un fuerte reino, todos ellos corroídos por la desunión en la crítica hora de la Conquista.

¿Cómo conciliar esta tradición unificante con los furiosos nacionalismos de los "tradicionalistas"? Si no se tuviera en cuenta el interés de clase, sería imposible explicarse la sagrada furia con que los mismos abogados de la tradición hispánica y católica prescinden de la época de nuestra emancipación —cuando empezamos a tener personalidad propia— y caen en un separatismo parroquial, oponiendo tradición a tradición, acaso para probar *ad absurdum* que América puede llegar a la identidad estimulando sus antagonismos.

Tan caóticas tendencias desembocan, sin duda, en conclusiones sorprendentes. Veamos de enumerarlas: 1) Si la tradición americana es la hispánica y católica, sobran los nacionalismos recalcitrantes y agresivos; 2) si la tradición americana es homogénea, su cetro se hallará en manos de los mestizos, de quienes dimana nuestra concordancia unitaria; 3) si la tradición reside en los nacionalismos frenéticos, no puede reclamar el amparo de España, ni de la iglesia, ni de la Colonia, sino el de los cismas locales y personales republicanos; 4) si la tradición americana es sostenida *sólo* por corifeos del absolutismo y la autocracia, se niega a sí misma y demuestra que los tradicionalistas son incapaces de entenderla; y 5) el tradicionalismo constituye una deformación de la tradición, como el clasicismo lo es de lo clásico.

Además, también la tradición tiene sexo. La hay varonil, andante y batalladora; y la hay femenina, sosegada y contemplativa. Dos nuevas facetas del problema; nos atreveríamos a decir, el anverso y el reverso de él.

### 3

Aunque el estudio de la tradición parezca tema académico, es, sobre todo, una cuestión política y social. En ella se resume lo característico de todo agregado humano: familia, ciudad, provincia, nación estado, continente. En épocas indecisas como la nuestra, nada tan natural como que el concepto de tradición experimente los vaivenes de todos los demás valores sustantivos en debate. Si estamos revisando a sangre y fuego, y palabra y tinta, las bases mismas de nuestro pensamiento, la tradición —que es consecuencia y no causa— tiene que atenerse a los resultados.

André Siegfried ha escrito que entre nosotros “el establecimiento de un régimen político armonioso y durable no [es] otro que el nacimiento de una *cultura autóctona*. Conocemos sus elementos, pero están dispersos. Hay, por eso, una tarea inmensa, cuyo llamado escuchan los mejores sudamericanos”.<sup>2</sup> En otras palabras: poseemos una tradición plural a la que hay que convertir en tradición unitaria y compacta.

Para semejante *integración* —ésta es mi palabra de orden— no puede prescindirse de *ninguno* de los ingredientes de cada nacionalidad o cultura. Cese ya la absurda pugna entre hispanistas e indigenistas: nadie puede arrogarse el monopolio de la tradición, sino el *pueblo entero*. La verdad, como siempre, se halla en el medio, no en los extremos. Y si desde 1920 se ha puesto mucho el acento en lo indígena, ello ha sido una *necesaria* reacción o contrapeso contra el exclusivismo hispano-francés que nos rigió hasta 1914.

Suele afirmarse que en las comarcas del Plata la hegemonía europea rechaza todo competidor. Verdad a medias. Un uruguayo, Emilio Frugoni, ha escrito que “América debe europeizarse, sin europeizarse demasiado”.<sup>3</sup> Pero en seguida reconoce que las campañas reivindicadoras del indio en México y Perú “exaltan los valores morales y espirituales del indio” y establecen un vínculo de “solidaridad revolucionaria con el aborígen esquilmado y despreciado por los explotadores extranjeros que lo consideraron como raza inferior”. Son muchos los libros meritísimos, en Argentina y Uruguay, que defienden lo criollo: Lucio Mansilla, Hudson, Zorrilla de San Martín, Martínez Estrada, Ricardo Rojas, Canal Feijóo (por no citar a Sarmiento, tan criollo a contrapelo), subrayan la fecunda contribución

a quienes las circunstancias exteriores no cambian de alma; Lincoln pertenece a los que salvan de tal caída.

## 4

La tradición descansa, pues, en la *pluralidad* y hasta en la contradicción de sus numerosos elementos. Bien que ella sea un hecho múltiple, bien que haya muchas tradiciones diversas, lo cierto es que la tradición por excelencia representa un núcleo *conservador y al par creador y propulsor*. Conserva porque prolonga el ayer hasta el hoy; crea porque de dicha conjunción saca fuerzas y orientación para mañana.

Ahora bien —y aquí reside lo fundamental de mi tesis—, si, como dice Ossorio Gallardo, *el elemento fundamental conservador es el pueblo,*<sup>7</sup> *la tradición reside también en el pueblo*. Y como el pueblo representa una suma de factores, *cada uno* de ellos deposita su legado y su esperanza en la tradición.

Se dice que pocos países poseen una tradición más típica que Francia. Sin embargo, cuantas veces se ha tratado de establecer los rasgos fisionómicos del carácter francés, nadie, ni sus más eminentes escritores y filósofos, ha podido ponerse de acuerdo. Como cada cual mira desde un ángulo propio, la tradición adquiere mil rostros como Proteo, mil brazos como Briareo. La tradición de Francia, como toda tradición viva, descansa en su infinita capacidad de renovarse. “En Francia —escribía Ortega y Gasset— han sido normales y continuas las tendencias más divergentes. Ninguna nación más católica, ninguna nación más anticlerical. ¡Venturoso país que puede encontrar *para todo* una larga tradición preformada dentro de sí! *De esta*

suerte no es fácil idiotizarlo diciendo que su tradición es ésta o aquélla. La tradición de Francia es tenerlas todas".<sup>8</sup> Al igual que la de Francia —digo yo— la tradición de América Latina es tenerlas todas.

Nosotros también conocemos la fecunda angustia de haber "trabajado, sufrido, gozado y creado en todas las direcciones del espíritu", y aspiramos a dar a nuestra alma "todas las formas posibles". Tampoco aceptamos que se nos quiera "idiotizar" señalándonos como tradición nuestra, "ésta o aquélla". Los que lo pretenden son politiqueros capaces de rebajar a la deleznable categoría de consignas momentáneas los valores permanentes; de reducir el cielo y la eternidad a términos de tierra y tiempo perecedero. Se arrojan, por eso, la personería de la tradición, para usufructuarla y empequeñecerla, arrebatándosela al pueblo, su único creador. La capacidad propulsora de la tradición depende de un entendimiento cordial entre pueblo y *élite*, obligatoriamente mancomunados, en la tarea de hacerla fecunda.

Decía don Ramón Menéndez Pidal: "Sea para mejor o para peor, la poesía tradicional se elabora y transforma mediante varias invenciones debidas a los recitadores que actúan, lo mismo sobre la idea poética en su conjunto, que sobre cada uno de los detalles en que esa se manifiesta". . . "Cada cantor o recitador de una poesía popular la *modifica* en poco o en mucho, según en él predominan el *recuerdo* o la *imaginación*, y así la poesía tradicional se repite siempre en *variedad continua*".<sup>9</sup>

Otro español, también católico y conservador, Manuel García Morente, dice: "*Tradición* es, en realidad, la transmisión del *estilo* nacional de una generación a otra. No es, pues, la *perpetuación del pasado*; no significa la *repe-*

del indio y el mestizo a la tradición platense no obstante que los tupíes, charrúas y guaraníes carecieron de la admirable organización social de incas, aztecas, mayas y chibchas. El mismo Frugoni agrega: "En vez de una cultura de América —con cosas exclusivamente de América— debemos desear una cultura *para* América, que no excluya las cosas *de* América". Lo malo —digo yo— es que se ha tratado de inventar una tradición (o cultural) *para someter a América*.

Como la tradición no se inventa sino que brota, nadie que penetre algo en la maraña de nuestro desarrollo en marcha se atreverá a negar que ella es para nosotros, por definición, mestiza. Indios, blancos, negros la formaron y transforman. No obstante su mayoría, ni siquiera se puede otorgar prioridad a los dos primeros. Aunque sean respetable el criterio de Alfonso Reyes, me niego a aceptar el distinguo que propone en la siguiente frase: "No bien se acaparan las independencias, cuando aparece el inevitable conflicto entre americanistas e hispanistas, entre los que cargan el acento en la nueva realidad, y los que lo cargan a la antigua tradición. Sarmiento es, sobre todo, americanista; Bello es, sobre todo, hispanista".<sup>4</sup> El que propuso una revolución ortográfica al idioma español mal puede ser tenido por opuesto a lo americano, aunque a veces lo pareciera. La tradición americana está integrada por ambas corrientes o preferencias. Es inconcebible si se admite la mera sospecha de la amputación de uno de ellos.

Refiriéndose al hecho de que los cancioneros americanos sólo recogían cantos y romances peninsulares, sin considerar los nativos y mestizos, don Ramón Menéndez Pidal escribe: "[gracias al señor Vicuña Cifuentes] la tradición americana comienza a ser conocida",<sup>5</sup> con lo que destaca

que lo americano es distinto de lo español, a pesar de lo que sostienen nuestros tradicionalistas. El Conde de Keyserling, en una página luminosa, subraya que, inclusive lo hispánico, fué muy vario entre nosotros, imposible de ser reducido a unicato.<sup>6</sup> Según ello (y se robustece con muchas otras corroboraciones, entre ellas las de Gilberto Freyre sobre el Brasil) el español, el portugués, el extranjero, en general, se transforman radicalmente al vivir entre nosotros por la acción implacable del medio. Por eso denominábase “indianos” a los que volvían a España, marcados para siempre por América. Esa marca no la imprimían las costumbres hispánicas trasplantadas, sino el ambiente integral del Nuevo Mundo, sus ingredientes telúricos, legendarios y positivos, la nostalgia y la esperanza, y sus mestizajes tan liberales, tan de veras democráticos, pese a las minorías racistas cuyas pretensiones chocaron aquí con la mentalidad irónica, analítica y niveladora de la gran masa morena y librepensante.

Es muy cierto que existe una interdependencia entre tradición y costumbre. Cuando los indios se visten de europeos, varían no sólo de apariencia sino de índole; la superficie plasma una como alma diferente. El profesor Lipschutz —según dije ya— refiere que un día le sorprendió en el Juzgado de Indios de Temuco la fisonomía de cierto infeliz reclamante araucano. Tuvo la sensación de haber visto antes al individuo en alguna parte. Y recordó de golpe: en las calles de Santiago de Chile, exactamente, había tropezado varias veces con un tipo casi idéntico, pero trajeado a la europa de cuerpo y alma. Muy pocos indios mantienen, pese a su cambio de usos, sus características psicológicas integrales: Benito Juárez es una de esas excepciones. A su turno, son pocos los adalides blancos

*tición de los mismos actos en quietud durmiente; no consiste en seguir haciendo o en volver a hacer las mismas cosas. La tradición, como trasmisión del estilo nacional, consiste en hacer todas las cosas nuevas que sean necesarias, convenientes, útiles, pero en el secular estilo de la nación. . . El tradicionalismo no significa, pues, ni estancamiento ni reacción; no representa hostilidad al progreso, sino que consiste en que todo el progreso nacional haya de llevar en cada uno de sus momentos y elementos el cuño y estilo que definen la esencia de la nacionalidad”.*<sup>10</sup>

Tanto Menéndez Pidal como García Morente han estado de acuerdo con la política “hispanista” de Franco, bien sea explícita o implícitamente. Sin embargo, su criterio resulta avanzadísimo para los tradicionalistas “latinoamericanos”. Tanto el uno como el otro afirman que la tradición se repite “en variedad continua”, o sea, que “no significa ni estancamiento ni reacción”. “No consiste en seguir haciendo o volver a hacer las mismas cosas”. ¿Qué mejor respuesta a quienes, miopes de cuerpo y alma, sostienen entre nosotros que se debe repetir el pasado colonial sin romper el criterio de autoridad absoluta, ni airear la intolerancia ortodoxa? Esa gente, ultraconservadora, según ellos, tiene su réplica en las palabras de estos dos sí de veras conservadores auténticos.

Otro escritor, convertido al catolicismo poco antes de su muerte ocurrida en 1943, Julio Navarro Monzó, ataca con la furia de todo converso las discrepancias latinoamericanas en las páginas de su último libro.<sup>11</sup> No obstante la facundia algo farragosa de sus conceptos, expresa con cierta claridad un concepto confirmatorio de la pluralidad de nuestra tradición cuando habla del “choque inexorable de dos fuerzas fatales e *igualmente legítimas*: una tradi-

ción completamente contraria, si no conscientemente opuesta a los ideales democráticos; y el sueño, transformado en idea-fuerza, de unos cuantos ideólogos generosos y de buena fe que hace un siglo creyeron que los países de América Latina estaban igualmente maduros tanto para la independencia como para la democracia. El regalista Navarro califica de fuerza “ciega” al tradicionalismo, y de “indiferente a la realidad”, al antitradicionalismo. Confirma, así, la existencia de, por lo menos, dos tradiciones predominantes, cualquiera que sea el juicio que ello le merezca.

## 5

No deja de ser interesante el divorcio frecuente que se ve entre los dichos y los hechos de los tradicionalistas “latinoamericanos”. Casi me atrevería por eso a formular una alegre regla: *a mayor tradicionalismo verbal, menor tradición real*. De tal suerte chocan de nuevo tradición y tradicionalismo, como fuerza antagónicas: la máscara y el rostro.

Don Federico Quintana, autor del libro *En torno a lo argentino*, me contó una vez lo que sigue. El era Encargado de Negocios de su patria ante la Wilhelmstrasse, cuando recibió un cable de Buenos Aires urgiéndolo a solicitar de una institución berlinesa un modelo para mataderos. Más por obligación que por gana, solicitó los datos de la oficina respectiva. El funcionario alemán, sorprendido, se hizo repetir la pregunta, y, entre mil excusas, arguyó, confuso: “Señor Ministro, me deja usted desconcertado, porque precisamente nosotros, sabiendo que la Argentina es un gran país ganadero, ibamos a solicitar de ustedes planos para nuestros mataderos”.

Uno de los más fervorosos defensores de tradición colonial, hispánica y ortodoxa en el Perú, erudito hombre de letras y meritorio investigador, invirtió buena suma de monedas, obtenidas de sus propiedades en el terruño, para pagar a la corona de España los derechos de rivalidación del título nobiliario que su familia usara durante la época del virreinato. Otro campeón del tradicionalismo, que acabó al servicio de la España de Franco, no titubea en censurar al caudillo azteca Cuauhtémoc su heroísmo, porque, dice, al dejarse tostar los pies, negándose a entregar su secreto, forzaba, indirecta y despiadadamente, a los demás prisioneros el hacerse matar por la misma causa.

Pretender que la alta clase es la legataria única de la tradición americana, es la mejor manera de reunir contra la tradición, y no contra la alta clase que la desfigura, al pueblo, padre verdadero de toda tradición nacional.

Julien Benda observaba que los tradicionalistas modernos, no satisfechos con recomendar la perturbación de las costumbres, las invisten de un aspecto moral o normativo, otorgándoles prerrogativas de "cosa justa" más que de "cosa útil" (fundamento del "derecho histórico de Alemania sobre Alsacia, del monarquismo francés, de la restauración hispánica en América, del espacio vital nazi"). Tratan, así, de convertir sus posiciones meramente políticas y efímeras, en morales y eternas.<sup>12</sup> Los tradicionalistas representan, pues, una corrupción utilitaria, en su esencia, y principista, en su forma, del perenne concepto de tradición.

Esta fuerza, en sí y por sí, resume todos los factores que operan para constituir un todo humano; conserva lo esencial y lo proyecta hacia el futuro, siempre apta para recibir los nuevos aportes que cada nuevo tiempo trae con-

siglo. El tradicionalismo, en cambio, es la ciega adhesión al pasado por pasado, a lo hecho por hecho, a lo consabido por consabido, sin espíritu de crítica ni afán re-creador. Nuestra tradición, tal como se la presenta de ordinario, no pasa, pues, de un unilateral tradicionalismo, inepto para adecuarse a la época actual, temeroso de lo que ésta encierra en su inagotable seno, hipócrita y egoísta, adherido a intereses materiales so capa de fervor espiritual. Estática y estéril, en contraste con el dinámico y fecundo sentido de la tradición auténtica.

Un rápido paralelo entre nuestros modos y los de Estados Unidos, puede iluminar la cuestión.

Los norteamericanos se esfuerzan por robustecer y hasta crear tradiciones nacionales. El prurito de fundar nuevos museos en el Oeste, región abierta a las corrientes universales sólo desde el siglo XIX; la abundancia de reliquias y de monumentos a las glorias de ayer, tanto blancas como indias; la reconstrucción de ciudades coloniales; la nutrida literatura histórica de sus escritores y las frecuentes películas de igual índole, contrastan, a primera vista, con el pragmatista presentista que, generalmente, se asigna a los norteamericanos. Tal vez haya entre éstos mayor respeto al pasado que entre nosotros. Sin embargo, son dinámicos y emprendedores.

Es que la tradición, lejos de ser un lastre, puede ser un acicate si se la restituye su legítima y creadora valía. Los adoradores de las preteritas glorias de los Estados Unidos jamás rechazaron ningún aporte del presente, ni se encogieron temerosos ante las exigencias del futuro, negándose al progreso. Entre nosotros sí se confunden tradición y estancamiento, de suerte que todo tradicionalista que se respete pretende, como los *camelots du roi*, restaurar al

distintas influencias culturales; por superpuestos y antagónicos sistemas económicos; por una sola religión, interpretada de varios modos; por dos idiomas usuales y varios menos extensos; por un pasado cambiante y común; por un presente angustiado y lleno de asechanzas; por la ambición y posibilidad de un porvenir mejor. Esta tradición múltiple y heterogénea nos pertenece *a todos* los que la forjaron y la seguimos forjando. Porque una tradición no es patrimonio de ninguna clase social, de ninguna raza, de ningún credo. Cada uno de nosotros, cada ser pensante y actuante, conlleva *su* tradición —sus tradiciones—, hirviendo en la retorta de su personalidad. Si alguno de esos oscuros instintos predominase hegemónicamente, el individuo caería en la locura o el crimen: las colectividades también: el caso del nazismo lo comprueba.

Nadie se jacte, pues, de poseer por derecho divino o humano y a título exclusivo y permanente, *la* tradición de América. No se cometa, por tanto, el error de malentendernos atribuyéndonos a todos los caracteres propios de un pequeño grupo en una edad remota: pequeño grupo que, inconsciente de sus propios valores, no atina sino a negar el presente, en el inútil afán de clavar las estrellas en el firmamento y detener lo latidos en el corazón.

Recordemos a Pascal: “El respeto que se guarda a la antigüedad llega hoy a tal punto en las materias en que debe tener menos fuerza, que se hacen oráculos de todos sus pensamientos y misterios hasta de sus oscuridades: que no se pueden ofrecer novedades sin peligro, y que el texto de un autor basta para destruir las razones más fuertes. No es mi intención corregir un vicio con otro, haciendo estimación nula de los antiguos, porque se les estima demasiado”. “*Los que llamamos antiguos —prosigue— eran*

*verdaderamente nuevos en todas las cosas, y propiamente formaban la infancia de los hombres; y como hemos juntado a sus conocimientos, la experiencia de los siglos que los ha seguido, es en nosotros donde se puede encontrar esa antigüedad que reverenciamos en los demás".<sup>14</sup>*

En suma: la tradición más antigua es la más moderna. En otros términos: cuanta más inapelable validez se otorga al pasado, se es menos adulto, menos sabio, más niño. La auténtica tradición conjuga mayor edad (mayor extensión) con mayor esperanza (mayor intensidad). Circunscribir la tradición a un grupo, época, clase o escuela, y confundirla con *el miedo* y la *rutina*, es, en definitiva, una *traición*, jamás una tradición.

monarca, pero sin admitir ni la más remota posibilidad de renovación en sus lemas.

Aleccionante es, al respecto, el caso de Abraham Lincoln. Mientras a Bolívar, héroe mayor por la magnitud de su tarea y las dificultades increíbles que tuvo que vencer, lo discutimos acaloradamente todavía, negándolo, a Lincoln se le enarbola como bandera de acción. La sombra de Bolívar se utiliza para ocultar contrabandos autocráticos y fascistas, y cierto panamericanismo demasiado unilateral y sumiso; la de Lincoln —parco, sobrio, granítico— no ampara sino una mercancía ideológica: la democracia. Los adoradores de Bolívar discuten con inútil fuego fechas nimias de su calendario y se afanan en esconder sus humanas debilidades, cimientos de su grandeza total; los de Lincoln exhiben cuanto detalle se conoce acerca de su vida, y proyectan ésta, con sus claroscuros, como permanente lección para todo ciudadano. Imitar a Bolívar implica realizar proezas tremendas; a Lincoln, nada más que tener dignidad de sí mismo, sin heroísmo restallantes.

Una vez tuve entre mis manos un par de botas de Bolívar, minúsculas, delicadas, de niño más que de hombre. Tardé en salir de mi asombro. Me parecía imposible que el Héroe hubiera tenido proporciones tangibles. También he acariciado reliquias de Lincoln: nada me habría extrañado más que pensar a éste como algo incorpóreo. Las estatuas de Bolívar, incluso la de Tenerani, lo presentan en actitud homérica, y ultraterrena, a punto de emprender el vuelo, con expresión demoníaca. Las de Lincoln, sobre todo en el Lincoln Memorial y en la del Lincoln Park de Wáshington, D. C., rezuman familiaridad, sencillez, y uno siente el deseo de acercarse a ese hombre “de todas las horas” para pedirle consejo, como a un padre. Sin embar-

go, desde 1865, la democracia norteamericana escucha el mensaje lincolniano.

Hasta 1940, los negros norteamericanos, fieles a la costumbre —caricatura de la tradición—, votaban con el partido republicano, porque Lincoln había sido de ese partido. Pero, con los años, la tradición republicana pasó a los demócratas. Al fin, en 1940, los negros resolvieron *mantener su tradición, cancelando su costumbre*, y votaron por los demócratas. Las minorías blancas de nuestra América todavía no los han imitado. Prefieren seguir practicando una *traición*, no una *tradición*, confundiendo en la práctica lo que la etimología suele confundir también. Y, si no, apelemos al Evangelio cuando relata la “tradición” de Jesús por manos de Iscariote a los soldados de Poncio Pilatos.

## 6

“Los suramericanos —escribe Keyserling— iniciaron su existencia histórica en la época de Maquiavelo y de los lansquenets. A *esta tradición* se superpuso, luego, la *tradición pacífica* de la vieja España, y, si ya España misma no conoció Renacimiento, ni Reforma, ni siglo XVIII, mucho menos hubo de conocerlos Suramérica. A ello se agrega el influjo ejercido sobre el inmigrante europeo por el ritmo de vida de los indios y por la prolongada *tradición de dominio* sobre esclavos que, por el desprecio al trabajo, peculiar a la ética del caballero español, dejó huellas singularmente profundas en las almas”.<sup>13</sup>

América Latina, a semejanza de cuanto existe sobre la tierra, posee una tradición múltiple, heterogénea. *Esta tradición está integrada* por el residuo vital de cincuenta siglos; por tres o cuatro razas básicas; por media docena de

## VIII

# DIALOGO DE LA CIUDAD Y EL CAMPO

América aparece en el horizonte de la cultura cristiana precisamente en el momento en que, al declinar la Edad Media, el hombre se ha quedado sin Dios.

EDMUNDO O'GORMAN, *Fundamentos de la Historia de América*, México, 1942, p. 25.

### 1

LAS CIUDADES nacen por un imperativo de las circunstancias y no por un capricho del hombre. Los planos vienen después para perfeccionar a la criatura; la realidad acaba superándolos. Las ciudades se inauguran como cabeza de puente para fundar una colonia; en la cima de un monte, como protección militar de los nuevos vecinos; a la entrada de un puerto, como factoría, para impulsar el comercio; cerca de una caída de agua para mover turbinas; en el eje de un valle para favorecer y amparar la agricultura. Los habitantes fluyen, entonces, en calidad de vasallos y siervos, a cobijarse junto al castillo para gozar de su protección. Nuestras ciudades coloniales se sometieron a dicho proceso cuando simplemente se aglutinaron con burgos indígenas preexistentes (Cuzco, México, Guatemala); o cuando se fundaron en torno de una fuente de riqueza material recién descubierta (Guanajuato, Potosí, Huancavelica, Charcas), o para gozar mejor de los beneficios del

comercio ultramarino (Buenos Aires, Portobelo, Panamá, Rio, Acapulco, Veracruz, Cartagena, Habana). Pero esos no son los casos más numerosos. Las ciudades americanas aparecen, por lo general, como conglomerados regulares, a veces demasiado regulares, a diferencia de las europeas, asiáticas y a veces las africanas, cuya belleza proviene precisamente de su desorden visible, trasunto de un invisible orden esencial. En otros términos, las ciudades coloniales americanas se crearon de afuera hacia adentro, mientras que aquellas otras —y las aborígenes nuestras— se edificaron de adentro hacia afuera. Las unas obedeciendo a un impulso centrípeto; las otras a uno centrífugo. Las primeras empezaron por la cáscara; las segundas por la yema.

Cuando viaja uno con atención, no puede sustraerse a una estridente sorpresa: las ciudades de América lucen un prolijo y rectangular trazado de calles, con plazas simétricamente dispuestas, pero impresionan por una carencia de intimidad, por su falta de alma. Las norteamericanas (hablo de las más europeas, como Nueva York y Boston; no de las novísimas, como Los Angeles), dan la sensación de enormes juguetes, faltos aún de esa pátina del tiempo, de ese fecundo desorden engendrado por una larga y acezante historia.

Entre Cuzco y Lima, Potosí y Sucre, Quito y Bogotá, Santiago y Buenos Aires, Guanajuato y México, Panamá y La Plata, Guatemala y Montevideo, las diferencias visibles bastan para explicar las invisibles.

Cuzco ofrece aún el aspecto de una ciudad crecida biológicamente. Lima, el de una ciudad aumentada quirúrgicamente, por yuxtaposición. Las calles de Cuzco revelan un desarrollo viviente; así como las ciudades europeas se concentran en torno a un punto estratégico, el Colcampata,

fortaleza erigida por el fundador del imperio incaico, en el núcleo de la antigua sede del Tahuantinsuyu. El cerro ostenta inconfundible sello militar y económico. Es la llave de úberrios valles a los que domina y cautela y de los cuales se nutre a cambio de la vigilancia que les otorga. Lima, situada también en un valle, se recuesta sobre un cerro y un río, pero su trazo revela la preeminencia del logos, del propósito de un hombre venido de otra parte. Mientras Cuzco se agazapa entre riscos y hondonadas, dispuesta a defenderse, Lima mira hacia el mar, lista para el escape. Los cuzqueños no tenían por qué apelar a la fuga, pues se hallaban siempre en suelo propio; los limeños necesitaban de una puerta de salida en caso de que su cabeza de puente corriese peligro. Lo revela con claridad el P. Cobo, el más antiguo cronista de la fundación de Lima, cuando dice: "trazó Diego de Agüero *en un papel*, por orden de Pizarro, el plano de la ciudad de los Reyes [Lima], dividido en 117 manzanas que se subdividieron a su vez en cuatro lotes, a los que se dió el nombre de solares. Pizarro otorgó un solar de éstos a cada uno de sus compañeros de armas. Pero, el favoritismo le hizo conceder a algunos de sus preferidos o parientes, como el Veedor García de Salcedo, su predilecto, dos solares, en vez de uno, y a Francisco de Cháves, que era uno de sus íntimos, diez solares".<sup>1</sup> Las calles, naturalmente, fueron tiradas a cordel. Hasta hoy, los barrios viejos de Lima revelan su origen planeado y político; los modernos han crecido en cierto desorden, dentro de una armoniosa arbitrariedad. La anchura y perfección de las avenidas no logra ocultar las dos etapas de su desenvolvimiento: una, de urbanización caótica y espontánea, seguramente presidida por miras de lucro; la otra, planificada por un propósito municipal,

regulador. Esos barrios, los más hermosos de la ciudad, tienen una evolución orgánica; los otros, los viejos, quirúrgica o médica.

Cuando uno sube hasta Potosí, se espanta no sólo de la audacia del Cerro Rico, destacando su perfecta mole sobre un cielo de nítido añil y de la altura de la ciudad entera, cuya Plaza Mayor se halla a 5,000 metros, sino, sobre todo, de la irregularidad de las calles, trazadas de acuerdo con las necesidades del instante y el capricho de los mineros. Potosí, como Toledo, en España, se desenrosca en callejuelas serpenteantes, por en medio de palacios pétreos y magníficos y de covachas miserables. Hasta que llegaron los españoles, no había una intensa explotación de la minería. Los incas hicieron algo, pero en mínima escala, igual que en Oruro. Los europeos se lanzaron enloquecidos sobre el cerro, y alzaron la ciudad. No primó la voluntad de ningún alarife, salvo la codicia. Esta, como en los placeres de California, impuso su ley. Potosí alcanzó a tener en el siglo XVII 160,000 habitantes, mucho más que Nueva York, Boston, Filadelfia de entonces, y tanto como las ciudades más pobladas de Europa: hoy apenas cuenta con 35,000. A su vera, Sucre (llamada sucesivamente La Plata, Charcas, Chuquisaca y hoy Sucre), muestra el predominio de la previsión. Ciudad, al comienzo, ficticia, hecha por los acaudalados mineros del Cerro Rico para solazarse al pié del Pilcomayo y descansar de la terrible presión atmosférica de sus minas. Ciudad blanca, de calles anchas, rectilíneas, era el balneario de los magnates argentíferos de la comarca. En ella se establecieron Casa de Gobierno, Audiencia, Santo Oficio, Universidad, Arquidiócesis. Un hijo de Felipe IV fué arzobispo de la circunscripción. En sus aulas universitarias se amamantaron los

mejores ingenios de Buenos Aires y del Alto Perú. Pero, ya parcialmente exhaustas las entrañas del mineral, orientados el comercio y la política hacia el mar, la ciudad de Chuquisaca, obra de la voluntad humana, languideció lentamente. En cambio, Potosí conserva todavía cierto ritmo jadeante. A la entrada de la noche, son un espectáculo de brujerío aquellas callejas retorcidas, bullendo de indios y mestizos de diverso origen, descendidos de las cumbres, como gamos, surgidos como zorros de sus madrigueras, inundándolo todo en un breve y nocturno parpadeo de vida que renace después, con el siguiente crepúsculo. El río Pilcomayo constituye la puerta de escape de Sucre.

Entre Quito y Bogotá existe relación semejante. Enhiesta al pie del Chimborazo, centinela del verdísimo valle de los Chillos, Quito impresiona por sus empinadas rúas, por sus bruscos precipicios, por su apostura de nidial de aves de presa. Bogotá denuncia la voluntad del fundador, tendida en la sabana cundinamarquense. Se abre a la prosperidad sin descuidar el acceso al río Magdalena que desde Girardot inicia su larga carrera hasta las Bocas de Ceniza, para lanzarse al Atlántico, mar por excelencia europeo.

Santiago, aunque de fundación hispánica, muestra un crecimiento más bien natural que lógico. Habían vivido ahí fieras, pero organizadas tribus indígenas. Los caciques nativos se arracimaban en torno los cerros de Huelén (Santa Lucía) y San Cristóbal, siguiendo las aguas del Mapocho, en medio de un valle admirable. Valdivia erigió un reducto, de espaldas al cerro, cuidando la salida hacia la ruta del mar, por San Antonio y Valparaíso. Buenos Aires, en cambio, padeció dos fundaciones, porque la primera de ellas, hija de la voluntad conquistadora, no tuvo en cuenta las circunstancias naturales. Enclavada al pie del

Río de la Plata, no lejos del Paraná, pareció el mejor apostadero para explotar la pampa inmensa sin perder contacto con el mar. Como a Santiago y a Lima, un vendabal de aborígenes la tundió en sus inicios, pero mientras aquéllas no llegaron a morir, ésta tuvo que soportar un largo eclipse. La segunda fundación fué, en parte, obra de la realidad. Los españoles encontraron entonces que los animales abandonados en su trágica retirada habíanse multiplicado, convirtiéndose en evidente riqueza ganadera. Entonces se rehizo Buenos Aires, en una como refundación orgánica. Pero cuando se cotejan los problemas anejos a su capitalidad, su lucha con las provincias, etc., se da uno cuenta de que sólo en virtud de poderes excepcionales pudo lograr imponerse sobre el resto de un país hostil. Las rectilíneas calles porteñas revelan que el hombre sujetó a la naturaleza. No así Nueva York, cuyo barrio bajo, como en toda urbe nacida de urgencia inmediatas, constituye un orgánico laberinto de esquinas, plazuelas, callejas y avenidas de imprevisibles esguinces.

Panamá, ciudad relativamente nueva, es otro ejemplo de evolución biológica. Creció al conjuro del Canal. Acudieron nubes de trabajadores; se hacinaron en casuchas, alineadas de cualquier modo, y así nacieron esos pintorescos barrios de Calidonia, Chorrillos, y aun las propias cercanías de la Zona, donde el capricho norteamericano ha querido conservar un metódico desorden para rimar con la jungla circundante. Montevideo, al revés, también establecido dos veces (una fundación real y otra jurídica, como en Huanuco, Perú), tiene un orden urbano casi perfecto, pero algo impersonal y geométrico. Mas nada tan elocuente como el caso de la novísima ciudad de La Plata (Argentina). Su fundador, hace sesenta años, lo previó todo, hasta

el lugar de los templos, que debían hallarse en el centro mismo de la ciudad. Pero la vida tiene arbitrariedades decisivas. El burgo creció en otro sentido, y hoy el centro previsto por el fundador queda muy cerca de una de las extremidades: fracaso del hombre empeñado en sujetar la vida colectiva.

En México, las más viejas ciudades surgieron, casi todas, como un hecho biológico. Guanajuato, Oaxaca, la capital misma son así. En cambio, en Puebla y Cholula predomina algo planeado, y son ciudades menos bullentes, sobre todo la segunda, que aquellas otras. Casi todo México, expresión de mestizaje y convivencia, muestra sus ciudades como una victoria de la realidad ambiente sobre los discursos del hombre.

En general, la sierra americana tiene un abolengo más antiguo, es más poblada y sus núcleos urbanos son menos concentrados y más numerosos que los del litoral. El virreinato tuvo que someterse en parte a la Sierra, mestizando estilos de ornamentación, vida y algunos de economía, a pesar del opuesto capricho de los gobernantes. En los alrededores de las ciudades coloniales de la costa, el corregidor o el alcalde ordenaban, en cambio, construir barrios especiales para los indios, especie de *ghetto*, sin odio, pero con menosprecio, a veces peor éste que aquél. Dentro de las propias casonas, señoriales, los patios para esclavos y esclavas fueron nocturno escenario de inenarrables escenas. Los amos sólo frecuentaban uno, desde luego: de donde resultaría ese extenso mestizaje que dió los mejores soldados de la libertad.

## 2

Un observador de estos problemas establece que la ciudad europea, "la ciudad antigua", según la expresión de Fustel de Coulanges, nació de *la familia* y se levantó en tierras fértiles donde "hay comarcas que sustentan poblaciones milenarias". En cambio, "la ciudad americana nació de la espada, fué un fortín, un recurso militar. La creó el decreto de un capitán, no la urdió el afán prolijo, ni nació de la pareja humana, ni la germinó el campo cultivado".<sup>2</sup>

Otro autor expresa: "Se asemejan a la europea las ciudades americanas anteriores a la Conquista, como el Cuzco o México, ciudades de piedra, que rezumaban esfuerzos seculares de millares de hombres, con la misma vocación de eternidad que las ciudades griegas, reveladas por sus *teocalli* e *intihuasi*, sus huacas y sus quipus, formas todas de un deseo inmenso de sobrevivir".<sup>3</sup>

Los que se maravillan de los egipcios por su formidable esfuerzo para elevar pirámides con sus propias manos, sin implementos mecánicos, debieran asombrarse más ante los constructores de ciudades de la antigua América, quienes sin conocer la rueda ni el caballo, elevaron enormes muros de piedra, a veces monolitos descomunales, a costa de ingenio, disciplina y fe. Si la ciudad americana adquirió después de la Conquista los caracteres de algo provisional, la familia que la habitaba tenía que ser, como dice Terán, también provisional: constituída por extranjeros, inspirada en lo nativo. El Obispo Fr. Reginaldo de Lizárraga comentaba amargamente a fines del siglo XVI el hecho de que los hijos de españoles adinerados vivieran sus primeros años bajo el cuidado directo de negras e indias.

Igual pasaba en Brasil y Norteamérica. “La influencia de la mujer india y, luego, mestiza, al ejercerse en la familia, se propaga a la sociedad en la forma sutil de impregnación que es su característica, y embebe la sociedad entera de su sentimentalidad”.

Ciudades erigidas por decreto, las coloniales tuvieron lento desarrollo. Frente a la perezosa curva demográfica del Buenos Aires virreinal, enfrentemos el vertiginoso crecimiento de una ciudad “biológica” como el Potosí de entonces, o el de Nueva York, también nacida de un impulso orgánico. Durante el siglo xvii, Buenos Aires apenas alcanzó a cerca de 10,000 habitantes. En 1754 contaba con 11,200. Entonces se activó el comercio de ganado. No bien se convirtió en intermediaria de la pampa, adquirió verdadera razón de existencia. Ya no sería más una mera “fortaleza sobre las barrancas del Río de la Plata”, “punto de apoyo y lugar de refuerzos de la nueva agrupación”, como antes. Ahora era un puerto comercial; vínculo directo con Europa; ansiosa de librarse de las trabas coloniales, del monopolio; objeto de codicia de los dogos británicos. En 1770 había ya duplicado su población; en 1778 tenía 24,754 almas; en 1801 llegaba a las 40,000, el doble que Nueva York. En 1809, Mariano Moreno exige al virrey, en nombre de los hacendados, plena libertad de comercio para esa urbe que estaba conquistando su propio destino. En cambio, las otras ciudades erigidas por decreto languidecían, salvo si unían a su importancia política un significado económico. Tal fué el caso de Lima, convertida en cabeza del virreinato sudamericano; luego, sede de una república y en fin, centro nervioso de un país desajustado. A Buenos Aires, en realidad, la fundaron tres veces: primero, Mendoza; después, Garay; luego, Moreno. Los dos

primeros le imprimieron fisonomía estratégica; la tercera fué obra de Gea; fundación natural y definitiva. De fortaleza se convirtió en emporio y puerto. Esta característica se comprueba ahora con sólo contemplar el abanico de las calles, desde el cruce de Callao y Cangallo.

En cambio, las ciudades naturales crecieron, al principio, vertiginosamente y, después, con enorme lentitud, siempre en círculos concéntricos, en torno al punto inicial, estableciendo un tipo de cultura específico, de acuerdo con su núcleo familiar primitivo. Pero andemos con calma aquí.

Hay dos tesis acerca de la ciudad americana: la que le asigna un sesgo comercial, "calculada y calculadora" (García), y la que le reconoce origen militar (Terán). De acuerdo con la teoría de Spencer, yo creo que la ciudad indiana tuvo dos etapas nítidas: primero, en el siglo XVI y parte del XVII, fué refugio estratégico, escape y arranque de colonización (Lima, Bogotá, etc.); segundo (fines del siglo XVII y todo el XVIII), base colonial y punto de enlace y tránsito (Panamá, La Paz, etc.).

Eran aquellos burgos, hijos de la voluntad conquistadora, simétricos como "un edificio o jardín", casi nunca "sinuosos como un río", ni "enmarañados como la selva", a semejanza de Amiens, Colonia, Ravena, o Potosí, Panamá, Guanajuato, Cuzco. Creadas arbitrariamente, cayeron abatidas por las capitales. El centralismo absorbió y absorbe la savia urbana de cada Estado, incluso en las repúblicas llamadas federales. En Europa, al revés, la unificación de principados y ducados bajo un solo señor no perturbó la vida de las ciudades. La hegemonía de Prusia y el consiguiente auge de Berlín apenas hirió la prosperidad de Hamburgo, Bremen, Lubeck, viejos puntales de la

Liga Hanseática; Roma no absorbió a Florencia, Génova y Nápoles; ni París, a Burdeos, Lyon y Marsella. Cada ciudad europea posee —poseía hasta el cataclismo de 1940— personalidad propia, nacida en virtud de un proceso necesario. Las coloniales nuestras obedecieron a un proceso ficticio. No obstante, los burgos prehispánicos sobreviven porque se establecieron en puntos naturalmente propicios y se desarrollaron según las exigencias del medio.

Alberdi sostenía que las ciudades hispánicas de América, aunque modernizadas en la superficie, mantienen la tradición colonial y, siendo enemigas de la libertad política, “la reforma debe ponerlas de lado”.<sup>4</sup> Sarmiento, tan europeizante en sus dichos, encontraba, al revés, que esas ciudades eran la única semilla de libertad y progreso, y eran “una base de organización incompleta, atrasada, si se quiere”, pero una base.<sup>5</sup> El historiógrafo peruano Carlos Wiesse señala que esas ciudades fueron centros de importación de ideas y artefactos europeos, y que “los indios continuaron diseminados en los campos y serranías, siendo tarea difícil reducirlos a pueblos”.<sup>6</sup> En verdad, el indio y, a veces, el mestizo, no amaban las ciudades importadas, ni creían mucho en su seguridad, deshecha en mil oportunidades por terremotos y maremotos. Los burgos indígenas se mantenían, en tanto, a salvo, cimentados reciamente gracias a la previsión de sus fundadores: fundadores auténticos.

Si, como dice Arciniegas, lo típico de la gran ciudad es que en ella se viva como en una selva y, por tanto, haya que orientarse por rastros y estar a la defensiva, nuestras urbes empiezan a poseer esos caracteres, sobre todo en lo que respecta al trato de los hombres. Pero eso depende de

las condiciones subjetivas tanto como de las objetivas. En plena colonia nuestras ciudades eran teatro de "ardientes rencillas". Nadie pudo evitar que en Mérida de Venezuela surgieran sangrientos encuentros entre los bandos de Gavidias y Serradas y en Potosí entre Vicuñas y Vazcongados: tal como los de güelfos y gibelinos, Montescos y Capuletos, en la vieja Italia. Tampoco se pudo evitar la fragmentación del espíritu claustral por las diferencias entre frailes peninsulares y criollos. Gérmenes de anarquía, de origen individual y también comercial o económico, a causa de las preeminencias mundanas y las ventajas monetarias consiguientes que la victoria representaba.

Con todo, en las ciudades se acogió y robusteció algo que, andando el tiempo, sería semilla de unidad: el Cabildo con su inevitable compañera, la autonomía municipal. Unilateral como siempre, Sarmiento afirma que ésa fué la única institución traída por los españoles a América.<sup>7</sup> Ciertamente que los nobles se apoderaron de aquellos organismos creando una "aristocracia municipal" y que a través del cabildo se dió forma orgánica a "behetrías" (voz árabe que significa "lugar sin cuerpo ni nobleza") o meros villorrios de tránsito. Pero eran, con todo, células, propicias a una sistematización lugareña, a una individualidad americana. Así, cuando el rey mandó que en Caracas se tributasen especiales honores al cubano don Manuel de Urbina, como noble que era, el Cabildo caraqueño, en sesión del 22 de septiembre de 1692, acordó hacer caso omiso de la voluntad real, no obstante haber sido reiterada.<sup>8</sup>

La nobleza local (fortalecida desde el siglo XVII con el reflorecimiento de los mayorazgos) y la clase media (orientada hacia la burocracia), formaron, a la larga, un centro de resistencia a los competidores de allende el mar. Fue-

ron el venero de donde brotaron los cuadros rectores del movimiento emancipador. La gran masa de siervos, esclavos, agricultores, peones, pertenecía a la ciudad sólo por accidente. La guerra de la Independencia sería un levantamiento *municipal*, urbano, expresado por las Juntas, o sea, que sería una hija *de la ciudad*.

Azara cuenta que los pastores del Río de la Plata consideraban "mentecatos" a los labradores, porque si se hubieran dedicado al pastoreo, habrían evitado tener que trabajar para subsistir: las reses trabajaban por ellos. En 1744, de los 10,000 habitantes de Buenos Aires, sólo 33 eran labradores o agricultores. Los otros, incapaces de esperar, rehusaban ser "mentecatos". La "viveza" criolla empezaba a ser ley. La ciudad imponía su señuelo.

La familia descansaba en las madres y amas indias, negras y mestizas que, sin pretenderlo, moldeaban como criollos a los hijos de españoles confiados a su cuidado. Se debió ello a la escasez de mujeres blancas durante los primeros años de la Colonia, y también a las leyes hispánicas que, al mantener la división de bienes entre los cónyuges, fortalecieron los mayorazgos, adversos a la solidez del vínculo familiar, resto inequívoco del régimen feudal "que sólo estima a los capaces de llevar armas y mantener el rango de la casa". Ese rasgo feudal de la familia y de la ciudad influyó decisivamente en la actitud de indio y mestizo: aquél, "solapado y hostil", "acechaba la hora de la agresión" contra la urbe.<sup>9</sup> México, Lima, Santiago, Buenos Aires, Bogotá, sufrieron ataques de los indios en muchas oportunidades. Las ciudades plantadas en lugares geográficamente convenientes, con predominio mestizo e indio, presenciaron esas luchas, pero como cuestión interna. El indio odiaba la ciudad hispánica que lo empujaba

al "ejido", la "reducción", el "cercado". La ciudad nativa que, según el arqueólogo Tello, era la mejor organizada, había sido destruída o fundamentalmente alterada por la Colonia. El heredero de aquélla miraba con prevención a su arbitrario sustituto. De ahí que, para descubrir el otro lado del alma americana, sea preciso salir de la ciudad, tal como hoy la consideramos, e ir en busca del hombre, del otro hombre americano que se esfuerza y crece en el campo.

La ciudad conservó y conserva, en grado sumo, el espíritu colonial de sumisión a lo exótico, mientras que en el campo, pese a la violenta interferencia de los capitales imperiales y caciquiles, supervive un vigoroso hálito de independencia, espontáneo, surgido desde abajo, sin intermediarios. Dicha supervivencia del espíritu colonial, imitativo, se evidencia cuando observamos cómo en plenos barrios del virreinato suelen alzarse edificios abrumadores, sobrinos de Le Corbusier; y en ciudades de trópico nos saltan a los ojos edificios de tipo germano o escandinavo, característicos de climas fríos. ¿No tenemos en Lima, corazón de estío, pléyade de balcones moriscos incompatibles con la temperatura ambiente? ¿No vemos en Santiago, junto a la frígida cordillera, *bungalows* californianos que piden sol? ¿No se mezclan, absurdamente, en México, lo más chillón de los mil estilos contemporáneos con lo más noble de lo antiguo? Todo ello revela que la ciudad continúa pendiente de los modelos exóticos, copiando lo remoto, negada a lo nativo. Como esperanza consoladora, tendemos entonces la mirada al campo. El nos ofrece algunas perspectivas tónicas.

## 3

El latifundio está reñido con la esencia de América: vino de fuera, a destruir nuestra economía y diezmar nuestra población.

En los tiempos pre-europeos, América vivía exclusivamente de la agricultura y el pastoreo. El coloniaje introdujo como un principio maléfico y disolvente la locura del metal, el delirio del oro, por medio de minería y comercio. Ahora estamos tratando de volver al agro y acentuando nuestra industria.

En ninguna de las organizaciones autóctonas se habría permitido nunca que el 77 por ciento de las tierras cultivables del Brasil perteneciera a sólo el dos por ciento de la población, ni que el 78 por ciento de las de Chile (rige para Perú, Ecuador, etc.) las dominen 2,890 propietarios, o sea el 0.07 por ciento de sus habitantes; ni que 50 familias argentinas controlen la mayor parte del agro nacional; ni que hubiera un hacendado con 1.700,000 acres de su privada responsabilidad, en tanto que la masa padece en la estrechez y la miseria.

Tal deformidad vino con la Conquista, con el espíritu feudal. En los Estados Unidos también subsiste en el sur, donde la influencia mediterránea y agraria fué profunda. Nuestro feudalismo es, pues, una creación típicamente luso-hispana, que vino a destruir la tradicional economía del continente. "La conquista española —escribe Alejandro Lipschutz— trasladó el feudalismo europeo a las Américas, pero no el feudalismo en su forma orgánica o primitiva, esencialmente social, de la cual ambas partes tenían su provecho, sino en su forma degenerada, de explotación

unilateral, en correspondencia con el poder unilateral de los conquistadores".<sup>10</sup>

En realidad, un distingo étnico se agregó aquí al económico. Desde el comienzo fué señor el blanco, siervo el indio y esclavo el negro. Los siglos alteraron ligerísimamente ese *status*.

Colón había fundado el feudalismo en América. Desde 1497, para satisfacer a los compañeros del rebelde Rol-dán, dividió las tierras cultivadas por los indios en áreas capaces de contener diez o veinte mil plantas de sacabe. Tales "repartimientos fueron la base de la colonización española en el Nuevo Mundo".<sup>11</sup> En marzo de 1503, el gobernador Ovando, cumpliendo reales órdenes, repartió a los indios en aldeas, "encomendándolos" a sendos protectores, pero prohibiendo a los autóctonos el uso de sus antiguos ritos. En octubre del mismo año, Ovando decretó algo paradójico: que los indios trabajarían "como hombres libres", pero compulsoriamente y con salario fijado por la autoridad. "El Emperador Carlos V —ilumina el punto Bolívar— firmó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los Reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoseles hacerlo a costa de la Real Hacienda y, por esta razón, se les concedía que fueran señores de la tierra, que organizaran la administración y ejercieran la judicatura, en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios, que sería prolijo detallar".<sup>12</sup>

Dicho "contrato social" se concreta en las Leyes de Indias, cuyo mejor expositor fué, sin duda, don Juan de Solórzano Pereira, el cual define la *encomienda* así: "Un derecho concedido por merced real a los beneméritos de

los frutos de la tierra y el subsuelo. Esperar habría sido demasiado para ellos. Después del primer siglo, cierto, se rindieron en gran parte a las circunstancias, pero no en plan de convivencia cooperante, sino en el de belicoso malhumor.

## 4

El feudalismo no vino a América para fomentar la típica riqueza agrícola, ni estableció ninguna industria, mas sí fué entusiasta del comercio. Como la agricultura decayó y la mina no se trabajó con método apropiado, pronto la riqueza americana cayó en manos de lo imprevisto, del azar: nueva clase de juego de envite, incremento descomunal de los intermediarios.

Distinta había sido la conducta del conquistador germano. En vez de apoderarse de *toda* la tierra de los vencidos, les dejó una parte para que la cultivasen, y él se reservó el papel de protector, desde su fortaleza. Por eso se pudo conservar la agricultura característica de los romanos, no obstante el alud bárbaro. El feudalismo se nutrió y tiñó de aquélla. Entre nosotros, el conquistador, “desdeñó la agricultura, no obstante ser dueño de toda la tierra, pues prefirió holgar a expensas del indio”.<sup>23</sup> No obstante de que se sabía que nuestra riqueza dependía de la tierra, prefirieron evitarse el trabajo y la espera que ella exige. Hasta ahora, somos, como antes, los proveedores de maíz, café, cacao, frutales, algodón, lanas, quinina, guano, nitratos, tabaco, caucho, más el arroz, ganado, trigo, y, también, petróleo y minerales.

Pero el sistema feudal desconcertó nuestra economía al injertarle el latifundio; desfiguró la producción al abandonar la agricultura. Difícil parece explicarse por qué

una conquista que se adueña de la tierra se despreocupa de conservar su productividad, pero así ocurrió. Como el latifundio subsistió en la República, los sistemas cambiaron escasamente y dejaron abierto el campo para que el capitalismo extranjero se filtrase en América y hasta la dominase.

Tres factores —dice Siegfried— constituyen lo “esencial” de nuestra producción: “Vasta superficie territorial, escasa población y nada de carbón”. Ello no ha impedido, sin embargo, la industrialización del Canadá, y, en cuanto a combustible, dueños de vastas reservas de petróleo y de inequívocas vetas de carbón, estamos en posición de desenvolver activamente nuestra riqueza, sacándola del marasmo en que feudales y latifundistas la han sumido, a veces dependientes de su propia codicia, a menudo de la ajena, imperial. Como bajo el virreinato, los gobiernos republicanos viven holgando como hidalgueros coloniales.

Se sostienen a costa de empréstitos (los mercaderes judíos del siglo XVI); embellecen ciertas ciudades (el castillo de antaño) sin importarles el país, y se apoyan en una autoridad omnímoda que convierte al dictador en secuaz del empresario extranjero. El lujo de tales magnates descansa en lo efímero. Amanda Labarca escribe, refiriéndose a Chile: “Nuestros plutócratas son pobres de solemnidad al lado del argentino o del norteamericano. . . Según los datos de 1933, sólo hay 10,192 personas en Chile que cuentan con una renta anual superior a \$ 20,000 moneda nacional”.<sup>24</sup> Aunque este promedio ha variado en 1944, no se ha alterado su base esencial. La colusión de una minería enriquecida y una gran masa pobre, sometida e iletrada, constituye clima propicio para que el latifundio y el imperialismo continúen depauperando a la nación

las Indias, para percibir y cobrar por sí, los tributos de los indios que se les encomendasen por su vida y la de un heredero, conforme a la ley de sucesión, con cargo de cuidar del bien de los indios en lo espiritual y temporal, y de habilitar y defender las provincias donde fuesen encomenderos, y hacer cumplir todo este homenaje o juramento particular". Encomienda y feudo se asemejan, dice Solórzano, "en el origen de su introducción, en su modo y derecho de gozar, en la prohibición de enagenar, en la necesidad de restituir y de acudir al servicio militar del señor del directo dominio".<sup>13</sup> Una fórmula usual de entonces reza: "Yo, Juan Ortiz de Zárate, vecino y alcalde desta ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires... a que estoy obligado por razon del feudo y encomienda de indios en que sucedí, por muerte del capitan Rodrigo Ortiz de Zárate, mi padre..."<sup>14</sup> En el siglo XVI, los encomenderos del Perú recibían el nombre de "feudatarios", aserto que corrobora don José de la Riva Agüero, historiógrafo nada sospechoso de enemistad para con el feudalismo.<sup>15</sup> El general Mitre, hombre circunspecto, afirmaba: "la España y el Portugal transportaron a sus colonias su absolutismo feudal y sus servidumbres".<sup>16</sup> El cauto Terán acusa al régimen de encomiendas y repartimientos de haber "corroído profundamente la vida americana al hacer de la explotación espoliativa del hombre, el motor central de la actividad económicas".<sup>17</sup> El prolijo dominicano Pedro Henríquez Ureña, admirador de España, escribe: "Los hábitos señoriles iban en contra del trabajo libre: desde los comienzos, el europeo aspiró a vivir como señor del trabajo servil de los indios y de los negros".<sup>18</sup> El mexicano Luis Chávez Orozco identifica a los amos de hacienda con "verdaderos señores feudales", al referir algunos episo-

dios del duro sistema patronal de la Colonia, especialmente el que se refiere a doña María Micaela Romero de Terreros.<sup>19</sup> El argentino García comenta que "La sociedad colonial carecía de ideales" y que "el admirable desarrollo de la conciencia cristiana sufrió una interrupción en el medio cristiano".<sup>20</sup> Ingenieros confirma que el virreinato fué un régimen predominantemente feudal, en lo que coincide Levene.<sup>21</sup>

Junto a las grandes ciudades americanas estaban los grandes propietarios en acecho, regando su espíritu y usos feudales. El caso de Buenos Aires es muy claro: en 1774, sobre 6,083 habitantes del campo, había 186 propietarios; pero sobre 10,220 de la ciudad, sólo 141. El 2 por ciento de dicha población era propietaria, pero en el resto de la Argentina la proporción fué mucho menor. En nuestros días, en la región montuvia ecuatoriana el 20 por ciento de la tierra laborable es minifundio, otro 20 por ciento baldío, el 60 por ciento, latifundio.<sup>22</sup>

Nuestro feudalismo se importó de la Península; representa un injerto en nuestro organismo económico. El latifundio, su heredero directo, no ha hecho sino perturbar el desarrollo armónico de nuestros pueblos. Al truncar la evolución natural, ni siquiera trasladó aquí el proceso europeo, sino que lo caricaturizó, pues mientras allá las ciudades se hicieron fuertes contra los feudales, aquí se pusieron a su servicio. La ciudad europea, el común, dió muerte a la servidumbre feudal, pero trasplantada a América, dió vida a un feudalismo de invernadero, africano de rumbo y godo de raíz.

El campo sufrió la acción constrictora de la ciudad, erigida en fortaleza y emporio. Los labradores no prosperaron. Los nuevos señores tenían excesiva prisa en llevarse

americana, aunque el estado aparezca en actitud de nuevo rico. También en la patria de Washington hay algo semejante, salvada la diferencia que crea la actividad de una numerosísima clase media: en 1942 se averiguó que apenas el 0,05 por ciento (unas 50,000 personas) ganaban allá más de 25,000 dólares al año.

El latifundio, con sus inmensas extensiones de tierras improductivas, ha hecho posible la violenta penetración de los capitales sajones, germanos y nipones en nuestra economía, primero, y en nuestra política después. Redujo a algunos países al monocultivo, sometiéndolos a las fluctuaciones de la bolsa extranjera. Comparte con dictaduras caciquiles y compañías monopolistas el dominio de América Central, especialmente. Distorsionó hasta pequeños aspectos del comercio criollo, por ejemplo en Trujillo, Perú, donde la compañía que se adueñó de los cañaverales, no satisfecha con cubrir paulatinamente costa, sierra y hasta ceja de montaña, se hizo competidora de los intermediarios nativos y asestó un golpe de muerte a la ciudad misma.

De resultas de ello, los pequeños propietarios se proletarizaron. Un nuevo problema social surgió entonces.

El espíritu feudal y latifundista influye en la política favoreciendo el despotismo. No basta, como García Calderón lo hace, registrar que la vida institucional nuestra oscila entre la anarquía y el caudillismo: urge analizar las causas, único modo de ponerle remedio. Y es en esta supeditación a *fortiori* del campo ante los caprichos del señor, que, luego, en la ciudad, continúa ejercitando su mismo papel opresor, donde se puede hallar mucha parte de tan inaplazable explicación.

## 5

El latifundismo, rezago feudal, ha favorecido la dádiva de la riqueza nacional al extranjero. De un solo salto se entregó al imperialismo que le proporcionaba seguridad y ganancias. A su turno, según la aguda observación de Haya de la Torre, el imperialismo, que, dentro de un proceso lógico y normal es una resultante del proceso capitalista entre nosotros, al revés, da vida a un capitalismo criollo, desbroza vías económicas, verdad que no por altruismo sino en provecho propio. Lo que según los ortodoxos marxistas constituye la etapa "última" o "superior" del capitalismo aparece entre nosotros, en virtud del proceso deformante a que he aludido, como "primera" etapa.<sup>25</sup> En vez de ser deudores al capitalista criollo, al señor feudal, de la libertad de nuestros países, tenemos que reconocer que a contrapelo, en virtud de la mecánica de la historia, es al imperialismo, por las reacciones que despierta, a quien tendremos que reconocer notoria parte en la definición de nuestros movimientos liberadores de auténtica independencia económica.

Ya lo reconocía Siegfried cuando escribe: "Parece evidente que la América del Sur, digamos la América Latina, posee en el orden económico una *atmósfera especial*, un temperamento, modos de actuar y de reaccionar que le son propios". En otros términos, estamos dentro del cuadro de la que él llama "juventud económica mundial".<sup>26</sup>

Ello depende mucho de que la mayoría del pueblo latinoamericano no consume casi, y produce sin técnica y a demasiado bajo precio. Sin caer en el extremismo de quienes creen que "el indio en el mercado de consumo no marca ningún índice", bastaría echar una mirada a las

estadísticas a mano para comprobar la complejidad y agudeza del problema.<sup>27</sup>

El artesano, el pequeño comerciante, el pequeño propietario, el empleado, sustento de la economía de los países capitalistas, cuentan muy poco entre nosotros. Desde la Colonia, el buhonero o pequeño comerciante era oficio menospreciado, indigno de ladearse "con los que trafican y venden géneros".<sup>28</sup> El funcionario, lleno de prerrogativas durante el virreinato, ha disminuído en dignidad, pero no en ventajas palpables.

Un organismo sin clase media robusta ni proletariado consistente corre el riesgo de una dispersión inminente. Si los latifundistas y capitalistas criollos, en vez de trabajar con sus propios medios, prefieren vivir holgazanamente de los réditos y dejar la empresa misma a los extranjeros, nadie podrá detener la marcha de América hacia la pérdida de su soberanía o hacia la revolución cruenta. Tan cierto es esto que, cuando sobrevino el golpe de la Bolsa de Nueva York, en octubre de 1929, los más rápidamente afectados por ese fenómeno fueron los dictadores criollos y sus aliados, que vivían exclusivamente de la ayuda imperialista.

Los mismos autores de la entrega continental de 1920-1930 se sintieron súbitamente tocados de furioso "antiimperialismo" cuando creyeron que la política fascista de Hitler, Mussolini y Franco triunfaba en el mundo. De la noche a la mañana, vislumbrando nuevas ventajas en el lado democrático, se hicieron antifascistas, pero permanecieron entreguistas. En suma, siempre han demostrado y demuestran su "voluntad de entrega", ajenos a todo nacionalismo constructivo, incapaces de sentir la emoción popu-

lar profunda, es decir, la verdadera emoción nacional y continental.

Este fenómeno tiene, por lo demás, larguísima historia. A la sombra de la gallarda contribución de militares británicos a los ejércitos libertadores de 1810, llegó también el capital inglés. Nuestros países adquirieron un tono de factoría después de haber sido colonias. Pero los nuevos amos nada dejaban tras de sí: se lo llevaron todo. Mientras los mineros españoles de Potosí nos han legado robustos y suntuosos edificios de piedra, los modernos financieros no han levantado ni siquiera una hermosa residencia en la ciudad del Cerro Rico. Aquel capital acabó sumándose al interés del vecindario; éste sólo al de su dueño.

Sólo exportan capitales las naciones superindustrializadas. Los que los reciben principian como socios, continúan como colonos y concluyen como rebeldes. Terminarán trocándose en hombres libres, subvirtiendo su actual *status* económico, y entonces, ciudad y campo andarán de consuno, al mismo paso, hacia el futuro. Tal es la curva histórica de los países-campo, de secular civilización, momentáneamente sujetos a naciones de presa, cuya incipiente cultura las empuja a una actitud beligerante, lejos de la indiferencia hacia la conquista de toda vieja civilización.

Mientras en Europa y Estados Unidos la necesidad creó la industria, entre nosotros, colonos aún, la industria está creando la necesidad. El frigidario y la calefacción central son útiles, pero se están imponiendo aquí más por vía de lucimiento e imitación que por real urgencia. En aquellos estados, el uso de la democracia, la libertad de industria y comercio, etc., dieron vida al capital financiero y al imperialismo. Aquí, la ausencia de democracia ha favorecido a los dictadores, siervos del imperialismo, pero,

también, ha dado origen a una conciencia que al rechazar lo uno, destruye lo otro. Aunque parezca paradójico, el imperialismo, socio del latifundio y fruto del espíritu de conquista, ha creado a su turno la resistencia a los conquistadores y latifundistas. A través de ese fenómeno logramos, al cabo, ensayar una más amplia y honda democracia en nuestro continente.

## IX

# CONFLICTO ENTRE LA COSTUMBRE Y LA LEY, ENTRE LA NACION Y EL ESTADO

### 1

UNO DE los motivos de orgullo de Inglaterra y los Estados Unidos consiste en que tienen la costumbre por ley. El uso, la *Common Law*, es la fuente de las relaciones personales y colectivas. Mientras la voluntad de los hombres no adopta y sanciona libremente ciertos modos de actuar, la ley, implícita emanación de la convivencia humana, no les reconoce fuerza obligatoria. Como debe ser, lo biológico antecede a lo contractual. Entre nosotros, al revés: la ley antecede y hasta sustituye a la costumbre, de suerte que se convierte en esqueleto lo que nació para corteza o piel.

El Estado, pues —no obstante su natural condición de regulador jurídico, o sea consecuencia de un proceso social—, surge entre nosotros *antes* que la Nación; y ésta se ve compelida a revolverse contra una envoltura incómoda y ajena que embaraza su progreso. De ahí que en nuestra América la ley se cumpla con dificultad, parcialidad o nunca. Puesto que ella no responde a un reclamo profundo y directo de la colectividad, sino a un requerimiento artificioso y singular, toda relación entre el estado (o el gobierno, el mandatario, su órgano ejecutivo) y la nación (o pueblo, el mandante) tiende al divorcio y hasta a la perpetua beligerancia, antes que al entendimiento y la unión.

Europa nos causó, sin quererlo, ese daño, cuyos frutos han sido después motivo de que ella nos trajera deficiencias que no nacieron de nuestra esencia, sino del sistema colonial. Nuestros desajustes jurídicos emanan de allí. Detuvieron y desviaron nuestro desarrollo lógico. Nos inyectaron un vicio que no teníamos y del cual pretenden ahora hacernos responsables: el causismo.

Por lo demás, el hecho ocurrió no sólo en lo tocante a la ley, sino también en campos privados y hasta domésticos. Nuestra Navidad, fiesta íntima por excelencia, revela notorio colonialismo. Mientras la calle convida a vagar, bajo el peso del estío decembrino, el *uso* nos fuerza a encerrarnos en casa, ante un Santa Claus de utilería, de blanquísimas barbas, tez sonrosada y ojos azules, cubierto de gruesas pieles, caminante por senderos nevados, entre municipales pinos, en un paisaje sobre el cual destella la gloria del invierno. . . ajeno.

La conquista ibérica quebró los usos autóctonos. Impuso un modo de vivir según sus propios hábitos y prejuicios. Lo que respetó de la tradición indígena fué a título provisional y con claros objetivos de *propaganda fide*. El inca Garcilaso refiere su asombro cuando, ya adolescente, volvió a oír en público antiguas canciones quechuas, aprendidas de su madre, pero, ahora, en labios de néofitos cristianos y clérigos hispánicos que las entonaban con versos en castellano y católicos. Lo mismo pasó con el Coricancha, Templo del Sol, en Cuzco, y con el de Mitla, en Oaxaca, México. Si se hubiera tratado del Panteón o del Acrópolis, nadie habría osado tocarlos. Pero eran monumentos "americanos", "bárbaros", "gentiles", de "indios": y, sobre sus pétreas y robustas murallas consagradas a los dioses locales se elevaron gruesas paredes de adobe destinadas

a albergar imágenes y oficiantes católicos: mestizaje lleno de significado. También con fines de catequización se importaron aquí las danzas-peleas de “moros y cristianos”, todavía vigentes en nuestras aldeas andinas. Nuestros indios no habían tenido, sin embargo, ningún agravio que cobrar a los musulmanes o moriscos, a quienes aprendieron a odiar y befar por cuenta de otros.

Los primeros colonizadores ingleses tuvieron que respetar muchas de las costumbres de los indios del actual estado de Virginia. Los ibéricos casi ninguna, aunque después, cuando el mestizaje fué progresando, hubieron de aceptar no pocas por ineludible mandato de la naturaleza. Don Pedro de Valdivia refiere en una de sus *Cartas* al Rey de España sus ímprobos afanes por desterrar hasta los frutales indígenas de la tierra chilena, para plantar, en sustitución, árboles y arbustos de España. Cierto que los sajones fueron recalcitrantes refractarios al mestizaje, porque trajeron sus propias mujeres al Nuevo Mundo; pero, cuando John Rolfe se enamoró de la princesa india Pocahontas, no vacilaron en autorizar su matrimonio.

¡Cuán distinta suerte la de Isabel Chimpu Ocllo, princesa de sangre real, condenada a concubinato perpétuo, madre del primer gran insatisfecho de América, el inca Garcilaso de la Vega!

Portugueses y españoles iniciaron su entendimiento de América con un tajo: al año de 1492 representaba para ellos la fecha en que nuestro continente *nació* —no la del “descubrimiento” para Europa—, como si no hubiesen existido antes civilizaciones autóctonas. Abolido así unilateralmente el pasado, pensaron haber creado un Nuevo Mundo, en realidad tan Antiguo como Europa. Inyectaron su civilización en las venas de otra, fenómeno distinto a la

cultura, y proscibieron mucho de lo que, aunque en apariencia trival, constituye la médula de los pueblos: sus usos y costumbres. Trajeron una ley forastera, pensada y escrita en otro idioma, desdeñosa de las tradiciones locales. Y, en fin, tampoco esa ley fué cumplida sino en parte.

A su turno, los teólogos, implícitamente trocados en demiurgos, se arrogaban la celeste facultad de discernir si los indios tenían alma o no. Frente al ardor cristiano de un Bartolomé de Las Casas y la ciencia también cristiana de un Francisco de Vitoria, se alzaron los impíos alegatos de Sepúlveda y el virrey Toledo. Como el conflicto había que resolverlo sin echar por tierra los preceptos esenciales de la iglesia, se estableció una sutil y corruptora costumbre: diferenciar el "acatamiento" del "cumplimiento" de la ley. Si en vez de venir desde *afuera* y desde *arriba*, la ley hubiera venido desde *adentro* y desde *abajo*, como en todo derecho consuetudinario, habría sido imposible burlarla. Porque las leyes, cuando derivan de ese proceso natural que se llama costumbre, tienen que ejecutarse inexorablemente: no basta ya "acatarlas", sino que hay que cumplirlas; pero cuando las inventa el interés político o la fantasía escolástica, la soslayan hasta sus mismos autores.

Iberia dictó leyes excelentes: no fué posible realizarlas. Las de Burgos, que hace poco exhumó íntegramente don Rafael Altamira, son magistrales, pero también fué magistral el escamoteo que de ellas hicieron los funcionarios encargados de aplicarlas. La Recopilación de Indias es un monumento de previsión y caridad, válido hasta en nuestros días; pero había surgido del cerebro de Minerva (venero de luminosas teorías y bellos sueños), y no del

humilde barro humano que engendra cuanto hay de perdurable sobre la tierra.

Frente a esta encrucijada, los políticos, repito, acudieron a un ardid: autorizar a los virreyes a “acatar, pero no cumplir” la ley venida de allende los mares. Así quedó resuelto, en apariencia, el conflicto entre apetitos y deberes. En realidad nacía un entredicho más profundo en el cual vivimos hasta ahora.

“La ley teórica era admirable por su bondad caritativa; las Cédulas Reales recomiendan el buen trato, la educación y conversión de los indios; pero, desgraciadamente, en todo lo que se refiere a la América española, el estudio de la ley escrita es el menos importante e ilustrativo: el derecho, bueno o malo, crece y se desarrolla a ras del suelo, en el conflicto de pasiones e intereses, amparando a los más hábiles y fuertes; generalmente rastrero, estrecho y cruel, animado por sentimientos bajos y egoísmos feroces. Por encima está la ley, una cosa puramente decorativa de la armazón social, fuera del radio de las influencias, de las aspiraciones públicas, de las necesidades del grupo, elemento perfectamente extraño, preparado en el Consejo de Indias, uniforme para todo un continente en el que no hay dos provincias análogas. *Las Cédulas se repiten sin que se calme un dolor o repare una injusticia*”.<sup>1</sup>

A tales palabras de J. Agustín García se deberían añadir las de Juan B. Terán, que fué rector de la Universidad de Tucumán: “El primer documento jurídico atañadero a América es un pronóstico de lo que había de suceder. Nos referimos a las Capitulaciones de Santa Fe, entre los Reyes y Colón, suscritas el 17 de abril de 1492, y ratificadas, luego, dos veces”.<sup>2</sup> Esas Capitulaciones nunca se cumplieron, pese a la palabra real de los Reyes Católicos. Colón

fué burlado ¡Mal comienzo para la vida jurídica de un continente si los propios monarcas dejaban de hacer honor a sus promesas!

Las *Nuevas leyes* dictadas en Barcelona el 20 de noviembre de 1542, reconocían la calidad de “personas libres” a los indios; reforzaron la autoridad del Consejo de Indias; establecieron reformas administrativas, entre ellas la de prohibir la prestación de servicios personales. Protestaron contra ellas los ricos encomenderos —nuestros señores feudales— parapetados en algunos Cabildos (Lima, Cuzco, etc.). El primer Virrey del Perú, nombrado el 1º de marzo de 1543, pagó con la vida su empeño de poner en práctica la voluntad del lejano Monarca por encima de los señores indios. Nueva derrota de la ley elaborada arbitrariamente, allá, en la península, sin directo contacto con la realidad ambiente. . .

Igual sucedió con muchas otras disposiciones legales, magníficamente compilados por Antonio de León Pinelo y por don Juan de Solórzano Pereira.

Pero no fueron los españoles y portugueses ricos los únicos en oponerse a las benignas disposiciones oficiales. Existía ya una clase de ricos criollos, o “españoles y portugueses americanos”, blancos, hijos de peninsulares. Para su codicia, más valía poseer el estado que la ley, y más el nuevo uso (el de unos pocos) que las seculares costumbres del país, ya mezcladas a las del elemento popular venido con los conquistadores. Indios, negros, cholos y mulatos sufrieron aquella doble acometida. “En tanto que la legislación española procuraba elevar la condición de los ‘pardos’ —si bien en esto entrase por mucho la necesidad de aumentar el tesoro real con la concesión de prerrogativas y títulos—, los blancos criollos se apegaban a sus

privilegios, sin perder ninguna ocasión de reafirmarlos, aun contra la voluntad expresa del monarca".<sup>3</sup> Esta afirmación de un historiador venezolano confirma lo dicho: la *discrepancia entre estado y pueblo*. La fórmula legal *suplantaba al fondo jurídico*. Para entonces ya se había iniciado en España y Portugal la enojosa "era del papel sellado" o de la burocracia implacable. Parece que la triste paternidad de aquel engendro curialesco corresponde a cierto P. Fernando de Salazar, durante el validato del conde-duque de Olivares (1637). Pudimos, entonces, exhibir sin falsía el mismo cartel que se luciera en Madrid bajo la estampa de alguien disfrazado con piel de carnero: "Sisas, alcabalas y papel sellado —me tienen desollado—". En América aquello fué mucho peor.

Tanto desajuste entre precepto y conducta empezó en desinteligencia y concluyó en abierto antagonismo. El hecho económico precipitó los abusos. "Los juristas —escribe Terán—, formulaban la teoría de la apropiación de la tierra y del derecho para esclavizar al indio, pero quienes las practicaron en América fueron condicionados por razones económicas". Dichas "razones económicas" son las que nos pueden proporcionar una explicación plausible sobre nuestra deformidad institucional, germen de la eferescencia republicana cuyos frutos todavía padecemos hoy.

## 2

¿Cómo pudo fundarse, sobre tan deleznable bases, el orden jurídico de América? Si desde un punto de vista meramente lógico provoca rechazo, en el campo de los hechos aparece como un solemne embuste.

España (Portugal constituye tienda aparte a tal respecto) no se hallaba íntimamente unificada cuando se produjo la conquista de América. La reunión de las coronas de Isabel y de Fernando significó el establecimiento de un nuevo estado, no aún de una nación. La guerra contra el moro había ido formando ésta.

Los españoles eran, sin embargo, sólo un conjunto heterogéneo: andaluces, de sangre africana; catalanes, de sangre fenicia; godos, de sangre germana; éuskaros, latinos, castellanos, astures, cada cual con su tipología peculiar. Las provincias mirábanse con recelo. A América no vino, pues, un orden íntimo, sino *varios órdenes consuetudinarios* entremezclados, y un solo orden *jurídico*, el que ahogó en sangre el último levantamiento popular hispánico: el de Padilla. En una palabra, fueron órdenes lugares, trasplantados. Por eso, dice Arcaya: “*Comenzamos por la anarquía, por la disgregación de la opresión, ejercida no por autoridades extrañas sobre los conquistadores, sino por cada uno de ellos o por los grupos en que se dividieron, sobre los indígenas, con la pugna consiguiente a las contrapuestas ambiciones individuales*”.<sup>4</sup> “No era la anarquía demagógica de las repúblicas antiguas —añade—, sino el desorden de los primeros tiempos del *feudalismo* medieval que revivía”.

Semejante divorcio evidente hace posible un conato de explicación del caudillismo y la anarquía militares republicanos, así como de cierta deificación de los “gobiernos fuertes” y del “gendarme necesario”,<sup>5</sup> embrión de los fascismos continentales, aunque se disfracen con leyes y constituciones “democráticas”. El propio Libertador Bolívar se decidió en 1826 por un sistema de gobierno “fuerte”. El argentino Rivadavia intentó lo propio. La independen-

la mexicana desemboca en la efímera autocracia de Iturbide y luego en el luctuoso y desgraciado período de Santa Anna. Sólo a partir de 1910 comienza a actuar el pueblo, aunque con claroscuros y contradicciones que requieren un cuidadoso análisis, espectral. Venezuela asiste a una trágica sucesión de personalismos: Páez, Monagas, Guzmán, Castro, Gómez. Rosas encarna idéntica actitud en el Buenos Aires del 35. Portales, Montt, aun Balmaceda, tratan de imponer su voluntad sobre el pueblo chileno. La secuela de providenciales en Perú, Bolivia y Ecuador sobrecoge de inquietud. A la sombra de los caudillos fermenta la oligarquía. Amparada por ésta, prospera la plutocracia. La nación rara vez tuvo oportunidad de enterarse de lo que ocurría en el estado. Por tanto, casi nunca se manifestó de veras. Se lo impedía una extraña conjunción de caudillos, oligarcas criollos y sus "civilizados" socios extranjeros, los financieros imperialistas. Tan visible es esto, que un viajero tan presuroso, aunque atento, como Siegfried, escribía en 1933: "En América del Sur la sociedad continúa siendo inorgánica, y es por ello por lo que el gobierno, cuando se establece, no puede nunca dejar de ser fuerte. Sin duda sería otra cosa si los órdenes intermedios, recomendados por Rousseau, se hubieran constituido. Tal vez sea cuestión de edad en la vida de las sociedades".<sup>6</sup> De ahí que el estado— y el gobierno, su símbolo— haya vivido pendiente de la simpatía de las fuerzas armadas y del modo de "poseer los recursos financieros" para conservarla.

No obstante, cuando surge un gobierno, con limpieza, de la voluntad popular, los requisitos que Siegfried estatuye resultan innecesarios. Ni Piérola en el Perú de 1895; ni Battle Ordóñez en el Uruguay de 1900; ni Alessandri en el Chile de 1920; ni Irigoyen en la Argentina de 1916;

ni Olaya Herrera en la Colombia de 1930; ni Aguirre-Cerda en el Chile de 1938, tuvieron que preocuparse de financiar ningún apoyo ficticio. Su origen, radicalmente popular, ligado a la soberanía nacional, les bastó para ejercer el mando pacíficamente. Cuando los gobiernos nacen del pueblo mantienen su equilibrio y estabilidad. Si se invierte el proceso, y se los nombra, falsifica o impone, entonces aparecen el caudillismo, la tiranía, el “desorden regulado”. La falta de vínculos efectivos entre la fuente de la soberanía y su expresión —pueblo y estado—, engendra revoluciones y desquicia el aparato jurídico, esto es, despedaza la ley.

Bolívar previó esto desde el comienzo de nuestra vida libre: “En vano —dijo— las armas destruirán a los tiranos si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es el gobierno”.<sup>7</sup>

Un sistema político erigido sobre el interés de los menos (oligarquía y plutocracia) crea una complicada red de relaciones dolosas; socava la democracia. Aunque en los Estados Unidos ocurrió algo así desde el comienzo —y ahí de las protestas de Jefferson y Hamilton contra el modo como se dictó la Constitución—, la feliz circunstancia de haberse tenido en principal cuenta el genio criollo antes que el ajeno, ha permitido un progresivo reajuste de la ley al uso, es decir, al pueblo. La constitución norteamericana persigue, ante todo, “la felicidad” (hecho práctico) de los asociados: las de América del Sur mencionan principios abstractos, fáciles de escamotear a vista y paciencia del pueblo, por esos habilísimos prestidigitadores que se llaman los abogados, verdaderos dueños del poder político.

Nuestro proceso constitucional ha sido libresco y forastero. Si los Estados Unidos hubiesen tenido tan densa población indígena como la de nosotros, habrían realizado su independencia contando con ese factor, no a sus espaldas. La marcha al Oeste proporciona una importante lección. Fronterizos y pioneros participaron de la campaña: ellos eran allá lo que el mestizo aquí. Nosotros, en cambio, elaboramos leyes para el veinte por ciento de nuestro pueblo, sin consultar las necesidades locales, ni los usos tradicionales. *Leyes para blancos*; ninguna —o poquísimas— disposiciones acerca de indios, mestizos, negros. A veces, por rivalidades entre blancos criollos y blancos inmigrantes, leyes contra éstos. Por eso cuando el desencantado sociólogo Francisco García Calderón afirma que la historia de nuestras repúblicas “*se réduit à la biographie de leurs hommes représentatifs*” y que “*l'Esprit National se concentre en les caudillos, chefs absolus, tyrans bienfaisants*”,<sup>8</sup> se le debe preguntar hasta qué punto fueron “bienfaisants” los tiranos, y cuál es la causa de tamaña deformidad. La historia oficial, hecha por terratenientes y su clientela, calla la explicación por cierto. Habrá que buscarla a través de los lazos económicos.

Nuestra dramática dualidad entre las aspiraciones teóricas de los letrados y los intereses prácticos de los latifundistas y “políticos”; la discrepancia entre la ciudad y el campo, entre la ley y el uso, entre el orden jurídico y el desorden plutocrático, llena de confusión a Bryce, quien confiesa, ingenuamente, su impotencia para clasificar nuestros regímenes en alguno de los casilleros conocidos. Es que América posee su realidad, la cual, a su turno, exige un método de clasificación *ad hoc*. “En el orden político —apunta, travieso, Siegfried—, el Nuevo Mundo se ha

revelado creador: *ha inventado al Presidente*". Por su parte, Europa había creado esa paradoja que es la democracia con rey hereditario, esa quisicosa que se denomina caudillo, monarquía constitucional con duce, el Reich con canciller y la república liberal francesa manejada por los fascistas y plutócratas.

### 3

Hay un hecho que revela palmariamente el antagonismo básico de nuestra organización jurídica.

En la correspondencia del prócer hondureño don José Cecilio Valle, vemos que Jeremías Bentham, el padre del utilitarismo, ejerció entonces cierto patronato constitucional sobre América. Andrés Bello le siguió de cerca. Y se le consultaba a la distancia sobre los remedios que juzgara oportunos para nuestros pueblos. También hubo quienes enviaron preguntas de ese tipo a Thomas Jefferson. El Código Napoleón fué casi literalmente calcado en nuestra legislación primeriza. Raoul de la Grasserie orientó a muchos de nuestros civilistas. Leroy-Beaulieu dirigió los primeros pasos de nuestra ciencia política, ya codificada. Nuestras altas clases rectoras tomaron, como el camaléon, el color de la misión extranjera que cada país recibía para adiestrarlo en el descubrimiento del mejor camino de progreso. A ratos hubo mixtura de colores y duales o triples influencias. Franceses y españoles, en Perú; franceses, alemanes e ingleses, en Chile; ingleses, franceses, italianos y españoles, en Argentina; norteamericanos, franceses, españoles, en México; norteamericanos y franceses, en Panamá; etc.

Cuando llegó a nuestras playas el positivismo, por lo menos Brasil, Chile, Uruguay, México y Argentina se

rindieron ante él. Los brasileños, algo más cálidos, lo convirtieron en religión. Pero los positivistas se manifestaron a menudo adeptos a los tiranos y éstos, quizá por ocultar su sin razón, prestaron homenaje a la razón y a Augusto Comte, su pontífice. Guzmán Blanco en Venezuela, Porfirio Díaz en México, Pedro II en Brasil abrazaron esa moda. De nuevo, las leyes se modificaron *según las teorías*, pero los hechos siguieron siendo los hechos. Y mientras nuestros criminólogos, seducidos por el señuelo de Lombroso y Ferri, partían en busca del "criminal nato", nuestros legisladores enarbolaban los principios positivistas para formar, según ellos, leyes, constituciones y espíritus. Otra vez partió a Europa una escuadrilla de adaptadores para importar otras vestiduras extranjeras para nuestros cuerpos criollos. Lo mismo en las modas femeninas que en las cartas fundamentales. No ha pasado la racha. En nuestros días, alguno o algunos abogados europeos se encuentran confeccionando códigos para países sudamericanos cuya psicología y tradiciones ignoran.

Para que nuestras altas clases se convencieran de que algo valemos, fué preciso que lo dijeran sabios extranjeros, desde La Condamine, Bompland y Humboldt hasta Uhle, Middendorf, Wiener, Tschudi, Squire, Markham, Rivet, Pietschman. En vano lo pregonaron los nativos: nadie los tomó en serio. Hasta en lo referente a nuestros tesoros idiomáticos, si extranjeros como Rodolfo Lenz no hubieran advertido las sorpresas que depara al habla popular, los técnicos habrían rechazado semejante posibilidad.

Nuestras altas clases vivían de prestado, de espaldas a lo genuino. A veces se resignaron a recibir la luz de otros sudamericanos, en lugar de escuchar a sus propios conciudadanos. Los casos de Andrés Bello, Vicente Rocafuerte,

Antonio José de Irisarri, respectivamente venezolano, ecuatoriano y guatemalteco, pero creadores de cultura en Chile, México y México-Chile, lo dicen todo. En la guerra libertadora sucedió lo mismo. Bolívar, un caraqueño, independizó y gobernó a Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia; San Martín, un yapeyano, a Chile, Perú y, en parte, Ecuador.

El caso de Bello tiene relieve singularísimo, porque él, largo tiempo residente en Londres y apegado a lo clásico, quiso doblegar a la costumbre americana, sometiéndola a la ley que Europa le había enseñado. El mismo Alberdi, tan realista, tuvo más en cuenta sus experiencias europeas que la realidad indígena al escribir sus *Bases*, yema de la Constitución argentina de 1853. ¿No confesó, acaso, el argentino Rivera Indarte que *El federalista* de Hamilton y el libro de Alberdi fueron los textos de cabecera de los constituyentes de aquella fecha? Y volviendo a Bolívar, ¿acaso no pretendió calcar en la constitución del 26 el método napoleónico, no obstante que según sus confidencias a Peru de Lacroix, él odiaba la autocracia del Gran Corso? <sup>9</sup> Leyes hay de nuestros días que, contagiadas de un súbito y sospechoso "funcionalismo", han pretendido pintorescos injertos corporativos en países criollos, hambrientos de democracia. Si se necesitara una prueba más acerca de esta angurria "legiferante" al margen de la realidad, bastaría mencionar el caso del presidente argentino, general Ramírez, quien, en noventa días de gobierno, dictó nada menos que siete mil decretos-leyes, según su propio y público testimonio (1943).

Si se pusieran en práctica todas las disposiciones legales promulgadas en nuestra América, seríamos la región más progresista y humanitaria del globo; pero, como en la

época colonial, nuestros actuales estatutos siguen siendo "hostias sin consagrar", leyes que, por tanto, "se acatan, pero no se cumplen". ¿Qué, si no, diremos cuando leemos en un texto constitucional que las municipalidades de ese país deben ser elegidas por voto popular, anualmente, y sabemos que, sin derecho alguno, desde 1922 no se verifica ahí elección municipal alguna?

Alberdi, a quien hay que volver a menudo, observaba hechos análogos, en su tiempo, según lo refiere en *Bases, Estudios económicos y El crimen de la guerra*.

Desde luego, sería absurdo pretender que los juristas de nuestra América desdeñaran las legislaciones europeas sin adoptar de ellas lo conveniente. *Lo censurable es que se limitan a calcar dichas legislaciones y nada más*. Se equivoca Siegfried cuando insinúa que la falta de respeto a las normas jurídicas proviene del carácter "oratorio y lapidario" de nuestro idioma. Al revés, se apela a dicho tono "oratorio y lapidario" *deliberadamente* para esconder el contrabando autocrático de nuestras pseudodemocráticas legislaciones. Sin embargo, sería injusto omitir el hecho de que mediante el reencuentro con la economía, el pueblo se acerca cada vez más al estado, penetrando en el misterio de sus deficiencias y organizándose a combatirlas mediante nuevos partidos políticos de tipo popular y progresista.

Débase añadir a lo anterior que gran parte del divorcio entre la letra y los hechos, entre la ley y la costumbre, se debe a la coexistencia antagónica de dos razas primordiales, abstracta y doctrinal la una (la india), concreta y alusiva la otra (la ibérica). El general Lucio V. Mansilla, hombre de realidades, decía después de su pintoresca excursión entre los bárbaros indios ranqueles: "Resulta de mi estudio sobre las entendederas de un indio, que el pue-

blo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley que la Ley. Los símbolos impresionan más la imaginación de las multitudes que las alegorías. De ahí que en todas partes del mundo donde haya una constitución y un Congreso, le teman más al Presidente".<sup>10</sup>

Pese a lo general del concepto, resalta su agudeza.

Por otra parte, el filósofo español y católico Manuel García Morente, califica la "personalidad pública del ciudadano" de su patria, como una "personalidad mostrenca, irreal, pura forma o ficción del pensamiento jurídico formalista", de lo cual deduce que "la personalidad privada es la única auténtica y real".<sup>11</sup> "Entre españoles —agrega—, el trato puede más que el contrato, y las obligaciones de amistad pesan mucho más que las obligaciones jurídicas. . . Entre españoles manda el que puede, no el elegido por votación. La ley tiene que ir acompañada de otras fuerzas reales para que su predominio sea efectivo. La simple abstracción legal no tiene acceso en el ánimo de los hispanos, siempre propensos a cotejar todas las cosas con la íntima realidad de su propia personalidad individual".<sup>12</sup>

Si al carácter artificial de nuestras leyes se agrega que *toda ley* fué artificial para los hispánicos, entenderemos mejor las deficiencias visibles de nuestra configuración jurídica, el abismo entre la ley y los hechos que pretende regular.

Idolatría de la fórmula, embriaguez de extranjerismo, delirio por el precepto, he aquí las fuentes del inverosímil desequilibrio entre nuestro pueblo y su estado, nuestra costumbre y la ley. Ya, hablando de las misiones jesuíticas del Paraguay, apuntaba Keyserling que en ellas "la organización estatal va muy por delante de la organización nacional": concepto aplicable a la realidad contemporánea.

nea. Alberdi, más perentorio, escribió: "Si las consecuencias [de la emancipación] no han sido buenas, la culpa es de los que sentaron *las premisas*, y *el pueblo no tiene otro pecado que haber seguido el camino de la lógica*. La culpa, hemos dicho, no el delito, porque la ignorancia no es delito. ¿En qué consiste esta situación? En el triunfo de la mayoría popular que algún día debía ejercer los derechos políticos de que había sido habilitada. Esta misma mayoría existe en todos los estados de Sudamérica, cuya constitución normal tiene con la nuestra [la argentina] una fuerte semejanza que deben a la antigua política colonial que obedecen juntos. El día que halle representantes, triunfará también, no hay que dudarlo, y ese triunfo será de un ulterior progreso democrático, por más que repugne a nuestras reliquias aristocráticas".<sup>13</sup>

Cotejemos lo anterior con la idea de Sarmiento acerca de la propensión a lo concreto en nuestro pueblo, tan disímil del teorizantismo legislativo: "El *sentido común* rechazaba en abstracto la idea de las divisiones, aún con alambrados; mientras que el que lo proponía obedecía acaso a la sugestión del sentido común del agricultor, que no concibe propiedad sin cercado".<sup>14</sup> En distintas palabras: otro choque entre una idea artificiosa y el realismo que brota del *humus* continental.

En una carta dirigida al *sheriff* de Bristol, el historiador Buckle decía el año de 1777: "El verdadero fin de la legislación consiste en *seguir*, no en forzar la inclinación pública, y en dar una dirección, una forma técnica y una sanción específica a la opinión general de la colectividad". Y, reforzando el sentido inglés de la ley, agrega: "El legislador se dará por satisfecho con estudiar lo que sucede en su derredor, y *modificará sus planes, no de acuerdo con las*

*nociones que ha heredado de sus antepasados, sino de acuerdo con las exigencias efectivas de su propia época".<sup>16</sup>*

Entre nosotros ocurrió precisamente al contrario. Los europeos llegaron (o fueron traídos) con el ánimo en ris-tre, decididos a imponer sus modos de vivencia, no de con-vivencia. Desde entonces padecemos una latente incompatibilidad entre las instituciones y los hechos. De ahí la frecuencia de choques, motines, alborotos y revoluciones desde el siglo XVII, los cuales, lejos de significar retroceso, revelan una ininterrumpida ansia de adelanto, una evidente necesidad de ajuste, una salud indiscutible. Frente a la ley que pretende arrasar con los usos y apetencias popula-res e inventar absurdas costumbres; frente al estado que trata de sustituirse al pueblo, la única actitud fecunda es la rebeldía. La paz habría sido síntoma de corrupción y muerte. Nadie sería capaz de callar su rechazo si alguien quisiera hacer cuna de un ataúd, orfanato de un cemente-rio. Pues ésta ha sido, en síntesis, la pretensión de los legisladores extranjerizados; y justa, necesaria y lógica la repulsa armada o desarmada del pueblo. El día en que pueblo y estado, ley y costumbre, letra y espíritu se armo-nicen, sintonizando en un menos imperfecto acuerdo, ha-brá llegado la hora de exigir paz, paz perenne y coopera-ción sincera, a todas las clases y estamentos de nuestra América, hasta hoy obligada y fecundamente tumultuosa y levantisca.

# X

## DE LA CIVILIZACION A LA CULTURA

América no es más que el eco del Viejo Mundo... Su vida es el reflejo de una vida ajena...

HEGEL. *Lecciones sobre la Historia Universal,*

### 1

FUÉ ALBERDI quien dijo: “Tenemos ya una voluntad propia; nos falta una inteligencia propia. . . La inteligencia americana quiere también su Bolívar, su San Martín”;<sup>1</sup> lo cual corroboraría la *intuición* hegeliana que sirve de lema a este capítulo.

De modo idéntico opinaban los próceres intelectuales de nuestro siglo XIX: Lastarria, González-Prada, Cuervo, Sierra, Acosta, Hostos, Martí, Rodó, verdad que subrayando todos la ya existencia de una forma propia de ver, lo que Alberdi, perenne proscrito, no alcanzaba a vislumbrar.<sup>2</sup> Porque “existe una cierta manera típicamente sudamericana de encarar la producción, el cambio, el gobierno. Pero, aún después de un siglo de independencia, debemos confesar que las influencias de afuera siguen siendo primordiales”.<sup>3</sup> Sin embargo, asevera Reyes, es posible ahora hablar con mayor propiedad “de una inteligencia americana, que de una cultura americana”; inteligencia cuyas características serían las de ser “menos especializada” que la europea; más extensiva que comprensiva y, por tanto, algo así como una “delgada corteza”

en peligro de quebrarse, inclusive en las *élites*, que en América son más adictas a la violencia que en el Viejo Mundo.<sup>4</sup>

*Elites* de tal índole carecen del equilibrio indispensable para ejercer su saludable magisterio. Extranjerizantes y agresivas, se aferraron a París, luego de su aparente divorcio de Madrid. Una frase de Rubén compendia aquello: "Mi amada es de España, pero mi querida es de París". Sin embargo, uno de los discípulos de Darío, Pedro Emilio Coll, confesaba ya: "Lo peor es que este París 'de carne y hueso' desvanece día por día mi otra ciudad interior, fantástica y divina, que me empeño en evocar y que miro hundirse en el horizonte del recuerdo. Pronto, la noche del olvido caerá sobre la etérea ciudad de mi adolescencia, a donde no podré ir en romántico peregrinaje".<sup>5</sup>

Desde mediados del siglo XIX era visible el dilema entre autoctonismo y exotismo. Muchos de los próceres intelectuales preferían parecer europeos, aunque a nadie de Europa podía engañar su traza de criollos. Sarmiento dijo: "La independencia tuvo como único origen el movimiento de ideas europeo". Alberdi, su rival, precisó: "¿Qué es nuestra Revolución, en cuanto a ideas, sino una faz de la Revolución francesa?".<sup>6</sup> Francisco Bilbao, el gran liberal chileno, fué devoto discípulo de Michelet y Edgard Quinet, hasta que la invasión de México por las tropas de Bazaine lo volvió a su ser natural, criollo. González-Prada, tan antiespañol, rindióse al señuelo galo. No obstante, desde antes, se gestaban movimientos por la autonomía espiritual. En el "salón literario" que don Marcos Sastre se atrevió a abrir en el Buenos Aires rosista, se reunían jóvenes que, como Juan María Gutiérrez, Esteban Echeverría, Vicente Fidel López y el propio Alberdi, se

jactaban de que su generación estaba “dispuesta a abjurar del triple plagio político, científico y literario”, y a romper con “toda política y legislación exóticas”.<sup>7</sup> El movimiento literario de Chile, en 1842, tuvo igual sesgo. El del Perú, con González-Prada, en 1886, también. Desde 1816 se pugnaba en México contra las modas culturales forasteras: Fernández de Lizardi y sus novelas así lo demuestran; aunque no sería hasta la época de Juárez cuando se vigorizó el rumbo nacional del pensamiento azteca.

En general, “independizarse” significaba entonces rechazar la influencia cultural española, pero no se reparaba que el galicismo es también una sujeción colonial. El afrancesamiento de Sarmiento, Bilbao, Lastarria, Alberdi, Prada, más tarde Darío, Casal, Gutiérrez Nájera, así como el recalitrante casticismo de Montalvo y de Larreta, o el sajonismo de muchos contemporáneos, son otras tantas muestras de mentalidad colonial. “Contra el vasallaje hispano, denunciado con altanería y soberbia literal, estimulamos otro vasallaje menos concorde con las propias vocaciones culturales. El cambio de vestiduras más parece un disfraz”.<sup>8</sup> En realidad, fué “otro” disfraz.

Además, hubo quienes creyeron que imitar a Francia era y es el único medio de hacerse “occidentales”. No reparaban en que Europa —y Occidente— es un conjunto de discrepancias nacionales tan hondas, que no acierto a comprender cómo pudieron nuestros europeizantes pensarse voceros de una cultura que, en verdad, implica tantas divergencias. “¿A quiénes nos parecemos, si ellos son distintos?”, se pregunta José Gabriel. Y, cierto, resulta por lo menos pintoresco que haya todavía americanos y europeos que, como los del Congreso de los P.E.N. Clubes de Buenos Aires, en 1936, pretendan convencernos de que

somos eco de *una* cultura que no existe como unidad, sino como *pluralidad*, si acaso. Más perspicaz que los Duhamel, Romain, Marinetti, Ludwig, etc., de aquella ocasión, es Keyserling cuando escribe: "Apenas respiré su atmósfera, bautice a Suramérica con el nombre de Continente de la Tristeza. . . La tristeza suramericana entraña más alto valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna. . . No tiene nada de trágico. Es dolor flotante, conforme a la pura pasividad de la vida primordial".<sup>9</sup> Sin tanto énfasis, lo mismo emerge de *La serpiente emplumada* de D. H. Lawrence, donde también se reconoce que nuestro mundo "converge incoerciblemente hacia el indio" y hacia la tierra.

Frente a este sólido confrontamiento se desmoronan las aparatosas interpretaciones iberizantes con que suelen apabullarnos ensayistas inconformes, y las sajonzantes de algunos nuevos doctores en estiramiento "democrático". Pero mucho más que enumerar juicios ajenos, interesa averiguar, por vía directa algo acerca del fondo cultural de nuestra América. Olvidemos, pues, el discrepante diagnóstico de tanto doctor y atengámonos a la realidad en sí.

## 2

El principal vehículo de toda cultura es el lenguaje. Cuando se logra dar nombre a las cosas, es porque se las conoce ya. Si el nombre falta, vale tanto como si las cosas no existieran. Por algo "nombre" y "sustantivo" son sinónimos en nuestro idioma.

Los nombres suelen pasar de la retina a la inteligencia, y de ésta a la palabra. Nosotros los adoptamos y hasta amamos, porque siempre ha sido condición del hombre

amar aquello que le debe la vida. Un vocablo que llega elaborado desde fuera, tiene, por lo menos, que resignarse a las modificaciones que el uso local determina a fin de hacerse digno de la confianza popular. Más tarde, cuando comienzan a mineralizarse, las lenguas cuajan en gramáticas. Estas representan la edad adulta de los idiomas. Así, España logró coordinar la suya sólo cuando tenía ya vencido al moro y unificado al nativo, punto final de su caos.

Francia dió vida a la Academia en la hora cenital de su poderío, no antes. Pero a nosotros nos vino primero la gramática, y después pretendimos enriquecer y nacionalizar el léxico. Alterando normas bíblicas, primero fué la Creación y luego el Caos. La corteza fué nuestra raíz, y ésta el último escalón de nuestro desarrollo lingüístico. De ahí que cada jactancia criollista no represente corrupción, sino hallazgo y voluntad de ser. Los indigenismos, lejos de fundirse y desaparecer, son hoy más abundantes. Debíó haber sido al revés.

Todo idioma perdurable fué siempre una alianza o mestizaje. Cuenta Menéndez Pidal que los poetas cortesanos simbolizaban en el hinojo la unión de Isabel y Fernando porque en Aragón patria de éste, hinojo se escribe con "f" inicial (como Fernando), y en Castilla, patria de aquélla, con "i" (como Isabel). Tamaña argucia conceptista antecedió en dos siglos a las de Quevedo y Gracián.

Manuel de Larramendi, en *De la antigüedad y universalidad del bascuence en España* (Salamanca, 1728), escribe: "En la misma conversación se sacó lo que solía decir Carlos V: que para hablar a su caballo siempre hablaba la lengua alemana; para hablar a una mujer, la italiana; para hablar a un hombre, la francesa; mas para hablar a

En la actualidad, tanto en Cochabamba como en Cuzco, en Sucre como en Huaraz o Quito, pueblo y *élite* apelan al quechua para comunicarse cuando los exalta algún incentivo especial. Del no bien evolucionado guaraní decía Manuel Domínguez, escritor paraguayo, modernista y europeizado: es “lengua llena de astucias como la estirpe india que la hablaba, rica en ironías que castigan la flaqueza humana. La formaron el canto de los pájaros, los rumores del viento, pero es reflexiva, calculadora en su raro polisintetismo. En guaraní, el pensamiento marcha de otro modo, *al revés que en castellano*, comenzando por el poseedor y acabando por la cosa poseída: de aquí que *el paraguayo, en su traducción mental, tortura su pensamieno*”.<sup>14</sup> Igual ocurre con ciertas distorsiones sintáxicas de los escritores bolivianos y ecuatorianos, habituados al idioma indígena. No cabe explicarse esto dentro de las normas corrientes que se aplican a las formas dialectales o de germanía peninsular. Cuando Bunge, con su inveterado afán de generalizar, sostiene que “atorrar” y “macanear” son los dos únicos neologismos argentinos viables, incurre en uno de esos crasos errores a que se habituaron los “científicos” de fines del siglo pasado en América.<sup>15</sup>

Los hijos de grandes imperios indios, dueños de idioma y tradiciones propias, difícilmente se adaptan a las modalidades ibéricas: el negro, sí. Menos tradicionalista y plástico, más imitador y musical, adopta las nuevas melodías. “Hasta hoy —escribía Sarmiento en 1880—, las gentes del pueblo de Lima *sin excluir a las negras* del mercado, hablan el castellano más correcto que se habla en América”.<sup>16</sup>

En resumen: *a)* el indio posee modos inveterados de expresión oral; *b)* los idiomas indígenas se mantienen a

pebar de la larga convivencia con castellano y portugués; *c)* castellano y portugués llegaron imponiendo gramática antes que uso; *d)* en el mestizaje de ambos con las lenguas nativas, predomina el vocabulario ibérico, pero la sintaxis india; *e)* en la mezcla de ambos con dialectos negros, ocurren más bien modificaciones fonéticas antes que sintáxicas. Sintetizando más: 1) los idiomas importados no pudieron arrasar del todo los modos de expresarse americanos; 2) por medio de su actitud gramatiquera y regimentada, contribuyeron a distorcer el pensamiento genuino del Nuevo Mundo durante los dos primeros siglos del coloniaje. Nada, pues, tan saludable y necesario como las rebeldías literarias nuestras contra la férula madrileña.

Claro está, en eso fuimos a menudo exagerados; lo fuimos también al imitar. Los propios españoles reconocen que ellos carecían de la fijeza de reglas que nuestros puristas pretendían. Si, como dice Amado Alonso, “desde Nebrija... había sido en España casi un dogma ortográfico ‘escribir como se pronuncia’ (heredado de Quintiliano), y las numerosas ortografías tratan de ser fonéticas”, ¿cómo extrañarnos de los esfuerzos de análoga tendencia llevados a cabo por Bello, Sarmiento y González-Prada?<sup>17</sup> Juan María Gutiérrez escribía a Enrique Piñeyro: “La lengua o el lenguaje, atributo de la nacionalidad e instrumento de ideas, tiene una inmediata correlación con el pensamiento, y nadie tiene el derecho a dar reglas sobre cómo ha de expresarse el pensamiento, mucho más cuando son reglas de un código, dictadas en otros siglos y bajo el influjo de unas ideas que el progreso ha dejado atrás como vestidos antiguos”.<sup>18</sup> El joven Florencio Balcarce, mucho más rotundo, había escrito ya: “El primer paso para modificar el lenguaje es modificar las ideas”.<sup>19</sup> Pero nadie expresó esto

Dios, la castellana". Por herencia sabía el Austria cuán penetrante es la fuerza del lenguaje. ¿No cuenta Nebrija, en su celebre Gramática, que la Reina Isabel le dijo, refiriéndose a las conquistas hispánicas, que los derrotados "tenían necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas, nuestra lengua", y "entonces, por esta arte gramatical podrían venir en el conocimiento della, como agora nosotros aprendemos al arte de la gramática latina para aprender a hablar"?<sup>10</sup>

Los incas hicieron lo propio con el *Runa Simi*; pero respetaron los dialectos locales. Los conquistadores trajeron una gramática unitaria, pero también sus dialectos provinciales. Ya, desde esa fecha, llamar "español" al idioma castellano fué para nosotros signo de rebajamiento y vasallaje.<sup>11</sup>

Con la gramática, a guisa de piqueta, penetraron los misioneros en la maraña de las lenguas aborígenes.

La expresión de las ideas y sentimientos americanos tuvo que someterse a una forma extraña y apremiante. Flor de espontaneidad, la literatura consideró necesariamente incómoda trocar su connatural libertad de expresión en servilismo. De ahí la pobreza de las letras coloniales, y de ahí que llegada la Independencia, hasta los más celosos mantenedores de la tradición hispánica (Andrés Bello, por ejemplo) trataron de renovar los principios gramaticales en implícito conato de subversión y autonomía. Dos grandes americanos, Sarmiento y González-Prada, trataron de crear una ortografía diferente a la ortodoxa. También Cuervo y Caro, pese a su clasicismo, cedieron a la tentación de hallar una válvula de escape realizando la participación del genio popular sobre los antojos de los académicos.

Toda una escuela literaria contemporánea ha puesto en práctica esto.

## 3

Antes de la llegada de los europeos, América tenía su propia expresión oral. Al par que algunos casos de enrevesamiento babélico, hubo reinos donde la tendencia a uniformar el idioma corrió parejas con la de conquistar nuevas tierras: tal el caso de los incas. El choque con la lengua ibérica, acorazada de preceptos, fué ahí más rudo. No ha dejado de existir. Algunos de los idiomas aborígenes tienen tan numerosos cultores que sería absurdo desdeñarlos. Hay cinco millones de individuos que oficialmente se entienden por medio del quechua. Por su clientela y cohesión, este idioma debiera ser considerado lengua viva, con mayor derecho que el finlandés, el lituano, el estoniano, el armenio, el irlandés y el mongol. Pero... es lengua americana, lo cual explica que los filólogos europeos la consideren muerta. . .

Por lo tanto. . . Hacia 1900, en Yucatán había 211,860 personas que se entendían por medio del maya: sólo 95,168 hablaban castellano. Según un escritor, los catequistas que aprenden el maya quedan sujetos a una como "hipnosis mágica"; se vuelven "hechizados" y "hechiceros", porque el maya como el hebreo posee incomparable elocuencia para expresar la angustia.<sup>12</sup>

El P. Bernardo Haverstadt escribía en 1777, con visible hipérbole, que "la lengua chilena supera a todas las demás, de tal modo que quien conoce bien el idioma chileno [araucano] ve todos los demás como en un espejo, muy por debajo, y comprende claramente cuánto en ellos es superfluo y cuánto les falta".<sup>13</sup>

Camoëns. Los españoles, no. Violas itálicas, violines franceses, guzlas moras: nunca quenas indias, ni esa mordiente melancolía de nuestros picachos, ni el sortilegio desconcertante de nuestra selva. La codicia exacerbada limó toda arista a la sensibilidad absorta. Transeúntes, listos a aprehender lo material, se curaban poco o nada del espíritu. Endurecido por su larga lucha contra el moro, el hispánico se había hecho también a cierto mutismo y desconfianza, como el indio. Confesarse indicaba debilidad: cerrábanse, pues, las puertas al lirismo. Manifestar sorpresa habría sido exhibirse en estado de inferioridad frente a lo contemplado: imposible entonces escribir epopeyas. Desde luego, esta última actitud se explica sola. Una recalcitrante soberbia frustraba el camino del español hacia la épica. Mas, ¿y el lirismo? ¿Por qué no lo acendró con nostalgias?

Es que en el Nuevo Mundo no disfrutaba de las libertades que en la Península permitían las travesuras de Arciprestes y Buscones. Aunque éstos tenían lectores en América, pese a las formales prohibiciones legislativas, una cosa es poder leer lo impreso *afuera*, y otra cosa es producirlo en *casa*, sobre todo si la imprenta es, como era, vehículo oficial. Desprovista de tales oportunidades, la inteligencia *colonial* hubo de crecer enjuta, igual en Cotton Mather, al Norte, que en Pedro de Peralta, al Sur. Nada de incursiones por los meandros de la pasión y de la raza. Moralizamiento y no galantería: la ley era esa. Desterrado el erotismo, quedó también proscrito el heroísmo y, por tanto, la epopeya. ¿No era eso, acaso, necesario, puesto que Eros y Héroe provienen del mismo origen?

No tuvimos epopeya, como toda literatura que se inicia, porque la nuestra era parte de la peninsular. El *in-*

*diano* seguía en España cuando venía a América: continuaba su proceso nacional, hispánico, de suerte que su pasmo estaba implícitamente circunscrito. Sólo cuando América se apartó de España fué posible adquirir una conciencia épica y comenzar, por tanto, nuestra literatura. Ya era en 1780. Al cabo de 140 años aquello principió a germinar: 1920.

Nuestras letras nacieron, sí, contrahechas: sin epopeya primordial, con lírica maniatada, sin tradiciones terrígenas. Cuando se estudie a fondo la Colonia, llena de amotinamientos y rebeldías, se explicará que ella fué nada más que un día, el primer y larguísimo día de una Creación en marcha.<sup>21</sup> Nuestra época empieza ahora, *después de los ensayos de patriotismo "geográfico" de fines del xviii, de patriotismo "político" del mediados del xix; de patriotismo "estético" de comienzos del xx, y de agitación social y patriotismo "continental" de estos años*: evolución que entraña un sagaz descubrimiento; patriotismo que siempre significa afirmación de la personalidad colectiva; marcha de lo lugareño a lo americano. La novela americana de hoy no es, pues, otra cosa que la *tardía epopeya de un mundo recién nacido a la cultura universal*. En ella los dioses antiguos han sido reemplazados por fuerzas superhumanas: selva, río, pampa, desierto; salitre, petróleo, caucho, bananal, cobre; indio, gaucho, roto, cholo, pelado, chombo, montuvio, llanero, goajiro. Quien no mire así nuestra novela, no entenderá nunca este género, ni mucho menos la profunda definición de América.<sup>22</sup>

Como todo lo obtuvimos de prestado —el *lend-lease* tiene larga historia en nuestra vida—, fué imposible organizar una cultura. Igual que nuestros canales de regadío, propios de una civilización agraria, fueron destruídos otros

con más vigor y claridad que González-Prada en sus famosos *Discurso en el teatro Olimpo* y *Conferencia en el Ateneo de Lima*.<sup>20</sup>

En realidad, empezamos *traduciendo* nuestro pensamiento: grave anacronismo porque la lengua es algo pegado a la idea, como la carne al hueso. W. H. Hudson, pese a su nacimiento y adolescencia en Argentina, recurrió a su auténtico idioma nativo para reproducir sus recuerdos. Si Rilke y Conrad usaron a menudo otra lengua que la suya, se debió a que en la práctica tenían ya dos patrias cada uno, y a que en Europa, la convivencia de tantas naciones establece puentes que para nosotros no existen.

Los mestizos coloniales hallaban dificultades para expresarse en un idioma a medias propio. Lo podían usar para los menesteres cotidianos, pero la intimidad de sus sentimientos y la forma estética exigían un mejor dominio. El Inca Garcilaso y Sor Juana Inés de la Cruz resultan, pues, casos singularísimos.

¿Qué le era dable hacer a un indio de alma sintetista y vocación lacónica con una lengua amplificadora, "para perorar", como es la castellana? Dista de ser sencillo forzar al lujo a una naturaleza ascética. Convertir en hiperbólico a un litótico: hipérbaton más allá de las capacidades de cualquier demiúrgico Góngora indiano.

No se trata aquí de que el castellano sea hermoso o feo, ni de que el hombre de España fuera o sea bueno o malo. Estoy refiriéndome sólo a la inadecuación entre un modo de sentir y pensar, y la expresión en que se le quiso obligar a verter tales sentires y pensares. Se trata de que habiendo comenzado con la gramática, el *uso* del idioma resultó una *consecuencia*, en vez de ser, como debe, *causa*. Semejante inversión no se realizó impunemente.

## 4

Desde luego, el proceso literario quedó afectado, en sí, por el lingüístico. Nacimos a la literatura "occidental" contrahechos: no con epopeyas ni cantares de gesta, sino con cantos pseudolíricos, traídos de afuera, imitados.

Los primeros escritores ibéricos y criollos de América, lejos de adiestrarse glosando las hazañas de la Conquista, las maravillosas sorpresas de un paisaje inédito, se dedicaron a requiebros y arabescos líricos, adobados de citas grecolatinas. Las tres mejores epopeyas de la literatura española —salvo *La Atlántida*, de Verdaguer— se escribieron en el Nuevo Mundo, y sólo una, *La Araucana*, se ocupa de un tema lugareño, verdad que a través de una pasión muy personal y hasta mezquina: el odio de Ercilla a don García Hurtado de Mendoza —y dentro de un canon clásico: el de *La Eneida* y la *Gerusalemme liberata*. Amores renacentistas, nube de alusiones mitológicas en aquello que debió ser claro cielo de la epopeya indoibérica. En Lima o Pernambuco, en México o Buenos Aires, el clima italianizante y salonero imprimió su huella. ¡Galantería lisbonense y toscana, en comarcas de cobre y canela! . . . ¡cultura de revés, proceso inverso! . . . El milagro del Nuevo Mundo quedó apenas inscrito en las crónicas —actas de posesión, no escaparates de entusiasmo—, en vez de en poemas épicos. Al cabo de cuatrocientos años de camino literario, ahora arribamos a la novela, en donde se dan cita la naturaleza exuberante y el hombre nuevo, con pujanza que debió haberse producido en el Seiscientos. Es que todo fué aquí ocupado en arrendamiento: hasta los ojos. En Africa, los portugueses habían tenido la ventaja de contar con un cíclope, aunque vidente eximio: Luis de

Condori, el modesto alarife que talló la portada del templo de San Lorenzo de Potosí, en 1754. Y dice bien Benavides cuando destaca que el pulimento de la piedra por los indios fué un acto de amor antes que de menestralismo.<sup>23</sup> “Un *pathos* indio campea en los enjoyados frontispicios del Setecientos”, a punto que, no contento con extenderse por América, aquel estilo se traslada a la península e invade el arte español y portugués. La sacristía de la Cartuja de Granada (1730-1760) pertenece “al más puro estilo mexicano”. Es que el indio tenía también su *Weltanschauung*, su enfoque propio del mundo, astrolátrico, panteísta. Destrozado por la Conquista, aquel orden estético se arrastró “como un gemido” durante el siglo XVI; pero ya en el XVII, provisto de la técnica ibérica, logró suplantar lo extranjero e infundir a sus obras un nuevo aliento: el mestizo.

He dicho, desde 1927, que el barroco cundió aquí no sólo porque era el orden estético importado de España, sino porque nuestra inclinación abisal era también barroca, desde antes de la Conquista. Cotéjense, si no, los monumentos y reliquias mayas y mochicas con lo plateresco peninsular.

La República paralizó el esfuerzo creador del artesano mestizo e indígena. Rechazó todo alarde estilístico, limitándose a un criterio ramplón. Casas asoleadas, vastas, pero sin grandeza, con abigarramiento y sin primores: cuando la arquitectura quiso volver por sus fueros, fué para caer en una absurda imitación: el llamado *art nouveau* del 900. De entonces acá se ha caminado mucho. Hoy se filtra ya, a través de todos los disfraces, la gracia mestiza en la arquitectura, recubriendo y transformando con sus arrumacos la recargada adustez del barroco peninsular.

Todo ha surgido a la vez: estilo arquitectónico neoamericano, novela americana, pintura también americana. Eclósión total y decidora. Hallazgo de una clave, propia e intransferible.

Habíamos estado viviendo a expensas de todo lo europeo. Si nuestra Colonia osciló entre lo ibérico y lo itálico, nuestra República se rindió a lo francés. Pero ni en pintura ni en escultura habíamos sobrepasado los linderos establecidos por artesanos y artistas mestizos del virreinato, llámense el Alejaidinho de Ouro Preto, Baltasar Gavilán, el trágico autor de *La arquera*, Miguel de Santiago, el quiteño enloquecido. Nuestros pintores y escultores traían la retina cargada de tintes y formas extraños, sin conocimiento de nuestras formas y colores. Cuando asomaron Ignacio Lasso o Saturnino Herrán, se los recibió como a seres estrambóticos: sin embargo, ellos inauguraban algo semejante a una expresión realmente nuestra. La pintura americana se acuna con la Revolución mexicana, después de 1910. Fruto de la tierra, requirió que ésta fuese removida por un sacudimiento casi ciclópeo para adquirir su señorío. Paralelamente avanzan la literatura, la arquitectura y también la música. Diego Rivera, Orozco, Sabogal, Tamayo, Blas, Siqueiros, Guarderas, Mérida, Codesido, Butler representan lo que José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Abraham Valdelomar, Rubén Romero, Miguel Angel Menéndez, Ciro Alegría, Gil Gilbert y, sobre todo, el ya clásico José Hernández, padre del *Martin Fierro* y de lo que de ahí arranca. Ellos encarnan para nuestra vida espiritual lo que los antiguos aedas para la Grecia legendaria. Personifican el amanecer de una *cultura*; el tramonto de una *civilización*. Nuestra marcha, y la europea, conducían fatalmente a eso. Mien-

canales menos perceptibles, pero más vitales: los del alma. Durante tres siglos se estuvieron midiendo, en perpetuo acecho, el fanatismo ibérico y el misticismo indio, la agresión y la resistencia, el alarido y el silencio. Sólo el mestizaje podía resolver aquel dilema. Apenas comenzó a suceder así buscó su expresión: y fué la novela, nuestra epopeya. Desde entonces, América tiene derecho a reclamar su puesto en la cultura del mundo, conquistado ya su *estilo* a costa de ruda lucha con el estilo ajeno.

Error tremendo de la Colonia el de querer borrar “por decreto” la inmensa tradición aborígen, en vez de absorberla. Se llamó bárbaros a quienes, a lo sumo, eran *gentiles*. Sin embargo, nadie pudo apagar eso que es tan característico y hondo en todo pueblo: la canción. Hoy se ve claro. En la Argentina, por ejemplo, no obstante el caudal inmigrante, se mantiene enhiesta la *tonada* nativa: gatos y güeyas; zambas, vidalas y tangos. Estados Unidos tienen, como sustrátum musical, alaridos indios y cadencias africanas, tanto como melodías inglesas y alemanas. “La música más impresionante de Suramérica —escribe Keyserling— es la del Perú. Es también monótona y polifónica; pero en ella resuena por doquier el recuerdo de un gran mundo”.

No lo entendieron así los conquistadores. Los concilios religiosos tampoco. Se emprendió una recia cruzada contra los instrumentos “idolátricos” y se utilizó con fines de catequesis la vieja canción india. Fútil empeño. No hay Gestapo capaz de borrar las huellas que tatúan el alma. Aún más: la misma “barbarie”, cuando arraiga en la médula de una nación y se hace carne en su música, se convierte en “cultura”, cualesquiera que sean su procedencia y sus aspectos.

## 5

“El hombre primitivo no es más lógico ni más ilógico que nosotros”, ha dicho Jung. Cada vez que los pueblos europeos quisieron encontrarse a sí mismos bucearon en sus múltiples y arcaicas raíces, sin excluir ninguna. Así, Italia, cuando organizó el Renacimiento; y Francia, y Alemania, y España, que nunca desdeñaron su caótico y áspero pasado galo, germano y godo. Los pueblos americanos quisimos hallarnos en lo forastero por medio de un nuevo y voluntario enfeudamiento. Si hubiéramos asimilado la experiencia europea, que tanto nos provocaba, otra habría sido la marcha, y habríamos retrocedido más allá, a lo prístino. Hablar de tradicionalismo y encuentro del propio ser mediante una devota sumisión a lo exótico, parece una dramática caricatura del acto creador.

La amalgama de ibéricos e indígenas fué necesaria y fecunda: pruébanlo Garcilaso, Sor Juana, Espinosa Medrano, Peralta, Sigüenza y Góngora, Ovalle, Espejo, Caldas, Labardén, Andrada e Silva, Olmedo. En las artes plásticas, la presencia del mestizo fué más activa aún. Investigadores tan acuciosos como Angel Guido, Martín Noel, Alfredo Benavides, Manuel Toussaint, José Gabriel Navarro, demuestran que alarifes y decoradores indios y mestizos adoptaron el estilo de los maestros europeos, pero sin perder el vínculo que los ataba a las tradiciones de aquellos insignes constructores de las pirámides de Chichén-Itza y Teotihuacán, de las portadas monolíticas de Cacha y Mitla, de los palacios de Cuzco y Monte Albán. Mientras los literatos rivalizaban en exóticos preciosismos, esos humildes artesanos infundían vida a la piedra. Como dice Guido, la Independencia tuvo su precursor en José

tras Europa se entretenía en destruir su civilización, América trabajaba por localizar su propio destino. Tal vez ambos arribemos ahora a un punto idéntico: ellos para reedificar su solar; nosotros para edificar el nuestro desde sus cimientos.

Rechazo, apresuradamente, la posible clasificación de lo dicho dentro del llamado "americanismo literario" que, a base de una loa ininterrumpida a los elementos físicos del continente, desemboca en la negación a ultranza de todo lo extranjero. Discrepo de semejante movimiento y, además, no creo en la posibilidad ni conveniencia de dictar normas al arte: *éste es como es: no como debe ser.*

Lo que yo digo es que, por haber adoptado una civilización ajena, hemos carecido de cultura propia; o sea que quisimos ajustar nuestro elástico paso adolescente al cansino de la senectud.

En el campo educativo pasó lo mismo. Salvo Argentina, desde Sarmiento, y México, desde la Revolución, nos preocupamos de preferencia de lo universitario antes que de lo primario escolar. La reforma universitaria de 1918, no obstante ser eso —universitaria—, inició la reconquista del piso bajo, para tener el derecho de residir en el alto.<sup>24</sup> En general, repito, carecimos de cultura. Nuestra vida intelectual se produjo como si, en vez de enseñárenos a manejar el aeroplano, se nos hubiera proporcionado una flota de aviones ciegos, con pilotos mecánicos, manejados por radio, pero con el trasmisor de órdenes fuera de nuestro continente. Ahora estamos intentando, por medio de un proceso de "transculturación" —feliz giro de don Fernando Ortiz— adecuar la técnica europea a nuestra inspiración criolla. Semejante "transculturación" implica un efectivo y fecundo mestizaje, una simbiosis cabal. Lo

que el ilustre investigador cubano considera ya realizado en su país a través del tabaco (como elemento masculino) y el azúcar (como elemento femenino); de la planta, que se pavonea y presume, y la que se recata y hasta se esconde; del moreno y la rubia; de la sombra y el sol; de la extranjera y aclimatada caña que se nacionaliza, y la planta arbusto autóctona que se desarraiga y sale a conocer mundo, rige exactamente en todos los grados de nuestro desarrollo; pero muy en especial en los de la economía y la cultura.

## XI

### LOS ORGANOS DE CONSERVACION: EJERCITO E IGLESIA

No sin motivo, Señor, el Supremo Arquitecto del Universo puso al Océano entre América y Europa. Los que sirven a Europa pueden crear la felicidad de Europa, pero no pueden crear la felicidad de América.

DON PEDRO I, Emperador del Brasil.

LAS DOS instituciones que se arrojan en América la personalidad de la tradición y su defensa son la iglesia y el ejército: éste pretende preservar el cuerpo; aquélla el alma. Sin embargo, los modos que han escogido para desarrollar su tarea aquí suelen motivar con frecuencia arduos debates. Si no se discute más el tema, ello se debe a que muchos prefieren no provocar con sus dudas y rectificaciones las iras de tan poderosos señores.

#### 1

En el principio, los soldados indígenas usaban tan sólo armas casi naturales: honda, maza y flecha para el ataque; petos de lana, madera y cuero para la defensa. Sus jefes se formaban a través de duros y largos aprendizajes en el monte y el valle. Conocían de memoria los riscos y ventisqueros de su tierra; los árboles, por el olfato; las dis-

tancias, por el oído; las posibilidades, a simple golpe de vista. No usaron casi el metal, ni les era preciso. Los conquistadores europeos sí. Trajeron otras armas y otra técnica: a eso debieron su triunfo.

Igual sucedió a menudo en la historia. En la batalla de Francia, el año de 1940, no vencieron los más cultos ni más aptos, espiritual y racialmente hablando. Vencieron las mejores armas. Cuarenta millones de franceses fueron barridos por cien mil hombres de las tropas de choque nazis, provistos de más moderna utilería mecánica. Eso fué todo. Y eso fué también lo que ocurrió entre europeos y americanos allá por los primeros tiempos de la Conquista. No pudieron los indios detener las balas de arcabuces y culebrinas con el algodón de sus escudos ni la carne de sus pechos. Durante la Colonia poco fué lo que batalló el soldado español en América: la guerra estuvo a cargo de sus auxiliares criollos, aparte, por cierto, de las guazabaras, entreveros y motines de los primeros cincuenta y los últimos cuarenta años virreinales. Incluso la guerra entre España y Portugal, trasportada al territorio de Misiones, se hizo según el sistema de guerrillas, basado en el conocimiento del terreno más que en los libros de táctica peninsulares.

A la hora de la Independencia, los soldados de Su Majestad, capaces de hacer morder el polvo a los veteranos de Bonaparte, se las hubieron con las endiabladas maniobras criollas. Los franceses cedieron en Haití ante la astuta agresividad de los negros de Toussaint l'Ouverture. Los disciplinados regimientos británicos de Whitelock y Berresford se vieron arrollados por los desordenados, pero mañosos criollos de Buenos Aires, antes que por las huestes de Su Católica, Sacra y Real Majestad de Madrid. Luego,

si España no adopta, también, el método de guerrillas lugareño, al mando del "godo" Boves, la campaña de Venezuela habría sido desde el principio una derrota fulminante. La "guerra a muerte" aparece así como un duelo dentro de una misma concepción bélica: la montonera. Bolívar triunfó, al cabo, porque él encarnaba el vivo genio del estilo militar criollo. Los usos europeos traídos por San Martín chocaron a su turno con la guerrilla mestiza a servicio de generales ibéricos. La primera gran victoria del futuro héroe de Chacabuco se realiza al modo gaucho: astucia, emboscada oportuna y ataque abierto, a pecho limpio, junto al convento de San Lorenzo. Igual habrían procedido Güemes y Ribas, Belgrano y Girardot, sin escuela militar del Viejo Mundo. La famosa batalla de Junín, antesala del triunfo definitivo de los patriotas, se obtuvo mediante un ardid propio de los pieles rojas: una emboscada, ni un tiro, pura arma blanca y arrojo sin tasa. En seguida, el 9 de diciembre de 1824, se enfrentan 16,000 experimentados guerreros, a las órdenes del Virrey, y 9,000 patriotas, perfectamente mal avituallados. El encuentro debió producirse dentro de las más severas normas clásicas, pero lo decidió una improvisación criolla. El general Córdova, impetuoso y fulgurante, quebranta las instrucciones recibidas y se precipita al ataque. Su vehemencia decide la suerte del evento. La respaldó un militar conocedor de los secretos del terreno: el criollo aindiado Agustín Gamarra.<sup>1</sup>

Tanto San Martín como Bolívar emplearon su conocimiento del hombre y la tierra americanos para compensar su inferioridad material. Cuando cruzan los Andes visten tosco poncho de baquiano andino en lugar del reglamenta-

rio uniforme con que los retratan pintores demasiado adictos al estilo de Delacroix.

Caro fué el precio que en 1866-68 pagó el general Mitre por la guerra contra el Paraguay. Tuvo un error tremendo: creer que el número y la organización de los tres países coaligados eran bastante contra el indomable y astuto Francisco Solano López. Sesenta años después, Bolivia cometió la misma equivocación. En la campaña del Chaco triunfaron los criollos baquianos sobre la disciplina prusiana del general Kundt y sus acólitos. Mucho costó a Chile su pelea contra las montoneras del general Cáceres: quizá tanto como la guerra contra el ejército regular peruano. De poco le sirvieron al austríaco Maximiliano sus generales franceses y españoles, así se llamaran Bazaine y Prim, frente al fervor y la nativa astucia de Benito Juárez y Porfirio Díaz. El hecho se repite cuando chocan las improvisadas, pero expertas huestes de Pancho Villa, con los regulares norteamericanos de Pershing. Por lo demás, Hitler y su formidable máquina militar conocen algo acerca de tal experiencia en su larga lucha contra los guerrilleros del mariscal Tito y los *maquis* de Francia.

A menudo, durante nuestras repetidas guerras civiles, pasó cosa análoga. El montonero lograba derrotar al soldado científico, un tanto olvidado de ciertas normas del lugar. Nada tiene de extraño. La táctica tiene que ser un fruto de la experiencia histórica universal conjugada con las realidades topográficas y psicológicas locales. Cuando un militar estudioso, el coronel Julio C. Guerrero, sugiere la conveniencia de adoptar la "guerra de guerrillas" como el método clásico para defender nuestro suelo, no hace sino enunciar en forma apodíctica lo que la historia ha revelado ya por medio de un copioso anecdotario.<sup>2</sup> Muchos de

nuestros mejores ejércitos fueron constituídos por civiles entusiastas y soldados repentinos, profundos conocedores del terreno en que lidiaban y llenos de fe en su jefe. La heroica y dilatada resistencia de Augusto Sandino contra los marinos norteamericanos lo confirma.

Desde luego, el desarrollo de novísimos medios y métodos de ataque ha modificado esta situación. El aeroplano y las armas automáticas han reducido, por el momento, la posibilidad de alzamientos puramente populares. No se ha dicho, sin embargo, la última palabra al respecto. El país de América que, utilizando esos recursos, aprovechara el instinto nativo para crear un *estilo* propio de combate, sería invencible dentro del Continente.

No obstante —y he aquí el *ritornello* de todo este libro—, nuestros ejércitos han preferido tener *sólo* moldes europeos: uniforme exótico, a menudo inadaptable por razones climáticas y anatómicas; estrategia a lo Napoleón, lo Moltke, lo Foch, acaso a lo Zhukov, lo Rommel, lo Montgomery y lo Eisenhower, sin considerar peculiaridades locales imprescindibles. Cuando uno mira en las portadas de la Casa Quemada de La Paz, o del Palacio de Pizarro en Lima, centinelas mestizos o indios, disfrazados de granaderos alemanes o de coraceros franceses, no sabe si protestar o reír. Nuestros regentes no han reparado que el uniforme, como la piel, debe ser propio, o apropiado; nunca sujeto a serviles repeticiones, como las modas femeninas.

Conozco un episodio deliciosamente instructivo. Era Encargado de Negocios de Argentina en Berlín don Federico Quintana, cuando su gobierno le ordenó solicitar en Alemania un modelo para uniforme de gala (Subrayo: *de gala*). El funcionario respectivo recibió la demanda del

señor Quintana con inequívocos signos de perplejidad. Al fin articuló: "Señor, perdone que sea indiscreto. Pero, dígame usted, ¿no hay en su país una tradición militar típica, un uniforme genuino que pueda adaptarse a las necesidades a que usted se refiere? Nosotros, al menos, usamos un uniforme íntimamente ligado con recuerdos y tradiciones de Alemania, nuestra patria".

En el espíritu suele ocurrir lo que con el uniforme. Constituídos nuestros ejércitos por gente de clase media, acaban, sin embargo, haciéndose campeones de las clases altas, oligárquicas, sus históricos y naturales enemigos y explotadores, y hacen suyo un "orden" ajeno —el de los feudales de la Colonia y de los nuevos ricos de origen fiscal— y, por tanto, defienden y conservan una tradición minoritaria, en vez de responder, si acaso, al sentimiento mayoritario de su nación. No es ese el modo como actúan los *junker* prusianos; ni así procedían los ex nobles franceses; ni ahora, tampoco, los universitarios británicos de Oxford, Cambridge y Eton, arracimados en la R.A.F.; éstos saben que defienden su patria y su clase. Los nuestros, en cambio, protegen a sólo una parte de la patria, y a una clase distinta y hasta enemiga de la suya. En suma, lejos de ser personeros del orden —aunque implanten un orden aparente—, son los defensores de un *desorden esencial*.

En una novela boliviana (*Tierras hechizadas*, de Adolfo Costa du Rels) <sup>3</sup> el protagonista es un joven de Sucre, hijo de acaudalada familia, quien regresa de haber estudiado milicia en la escuela de Saint-Cyr. En su tierra encuentra que la única forma de hacer honor a su principio consiste en permanecer fiel a las ideas aprendidas, y eso significa hacerse revolucionario. ¿Cuántos militares

gran, a fuerza de sutilezas, identificar su destino con el de una institución, cuyos orígenes y tendencias nacionales y sociales no pueden coincidir con el de una minoría extranjera, aunque haya nacido en el país. Ahí donde el poder admitió la crítica, el ejército se ha mantenido al margen del juego politiquero, y la democracia ha funcionado ininterrumpidamente. Colombia, Costa Rica, Uruguay, Chile, y, hasta hace poco, Argentina (hasta 1930, exactamente) revelan que ejército, democracia y progreso nacional pueden y deben coexistir, desmintiendo el socorrido sofisma de que el ejército sudamericano no puede convivir con la democracia.

Nuestros cuerpos armados, repito, provienen en su mayor parte de clase media y campesinos, gente temporalmente uniformada, salvo los oficiales que lo son de profesión. La riqueza y el poder político se hallan en manos de quienes para mantener a la clase media y al campesino y obrero en situación desmedrada, adulan al ejército, tratando de que actúe contra su propia fuente: el pueblo. A menudo, los más prestigiosos jefes son admitidos cuando obtienen ese prestigio, en los altos círculos sociales, pero a condición de que arrojen su espada en la balanza. En una palabra, las oligarquías criollas han restaurado el virreinato, designando Presidente de la República al Virrey, Ministro al Encomendero, Militar, Corregidor. El pueblo sólo debe limitarse a un modesto papel de coro en esta tragedia que cuenta cuatro siglos.

La Revolución mexicana, en sus días de sangre, tuvo un lema capaz de galvanizar la desesperanza de los humildes: "Tierra y Libertad". Por ambas rindieron la vida cien mil *pelados*. Un ejército realmente sudamericano debe empezar por valorizar el concepto de la "tierra"

como perenne fuente de riqueza y de orden, tanto como un territorio encerrado por fronteras. Colonizar nuestro propio suelo representa una tarea primordial que debería ser programa del ejército. Andrew Jackson y el general Julio Roca lo entendieron, verdad que cometiendo el innecesario crimen de diezmar al pueblo indígena. Todavía el cuartel puede ayudar a la escuela; y el soldado ser alumno en ella, y señor de su parcela. Nada conmueve más, cuando uno visita México, que el aire arrogante y el fusil dispuesto de los "agraristas", labrando su ejido y listos a defenderlo a tiros. Por mucha que sea la corrupción de numerosos dirigentes, la estampa blanca y erguida del agrario (tierra y libertad) reconcilia al espectador apasionado con aquella revolución tantas veces enaltecida. El verdadero patriotismo debe empezar por un concepto territorial intrínseco, de soberanía interna: la propiedad de la tierra para los que la cultivan. Los soldados rusos que desertaban ante el Japón en 1905 y ante Alemania en 1916, son los mismos que hoy asombran con su heroísmo al mundo. Pero aquéllos defendían la patria de sus señores y éstos pelean por la propia. Los ejércitos más esforzados en América fueron los defensores, antes que los agresores, porque aquéllos tenían algo concreto por qué luchar: casa y labrantío. El montonero de Cáceres, durante la guerrilla de 1881-83, sabía que de su esfuerzo dependía la tranquilidad de su aldea, en donde pastaban sus vaquitas y esperaba llena de angustia su mujer. Los europeos suelen batirse bien cuando *atacan*, porque su concepto de patria ha pasado la etapa territorial para cristalizarse en la económica, histórica y política. Nuestros mestizos combaten mejor cuando defienden algo tangible, hollado por planta intrusa, por

sudamericanos provenientes de Saint-Cyr, Potsdam o West Point, juramentados en ajenos países, a no faltar a su disciplina, no hallan después que la única forma de mantener ésta consiste en "levantarse"? Sin embargo. . . Si a veces algunos ejércitos de América Latina se confabulan con dictadores de opereta y hasta parecen (o son) fascistizantes, la causa consiste en ese proceso de deformación psicológica de truncamiento social que arranca de un falso planteamiento. Aquí, donde la carrera militar se reserva a gente de extracción modesta, el oficial y el soldado debieran ser espejo de democracia, sostenedores de la igualdad.

Una incondicional imitación de Europa ha contribuído, por otra parte, a incrementar el carácter nacionalista de nuestros ejércitos: nacionalistas al modo europeo, entre patria chica y patria chica, sin tener en cuenta el contenido unitario, *continental*, de las mejores tradiciones militares de nuestra América, allá en los buenos tiempos de Bolívar y San Martín, Sucre y Gamarra, O'Higgins y Belgrano, Córdova y Santa Cruz, Hidalgo y Lamar. Si nuestras fuerzas armadas hicieran un profundo examen de conciencia, al punto se convertirían en agentes y soldados de americanidad, de la patria grande, para bien de todos los nacidos en esta parte del globo y confusión de los provocadores de conflictos parroquiales a cuya sombra medran intereses forasteros.

Sería, por cierto, injusto culpar a los militares: toda nuestra estructura social, histórica y cultural padece del mismo vicio de origen: una deformación cuya clave acaso pudiera ser ésta: haber confundido reglamento y vida, privilegio y tradición, gramática y lenguaje, ley y derecho.

Los ejércitos europeos, fieles a su raíz feudal, fueron primero agencias de los nobles; después, profesionales y

nacionales. En los países de soberanía mediatizada o nula, sucede a la inversa: el pueblo mismo se ocupa de buscar su camino de libertad. Mas, debido a nuestra carencia de industrias y a nuestro rol de exportadores de materias primas, entre nosotros la burocracia se impone como único remedio a la falta de oportunidades. Sin grandes conflictos inter-americanos, el instinto de conservación de una minoría que detenta el poder ha hecho, y hace, todo lo posible por trocar al ejército en celador de sus propios hermanos, convirtiendo en burócrata de tipo policíaco al especialista en guerras externas. Para los *vieux grognards* de Napoleón, el *petit Caporal* era uno de ellos, tal como lo han sido Zhukov, Rommel, Montgomery, Clark para su gente. Han surgido como emblema superado del hombre-masa. En cambio, aquí, el proceso es opuesto: primero el caudillo de contenido indeterminado; luego la guardia personal, cuasi tropa de choque (¡qué desagradable coincidencia con Hitler!...); por último, el ejército, adiestrado con una táctica de aluvión o agregamiento. No ha sido ése el mejor camino para estructurar un verdadero instituto armado. San Martín, O'Higgins, Santa Cruz, Juárez, Solano López, Venustiano Carranza, Castilla, procedieron de manera más sólida... e *inversa*.

Pocos han amado más al ejército, en su verdadero papel, que Venustiano Carranza y Manuel Azaña. Ambos licenciaron parte del cuerpo armado para crear uno libre de prejuicios. Nada hay tan sospechoso como los "amigos profesionales" de nuestros militares. Tras ese pretendido "amor" se oculta un visible contrabando de inepticia, egoísmo e intereses que trata de parapetarse tras el "pueblo en armas". La falta de contrapeso interno, de libertad de prensa, y el exceso de poder en una persona o grupo lo-

poderosa que sea: México en 1863, Haití, en 1805; el Perú en 1881, Paraguay en 1870, Nicaragua en 1926.

Para tener un ejército auténtico, cada soldado debe saber lo que protege (educación) y tener algo que proteger (propiedad individual o colectiva, y derechos políticos). Sin estos ingredientes, se produce el pretoriano y, lo ha dicho un eminente argentino, "el ejército tiene por misión defender la patria, no gobernarla".<sup>4</sup>

En América, el ejército tiene ante sí todo un vasto programa por desarrollar, empezando por definir su propia finalidad. Su participación en el gobierno carece de lógica aquí, por cuanto no puede argüir que lo hace en vista del fracaso de los civiles y a modo de salvador de la patria, ya que, en la mayoría de nuestros países, los militares han tenido, al revés, tanta ingerencia en la cosa pública que ellos son corresponsables de los fracasos padecidos. Carecen en tales casos de la indemnidad necesaria para arrogarse la personería de las fuerzas populares hasta hoy casi siempre desoídas y engañadas. Repetimos así una suerte de política balcánica, por confundir el efecto con la causa. Después de confeccionar un nacionalismo agresivo y delirante como el de los viejos estados europeos, caemos en la cuenta de que de América han surgido siempre las soluciones mundiales de paz, como teoría y como hecho. Ni siquiera escarmentamos con el caso de Italia, cuyo militarismo fué también algo postizo y negativo. Un amigo escritor, que fué invitado a Roma en 1936, volvió contándome esta reveladora anécdota, para mí joya de antología psicológica. En un desfile militar, las tropas del Duce marchaban con el solemne paso de ganso del aliado Hitler, firmes, estiradas, estatuarias. De pronto, una linda "bambina" sonrió al sargento más tieso de una compañía. El

hombre no perdió el compás, pero, al pasar junto a la chica, a despecho de la majestad de la parada, musitó lleno de codicia: "Te espero esta noche, a las ocho, en el café x". Y siguió marcando, magnífico y heroico, su ritual y wagneriano paso importado de Germania.

Nuestro ejército, como organismo de conservación, necesita librarse de las costras exóticas que lo entranan y de la ideología trasnochada y colonial que le imparten los caciques civiles. Debe volver a las tradiciones de la Guerra de Independencia, las auténticas; al pueblo, de donde continuamente brota y renace, para cuyo amparo fué creado, cuya voluntad se cumpliría si el aparato de defensa armada de la nación no se convirtiera tan a menudo en órgano opresor de sus propios hermanos.

## 2

Los romanos erigieron, en pleno corazón del Imperio, un templo en el cual se rendía culto a todos los dioses nacionales y extranjeros, excepto a Cristo, el dios de los esclavos de entonces. Los súbditos y vasallos de la Vieja Loba podían hallar un trozo de sus tradiciones en la ciudad triunfante. Si el Imperio no hubiera sentido disminuir su seguridad, y perdido con ello su tolerancia, acaso habría llegado a consentir que Jesús también pudiese ser adorado. Los griegos habían ya aceptado a la fenicia Afrodita. Los caldeos comunicaron sus ritos a sus vencedores, los asirios. Hasta los ingleses han preferido conservar la diversidad de cultos indostánicos, aunque sea para utilizarlos a modo de arma política. A su turno, los norteamericanos obligaron al Japón a abrir sus puertas al comercio occidental, pero no intentaron acabar con *samurais* ni *sogunes*,

y hasta encontraron plausible el *yosiwara* y el *hara-kiri*. En la América pre-europea hay por lo menos un ejemplo de tolerancia religiosa: el Xon-Ticci-Huiracocha peruano parece haber sido una síntesis de tres deidades diversas. Entre aztecas, toltecas, mayas, zapotecas, mixtecas y chichimecas se operó una verdadera trasfusión de credos.

España y Portugal, no. Venían de una implacable lucha con el sarraceno. Se habían musulmanizado. Por eso, cuando el Inca Atahualpa, que jamás había visto un libro, arrojó desdeñosamente al suelo la ignota Biblia que el Padre Valverde le metía por los ojos, el grito de este respetable prelado fué de guerra: "A ellos, que yo os absuelvo; adelante; Santiago y cierra España". Los concilios provinciales quisieron borrar después todo rastro de cultura indígena. Quemaron quipus, wampunes y glifos, tambores, pitos y flautas, templos, fortalezas y palacios (pero no el oro de los ornamentos). Sin embargo, se salvaron las piedras sagradas de las cumbres; a ellas acudían secretamente los indios a confiarles su angustia y su esperanza.

Españoles y portugueses importaron a Cristo para vencer, no para convencer. Lo implantaron al estilo islámico; con la espada; no como habría querido el Nazareno, tan dulce y misericordioso. Fué como si Mahoma hubiese venido enarbolando la Cruz en vez de la Media Luna. El catolicismo se impuso como rito antes que como sentimiento; como dogma antes que como fe. De ahí que nuestra iglesia, si bien ha producido ilustrísimos beatos y santos, no ha podido infundirles el tierno calor humano que convierte a Bernardita en doctora de ingenuidades y a Teresa en mística de la acción. Nuestra Santa Rosa realiza milagros, pero no inventa plegarias. En nuestros predios no

arde esa zarza viva que fué San Juan de la Cruz —mucho menos, el de Patmos; y si una beata escribe dulces versos celestes, como Sor Juana Inés, no falta un Obispo autoritario que la obliga a callar, a quemar sus libros y a morir de no decir nada.

Los primeros cristianos, los musulmanes, nuestros propios indios, sabían ofrendar colectivamente la vida por su fe. El catolicismo colonial creció de otro modo: no como ala, de las membranas de nuestro yo, sino como paracaídas. En vez de instrumento natural, pareció un artefacto importado de lejanas tierras. La verdadera fe brota de adentro.

Yo creo que un pueblo sin auténtico sentimiento religioso corre graves riesgos. Todos necesitamos frecuentemente —y no por oportunidad— cierta consustanciación con lo arcano; fundar una cancillería de lo inaprehensible, para que administre nuestras más recónditas esperanzas. Nosotros, no. Nacimos a la vida occidental con una merma espantable: sin fe esencial. Porque la propia había sido despedazada y maldita; porque la ajena llegaba envuelta en amenazas y desdenes. Cuando los primeros catequistas ibéricos celebraban el triunfo de sus *doctrinas*, no se percataban de que habían impuesto meras *prácticas*. Toda religión se comunica por la palabra y el ejemplo. Muchos predicadores ofrendaron sus vidas en holocausto al Dios de los Ejércitos; pero muchos de sus hermanos de fe desmentían con los hechos diarios las promesas de aquellos mártires. Sin embargo, pronto fué posible que los necriollos adoptasen misa, procesión y rezo: lo exterior. La fe, insobornable, quedó al margen del negocio.

Los más sagaces catequistas lo advirtieron, sin profundizar, quizá, en sus causas. Cuando, como refiere el inca

interdicto eclesiástico, falló en favor de los alcaldes.<sup>11</sup> Varias veces los virreyes de Lima y otras partes tuvieron que penetrar, a pie o a caballo, en los conventos, con el objeto de sofocar ardorosos motines electorales entre los siervos del Señor. La catequesis sufría así dolorosas lesiones. El argentino García sostiene que en el fondo se trataba sólo de una lucha por la dominación que tenía todo el valor del poder absoluto, ejercido sin control sobre miles de almas sumisas y obedientes.<sup>12</sup> La expulsión de los jesuítas de Francia, Portugal, España y sus colonias fué otro certero arpón clavado en la cerviz de la feligresía americana.

“La religión para el cholo —escribe a su turno el folclorista peruano Mejías Baca— no es un problema espiritual; pero en el culto religioso sí hay manifestaciones espirituales: manifestaciones libres de todo contenido místico, pero plenas de aquel innato instinto fiestero cuyo más elevado vehículo de realización es la jarana”.<sup>13</sup>

El reputado historiador chileno Francisco A. Encina encuentra en el fondo de nuestra religiosidad colonial “tres corrientes cristianas distintas: la goda, la ibera primitiva y la meridional o andaluza, cargada de influencias berberiscas”.<sup>14</sup> En verdad, el ibero era devoto, pero el indio era religioso, matiz que no ha sido observado generalmente. Por su entronque andaluz nuestro catolicismo vino impregnado de orientalismo: imaginación veloz, sensualidad despierta y mucha adhesión a lo tangible. Más cerca del fetichismo que del escolasticismo, logró impresionar al negro, adorador de lo palpable, pero muy poco al indio, de proclividad metafísica. Cuando se proclamó la santidad de Santa Rosa, el primer cuidado de la feligresía consistió en pavimentar con lingotes de oro las calles de Lima por

donde pasaría el anda de la canonizada. Más ornamental y pragmática que íntima y contemplativa, nuestra devoción hacía ofrendas interesadas en casos de apetencia práctica o de temor físico, antes que por mandato interior. De ahí que llegado el día de la independencia política, la devoción tuvo una brusca sacudida: la fe, no. La fe, al contrario, como recién nacida se entregó en México a la Virgen Morena, la de Guadalupe; en el Perú, a la de las Mercedes; en Argentina, a Santa Rosa. Heroicos curas (Hidalgo, Morelos, Béjar, Muñecas, etc.) condujeron a sus greyes al combate por la felicidad de la patria, mientras el alto clero, a menudo hispánico, mantuvo el imperio de la liturgia y estimó lo político antes que lo humano.

Cierto que ello implicaba una merma en el dogma. Los adalides de entonces sólo aceptaban a la Razón como diosa tutelar. Pero, en tal momento, en que América nacía a la vida nacional y continental, nadie mejor que la iglesia (vale la pena leer lo que Juan Larrea dice al respecto)<sup>15</sup> para dar firme osatura al unionismo. Fué su gran oportunidad y pudo ser su mejor servicio visible. Pero, mientras la masonería trabajaba por la solidaridad de las repúblicas recién nacidas, el clero sostenía una lucha interna, y sus más altos dignatarios se declaraban fidelistas en vez de patriotas. La iglesia pudo entonces cristianizar —si posible— la guerra, disminuyendo los dolores de España y los sacrificios de América. Con trocar la liturgia en caridad, el dogma en fe, el paramento en fraternidad, la política en religión, habría ahorrado sufrimientos y ganado permanente derecho a ser tenida unánimemente por augusta, infalible y materna. Su falla de esa vez dió alas al incipiente racionalismo y fortificó el escepticismo con todas sus estériles consecuencias. A tal punto fué así, que algu-

Garcilaso, los sacerdotes optaron por conservar las antiguas tonadas idolátricas, pero mechadas de versos cristianos, demostraron una gran perspicacia táctica: convencer por la vía del sentimiento musical, tan profundo: por el labio, al corazón, en todo caso, lo externo precediendo a lo interno, el uso a la creencia. Ciertamente que ya no sonaban los bélicos pututos ni las quejumbrosas antaras, ni redoblaban los roncros huáncares; pero, por medio de chirimías, guzlas, atabales, crócalos, clarines y atambores exóticos continuaba vertiendo su melódica tristeza la incoercible música de los antiguos idólatras.<sup>5</sup>

Se introdujeron bailes de "moros y cristianos". Los indios los practicaron, pero sin saber jamás qué era eso de moro, excepto un ser no bautizado. Un cómico de la legua declamando versos de Shakespeare o Calderón de la Barca habría procedido análogamente. En las procesiones, tras el anda sacra, se repetía la liturgia del tiempo imperial. A los preclaros latines del sacerdote católico respondía un indescifrable oleaje de murmullos nativos. Se había importado un rito nuevo, no un sentimiento distinto. La religiosidad colonial adolecía del sólido cimiento de la fe íntima e intransferible. Un viajero francés de principios del siglo XVIII lo dice cuando expresa su pasmo por haber visto en el pueblo de Pisco, Perú, a un fraile de San Juan de Dios, en plena ceremonia de homenaje a la Virgen del Carmen, trepado en un carro, rodeado de mujeres y en medio de chanzas profanas y cantos religiosos. El mismo observador apunta que las devotas limeñas estaban siempre mejor dispuestas a concurrir a procesiones que a soportar ayuno y abstinencia.<sup>6</sup> El cronista Sánchez de Aguilar cuenta cómo "castigó a un indio [maya] que encontró rezando ante una cristiana imagen. Grande parecía la

devoción del cuitado, pero era que detrás de la imagen ocultaba la de su ídolo". Algunos, menos hipócritas, intentaron abiertamente revivir sus antiguos cultos. "En 1585, un indio [yucateco], descendiente de los Cocom, fué ahorcado por pretender promover una cruzada anticristiana". Igual pasó en 1610, con otro, en el pueblo de Tekak y, luego con otro más, llamado Andrés Ohi.<sup>7</sup>

De análoga manera, los negros haitianos conservan sus idolatrías y abusiones a través del catolicismo. El *Vodú* continúa siendo la típica expresión religiosa del cafre. "La misma gente que bailaba la noche del sábado, al compás del tam-tam, en las ceremonias del Vodú, asistiría a misa, a la mañana siguiente, con católica devoción y comportamiento", comenta el crítico Edward Larocque Tinker.<sup>8</sup> Quien lea *Jubiabá*, *Canapé vert* y los poemas antillanos, lo comprueba en seguida.

El misionero católico Moesbach afirma que los araucanos tienen más interés en recibir "caldo con carne, tabaco y ají, después de la prédica, que en la predicación misma".<sup>9</sup> Por lo demás, hasta hoy el "catecismo dominical" atrae a los niños más por los dulces que se ofrecen que por la enseñanza religiosa.

Las pependencias interconventuales y las intraconventuales dificultaron durante la Colonia la expansión eficaz de la "doctrina". Los propios guaraníes, súbditos de los jesuitas de Misiones, debieron sufrir terribles dudas al ver a sus maestros trabados en recias disputas *de facto* con los padres franciscanos a propósito del celeberrimo proceso del "justo don Josef de Antequera" (1732).<sup>10</sup> Hacia 1623, Venezuela presenció algo parecido cuando los preladados excomulgaron a unos alcaldes con quienes discutían, pero la Audiencia de Santo Domingo, haciendo caso omiso del

del catolicismo y que aun trabajan en su seno".<sup>19</sup> "¿Cómo podría confiarse a la madre india —se pregunta Terán— la predicación cristiana? . . . Y es así que la cristianización de América fué formal y no penetró jamás la conciencia social".<sup>20</sup> Francisco García Calderón ha escrito algo semejante.<sup>21</sup> Ni él ni Terán pueden ser tildados de heréticos ni heterodoxos.

En el Asia Menor y entre griegos y rusos, la iglesia adoptó modalidades típicas para procurar la armonía entre los factores telúricos y humanos. Aquí se partió de un principio *sui generis*: considerar que el medio no existía, o que Europa se había trasladado íntegramente a América. Como la catéquesis siguió a la derrota bélica, "impuso —y lo dice Terán— fórmulas, reglas, ceremonias, ritos, que recubrieron simplemente, como un vestido, la intimidad fetichista del catecúmeno". Reaccionar, pues, contra el abuso de lo paramental constituye un deber de sana política para todo católico, para todo americano.

Un testimonio de Vasconcelos, católico convicto, plantea otro de los problemas de la iglesia en su papel de órgano de conservación: "En la catedral metropolitana [de México] el alto clero celebró *Te Deum* en honor de Victoriano Huerta. Los nombres de los jóvenes portadores de palio eran los mismos de una asociación que, organizada para defender la fe católica, debió abstenerse de complacerse con una situación como la huertista, aparte de indigna, perdida a plazo corto o largo".<sup>22</sup> Lo propio podría aplicarse al caso de Francisco Franco. Su crueldad e ilegitimidad no se compadecen con el apoyo que la iglesia, madre teórica del pueblo, le ha prestado. Confundir a Dios con la Patria, y poner a aquél a servir a las facciones partidistas, es la mejor manera de desacreditar uno de los

baluartes espirituales de la humanidad entera: la religión. La nuestra, según frase de García Calderón, por lo pronto, "se ha convertido en una fórmula social y en un rito elegante. . . Prácticas parasitarias ahorran las creencias tradicionales". Pero nosotros tenemos urgencia de creencias hondas, no de "prácticas parasitarias". Necesitamos fe y caridad, en vez de rivalidad y automatismo. Esperanza, en vez de la miseria expectativa en que nos arrastramos. Usando una expresión de Ricardo Rojas, precisa hallar al "Cristo invisible"<sup>23</sup> que nos libre del ritualismo superfluo y del dogmatismo jactancioso, a cuya sombra, día a día, se nos escapa algo de nuestro espíritu.

Es menester, además, que clarifiquemos el concepto de patria, tan estrechamente ligado a los organismos de conservación, ejército e iglesia. Ella no es sólo el pedazo de territorio en que vivimos, sino que debe ser un trozo de suelo para cada uno de sus hijos; una parcela de esperanza y seguridad para todo ciudadano; un fragmento de historia de que podemos estar todos, por igual, orgullosos; una participación en el beneficio y el confort: y que no se caracterice, como hasta ahora, por el sacrificio de los muchos para el disfrute de los pocos.

Los órganos encargados de defender la patria han equivocado a menudo sus rumbos por no haber discriminado lo propio de lo ajeno (la tradición, por ejemplo), lo mediato de lo inmediato (interés nacional e interés de clase). Todo ello porque hemos omitido consultar la intimidad del hombre y del suelo. A tan simple restauración, clara pero costosa, se reduce, en última instancia todo nuestro problema. Defender esa restauración es un deber irrenunciable y urgentísimo.

nos, como Vigil, heridos en sus más caros sentimientos, propugnaron la rebelión de la iglesia americana contra Roma.<sup>16</sup> Otro error: curar un abuso con otro abuso, sin penetrar en la raíz del problema. Variante de letra, pero idéntica música. Alzamiento, no creación. De lo que se trataba y trata no es de un problema de jerarquía, sino del alma misma del hombre. En vez de otorgársenos una efectiva disciplina interna, se prefirió un orden superficial. Como siempre la cuestión radica en lo hondo. Si el hombre americano tiene poca o ninguna fe profunda, ello es consecuencia de algo; pero *no causa* de sí misma. Compelido al forzado ejercicio de un rito forastero, disonante con su concepción primigenia del destino cósmico, no se le dió oportunidad —como se la dieron a celtas, romanos, irlandeses, modernos alemanes, norteamericanos, etc.—, para encontrar su propia explicación en una catequesis convincente. Repitiendo y copiando, la iglesia contribuyó —y contribuye— a conservar prácticas importadas que se harían nuestras si asumiera una labor de entendimiento, de fraternidad desde abajo, de auscultación del humus, de conciliación de los extremos, de abolición de los privilegios de raza y clase, de ruptura con los autócratas y humanización real de la vida de los “corderos de Dios”. Si este viraje se llegara a producir, la iglesia asumiría indiscutiblemente el papel que le corresponde, y la causa de la Justicia, que fué causa de Cristo, saldría fortalecida y triunfante.

## 3

Alguno argumentará, quizá, que si Dios y Patria se identifican, ¿cómo es posible hablar de una contradicción que implicaría el descarrilamiento de nuestras mejores

tradiciones y apetencias? Pero hay que distinguir, ante todo, de qué Dios y de qué Patria se trata cuando se los invoca con tanta solemnidad, énfasis y frecuencia.

Sarmiento, autor de una *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, dijo de las misiones jesuíticas de Paraguay: "El Misionero no enseña a amar a la Patria, porque él no la tiene. El jesuíta tiene un soberano: la Orden a que pertenece; un rey absoluto en el que está en la Casa Grande de Roma, superior al Rey, el igual al Papa. La Patria del sacerdote cristiano está en el cielo. Los jesuítas, los misioneros que dirigen las Misiones, no son precisamente españoles ni americanos: son *jesuítas de todas las naciones* mandados desde Roma a catequizar néofitos".<sup>17</sup> Por su parte, un competente pedagogo boliviano afirma que la escuela merma la clientela de la capilla y del labrantío, por lo que cura y latifundista miran de mala gana al maestro. Idéntica observación ha sido formulada en Perú, Ecuador y México.<sup>18</sup>

Sí: el concepto de Dios y la idea de Patria pertenecen a órbitas distintas. Sólo se identifican cuando, como en la guerra de España contra el moro, bajo la pugna territorial subsista también una lucha religiosa. Pero aquí, donde todos somos católicos, esa indentificación no cabe. Se combate a veces por la patria; casi nunca por Dios.

Estos nuestros juicios se refieren a la calidad y hondura del sentimiento religioso y a la penetración efectiva o aparente de la iglesia, no a la existencia misma del dogma católico, que sí impera. Como dice Siegfried, el asunto consiste, pues, "en saber si el católico sudamericano podrá mantenerse completamente a cubierto de influencias exóticas. De hecho, la presencia del negro y el indio acusan la presencia de germen corruptores que rondan en torno

## XII

### CONCLUSION PARA EMPEZAR DE NUEVO

He pensado mucho —y con frialdad— lo que pienso, y como buen andaluz, poseo el secreto de la frialdad, porque tengo sangre antigua. Yo sé que la verdad no la tiene el que dice 'hoy, hoy hoy', comiendo su pan junto a la lumbre, sino el que, serenamente, mira a lo lejos la primera luz en la alborada del campo.

FEDERICO GARCÍA LORCA

EL PROPÓSITO de este libro salta a la vista, ahora, después de lo recorrido: demostrar que lo que llamamos “nuestra realidad” suele ser un espejismo; que siendo homogéneos, nos pensamos heterogéneos porque confundimos lo perenne con lo pasajero; y que tratamos de justificar nuestra unidad potencial subrayando indebidamente elementos extraños a nuestra urdimbre verdadera, y por medio de anécdotas a menudo pueriles: en suma, que amanece ya el día de ajustar el paso a nuestro ritmo íntimo, sustancial.

Somos un territorio con un mismo sistema orográfico e hidrográfico; lo suficientemente vario para poder ser compacto; pero el hombre pretende trasladar aquí discrepancias ajenas, importadas, creando así la primera contradicción al parecer irreductible entre la geografía y la historia.

La raza, como producto de la geografía, constituye un factor unitario. Primero, el indio, idéntico pese a divergencias indispensables y coadyuvantes. Luego, el ibérico, oliváceo o rubio, pero con igual tendencia. Más tarde, el negro. Por último, el mestizo, síntesis de todos. La *intelligentzia* imitadora concentró, empero, sus fuegos contra el mestizo, haciéndolo víctima de sus pruritos extranjerizantes y bovaristas. No obstante, el mestizo continúa su marcha, acercándose biológicamente al indio, pero, intelectualmente, a europeo. Falta aún clarificar su posición emotiva, difícil de precisar por su inadaptación presente, en parte a consecuencia de una ausencia visible de vertebración sustantiva y honda.

El acervo espiritual del mestizo posee una multiplicidad desconcertante. En ello influye su orfandad de tradiciones, no por carecer de ellas, sino por sufrir muchas. De ahí, en parte, su grandeza y su miseria.

Nada tan erróneo como considerar a los pueblos desde *solo* un punto de vista, y atribuirles una *sola* tradición. A fuer de mestizos, contamos tantas tradiciones como elementos físicos y espirituales. Tal sucede en todo conglomerado de hombres. Los sajones, irlandeses, alemanes, escoceses, judíos, africanos, flamencos, latinos, que constituyen los Estados Unidos de Norteamérica, trajeron cada cual su tradición, adecuada a cada época, a veces a cada circunstancia. Nuestros pobladores hicieron lo propio, sin proponérselo, como suele ocurrir en todo proceso histórico fundamental. Penetrar en nuestro yo implica, pues, analizar el valor y peso de las tradiciones indias, ibéricas, negras y europeas, católicas y librepensadoras, ciudadanas y rurales, nobles y plebeyas, militares y civiles, intelectuales y agrícolas, precoloniales, coloniales y republicanas. La tradi-

ción rechaza toda filiación excluyente y restricta. *Si existe*, estamos obligados a localizar las muchas ramas de su árbol geneológico, más allá de la única pareja de que habla el Génesis.

Cada tradición cuaja en una costumbre, la cual, a su turno, se convierte en simiente de una ley. Siendo nuestra legislación tan nominal y desaplicada, lógico será pensar que nuestra índole lo es también. El violento encajamiento de una tradición (o tradiciones) foránea, sin respetar lo autóctono, produjo aquel desequilibrio. Lo que debió ser armonía y mestizaje positivo resultó así arrogancia y exclusivismo. Nacimos a contrapelo: nos engendraron dos civilizaciones en su ocaso. Nuestra luz vino de dos crepúsculos; de dos agonías nuestra vida. Necesariamente, remedo de adultez ha sido nuestra infancia, ahora en trance de traspasar la adolescencia. De dos civilizaciones petrificadas —estatismo doble— quisimos formar una cultura: puro dinamismo. Cuando acaeció la cópula colectiva de la Conquista, los indígenas vivían ya bajo el imperio de lo formal, organizando su barroco. Por eso, después de cuatrocientos cincuenta años de continuo morir —“muero porque no muero”— nos asomamos ya a una verdadera existencia.

El feudalismo nos sobrecogió, implantando usos y leyes inesperados, códigos esotéricos. No respetamos la ley porque no la parimos. Como nos la impusieron coactivamente, buscamos la salida del casuismo —eco temperamental, además—, dando así renovada vigencia a ese bizantinismo político y jurídico que tanto ha contribuido a que se nos perdiera el respeto y nos corrompiéramos con nuestros propios juegos. Lejos de culpar, sin embargo, a nadie del exceso barroco y conceptista de nuestros modos: ley pres-

tada, que no refleje el medio ambiente, será siempre letra muerta. Caudillos y mineros trataron de conformar a sus conveniencias una sociedad de caciques, consejos tribales y agricultores. Mal podían ahormarse al individualismo godo gentes hechas al colectivismo indio.

La ley, además, vino envuelta en un lenguaje cabalístico, por extranjero, el cual, sin apelación a fonética, morfología, semántica y estimología locales impuso una gramática extraña. No habíamos recibido todavía el automóvil y ya estábamos erigiendo semáforos para dirigir un tránsito fantasma. Como consecuencia, el proceso literario, anejo a toda convivencia humana, adoptó a su vez un traje importado a través de aduanas también exóticas. Por eso, el descubrimiento de tan insólito universo, lejos de producir una épica deslumbrada, dió nacimiento a una lírica repetidora. Italianizantes, latinizantes, iberizantes, afrancesados, pero nunca americanizantes, se disputaron nuestras emociones. Sólo a fines del siglo XVIII vinimos a caer en la cuenta de que existían el paisaje y la geografía. Apenas nos nació el primer amor intelectual de americanos acaeció la independencia política. Se había empezado. . .

A través de la arquitectura, cuya pétrea lengua suele resistir mejor lo adventicio, el mestizo halló medio más cabal de expresarse. Pero ahí se dieron cita dos formalismos. Si no hubiera sido por el ambiente, difícilmente se habría adelantado, como se adelantó, nuestra emancipación espiritual a través de púlpitos y portadas, altares y escalinatas eclesiásticas. La pintura, quedó rezagada. La sujetaban la terrena inspiración europea, y la ultraterrena del cielo: dos lejanías. Nuestro *Quattrocento* sobrevino exactamente con cuatrocientos años de retraso, cuando apareció, con la Revolución social, la pintura mexicana, reve-

Algunos espíritus simplistas, heridos por el esterilizante e injusto exotismo de los directores, aconsejan regresar a las formas de convivencia preibéricas. Un indigenismo o "americanismo" de tal laya apenas merece comentario: tan craso es el error de donde arranca. Nadie puede jamás volver aptamente al punto de partida: ni el río ni la flecha, ni la historia, ni el hombre. El sentido de la "restauración de lo autóctono", lejos de suponer un retorno a lo aborígen, significa *aclimatar* la decisiva aportación europea que ya es parte de nuestro acervo más íntimo. Cualesquiera que hayan sido y sean los vicios de la conquista y el coloniaje, ya están incorporados a nuestra personalidad. *Son*: nadie puede negarlos.

Pero así como también resulta pueril y estéril confundir nuestro ser esencial con el ibérico en un afán ridículo de unilateral "occidentalización", así también parece estéril y pueril rechazar la influencia de indios y negros, cuya acción en nuestro proceso evolutivo es un *hecho* consumando: *es*; nadie puede, tampoco, negarlo.

Continente mestizo, de organización social mestiza, de topografía también mestiza, de cultura mestiza, tenemos ante nosotros el deber de orientar este hecho —o estos hechos, si acaso— en un sentido positivo, de integración y creación. En otras palabras, hacernos a una nueva actitud que podría definirse como un "estado de gracia cultural", comprendiendo en el término de "cultura" todo cuanto de vivo y fecundo se encierra en nuestros pueblos.

Tal vez habría que recomenzar desde el nombre, dejando que su vigencia nazca de la realidad, en lugar de enfrascarnos en bizantinos debates tan del agrado de historiadores y leguleyos. Porque lo importante —llámesenos América Latina, Iberoamérica, América Hispana, Indo-

américa, Panamérica, Interamérica, Indoiberia, o como se quiera— lo importante es que *seamos*, y ya somos. Tanto o más viejos que asiáticos y europeos, a la luz de los más recientes descubrimientos arqueológicos, constituímos, a pesar de eso, un Mundo Nuevo, por nuestro estreno en la influencia universal, por nuestro hallazgo de nuestro destino.

Sin hipérbole ni metáfora oratórica, tenemos en nuestras manos la responsabilidad de reedificar la cultura del globo, de dar forma a un Nuevo Mundo. Estamos en deuda, ya no con el ayer, sino con el hoy y con el mañana. Exentos de los particularismos raciales y políticos de civilizaciones en crisis, nos toca dar un adiós definitivo a cuanto represente separatismo y desintegración. Ni tradiciones monopolizadoras y privativas, ni nacionalismos estrechos y envidiosos: todo eso pertenece, fuerza será repetirlo, a una civilización agonizante. Nos está naciendo a nosotros una cultura personal, al par que alumbra la urgencia de algo distinto para el resto de la humanidad. Forjaremos y dignificaremos nuestro papel sólo en la medida en que sepamos erguirnos sobre tanto prejuicio que nos subyuga todavía, y en la medida en que nos encaremos, con mente virgen, a lo inmediato —siempre tan confuso y extraño—, y demos paso a las responsabilidades humanas, por encima de arrogancias y mezquindades propias de sociedades sin esperanza, entregadas a la disputa del pasado, por falta de capacidad, de fuerza y de valor para encarar el apremiante futuro.

lación inaudita de una dimensión inédita de nuestra sensibilidad.

Hasta aquí describo sólo ocurrencias citadinas. ¿Hasta qué punto representa la ciudad americana lo más radical de nuestra personalidad? Aunque ya he tratado el tema, conviene recapitular lo principal. Con excepción de los lugares en donde el europeo se estableciera sobre la base de antiguos burgos indígenas, o movido por un espontáneo impulso de extraer riquezas, las más importantes urbes nuestras denuncian también la victoria de la imitación sobre la creación. Cumplían, con planos y sin alma, fines estratégicos, momentáneos, nada orgánicos ni permanentes. Ciudades de paso, su paradójico destino fué el de trocarse en núcleos de irradiación feudalista, al revés de los burgos europeos de donde brotó la reacción comunal contra la feudalidad. Cuando en Europa decaía el régimen feudal, nacía el nuestro: hacia 1500. Fué el nuestro un feudalismo violento, ritualista, sin el enorme impulso religioso de la Edad Media europea, sin su sacro frenesí; con mucha holganza y poca guerra. La división de clases recibió la ayuda de la incompatibilidad de razas. La ausencia de mística cuajó en sistemática beatería litúrgica.

Nuestros feudales crearon el latifundio cuando en Europa surgía potente la autoridad unitaria del Estado centralizador. Países agrarios los nuestros, chocaron con el monopolio de la tierra, gobernada desde ciudades fundadas para subyugar, no defender, el agro. Tampoco se multiplicaron las ciudades esas. Era preferible tener las menos posible, arrogantes, monopolistas, reflejo fiel del estamento que las erigiera.

Cuando el desarrollo capitalista, bajo su forma imperialista, invadió nuestros países, el tardío feudalismo colo-

nial y republicano había minado toda posibilidad de resistencia productiva y fecunda. Sin embargo, debido a un proceso espontáneo, de defensa automática, el avance imperial está dando vida a un capitalismo criollo, incipiente, pero enérgico, que ya disputa monopolios y concesiones al extranjero.

Por último, ya que hablamos de defensa y ataque, las dos instituciones típicamente defensivas —ejército e iglesia— no consiguieron organizar adecuadamente su obra en virtud de la misma arritmia, destacada en los inicios del coloniaje de esa deformación original de nuestra evolución histórica. Y acabaron dando predominio a lo aparente y ajeno, en vez de a lo real y propio, es decir, a lo criollo. La patria, alma y carne del pueblo, sufrió también los efectos del monopolio a manos de los señores feudales de la localidad apoyados por el ejército, cuya constitución, sin embargo (clase media y pobre), lo destinaba a militar en el campo opuesto al latifundistas. La iglesia, a menudo dominada por recelos formales y dirigida por cerebros exóticos, no dió la importancia debida al sentimiento popular, de cuyo seno, precisamente, surgió Cristo. No es raro, pues, que, siendo las nuestras colectividades fundamentalmente católicas, aparezcan ahora pidiendo aliento extranjero, sin reparar que, por ejemplo, los predicadores católicos de los Estados Unidos tienen tradición más corta y chica, y sentimiento menos arraigado de una religión que llegó a América por nuestros puertos, y muchos lustros antes de que en el Norte se conociera el rito romano.

Hasta aquí mi proyecto de diagnóstico. Ahora trataré de resumir en líneas generales un pronóstico.

# NOTAS

## CAPITULO I

- <sup>1</sup> Natalicio González, *Proceso y formación de la cultura paraguaya*, p. 36. Buenos Aires, 1938.
- <sup>2</sup> José Gaos, "Caracterización de la cultura americana", en *Cuadernos americanos*, N° 6. México, 1942.
- <sup>3</sup> Keyserling, *Meditaciones suramericanas*, p. 3. Madrid, 1933.
- <sup>4</sup> André Siegfried, *América latina*, p. 7. Santiago de Chile, 1934.
- <sup>5</sup> Jean Finot, *El prejuicio de las razas*.
- <sup>6</sup> Alfonso Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 23 de mayo de 1937.

## CAPITULO II

- <sup>1</sup> Siegfried, *ob. cit.*, *passim*.
- <sup>2</sup> Rubén Darío, "Laurel solariego".
- <sup>3</sup> P. Ernst Wilhelm von Moesbach, *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo xix*, p. 12. Santiago de Chile, 1930.
- <sup>4</sup> J. Basadre, *Historia de la república del Perú*, pp. 4 y 8. Lima, 1939.
- <sup>5</sup> Citado por Lisandro Alvarado en *Historia de la revolución federal en Venezuela*, Caracas, 1909; y por Pedro Arcaya en *Estudios de sociología venezolana*, p. 105. Madrid, s. a.
- <sup>6</sup> L. Chávez Orozco, *Historia económica y social de México*, p. 31. México, 1938.
- <sup>7</sup> José de la Cuadra, *El Montuvio ecuatoriano*, p. 13. Buenos Aires, 1937.
- <sup>8</sup> Basadre, *ob. cit.*, p. 199.
- <sup>9</sup> Sarmiento, *Conflictos y armonías de razas*, Buenos Aires, ed. La Cultura Argentina.
- <sup>10</sup> Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, ed. La Cultura Argentina, p. 2.
- <sup>11</sup> Turner, *The Frontier in American History*, *passim*. Nueva York, 1920.
- <sup>12</sup> J. B. Alberdi, *Estudios jurídicos*, ed. por J. V. González, tomo I, p. 40. Buenos Aires.
- <sup>13</sup> Luis de Zulueta, "América frente a Europa", en *Revista de las Indias*, 2ª época, N° 1, p. 11. Bogotá, diciembre de 1938.
- <sup>14</sup> Amanda Labarca, "Chile en el panorama de América", en *Revista Cubana*, Nos. 22-24, p. 59. La Habana, abril-junio de 1937.

<sup>15</sup> Eduardo Mallea, *Conocimiento y expresión de la Argentina*. Buenos Aires, 1935.

## CAPITULO III

<sup>1</sup> E. Quinet, *La Création*; Quatrefages, *L'Espece Humaine*; E. Reclus, *Géographie Universelle*.

<sup>2</sup> Keyserling, *ob. cit.*, p. 131.

<sup>3</sup> E. Reclus, *ob. cit.*; Xenopol, *Teoría de la Historia*, p. 208, Madrid, 1911.

<sup>4</sup> Alejandro Lipschutz, *Indoamericanismo y raza india*, pp. 33-34. Santiago de Chile, 1937.

<sup>5</sup> E. da Cunha, *Los Sertones*, tomo I, p. 118. Biblioteca de Autores Brasileños, Buenos Aires, 1938.

<sup>6</sup> M. González-Prada, "Nuestros indios", en *Horas de lucha*, Lima, 1908 (reed. Callao, 1924).

<sup>7</sup> Arcaya, *Estudios de sociología venezolana*, p. 121. Madrid, s. a.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>9</sup> Haya de la Torre, *Por la emancipación de la América Latina*, Buenos Aires, 1927; Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, 1928.

<sup>10</sup> Gilberto Freyre, *Casa grande y senzala*, p. 72. Biblioteca de Autores Brasileños, Buenos Aires, 1924.

<sup>11</sup> *Novísima recopilación*, libro VI, "De los trajes y vestidos y uso de los muebles y alhajas".

<sup>12</sup> Citado por Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, I, p. 51. Berlín, 1907.

<sup>13</sup> J. A. García, *La ciudad indiana*, p. 87. Buenos Aires, s. a.

<sup>14</sup> B. Mitre, *Historia del Gral. San Martín*, tomo I, p. 58. Buenos Aires, 1907.

<sup>15</sup> Caviedes, *Diente del Parnaso*. Lima, 1899. Citado por L. A. S. en *Poetas de la Colonia*, pp. 194-95.

<sup>16</sup> A. Teja Zabre, *Historia de México*, p. 255. México, 1937.

<sup>17</sup> Fortoul, *ob. cit.*, I, pp. 41 y 52.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>19</sup> A. von Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne* (2ª ed.), tomo I, pp. 344-53. París, 1825.

<sup>20</sup> Bolívar, *Discursos y proclamas*. París, Garnier, 1912 (?)

## CAPITULO IV

<sup>1</sup> Dorantes, *Suma y Relación*, citado por Alfonso Reyes en "Sobre Mateo Rosas de Oquendo, poeta del siglo XVI, *Revista de Filología Española*,

tomo IV, p. 361. Madrid, 1917. (Reimpr. en *Capítulos de literatura española*, México, 1941.)

- 2 Amanda Labarca, *art. cit.*, p. 60.
- 3 Siegfried, *ob. cit.*, pp. 14-15.
- 4 Keyserling, *ob. cit.*, p. 23.
- 5 Erna Fergusson, *Chile*, p. 85. Nueva York, 1943.
- 6 Rosenblat, "Población indígena de América", en *Tierra Firme*, vol. 1, N° 3, p. 110. Madrid, 1935.
- 7 J. Basadre, *ob. cit.*, p. 4.
- 8 A. Cometta Manzoni, *El indio en la poesía de la América española*, p. 20. Buenos Aires, 1939.
- 9 Haya de la Torre, *Construyendo el Aprismo*, p. 12 Buenos Aires, 1933.
- 10 M. Sáenz, *Del indio peruano y su incorporación al medio nacional*, p. 282. México, 1933.
- 11 J. M. Puig Casauranc, *El sentido social del proceso histórico de México*, p. 170. Buenos Aires, 1935.
- 12 A. Cometta Manzoni, *ob. cit.*, p. 11.
- 13 Rosa B. Cruz Arenas, *Contribución al estudio del desenvolvimiento y evolución espiritual del indio argentino*. Ministerio del Interior, Comisión Honoraria de Reducción de Indios, publicación N° 3, pp. 119-21. Buenos Aires, 1935.
- 14 *Ibid.*, pp. 22-23.
- 15 Citado por Dardo Cúneo en *Juan B. Justo*, p. 295. Buenos Aires, 1943.
- 16 Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera* (7° ed.). Buenos Aires, 1936.
- 17 Keyserling, *ob. cit.*, p. 116.
- 18 Siegfried, *ob. cit.*, pp. 14-15.
- 19 Sarmiento, *Conflictos y armonías de razas*, p. 107.
- 20 Mitre, *ob. cit.*, tomo I, p. 62.
- 21 N. Palacios, *La raza chilena*, Valparaíso, 1904.
- 22 D. Amunátegui Solar, *Historia de Chile*, tomo I, p. 168. Santiago de Chile, 1933.
- 23 Prólogo de Pascual Coña, narrador, a Moeschbach, *ob. cit.*, p. 11.
- 24 Amanda Labarca, *art. cit.*, pp. 614 y 619.
- 25 E. Azarola Gil, *Los orígenes de Montevideo*, pp. 151-160. Buenos Aires, Librería La Facultad.
- 26 Manuel Domínguez, *El alma de la raza*, p. 47. Asunción, 1918.
- 27 *Ibid.*, pp. 25, 33 ss.
- 28 Natalicio González, *ob. cit.*, *passim*.
- 29 Arcaya, *ob. cit.*, pp. 11-15.
- 30 Matienzo, *Gobierno del Perú*, 1600 (Ed. Buenos Aires, 1910, cap. 4); Aguilar, *Memoria*, cit. por Sarmiento, *Conflictos y armonías de razas*, p. 264.
- 31 L. A. S., *Historia general de América*, tomo I. Santiago de Chile, 1942.
- 32 Lipschutz, *ob. cit.*, p. 31.

- <sup>14</sup> J. A. García, *ob. cit.*, p. 75.
- <sup>15</sup> Amunátegui Solar, *Historia social de Chile*, tomo I, pp. 169-170.
- <sup>16</sup> *Ibid.*, p. 94.
- <sup>17</sup> B. Mitre, artículo sobre Garibaldi, citado en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel Rosas*, año I, N° 1, p. 62. Buenos Aires, 1938.
- <sup>18</sup> Azara, *Crónica del Río de la Plata*.
- <sup>19</sup> Mitre, *ob. cit.*, I, p. 62.
- <sup>20</sup> R. Rojas, *El santo de la espada*, p. 165. Buenos Aires, 1937.
- <sup>21</sup> Siegfried, *ob. cit.*, p. 16.
- <sup>22</sup> Sarmiento, *Conflictos y armonías...*, p. 77.
- <sup>23</sup> Lipschutz, "Sobre el problema del negro", en *Adelante*, año III, N° XXXV, p. 26. La Habana, abril de 1938.
- <sup>24</sup> Sarmiento, *Conflictos y armonías...*, p. 178.
- <sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 120-121.
- <sup>26</sup> Fernando Ortiz, "Por la integración de blancos y negros", conferencia pronunciada el 12 de diciembre de 1942, publicada en *Ultra*, N° 77, pp. 69-76. La Habana, enero de 1943.

## CAPITULO VII

- <sup>1</sup> J. Navarro Monzó, "La tradición católica", en *La Nación* de Buenos Aires, 26 de junio de 1938.
- <sup>2</sup> Siegfried, *ob. cit.*, p. 103.
- <sup>3</sup> Frugoni, *La sensibilidad americana*, pp. 16 y 25. Montevideo, 1929.
- <sup>4</sup> Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", *loc. cit.*
- <sup>5</sup> R. Menéndez Pidal, *Los romances tradicionales de América y otros estudios*, pp. 7 y 18. Buenos Aires, 1939.
- <sup>6</sup> Keyserling, *ob. cit.*, pp. 110-111.
- <sup>7</sup> A. Ossorio y Gallardo, *Agua pasada*, p. 134. Santiago de Chile, 1938.
- <sup>8</sup> J. Ortega y Gasset, *El espectador*, VII, pp. 98-99. Madrid, 1929.
- <sup>9</sup> Menéndez Pidal, *ob. cit.*, pp. 74 y 77.
- <sup>10</sup> M. García Morente, *Idea de la hispanidad* (2ª ed.), pp. 53-54. Buenos Aires, 1939.
- <sup>11</sup> Navarro Monzó, *Los coloquios de Fu-Lao-Chang*, pp. 18 y 27-28. Buenos Aires, 1936.
- <sup>12</sup> J. Benda, *La trahison des clercs*, p. 144. París, 1928.
- <sup>13</sup> Keyserling, *ob. cit.*, p. 133.
- <sup>14</sup> Pascal, Fragmento de un *Tratado del vacío*, 1647.

## CAPITULO VIII

- 1 P. Bernabé Cobo, *Historia de la fundación de Lima*, capítulo VIII.
- 2 J. A. García, *ob. cit.*, pp. 300-302.
- 3 Terán, *ob. cit.*, p. 303.
- 4 J. B. Alberdi, *Bases...*, p. 187.
- 5 Sarmiento, *Facundo*, ed. cit., p. 95.
- 6 Carlos Wiesse, *Historia del Perú, Epoca colonial*, p. 104. Lima, 1937.
- 7 Sarmiento, *Conflictos y armonías...*, p. 134.
- 8 Arcaya, *ob. cit.*, p. 43.
- 9 Azarola Gil, *ob. cit.*, pp. 151-152 y 160.
- 10 Lipschutz, *ob. cit.*, p. 24.
- 11 Fr. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, II; Herrera, *Décadas*, Década I, libro III, capítulo XIII.
- 12 Bolívar, *Cartas del Libertador*, ed. por V. Lecuna, I, 192. Caracas, 1929.
- 13 J. de Solórzano Pereira, *Política indiana* (1648), libro III, §§ 22, 23, 24.
- 14 J. A. García, *ob. cit.*, p. 66.
- 15 J. de la Riva Agüero, Prólogo de R. Levillier, *La audiencia de Lima*, Madrid, 1922.
- 16 Mitre, *ob. cit.*, p. 22.
- 17 Terán, *ob. cit.*, p. 125.
- 18 P. Henríquez Ureña, *La cultura y las letras en Santo Domingo*, p. 12, Buenos Aires, 1936.
- 19 Chávez Orozco, *ob. cit.*, p. 21.
- 20 J. A. García, *ob. cit.*, pp. 45 y 75.
- 21 José Ingenieros, *Sociología argentina, passim*. Madrid, s. a.; Id., *La evolución de las ideas argentinas*, libro I, "La Revolución". Buenos Aires, 1937.
- 22 J. de la Cuadra, *ob. cit.*, p. 71.
- 23 Terán, *ob. cit.*, p. 191.
- 24 Amanda Labarca, *art. cit.*, p. 75.
- 25 Haya de la Torre, *Por la emancipación de la América Latina*; Id., *Ideario y acción apristas*; Id., *El anti-imperialismo y el Apra, passim*. Santiago, 1936.
- 26 Siegfried, *ob. cit.*, p. 21.
- 27 Reyeros, *ob. cit.*, p. 64.
- 28 M. Poblete Troncoso, *El standard de vida en la América Latina, passim*. Santiago de Chile, 1936.

- <sup>33</sup> *Diario de Sesiones de las Cortes de Cádiz*, tomo 1, pp. 331 y 432. Véase J. León Suárez, *Caracteres de la revolución americana*, 3ª ed., pp. 41-42. Buenos Aires, 1917.
- <sup>34</sup> Siegfried, *ob. cit.*, *passim*.
- <sup>35</sup> Dato comunicado al autor en Santiago de Chile el 7 de septiembre de 1937.
- <sup>36</sup> Amanda Labarca, *art. cit.*, pp. 65-66.
- <sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 63-64.
- <sup>38</sup> A. Reyes, "Sobre Mateo Rosas de Oquendo...", p. 347.
- <sup>39</sup> A. Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", *loc. cit.*
- <sup>40</sup> J. B. Terán, *El nacimiento de la América española*, pp. 65 y adelante. Buenos Aires, 1931.
- <sup>41</sup> Siegfried, *ob. cit.*, p. 38.
- <sup>42</sup> Sarmiento, *Conflictos y armonías de razas*, p. 63.
- <sup>43</sup> Terán, *ob. cit.*, p. 81.
- <sup>44</sup> José Mejía Baca, *Aspectos criollos*, p. 91. Lima, 1937.
- <sup>45</sup> Haya de la Torre, *Ideario y acción apristas*. Buenos Aires, 1930.
- <sup>46</sup> Lipschutz, *ob. cit.*, *passim*.
- <sup>47</sup> Schmidel, *Derrotero y viaje a España e Indias*, ed. de E. Wernicke, pp. 75 y 142. Rosario, 1938.
- <sup>48</sup> Reyerros, *Caquiaviri*, p. 64. La Paz, 1936.
- <sup>49</sup> Sarmiento, *Conflictos y armonías de razas*, p. 107.
- <sup>50</sup> Cabeza de Vaca, *Naufragios*, ed. CIAP, pp. 58-59. Madrid, s. a.
- <sup>51</sup> Mitre, *ob. cit.*, tomo 1, pp. 62-63.
- <sup>52</sup> Guirior, *Memoria de gobierno*.
- <sup>53</sup> Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", *loc. cit.*
- <sup>54</sup> Rigoberto Paredes, *Mitos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia* (2ª ed.), p. 99. La Paz, 1936.
- <sup>55</sup> Uriel García, *El nuevo indio*, p. 126. Cusco, 1930; Sáenz, *ob. cit.*, p. 277; L. A. S., Colofón a Luis E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, p. 113. Lima, 1928.
- <sup>56</sup> M. Magdalena, *El resplandor*, p. 33. México, 1937.
- <sup>57</sup> Canal Feijóo, *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón*, p. 77. Buenos Aires, 1937.
- <sup>58</sup> Gabriela Mistral, artículo en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 26 de septiembre de 1936.
- <sup>59</sup> L. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* (obra escrita en 1875), ed. Anaconda, p. 71. Buenos Aires.

## CAPITULO V

<sup>1</sup> Schmidel, *ob. cit.*, p. 61 y n. 181; véase Arciniegas, *Los alemanes en América*. Buenos Aires, 1941.

- 2 Schmidel, *ob. cit.*, pp. 164-165.
- 3 *Recopilación de las Leyes de Indias*, libro IX, título 27, ley 9.
- 4 *Ibid.*, libro IX, título 28, leyes 1 a 37.
- 5 Humboldt, *Travels*, VII, p. 441. Ed. de Londres.
- 6 Barros Arana, *Historia General de Chile*, VII, p. 463.
- 7 Terán, *ob. cit.*, pp. 236-37.
- 8 *Recopilación de las Leyes de Indias*, libro IV, título 6, ley 6.
- 9 Arcaya, *ob. cit.*, n. a las pp. 40-41.
- 10 A. Coester, *Historia literaria de la América Española*, p. 69. Madrid, 1929.
- 11 J. B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, (1812), p. 212. Ed. Claridad, Buenos Aires, s. a.
- 12 Sarmiento, *Conflictor y armonías...*, p. 423.
- 13 F. Curt Lange, *Impresiones andinas*, tomo I, p. 20. Montevideo, 1938.
- 14 Graça Aranha, *Canaan*, trad. de B. Sánchez Sáenz, pp. 81-82. Santiago de Chile, 1935.
- 15 *Ibid.*, p. 165.
- 16 Federico Quintana, *En torno a la Argentina*. Buenos Aires, 1941.
- 17 Siegfried, *ob. cit.*, p. 17.
- 18 *Ibid.*
- 19 C. O. Bunge, *Nuestra América, Ensayo de Psicología Social* (4ª ed.), p. 102. Buenos Aires, 1911.
- 20 Germán Arciniegas, *América Tierra Firme*, p. 42. Ed. Ercilla, Santiago de Chile.
- 21 Freyre, *ob. cit.*

## CAPITULO VI

- 1 Saco, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*, I, 48. La Habana, 1938.
- 2 Navarro Lamarca, *Historia de América*. I, pp. 485-87. Buenos Aires, 1917; Herrera, *Décadas*, Década I, libro IX, capítulo V.
- 3 Saco, *ob. cit.*, *passim*; Las Casas, *Historia de las Indias*, IV.
- 4 Arcaya, *ob. cit.*, p. 170.
- 5 C. Errázuriz, *Don Pedro de Valdivia*, tomo I, Santiago de Chile, 1911; M. de Mendiburu, *Diccionario histórico geográfico del Perú*, tomo VII, Biografía de Valdivia. Lima, 1890.
- 6 Valdivia, *Cartas*, ed. de José Toribio Medina, p. 65. Sevilla, 1928.
- 7 Germán Arciniegas, *Gonzalo Jiménez de Quesada*, p. 280. Bogotá, 1939.
- 8 L. Chávez Orozco, *ob. cit.*, p. 36.
- 9 Azarola Gil, *ob. cit.*, p. 20.
- 10 J. A. García, *ob. cit.*, p. 129.
- 11 Arcaya, *ob. cit.*, p. 250.
- 12 Natalicio González, *ob. cit.*, pp. 116-117.
- 13 Arcaya, *ob. cit.*, p. 196; Saco, *ob. cit.*

## CAPITULO IX

- 1 J. A. García, *ob. cit.*, pp. 57-58.
- 2 Terán, *ob. cit.*, p. 264.
- 3 Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, I, p. 54. Berlín, 1907.
- 4 Arcaya, *ob. cit.*, pp. 87-88.
- 5 L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático, passim*. Caracas, 1918.
- 6 Siegfried, *ob. cit.*, p. 81.
- 7 O'Leary, *Cartas del Libertador*, I, 87. Madrid.
- 8 F. García Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique*, p. 83. París, 1912.
- 9 L. Peru de Lacroix, *Diario de Bucaramanga*. París, 1912. (?)
- 10 Mansilla, *ob. cit.*, p. 252.
- 11 M. García Morente, *ob. cit.*, pp. 104-105.
- 12 *Ibid.*, pp. 88-89.
- 13 J. B. Alberdi, *Estudios jurídicos*, I, p. 39.
- 14 Sarmiento, *Conflictos y armonías...*, p. 57.
- 15 E. Buckle, *History of the civilization in England*, I, 505.

## CAPITULO X

- 1 J. B. Alberdi, *Estudios jurídicos*, I, p. 20.
- 2 Lastarria, *La América*, Amberes, 1867; González-Prada, *Páginas libres*, París, 1894; C. Acosta, *Obras*, Caracas, 1905; Rodó, *Ariel*, Montevideo, 1900; Martí, *Nuestra América*, ed. de Pedro Henríquez Ureña, Buenos Aires, 1940; Hostos, *Obras*, Puerto Rico, 1939.
- 3 Siegfried, *ob. cit.*, p. 83.
- 4 Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", *loc. cit.*
- 5 Pedro Emilio Coll, *El Castillo de Elsinor*. p. 36. Madrid, Ed. América.
- 6 Sarmiento, *Facundo*, p. 93; Alberdi, *Bases...*, p. 82.
- 7 Rafael A. Arrieta, *Florencio Balcarce*, p. 75. Buenos Aires, 1939.
- 8 J. Carlos Alvarez, artículo en *Nosotros*, mayo-junio de 1939, p. 75. Buenos Aires.
- 9 Keyserling, *ob. cit.*, pp. 303-309.
- 10 Menéndez Pidal, *ob. cit.*, p. 142.
- 11 Amado Alonso, *Castellano, español, idioma nacional*, p. 38. Buenos Aires, 1938.
- 12 O. Baqueiro Anduze, *La maya y el problema de la cultura indígena*, pp. 46 ss. Mérida, 1937.
- 13 Citado por Moeschbach, *ob. cit.*, p. 8.

- 14 Manuel Domínguez, *El alma de la raza*, p. 33. La Asunción, 1915.
- 15 Bunge, *ob. cit.*, pp. 181-182.
- 16 Sarmiento, *Conflictos y armonías...*, p. 354.
- 17 Alonso, *ob. cit.*, p. 115.
- 18 Ernesto Morales, *Juan María Gutiérrez*, p. 174. Buenos Aires, 1938.
- 19 Arrieta, *ob. cit.*, p. 54.
- 20 González-Prada, *Páginas libres*.
- 21 L. A. S., *El pueblo en la revolución americana*, Buenos Aires, 1932; Id., *Vida y pasión de la cultura en América*, Santiago de Chile, 1935.
- 22 L. A. S., *América, novela sin novelistas*, Santiago, 1939.
- 23 Angel Guido, *América frente a Europa en el arte*, Santa Fe, 1936; R. Rojas, *Eurindia*, Buenos Aires, 1924; Uriel García, *ob. cit.*; A. Benavides, *La arquitectura en el Virreinato del Perú y la Capitanía General de Chile*, Santiago de Chile, 1941; Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1926; J. de la Riva Agüero, *El Perú histórico y artístico*, Santander, 1921.
- 24 Gabriel Del Mazo, *La reforma universitaria* (3 vols.), La Plata, 1941; J. A. Encinas, *Historia de las universidades de Bolonia y Padua*, Santiago de Chile, 1936. Cf. además F. Cossío del Pomar, *La pintura en el Cusco*, Cusco, 1921; Id., *Arte nuevo* (2ª ed.), México, 1940; Bertram Wolfe, *Diego Rivera y su época*, Santiago de Chile, 1940; A. Guido, *El Aleijadinho*, Rosario, 1936.

## CAPITULO XI

- 1 Cf. Jules Mancini, *Bolívar y la emancipación de Suramérica*, París, 1913.
- 2 Julio C. Guerrero, *Guerra de guerrillas*. La Paz, 1939.
- 3 A. Costa du Rels, *Tierras hechizadas*, Buenos Aires, 1942.
- 4 Alfredo L. Palacios, en *La Prensa* de Buenos Aires, febrero de 1944.
- 5 Garcilaso de la Vega, Inca, *Primera parte de los Comentarios Reales*, *passim*. Madrid, 1609.
- 6 Frezier, Amédie de, *Voyage à la mer du Sud*, *passim*. París, 1732.
- 7 Baqueiro Anduze, *ob. cit.*, pp. 42-48.
- 8 Edward Larocque Tinker, Prólogo a M. y Ph. Marcelin, *Canapé Vert*, Nueva York, 1944. Véase el texto de la novela misma, el de *Jubiabá* de Jorge Amado, las obras de Freyre, A. Ramos, etc.
- 9 Moeschbach, *ob. cit.*, pp. 25 y 42.
- 10 L. A. S., *Los poetas de la Colonia*.
- 11 Arcaya, *ob. cit.*, pp. 97-100.
- 12 J. A. García, *ob. cit.*, p. 85.
- 13 José Mejías Baca, *Aspectos criollos*, p. 32. Lima, 1937.

- 14 F. A. Encina, "El sentimiento religioso en la Colonia", en *Atenea*, N° 177. Santiago de Chile, marzo de 1940.
- 15 Juan Larrea, *Rendición de espíritu*, México, 1943.
- 16 Francisco de P. Vigil, *Los Jesuitas*, Lima, 1835.
- 17 Sarmiento, *Conflictos y armonías...*, pp. 262-263, 354-355.
- 18 Reyeros, *ob. cit.*, p. 31; José A. Encinas, *Hacia una nueva escuela en el Perú*, Lima, 1932; Moisés Sáenz, *ob. cit.*
- 19 Siegfried, *ob. cit.*
- 20 Terán, *ob. cit.*
- 21 F. García Calderón, *La Creación de un Continente*, *passim*. París, 1912.
- 22 José Vasconcelos, *La Tormenta*, p. 83. México, 1938.
- 23 R. Rojas, *El Cristo invisible*, *passim*. Buenos Aires, 1927.

## INDICE GENERAL

Prefacio .....	7
I. El problema de la fisonomía .....	9
II. Pendencia y conciliación de la geografía y la historia .....	25
III. El racismo contra la unidad y esencia de América .....	47
IV. Ataque y defensa del indio .....	64
V. Llegada del europeo y nacimiento del mestizo .....	107
VI. Los negros .....	140
VII. ¿Existe la tradición? .....	161
VIII. Diálogo de la ciudad y el campo .....	186
IX. Conflicto entre la costumbre y la ley, entre la nación y el estado .....	211
X. De la civilización a la cultura .....	229
XI. Los órganos de conservación: Ejército e iglesia .....	248
XII. Conclusión para empezar de nuevo .....	270
Notas .....	279

davía mejor a la gente de América. De esta dimensión elemental han salido las páginas de su último ensayo.

*¿Existe América Latina?*, contestación más que pregunta, para quien sepa leer por encima de convencionalismos ortográficos, es un dedo en la llaga, cuando no la llaga misma, vista con ojos bien abiertos, con toda claridad, con frialdad de análisis que no quita, llegado el momento, el calor bien sentado de las conclusiones. Contestación, decimos, porque no ha de plantear cuestiones, sino tareas; porque no viene a suscitar la discusión —no es ése, al menos, su propósito—, sino a reajustar las fuerzas y a señalar caminos. América, traspuesta su etapa de formación, en la que intervinieron, junto a todos los factores geográficos, *todos* los biológicos —indio, ibero, negro, y, totalizándolos, el mestizo— ha de trazarse ya su ruta: ruta suya de veras, dentro de un ritmo no importado. “Continente mestizo —dice Sánchez—, de organización mestiza, de topografía también mestiza, de cultura mestiza, tenemos ante nosotros el deber de orientar este hecho —o estos hechos, si acaso— en un sentido positivo, de integración y creación. En otras palabras, hacernos a una nueva actitud que podría definirse como un ‘estado de gracia cultural’, comprendiendo en el término de ‘cultura’ todo cuanto de vivo y fecundo se encierra en nuestros pueblos... Sin hipérbole ni metáfora oratoria, tenemos en nuestras manos la responsabilidad de reedificar la cultura del globo, de dar forma a un nuevo mundo. Estamos en deuda, ya no con el ayer, sino con el hoy y con el mañana.”

Luis Alberto Sánchez

# ¿Existe América Latina?

F. del B

Tierra Firme



COLECCION

*Tierra Firme*

14

Este libro se acabó de imprimir, el día 21 de septiembre de 1945, en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco, 63, México, D. F. La edición estuvo al cuidado de *Daniel Cosío Villegas*.